
Los Bandidos del Rif

Emilio Salgari

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2277

Título: Los Bandidos del Rif

Autor: Emilio Salgari

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de febrero de 2017

Fecha de modificación: 24 de febrero de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

CAPÍTULO I. LA NAVE CONTRABANDISTA

Un gran destello, parecido a una cimitarra de fuego surcó las nubes tormentosas, proyectando sobre las islas Chafarinas un vivo resplandor. En ese instante, el barco español a pesar de que tenía recogidas todas sus velas y tenía casco muy ancho, se ladeó bajo una terrible ráfaga, mientras que una gran ola barrió la cubierta.

El capitán, un hombre de casi dos metros, negro como un senegalés, gritó a sus cuatro marineros argelinos una serie de órdenes.

Casi al mismo tiempo, entre el sonido del silbido del viento y el ruido de las olas, se oyó una voz gritar:

—¡Abajo esa navaja o te estrello la guitarra en la cabeza!

—¡No, señor! Has hablado largamente con Zamora, aprovechándote de la tormenta.

—¿Es que no puedo hablar con la gitana de Salamanca que viene aquí?

—¡No!...

—¿Con qué derecho?

—El jefe de los gitanos me ha mandado vigilar a Zamora.

—¿Por qué?...

—¡Ve y pregúntale!

—Entonces... ¿me quieres matar?

—¡Sí!, antes de que el barco tome tierra en las orillas del Rif.

—¿Quién lo dice?...

—¡Yo, Janko!...

—¡Atácame valiente, si tienes la suficiente audacia! Usa tu navaja, yo usaré mi guitarra, y luego te echaré al mar.

Los dos adversarios, que se enfrentaban en medio de la tormenta que asaltaba el barco contrabandista, eran dignos uno del otro.

Quien lo desafiaba con la guitarra para defenderse contra los golpes de cuchillo, era un apuesto joven, delgado, de ojos marrones y cabello negro, que vestía el traje pintoresco de la estudiantina española, caracterizado por el largo manto negro, de doble punta, de fieltro fuertemente coloreado, y adornado con una cuchara de madera. Extraños tipos los estudiantes de España. Cuando se cierra la Universidad, toman su capa y su guitarra y van a la aventura a Toledo, Valladolid, Córdoba, Granada o Sevilla, tocando y bailando en las calles y cantando hermosas canciones, escritas por los primeros poetas ibéricos, especialmente por el Marqués de Santillana.

Siempre cortos de dinero van a comer a las posadas, usando la cuchara de madera, buscando el precio más bajo, los días festivos.

Pero si bien, la mayoría de ellos permanece en España, hay otros audaces que se embarcan en naves, para alistarse con los franceses de la legión extranjera, o incluso van al Rif, donde hay bárbaros que cortan a los cristianos la nariz y las orejas.

El hombre que empuñaba la navaja, una navaja afiladísima, larga casi como una bayoneta, era un hombre joven de veinte años, tostado como un beréber, de ojos relampagueantes, y facciones enérgicas propias de los gitanos de la Sierra del Guadarrama, con un vestido de terciopelo verde muy gastado, que en lugar de botones tenía enormes colgantes de plata, grandes como medio huevo.

—¡Baja la navaja o te rompo la cabeza con la guitarra!... —repitió el estudiante sosteniendo amenazadoramente su instrumento y avanzando audazmente contra el gitano, que amenazaba con acuchillarlo con uno de los habituales tajos.

—Mi señor también te vio hablar con Zamora, y no quiere que lo hagas. Me dijo que no te deje desembarcar vivo en la costa del Rif.

—¿Y me lo dices en medio de esta tormenta que está por enviarnos a todos al fondo del mar? ¿Te has vuelto loco Janko?

El gitano cuyos blancos dientes, parecía que tuvieran destellos de perlas, gritó sujetando firmemente la navaja:

—¡Acabemos ya!... No puedo incumplir el juramento que hice al jefe de la tribu a la cual pertenece Zamora.

Cuando estaban para precipitarse el uno contra el otro, el barco investido por una ola, sufrió un repentino golpe, capaz de poner a prueba incluso los pies descalzos de un marinero. Dos personas, que hasta entonces habían estado en la escotilla, se lanzaron valientemente entre los dos combatientes.

Uno era una hermosa gitana de dieciséis o diecisiete años, alta y delgada como una palmera, de grandes ojos negros color azabache bajo unas largas pestañas, cara morena, pelo que descendía por debajo de las caderas y que el viento agitaba rabiosamente. Usaba el colorido traje de gitana de Castilla, de colores chillones, con chaquetilla corta con grandes botones plateados. El otro era un segundo estudiante, que se asemejaba mucho al primero. Parecía casi de la misma edad, tenía los mismos ojos inquietos y cabello rizado y negro. Era un poco menos alto. Sin embargo, podría adivinarse en ese joven una prodigiosa fuerza muscular, combinada con gran agilidad. Empuñó fuertemente la guitarra y se fue en ayuda de su compañero gritando:

—¡No temas, Carmelo! ¡Yo también estoy aquí!... ¡Rompe la cabeza a este enojoso sujeto y luego echémoslo al mar!...

Las guitarras se empleaban a fondo contra la navaja de gitano, cuando la gitana se colocó detrás de Janko, gritando con imperiosa voz:

—¡Detente y guárdate de tocar a ninguno de mis amigos!...

Con manos nerviosas lo había agarrado del cuello y el pelo, y lo mantuvo así para impedirle alcanzar a los dos estudiantes de la célebre universidad de Salamanca.

—¡Déjame, Zamora!... —dijo el gitano gritando, intentando, en vano escapar—. ¿No ves que ir a la tierra de los moros es ir a una muerte

segura?

—Si tienes miedo vuelve a España, pero repito que con la ayuda de estos valientes, que me han prometido su apoyo, voy a subir a las laderas del Gurugú, para descubrir el talismán del primer Rey gitano. Eso me dará el mando supremo sobre todos los gitanos.

—¡Ah!... ¡Tienes la ambición de convertirte en reina de los gitanos! —dijo Janko, con voz irónica.

—Fue el sufrimiento de mi madre, que ha muerto con el corazón roto, sabiendo que tenía derecho al título dejado por su madre... ¡Abajo la navaja!...

El gitano, habiendo visto a los dos estudiantes con las guitarras alzadas, listas para romperle la cabeza, cedió. Cerró la navaja y fue a sentarse, junto con la gitana, en la escotilla.

Una pelea en ese momento, en que una tormenta se cernía violentamente contra las costas de Rif, no podía tener un resultado seguro para ninguna persona, debido a las olas y a la espuma que rompían en la cubierta de la embarcación, cruzándola desde babor a estribor. El mar se levantó como una bacanal infernal. Parecía que la costa del Rif y las islas cercanas iban a ponerse del revés. Truenos espantosos, golpes tremendos, esos golpes terribles que llenan de espanto a los marineros, seguidos de gigantescas columnas de agua, aullando, mugiendo, como impulsadas por una fuerza misteriosa.

Pero otros ruidos mucho más impresionantes, salían de la profunda y amplia bodega, producidos por los marineros jurando y su gigantesco capitán, que parecía que empezaba a perder la cabeza. Desde la puerta trasera de la bodega fueron subiendo crujidos muy violentos, producidos por los impactos de la carga, como si un gran número de objetos, se desplazaran con los movimientos del barco. No era otro que el de las cajas llenas de armas y municiones destinadas a los moros del Rif.

El capitán aunque de origen español era contrabandista de armas destinadas a los marroquíes, causando graves perjuicios a sus compatriotas, que seguían luchando con los audaces bandidos de las montañas de Melilla. Se dedicaba a estos menesteres a pesar de tener la certeza de que si era apresado por un barco torpedero o por una cañonera

del cercano puesto militar, habría sido ahorcado o fusilado. El capitán Lizar, aunque su barco no era un buen velero, ejercía desde hacía muchos años esa peligrosa profesión, sin pensar nunca en el final que podría esperarle.

Profundo conocedor de todas las costas del Rif, se relacionó con varios cabecillas moros, vendiéndoles armas y municiones a un alto precio, y ganando enormes sumas en esa peligrosa profesión, que probablemente no duraría mucho.

Parecía sin embargo, que esa noche la suerte estaba dispuesta a abandonarle a pocos kilómetros de la costa.

Hacía dos días que un furioso viento Sirocco lo había sorprendido en el mediterráneo occidental, impidiendo que ni siquiera algún torpedero o cañonera española se atreviera a atacarle.

El barco, deambulaba en todas las direcciones. No había hecho nada más que navegar alrededor de las islas Chafarinas, sin atreverse a intentar un desembarco en la costa.

Los dos estudiantes, la gitana y su cascarrabias compañero, como hemos dicho, habían vuelto a sentarse en el borde de la escotilla y aguantaban el mar sin demostrar, al menos aparentemente, cualquier perturbación. Sólo Janko, todavía lanzaba a los dos estudiantes miradas intermitentes de odio, pero al verlos con la guitarra sobre sus rodillas, listos para defenderse contra cualquier nuevo ataque, se aguantaba.

—Carmelillo —dijo el más joven de los dos; tocamos una estudiantina. O es que hemos perdido nuestro buen humor. ¿No oyes el mar que da rienda suelta a su gran fanfarria de guerra? Tenemos los instrumentos y no estamos aquí para tenerlos inactivos. Toquemos la pieza de Melinero y de Suliza.

Carmelo miró al estudiante con ojos extraños.

—¿Tú tocarías ahora?

—Si. Nos burlaremos del mar cantando las famosas canciones del Marqués de Santillana.

—¿En medio de esta tormenta, Pedro?

—¿Qué importan a los estudiantes de Salamanca los envites del mar?

—¡El capitán nos mandará al infierno!

—Y nosotros, Carmelo, romperemos su cabeza con nuestras guitarras, si mete su nariz en nuestro negocio. ¡Un concierto en pleno mar y con esta tempestad! ¡Cuántas veces había soñado con dar un concierto a las olas! Estoy dispuesto ¡Eh, Carmelo!, vamos, y si el capitán no quiere, ¡ay de él!

—Es un gigante, Pedro.

—Lo atacaremos con la navaja de Janko.

—¡Por mi padre! Parece que hay una batalla. Mira como los marineros argelinos atacan al capitán.

—¿Se habrán vuelto hidrófobos? —dijo Carmelo que afinaba el instrumento.

—Janko ha sublevado a esa gente. Ese maldito mal nacido —dijo Pedro riendo.

El gitano, en lugar de tomar la cosa a broma, se levantó con la agilidad de una pantera joven, y la navaja volvió a brillar entre sus manos.

—¡Yo lo mato!... —exclamó.

—¡Janko!... —gritó la gitana—. Me debes obediencia porque mi madre era una reina.

—Pero tú no la sucederás.

—Mientras no tenga el talismán de los antiguos gitanos, no. Janko, de momento, no me veo en ese honor para nada...

—¿Por qué defiendes a los dos estudiantes de Salamanca?, —dijo el gitano siempre agresivo.

—¡Janko! —exclamó Carmelo—. ¿Quieres un Consejo? ¡Siéntate cerca de Zamora y disfruta escuchando una balada del Marqués de Santillana! Los nervios se te calmarán inmediatamente.

—¿Música en medio de la tormenta, señor?

—Los estudiantes de Salamanca se ríen del sol, del mar, de la nieve y están siempre de buen humor, aunque solo tengan para el desayuno, una simple cebolla y un cigarrillo.

—¡Pero no ves que por la popa del barco entran las olas!... Y tú, señor, solo piensas en tocar música.

—¡Ira de Dios!... La música calma a las bestias salvajes y ¿cómo no va a tranquilizar a los hombres? Un día, me encontré con mi bandurria, ante un león que quería comerme.

—¿Dónde? —preguntaron los dos gitanos, curiosos.

—En una isla desierta —dijo el estudiante todo serio—. Sin mi guitarra no estaría aquí para disfrutar de vuestra compañía.

—¿Vale más que un trabuco? —riose irónicamente el malvado Janko.

—Un poco más que tu navaja, que hasta ahora no ha hecho más que brillar al sol y a la luz de los relámpagos... —respondió Carmelo—. Pedro, empieza.

—Parece que remite la pelea con el capitán del barco —dijo el joven, inclinándose sobre la cubierta al tiempo que un golpe de mar irrumpía con fragor ensordecedor.

—No seamos aguafiestas, basta con el temporal, que con toda probabilidad nos hará naufragar contra las escolleras de las islas Chafarinas

—¿Hace falta que te explique donde vamos?

—De momento no. Se trata de salvar nuestro pellejo y eso que el de Zamora, vale mas que su peso en oro. Te lo digo yo.

—Pero sin embargo hasta ahora no sé nada. He escuchado hablar de un talismán de gitanos que esta sobre las montañas del Rif, pero nada más.

—Espera un poco amigo, el secreto te será revelado y te aseguro que no tendrás que arrepentirte de este viaje.

—Si el mar me respeta, o si los moros no me cortan la cabeza.

—¡Ah! Esto se verá más tarde.

Gritos terribles resonaron, en ese momento en el barco al que las olas zarandeaban.

Los cuatro marineros argelinos, armados con los alfanjes, habían atacado al gigantesco capitán aullando:

—¡Lance al mar la carga! ¡No ve que el barco esté a punto de hundirse!

—¡Mi carga! —respondió el capitán, armándose rápidamente de una manivela, arma terrible en sus manos—. ¡Me ha costado muchos ciento de miles de pesetas, sinvergüenzas! ¡Ustedes no tienen para pagarla!

Eran palabras desperdiciadas. Los cuatro argelinos lo seguían a todas partes, aullando siempre:

—¡Tire la carga!

—¡Claro! Creo que tienen razón —dijo Carmelo—. El barco tiene demasiada carga de fusiles, sables y municiones, y si fuera aliviado de unas cuantas cajas, conseguiría levantarse un poco sobre las aguas. Si no, nos iremos a pique irremediablemente.

La gitana, que hasta entonces no había pronunciado una palabra, se levantó del asiento, diciéndole:

—¡Cuidado! No se distraiga usted.

Janko se había puesto todo lívido como un trapo blanco, y había empuñado rabiosamente su terrible navaja.

—¿De qué qué tiene miedo usted, Zamora? —preguntó Carmelo riendo—. ¿Qué me trague el mar? ¡Ah, bah! Cuando tengo mi guitarra sé cómo afrontar a un ejército.

—No ande por la cubierta —suplicó la gitana.

—¡Cálmense todos!

—¡A mí, Pedro!

Este terminó de coger su guitarra. Era un hermoso instrumento con madera de Brasil, y adornada de placas de plata y madreperla.

—¿El Marqués de Santillana?

—Sí, sí, es el mejor para calmar las mentes —respondió su compañero.

Y los dos endemoniados estudiantes a pesar de las sacudidas terribles que sufría el barco empezaron a cantar con voces templadas de tenor:

Más que pacificar a los marineros y al capitán, la cara de este último le hacía parecer dispuesto a realizar alguna de las impresionantes entradas de los toros en los ruedos de Granada, Sevilla, Valladolid o Madrid.

De repente un gran trozo de madera atado a una cuerda, pasó entre ellos sin darles por un verdadero milagro.

—¡Caramba!... —gritó Pedro—. ¿Quién ataca a los estudiantes de Salamanca que España respeta y admira? ¿Quién es ese miserable?

—El capitán de la Cabilia —respondió Carmelo, dando un nuevo salto para protegerse de un segundo proyectil.

El gigante después de haber amansado a los marineros argelinos a fuerza de voces y coraje, viendo avanzar a los estudiantes y temiendo que quisieran protestar y lanzar al mar lo que era su preciada carga, parecía poseído de un verdadero frenesí.

—¡Por los cuernos de todos los toros de Granada!... —gritó—. ¿Venís a molestarme? ¡El mar ya me da bastantes preocupaciones!...

—¡Cálmese, señor! —dijo Carmelo—. Pagamos nuestro billete.

—¡Billete de pordioseros!... —dijo el capitán.

—¿Y a cambio que nos dais? Pasta, judías y cucarachas en abundancia —respondió Carmelo, alzando maliciosamente la guitarra—. ¡Este viaje nos ha costado sesenta pesetas, señor mío!... ¡Nos ha tratado como a verdaderos esclavos del Rif, buen hombre!...

—¡Usted parece un crío! —contestó el capitán subiendo precipitadamente por la escalera de la bodega y cerrando la puerta precipitadamente con un ruido infernal.

—¡Eh, animal!... ¡bestia! —gritó Pedro, levantando la guitarra y haciéndola girar rápidamente como si fuera un garrote.

—¡Perro! —dijo el gigante gritando—. ¡Pollitos! Puedo cogeros por una oreja y echaros al mar.

—¡También somos hombres nosotros! —gritó Carmelo afrontando resueltamente al bruto.

El capitán lanzó una gran carcajada.

—¡Ah el niño terrible! —exclamó.

—Aquí habrá sangre si usted no tira algo de carga —grito una voz femenina.

La gitana, viendo a sus amigos en peligro, había cogido en un descuido la navaja a Janko, y se precipitó en ayuda de sus amigos.

—¡También usted!... ¡Mona!... —aulló el capitán.

—¡Sí!, yo también —respondió la gitana—. Soy suficiente mujer para partirle el corazón.

—¡Ah! ¿Usted no sabe que con mi puño puedo matar a un hombre? ¡Pordioseros! O se retiran, o les arrojo al mar.

—¡También estamos aquí nosotros capitán! —gritaron algunas voces.

Los marineros argelinos estaban junto al timón con los cuchillos en la mano dispuestos a tomar parte.

—He aquí un fenomenal ejercito que nos llega —observó Carmelo, aferrando la navaja, que la gitana le había pasado—. ¡Ahora haremos bailar a ese oso!...

El bruto, viéndose solo ante ellos y los marineros, no tuvo mas remedio que intentar escapar hacia el puente, pero Carmelo le cerro resueltamente

el paso gritándole:

—¡Tire carga, miserable!... ¿Quieres ahogarnos a todos?

—¡Mis cajas, mis armas, mi pólvora, mis espadas!... ¡nunca, miserables!... Acabo con todos con un par de golpes. ¡No tenéis categoría para un contrabandista!...

—¡Prueba! —dijo Pedro, que le hizo cara, amenazándole con romperle la guitarra en la cabeza.

En aquel momento la tormenta provocó un golpe terrible, haciendo saltar el barco como una pelota de goma. Impetuosas ráfagas de viento irrumpieron en las velas, amenazando con romperlas, aunque casi en su totalidad estaban recogidas. El mar barría con las olas la cubierta, con un ruido infernal. El capitán, ensordecido por el mar, y amenazado por los estudiantes y los argelinos, a los que se unía Zamora, mientras que Janko asistía impasible a la escena, como si no fuera con él, se refugió en el alcázar, gritando:

—¡Largo, o mato a todos!... ¿Echar al mar mis cajas? Valen ochocientas mil pesetas. ¿Quién me las pagará?

—¿Entonces que prefieres, las cajas o irnos al fondo? —increpó Carmelo—. ¡Su carga irá al mar! Los peces tendrán armas de contrabando.

—¡Feo!... ¡Andrajoso!, ¿quieres mi ruina, entonces?

—¡No!, señor, solo queremos salvar el pellejo.

—¿Quién te dijo que el barco está demasiado cargado? Los viles argelinos, sólo son buenos para navegar en los ríos de su país con un bote.

—¡También tenemos ojos!... —gritó Carmelo al capitán, seguido por Pedro y la gitana, que parecía dispuesta a participar en la lucha con la navaja—. ¡Vamos!, tire unas pocas cajas, o le vamos a tirar por la borda.

El gigante, amenazado por todos lados, y temiendo alguna sorpresa por parte de los argelinos que querían ajustar cuentas con él, trepó rápidamente por la escalera de la cabina, quizás para armarse.

Ya había llegado a la pequeña puerta, cuando una ola lo sorprendió y le

derribó. Los argelinos, más ágiles que las panteras de su país, corrieron hacia él y le hicieron caer de la escalera de la cabina, dándole patadas por todo el cuerpo, antes de meterle dentro.

—¿Le habéis encerrado? —gritó Carmelo.

—Lo pondremos en sitio seguro para nosotros —dijo el contramaestre del barco.

La puerta fue cerrada y clavada con prontitud. El gigante fue encerrado, y la tripulación y los estudiantes podrían ahora echar las cajas al mar como todos querían.

En la cabina sonaban las palabras soeces y amenazadoras del capitán. Pero ahora nadie se encargaba de él, siendo la pequeña puerta demasiado fuerte para que pudiera romperla.

—¿Y ahora? —preguntó Pedro a Carmelo—. ¿No nos hundiremos?

—Deja a los argelinos —respondió el estudiante—. Si el barco se vuelve más ligero será menos atacado por las olas y todavía tendremos alguna esperanza de atracar.

Uno de los marineros se puso al timón. Mientras tanto, otros abrieron la escotilla para sacar rápidamente las cajas, llevando arriba cajas llenas de rifles, armas blancas y municiones que empezaron a echar a las olas. Era un trabajo terrible y también muy peligroso, porque de vez en cuando, una enorme ola rompía contra la cubierta, arrojando a los pobres diablos en todas direcciones y amenazando con ahogarlos.

Los dos estudiantes, con Zamora y Janko, impresionados por la furia de la tormenta y los golpes de mar que sacudían contra los costados del barco, se habían refugiado en el castillo de proa, que, siendo bastante alto, era menos castigado por las olas.

—Pedro, ¿qué hacemos? —preguntó Carmelo aferrándose a la pasarela.

—Me propongo tocar un poco.

—¡Con este tiempo!... ¿Te has vuelto loco, Pedro?

—Toquemos nuestras guitarras para que el mar se calme.

—¿Crees tú que se hundirá el barco, camarada?

—Si no se hunde, irá a hacerse añicos contra la costa.

—Y tú, Zamora, ¿qué crees?... Los gitanos leen en el gran libro del destino.

—Te aseguro, señor, que lograremos llegar a las orillas del Rif, hechos pedazos quizás, pero vivos —dijo la joven gitana.

—¿Y encontraremos el talismán de la tribu?

—Sí, señor: Yo estoy convencida. Con amigos valientes como vosotros, puedes meterte incluso en medio de los moros.

—Para perder la nariz y las orejas —observó Janko con voz airada.

—Yo quiero ser la reina de los gitanos —dijo Zamora— y sin eso no puedo serlo.

—¡Buscas la muerte!...

—¿Qué te importa?

En aquel momento un gran resplandor de cegadora luz envuelve al pequeño barco contrabandista. Al mismo tiempo, sonó el estampido del disparo de un cañón. Todos se levantaron espantados gritando:

—¡Una cañonera española!...

CAPÍTULO II. EL NAUFRAGIO

El contraamaestre de la tripulación, que estaba en la estiva, salió a pesar de las olas, llegando al castillo de proa.

—Señores, estamos perdidos.

—No tenga tanta prisa —respondió Carmelo—. La cañonera española también tiene que luchar contra la tormenta, y no llegará para abordarnos tan fácilmente.

—¿Y si nos rindiéramos? —preguntó Pedro.

—No, no tienen piedad de los contrabandistas, ni de sus compatriotas y mañana, antes del amanecer, seríamos fusilados.

—¿Qué debemos hacer entonces?

—Tratar de escapar.

—¿Podemos?

—Enviaremos el barco a embarrancar contra los acantilados, y allí lo defenderemos si quieren subir a bordo.

—Llame a sus hombres para maniobrar —dijo Carmelo.

Los argelinos, oyendo el cañón, y sabiendo lo que el destino les esperaba si eran capturados, dejaron en paz las cajas para tener prestos los brazos únicamente para las maniobras.

El barco español, una de esas viejas cañoneras que el gobierno de Madrid enviaba a las costas africanas para prevenir el contrabando, había comenzado a disparar su cañón, pero en medio de las terribles olas, no había peligro de que sus artilleros dañaran el barco. Y sin embargo, dos balas de buen calibre, pasaron sobre el puente. Luego, la cañonera atacada desde todos los lados por las olas y el viento, puso rumbo a las

islas Chafarinas, buscando un refugio.

—La muerte ha estado bien cerca —comentó Carmelo—. No moriremos, según lo que ha predicho Zamora.

—No, señor —respondió la gitana—. Desembarcaremos en la orilla del Rif y también encontraremos el talismán.

—¡Hum!... —dijo Janko, rechinando los dientes—. Espero que los moros lo hayan encontrado y se lo hayan vendido a algún judío.

—Mucho te preocupas porque no me convierta en reina de los gitanos —gritó Zamora, poniéndose en pie y sosteniendo la navaja. ¿Por qué?... ¡Explícalo de una vez Janko!...

—Y si no lo explica, lo lanzaremos al mar —dijo Pedro—. Este es más peligroso que un marinero armado con dos pistolas.

El gitano permaneció en silencio unos segundos, luego dijo con voz ronca:

—Los gitanos de España no quieren reina a Zamora.

—¿Por qué?

—No sé nada.

—¡Y haber embarcado con nosotros como un amigo!... ¡Miserable!...

—¡Cuidado, Zamora!... —exclamó Janko—. ¡Ya sabes que los gitanos no olvidan las ofensas!...

—¿Qué harías tú Janko sinvergüenza, contra esta chica? —preguntó Carmelo sosteniendo la guitarra amenazadoramente y convirtiéndola en un remolino amenazador.

—Son cosas que no te incumben —dijo Janko lívido de ira—. No eres un gitano. ¿Por qué te mezclas en nuestros asuntos?

—¡Ten cuidado mientras tanto! —exclamó Pedro.

Una enorme ola se volcó contra el barco.

Los estudiantes y los gitanos fueron lanzados contra el costado de babor.

Afortunadamente se mantuvieron sujetos contra el cordaje de la base del trinquete y la ola no pudo sacarlos de allí para golpearlos con los costados de la nave.

Después de esta ola demoledora, siguió una segunda, no menos formidable, barriendo el barco de proa a popa, llevándose a los cuatro argelinos, que en aquel momento, estaban en el alcázar junto a la rueda del timón.

—¡Se ahogan!... —exclamó Carmelo, que los vio nadando desesperadamente entre la olas—. Intentemos botar un bote salvavidas y recogerlos.

—¿Qué bote salvavidas? —preguntó Pedro—. No hay ninguno. Incluso los botes han desaparecido, y además ¿quién se atreve, con el mar como está a intentar salvarlos? Nadie, ni siquiera los marineros más curtidos.

—¿Y dejarlos morir? —preguntó Carmelo.

—No encuentro ningún medio para correr en su ayuda —dijo Pedro.

—Lancemos algunas cajas.

—Sí, sí, todos al trabajo. Esos desafortunados hace un momento nos han prestado una inestimable ayuda contra el brutal capitán.

Los tres hombres, así como la gitana, fueron hacia la portilla, que permanecía abierta y empezaron a sacar las cajas que arrastraban las olas inmediatamente, estrellándolas contra las rocas con un ruido infernal. Los cuatro argelinos luchaban desesperadamente implorando a Alá, agitando brazos y piernas furiosamente, pero la tormenta los tenía entre las crestas de las olas espumosas. Aunque las cajas pudieran llegar hasta ellos, no les serían de ninguna utilidad. Los estudiantes y los gitanos sobre la cubierta, asistían impotentes a la agonía de los pobres africanos. Una ola gigante tragó rápidamente a uno de ellos y después de unos minutos, los otros tres desaparecieron en las profundidades del Mediterráneo.

—¡Se acabó!... —dijo Carmelo, con voz triste.

—Y ahora tenemos nuestra oportunidad —añadió Pedro—. El barco, al que no conduce nadie, irá a estrellarse contra las Chafarinas y será preciso estar alerta para salvarnos.

—No moriremos —dijo la gitana con aflicción—. Esperar un poco y veréis cómo las olas nos hacen saltar.

—Tengo una idea, añadió Pedro.

—¡Dila inmediatamente!

—¿Y si fuéramos a liberar al capitán?

—¡Esa bestia feroz!... —exclamó Carmelo—. Arremeterá contra todos nosotros, si puede poner sus pies en la cubierta, en cuanto vea la puerta abierta.

—Somos cuatro, y esta vez no se librará de nuestras guitarras. Por otro lado está su interés en salvar el barco.

—Ve a coger fusiles y cartuchos. Las cajas están medio rotas y no te llevará mucho trabajo.

El joven puso antes a seguro su guitarra, después bajó a la bodega y al momento regresó trayendo varios fusiles Máuser y varias cananas con munición.

No se olvidó de traer incluso un hacha, para romper la escotilla que los argelinos habían clavado fuertemente.

—Andando —dijo Carmelo, después de que hubo cargado las armas.

—¿A dónde? —Dijo Janko.

—A liberar al Capitán —dijo el estudiante.

—Yo me quedo aquí.

—¿No quieres salvarte?

—Los gitanos no tienen miedo de la muerte.

—Algunos hacen el imbécil en lugar de ayudar —dijo Pedro, arrancándole el fusil de las manos y arrojándolo al mar—. Ahora ya sabemos qué pensar de ti.

—Espero que el buque naufrague —contestó el gitano—. Ni siquiera el capitán os salvará y Zamora perderá el talismán de la tribu.

—¿Quieres que muera? —dijo la gitana, lanzando una mirada de desprecio a Janko.

Janko se encogió de hombros y no contestó.

—¡Vámonos!... —gritó Carmelo, con voz tonante que retumbó sobre el ruido de la tormenta.

Aunque las olas seguían precipitándose sobre el barco, la gitana y los dos estudiantes alcanzaron la escotilla y escucharon. Gritos de rabia llegaban desde la cabina donde estaba el gigante, acompañado por disparos de revólver.

—¿Es que se ha vuelto loco? —preguntó Carmelo—. En tal caso sería demasiado peligroso liberarlo, especialmente porque tiene un revólver.

—Si no tenemos un timonel, iremos todos a hacer una visita a Neptuno, visita por mí no deseada. No eres un hombre de mar —dijo Pedro.

—Soy un estudiante... Guitarrista, pero no marinero, aunque me encanta el mar.

—¿Qué hacemos?

—Intentar negociar —propuso Carmelo—. Si quiere subir, antes pactaremos.

Con el lado contrario del filo del hacha golpeó la puerta gritando al mismo tiempo:

—¡Eh, capitán Lizar!... ¿Está borracho o se ha vuelto loco?

Una horrible blasfemia fue la respuesta, seguida inmediatamente por un disparo de revolver.

—¡Señor!... —exclamó Pedro—. Si quiere salir con malas intenciones, le advierto que le dejaremos encerrado en su cabina hasta que el barco se hunda. Mientras tanto, sepa que todos los marineros han sido arrastrados por el mar y muertos, y que no hay ningún timonel a bordo para guiar la

nave.

—¿Los argelinos no están? —gritó el capitán.

—Ni siquiera uno. Todos se ahogaron.

—¿Y quién conduce mi Cabilia?

—Nadie, porque nosotros no somos marineros.

—¡Oh!... ¡Me había olvidado que tú eres ese guitarrista idiota y pordiosero, corriendo alrededor del mundo con tres reales en el bolsillo!

—Escuche, si sigue con este tono seguirá encerrado con la puerta clavada.

—Y tú. Irás a golpear la cabeza contra las rocas del Rif si no hay un hombre al timón.

—¡Capitán! —gritó Carmelo, estamos dispuestos a liberarle.

—¿Y mis cajas?...

—Algunas se han perdido; el daño no será grave para usted. Piense que será mejor salvar el pellejo.

—¡Abrir!... —tronó el gigante.

—¡Atrás señor! —dijo Pedro—. Tengo que advertirle que estamos preparados y los tres armados con máuseres.

—¡Que el diablo te lleve!... Las olas se han llevado parte de las armas.

—¡Por tu culpa!... No de los marineros.

—Ellos están muertos y yo me alegro. Cuatro sinvergüenzas menos. ¿Abres, sí o no?

—Sí, si promete comportarse —dijo Carmelo—, y dejar en paz su revólver.

Pedro usó el hacha, y con pocos golpes logró abrir la escotilla. Carmelo y la gitana habían preparado los fusiles, decididos a deshacerse del oso de mar, si intentaba abalanzarse sobre ellos.

—¡Ah! ¡Estáis ahí perros mendigos!... —gritó el Capitán, saltando de la escotilla con el revólver en la mano—. Ahora os mataré a todos sucesivamente y en mi barco no permaneceréis más.

—¡Alto bestia! —gritó Carmelo, poniendo junto a su nariz el cañón del máuser—. Aquí también hay un fusil que no hace caricias, ya lo sabes.

El capitán quedó como asombrado frente a los tres audaces que amenazaban seriamente con dispararle.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Quieres asesinarme?

—¡Si! Si no dirige el barco —respondió Carmelo con voz amenazante.

—No tengo ningún marinero... Necesito tener cuatro o cinco brazos para cuidar de las velas.

—Ocúpese del timón solamente.

—¿Y ustedes, mendigos, creen que van a salir vivos de esta tormenta?

—Lo esperamos —dijo Pedro—. ¡Vamos!, vaya a la barra del timón o disparamos.

Las tres armas se habían dirigido hacia el capitán, que tal vez no tenía más balas en el revólver, y este se alejó rápidamente, hacia el timón.

—Vamos a ver quién va a ser más fuerte, si la tormenta o yo...

Había dado un golpe poderoso al timón, haciendo dar un salto enorme al barco.

—¡A la cabina, muchachos!... —exclamó al momento—. No tenéis los pies de los marineros. ¡Abajo, abajo, antes de que os lleven las olas lejos! El barco, bajo la acción del timón fue dando terribles bordadas, a pesar de ser asaltado por enormes olas espumeantes.

Los estudiantes y los gitanos, obedeciendo al capitán, habían entrado en la cabina.

El Mediterráneo en ese momento estaba terrible. Los golpes de mar se sucedían continuamente y la tormenta era cada vez mayor, con

espantosos truenos, aullidos del viento y agudos silbidos.

Delante de las islas Chafarinas, el mar parecía que entonaba un aria al aire, como si una fuerza misteriosa desde el fondo del Mediterráneo se agitara. De vez en cuando, una ola aterradora rompía contra la cubierta del barco, destrozando todo lo que pillaba a su paso.

Carmelo y Pedro asomaron las cabezas, para darse cuenta de la situación.

A cuatro pasos de ellos, firme en la barra, estaba el gigante, tratando de salvar el buque, a pesar de que las olas se estrellaban violentamente contra el castillo de popa. Plantado sobre sus robustas piernas, con el pelo al viento, semidesnudo, pilotaba su barco, tratando de pasar por los acantilados de las islas Chafarinas, que estaban listos para destripar el pequeño velero.

—¿Será capaz este Dios del mar de llevarnos a la costa del Rif? —dijo Pedro.

—¡Dios del mar!... Tienes razón en llamarlo por este nombre. Nunca he visto un marinero tan valiente y decidido —dijo Carmelo—. Conseguirá hacernos atracar.

—Pedro, en las orillas del Rif la tormenta no es menos fuerte que aquí, y los desembarcos son tremendamente peligrosos.

—¿Has estado aquí entonces?

—Sí Pedro, el año pasado junto con un compañero. Pero fue un viaje corto, porque los contrabandistas que me llevaban fueron capturados por los españoles y colgados. Yo tuve mucho trabajo para sobrevivir. Estaban pensando en fusilarme, cuando los españoles, afectados más que nada por mi cuchara de madera y mi guitarra, prefirieron llevarme a Barcelona.

—Dónde tú pudiste demostrar fácilmente tu inocencia.

—Sí, y quedé libre.

—¿Y la tripulación?

—El capitán, como te dije, fue ahorcado; los marineros, casi todos catalanes, fueron condenados a no sé cuántos años de presidio bajo el

implacable sol africano.

—Entonces, ¿si la cañonera llega a apresarnos?...

—Tendríamos problemas y el capitán Lizar, podría quedar colgando de cualquier cuerda de su barco. Pero ¿a dónde ha ido esa cazadora de contrabandistas? ¿La ves tú?

—No, Pedro.

—¿Se habrá hundido?

—Puede haberse refugiado en cualquier puerto de las islas.

En aquel momento se oyó un disparo de cañón, seguido inmediatamente por un grito terrible y unas blasfemias.

Los dos estudiantes corrieron fuera de la cabina y no pudieron evitar un gesto de terror y compasión.

El capitán de la Cabilia estaba tumbado en el suelo junto a la rueda del timón, encogido y apretándose el pecho fuertemente con sus manos.

—¡Lo han matado!... —gritó Carmelo—. ¡Ah, que desgracia!... ¡Qué desgracia!...

El barco sin timonel, daba vueltas sobre sí mismo, como si fuese un gigante girando, luego enfiló hacia el oeste empujado por las olas y el viento que soplaban siempre impetuoso.

Janko y la gitana también habían salido al oír el grito lanzado por el gigante, que también había llegado a sus oídos.

—¿Muerto? —preguntó Zamora.

—Tiene un agujero aterrador en medio del pecho —dijo Janko—. Está echando sangre a chorros.

—¿Muerto por quién? —preguntó Zamora.

—Por un cañonazo que debe haber sido disparado desde la pequeña nave española —respondió Carmelo

—Y ahora también nos matarán a nosotros —dijo Janko.

El estudiante miró a lo lejos hacia la popa, y logró descubrir la cañonera, que luchaba desesperadamente contra las olas, tratando de internarse entre las islas.

—¡A la cabina!... —exclamó.

Al mismo tiempo, una ola monstruosa pasaba sobre el pobre capitán y lo arrojaba por la borda para servir de comida a los tiburones.

Los jóvenes y la gitana buscaron un pequeño hueco en la cubierta de la nave, donde no corrieran el riesgo de ser arrastrados por las olas.

—Creo —comentó Carmelo, que mantenía el coraje admirable de un viejo marino—, que en este momento toca morir en el fondo del Mediterráneo. Ahora no hay esperanza, con una nave tan destrozada y sin tripulación.

—Bueno amigo —dijo Pedro—. Ya que nuestras guitarras están inactivas, toquemos una pieza del Marqués de Santillana, para hacer las paces. Es más dulce morir entre notas musicales. Así parece que te vas al otro mundo sin mucha melancolía. ¿Te parece bien?

—¡Claro, amigo! He aquí mi guitarra, que está lista —dijo el joven, que estaba sentado en un saco lleno de galletas. Y empezó a tocar con gran furor.

Carmelo por un momento se había quedado sorprendido por ese desafío a la tormenta, y luego se había puesto a tocar la guitarra, cantando con su hermosa voz de tenor:

Moza tan tetona como una vaquera de la Finojosa.

En un verde prado de rosas y flores cuidando del ganado...

—¡Santo Dios!... —gritó en ese momento el cantante, dejando atrás la guitarra—. ¿Qué va a pasar?

—Me parece que nos vamos a ir al fondo —dijo Pedro.

El barco debía haber chocado contra unas rocas y el golpe había lanzado a los cuatro a un lado, con violencia extrema.

—Se abre la parte inferior —dijo Carmelo apresurándose en primer lugar a recogerla guitarra, milagrosamente intacta.

—Todavía no —dijo la gitana—. Me parece sin embargo, que el casco del barco se ha roto.

—A mí también —añadió Pedro, que también había salvado su instrumento—. ¿Tocamos, Carmelo?

—Realmente no siento en este momento ningún deseo, —dijo su amigo—. Y además con ese ese ruido infernal de la carga en la bodega. Nuestra música se perderá sin tener éxito alguno.

De hecho, en la pared que dividía la cabina de la carga, se oían ruidos impresionantes producidos por las cajas empujadas por las olas.

—Parece que se ha entablado una batalla entre las cajas. ¿Los españoles están preparados para el abordaje?

—Vamos a ver —dijo Carmelo, quien estaba empezando a preocuparse mucho.

Los dos estudiantes estaban a punto de subir por la escalera, para efectuar una exploración, sujetándose fuertemente con las manos a las barandillas, cuando parte de la separación que era de madera cedió, y una ola de color amarillento, invadió el espacio que ocupaban.

—¡Estamos perdidos!... —gritaron todos a una sola voz.

La ola, durante medio minuto se enseñoreó de la cabina, precipitándose luego hacia abajo después de haber empapado a todos.

—¿Estoy todavía vivo o ahogado? —dijo Carmelo quien temía por la vida de la gitana.

—Si hablas otra vez, me parece a mí que esto significa que tus pulmones no han dejado aún de funcionar —dijo Pedro, después de haberse sacudido el agua.

—¡A cubierta amigos!... —gritó Carmelo—. Estaremos más seguros allí que aquí.

—¿Y las olas que barren el puente no cuentan, señor? —dijo Janko.

—Si quieres quedarte, eres muy libre de hacerlo —le dijo el estudiante—. Te advierto que el agua de mar, además de ser salada, también es amarga.

—¡Me quedo!... —dijo el gitano.

—Y nosotros nos vamos dijeron los dos estudiantes.

—Pero Zamora permanecerá aquí.

—No tienes obligación de mantener tu promesa —dijo la gitana mientras que los dos estudiantes subían a la cubierta—. Soy libre.

—¡El jefe de la tribu te ha confiado a mí!... —dijo Janko.

—No está aquí, y nadie le va a decir que no he obedecido las órdenes de Janko.

—¡No me dejes!... —grito el gitano—. Te amo, y si tengo que morir, quiero morir completamente abrazado a ti, Zamora.

—Yo no he hecho ningún trato contigo —dijo a Janko la gitana, con voz airada—. Y no he dicho que te ame.

—Por qué tu corazón late por Carmelo.

—¡Ah, bah!... ¡estás equivocado!...

Un odio terrible centelleó en los ojos negro azabache del gitano.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó Zamora, que le observaba atentamente.

—Tú lo sabrás algún día —dijo el gitano, con los dientes apretados.

El estrépito de otra ola les animó a que se lanzaran hacia la escalera para no sufrir otro baño.

Carmelo y Pedro ya estaban en el alcázar y hablaban animadamente. La tormenta rugía furiosa, pero el barco no se movía. Debía haber encallado entre dos rocas que lo sostenían firmemente, evitando que navegara.

Un gran desorden reinaba en la cubierta. Había caído el trinquete y del bauprés solo quedaba un trozo. Todo había sido roto por las olas y a través de las heridas se veían desechos de todo tipo. Tres millas al oeste se alzaba la majestuosa costa del Rif, sin entrantes, cortada a pico casi hasta la cima, con una gran plataforma rocosa en la base. La furia de las aguas contra ese gran obstáculo rebotaba hasta alturas extraordinarias y con tanta violencia, que en algunos momentos sonaba como disparos.

—Pedro —dijo, dirigiéndose a los tres compañeros—. ¡Nuestro viaje ha terminado!...

—El barco está destrozado —dijo Carmelo—. Podría haber ido a romperse en la costa del Rif. Allí al menos podríamos tocar algo ¿no es cierto, Pedro?

—Sí, antes de ser barridos por las altas olas —dijo Pedro—. ¿No ves la furia del agua allí?

—El mar rompe terriblemente.

—¿Y ahora que va a ser de nosotros?

Zamora dijo:

—Creéis que vamos a terminar en el fondo del Mediterráneo, pero estáis engañados... ¡Bah!... ¡Creer en las profecías de una gitana!

—¿No moriremos? —dijo Pedro.

—Hay algún Dios de los gitanos que nos protege. Le halagaré haciendo una buena elección entre lo mejor de mi repertorio. Tengo que encontrar el talismán.

—Y así llegaremos hasta las orillas del Rif —dijo Pedro—. ¿Crees tu Carmelo?

—A veces los gitanos son adivinos —respondió el estudiante—. Creo que nuestra situación es casi desesperada. Si la tormenta no se calma, no se salvará ni el barco ni una caja de rifles. ¡Menuda bobada hizo el capitán Lizar!... Ir a pasar sus armas de contrabando ahora.

—Ha muerto y probablemente ha sido devorado por un tiburón. Ya no se preocupará más.

—Así que ahora somos nosotros los dueños de la carga —dijo Janko.

—Particularmente, yo renuncio. Quédesela usted —dijo Pedro—. Nunca he hecho de contrabandista y no tengo amistades entre los moros...

El barco, que por algún tiempo permaneció inmóvil o casi, entre una doble fila de escolleras, oponía una tenaz resistencia a las ondas de choque de las olas con sus costados amplios y robustos, pero de repente se había levantado sobre sí mismo.

—¡Flotamos!... ¡Flotamos!... —gritaron los estudiantes.

—Te dije que no nos iríamos al fondo, y que algún día encontraré el talismán de los gitanos —dijo.

—Todavía no hemos desembarcado en el Rif —observó Janko—. El talismán está aún muy lejos.

—Lo encontraremos —respondió Carmelo.

—¿Por qué entra usted en este asunto que concierne sólo a los gitanos y no a los estudiantes españoles?

—Se vuelve usted aburrido, y me veré obligado a darle una dura lección.

—¿A mí? —gritó el gitano.

Janko, saltó hacia atrás cogiendo la navaja a la gitana.

—¡Déjale!... —exclamó Pedro, cogiendo un rifle—. Ahora no es el momento.

—¡Devuélveme mi arma!... —dijo Zamora, empujando valientemente al joven gitano.

—¡Es mía!...

—¡La quiero!...

El gitano vaciló un momento y luego arrojó el arma, mientras quedas

lágrimas calientes resbalaron de sus ojos.

—Ya se tranquilizó el joven lobo del Guadarrama —añadió Pedro—. Pero estemos en guardia, sabiendo que los gitanos, especialmente aquellos que viven en España, son vengativos y traicioneros.

—¡Amigos! —gritó Carmelo—. ¡Todos al timón! Tratemos de dar una dirección a este desecho...

—¡Se hará pedazos! —exclamo Janko.

—Para nosotros sería terrible, amigo.

Los dos estudiantes y la gitana se refugiaron en el Alcázar. Janko quedó en medio de la cubierta, aferrado a una cuerda que colgaba desde el mástil, mientras las olas continuaban atacando a la desgraciada embarcación.

La rueda del timón rompió el freno, golpeando y destrozando las tablas de popa como una catapulta. El barco parecía ir corriendo directamente hacia una destrucción segura.

Pedro miró a Carmelo con gesto de preocupación.

Y poco después, los dos jóvenes, sentados en la escalera del puente tocaban y cantaban otras piezas del Marqués de Santillana.

Querían morir entre el dulce sonido de las guitarras.

CAPÍTULO III. LA COSTA DEL RIF

La diosa de la fortuna protegía a la Cabilia. Cualquier otro buque, se habría destrozado y estaría ya reposando en las profundidades del mar. Sin embargo, continuaba su carrera loca, arrastrando el trinquete y dando saltos terribles. Las amuras estaban destrozadas, resultando insuficientes para proteger la cubierta de los furiosos ataques de las olas.

Una inmensa multitud de aves marinas, lanzaban gritos estridentes y revoloteaban sobre las cabezas de los náufragos.

Carmelo dejó la guitarra.

—Es suficiente Pedro, hemos cantado bastante a Neptuno y como puedes ver, no hemos conseguido calmarlo.

—Pero por un inexplicable misterio, este barco continúa a flote —dijo Pedro dejando también su instrumento.

—Pero ¿sabes qué va a pasar cuando la bodega se llene de agua?

—Lo adivino, la Cabilia se hundirá.

—Carmelo, somos dos estúpidos.

—¿Qué quieres decir? Si hubieras pronunciado esta frase en la Universidad de Salamanca, me habría visto obligado a desafiarte.

—¿Con una copa de Jerez? Ahora nos hemos convertido en burgueses y los magníficos duelos a navaja de antaño, han desaparecido de la Universidad.

—Pienso que en lugar de bromear, haríamos mejor en pensar en nuestra salvación... Caramba, somos demasiado jóvenes para morir, y además tienes que ayudar a buscar el famoso talismán del primer rey gitano, según dijiste.

—¿No ves, Pedro, que no hay ni siquiera un bote salvavidas?

—No estoy ciego.

—¿Y entonces que podemos hacer?

—¿Y si construyésemos una balsa? —propuso de Pedro.

—¡Hum!... demasiado complicado —dijo Carmelo. ¿Cómo iniciar su construcción con este mar tan encrespado? Y si por lo menos, aún estuviera el capitán Lizar...

—¡Oh!, estará en el estómago de algún enorme tiburón.

—Pues entonces, como puedes ver, hay que esperar el naufragio, o el choque con la costa del Rif. Parece que nos acercamos a ella. No sé lo que hace esta nave. Incluso sin vela navega mejor que una torpedera.

—Es el diablo que la dirige —dijo Pedro.

Se levantó, y observó la costa africana, que parecía por un extraño efecto óptico, chocar contra la Cabilia. La oscuridad desaparecía poco a poco y una tenue claridad se extendía lentamente entre las enormes capas de nubes que llenaban el horizonte oriental.

—Mira como el mar se estrella furiosamente contra las rocas —dijo Pedro volviéndose hacia Carmelo—. Este buque, si no se hunde antes de llegar allí, chocará contra la costa y solo Dios sabe la suerte que correremos.

—Cuándo veamos que el choque es inminente, debemos refugiarnos en la bodega.

—¿Y correr el riesgo de morir ahogados?

—¡Quién sabe!...

—En pocas palabras, poco podemos hacer.

—Absolutamente nada Pedro. Dejemos que el barco corra hacia su destino.

Estaba sentado cerca de Zamora, la cual no mostraba ningún temor y la miraba fijamente a los ojos.

—¿No tiene miedo a morir?

—Contigo no —respondió la gitana.

—¿Y Janko?

Zamora se encogió de hombros y su boquita esbozó una sonrisa de desprecio.

—Un traidor, que el jefe de la tribu ha enviado para evitar que encuentre el talismán.

—¡Cuidado!, ¿sabes que ha estado en el Rif?

—Sospechosamente, el año pasado dejó España, y entre los gitanos se rumoreó que le habían enviado a África.

—¿Qué vino a hacer?

—Buscar el talismán

—Pero no sabía el lugar en donde estaba.

—Lo sé, porque el secreto se ha guardado celosamente en España.

—Y ese pañuelo de seda antiguo, que creo que he descifrado, ahora se encuentra en mi pecho —dijo Carmelo.

—¡La costa!... —gritó en aquel momento Pedro—. ¡Preparémonos para el golpe!

Todos se levantaron, incluso Janko.

La nave se aproximaba a la costa con una velocidad alarmante, siempre seguida por bandadas de aves. Daba enormes saltos e iba perdiendo cajas de la carga, por las heridas abiertas en los costados.

—¿Qué debemos hacer? —dijo Pedro, que estaba asustado, y parecía que incluso se había olvidado de su guitarra.

—Refugiarnos en la bodega —respondió Carmelo, agarrando por un brazo a la gitana.

Cruzaron la cubierta y se detuvieron ante la escotilla abierta. Un ruido espeluznante salía desde el fondo. Se escuchaba como el agua penetraba a borbotones.

—¿No estaremos también perdidos nosotros?

—¡Mantengámonos firmes!, y esperemos el impacto —dijo Carmelo.

La bodega presentaba un horrible espectáculo, capaz de asustar a los más valientes marineros del mundo.

De abajo a arriba, de vez en cuando una ola mugiente se elevaba con un estruendo ensordecedor. Las cajas de armas y municiones, subían y bajaban enloquecidamente.

Los cuatro jóvenes, después de una breve vacilación, permanecían agarrados a la escalera. Ya habían observado que la ola que se introducía a través de los boquetes, no llegaba a lo alto de esta, con lo cual, no había de momento peligro de ahogarse.

Bajaron cinco o seis pasos, agarrándose mutuamente, y formaron un solo grupo para estar dispuestos a ayudarse.

—Zamora —dijo Carmelo con voz conmovida. ¿No tienes miedo?

—¡No!, señor.

—Los gitanos tenéis la sangre caliente. Nunca he sido un cobarde. Sin embargo, en este momento, tiemblo como si tuviera fiebre.

La llegada de una ola impidió a los cuatro jóvenes continuar el diálogo.

El ruido en la bodega era cada vez más alarmante. El agua entraba y salía escapando a través de los orificios.

Carmelo, se mantenía junto a Pedro, agarrados desesperadamente a un paso de Janko.

—¿Cuándo llegará esto a su fin, y podremos volver a tocar nuestras guitarras?

—¡Nunca más camarada! Nos será más útil un rifle para salvar nuestras

vidas.

—¿Nos quedará mucha distancia hasta la costa? Cuando pienso en el golpe que va a suceder, se me congela toda la sangre, y nunca he sido un cobarde.

—Creo que estamos cerca y debemos agarrarnos fuerte para mantenernos sujetos a la escalera y no caer en la bodega —dijo Carmelo.

—Porque nadie sobreviviría.

—¿Y no sería mejor permanecer en la cubierta? —dijo Pedro a Carmelo.

—¿No oyes cómo las olas barren la cubierta? Inmediatamente seríamos arrastrados. Me siento débil, pensando en el gran impacto. ¡He aquí una ola que viene!

—Espero que no venga a por nosotros.

La bodega se había convertido en un pandemonio.

—¿Qué quieres decir con esto? —dijo Carmelo.

—La ola se ha retirado de inmediato —dijo Pedro—. ¿Ya estamos varados en la costa?

—¿Sin un golpe?

—¿Cómo explicas este misterio?

—¡Cuidado!... —exclamó Janko.

El barco dio un salto enorme, como si quisiera dejar el mar para llegar a las nubes.

Estuvo casi medio minuto suspendido entre el cielo y el agua. Luego cayó.

Se escuchó un estruendo horrible, aterrador. Y los cuatro supervivientes, vieron con terror, abrirse los flancos de la desgraciada nave.

Aunque el impacto fue tremendo, ninguno había soltado la escalera y había caído en la bodega, invadida ahora desde todos los lados por las olas.

—¡Subid!... —gritó Carmelo.

Ayudándose unos a otros y cuidando bien donde ponían los pies, los cuatro náufragos saltaron sobre cubierta.

El barco, como todo el mundo predijo, había ido a estrellarse entre dos rocas que había frente a la costa y que le sostenían firmemente, a pesar de las acometidas de las olas.

A doscientos metros, estaba la costa del Rif.

—Algún Santo, nos protegió —dijo Pedro—. Yo no daba una peseta por mi piel. El barco está en un estado lamentable, pero todavía estamos vivos y lo más importante: aún tenemos nuestras guitarras.

—Como puedes ver, tenía razón al profetizar la gitana.

—Sí, señor.

—Entonces, todo está bien.

Carmelo y Janko buscaban maneras de bajar a la costa, sin dejarse llevar por las olas.

—¿Qué tal Carmelo?... —preguntó Pedro.

—Podría ser peor —contestó el joven.

—¿Se puede descender?

—El mar sigue muy agitado y además veo cerca de la playa unas bestias feas que parecen esperar a cenar.

—¿Tiburones?

—¡No!, parecen peces luna.

—No serán peligrosos.

—Estás equivocado, amigo. Los peces luna alcanzan hasta dos toneladas de peso.

—Yo sé —dijo Zamora— que dan una carne despreciada por todos los pescadores costeros.

—Voy a ver —dijo Pedro.

Esperó que una ola atravesara la cubierta del buque desvencijado y subió rápidamente al castillo de proa, aferrándose fuertemente a las cuerdas del bauprés.

Ocho peces monstruosos, muy gordos, con bocas enormes, merodeaban alrededor de la nave.

—¿Quieren nuestras guitarras? —preguntó Pedro.

—Nuestra carne querido —dijo Carmelo, que había llegado.

—Por el momento, no pasará a sus estómagos.

—¡El barco está destrozado!

—Pero...

—¿No tenemos armas y municiones en cantidades grandes?

—Todavía hay cientos de cofres en la bodega.

—¿Quién los cogerá con estas olas?

—¿Y nuestros cuatro rifles y navajas, que dejamos en el camarote del capitán para hacer frente a ese bruto? —dijo la gitana, que también había sido capaz de llegar a donde se encontraban.

—A veces una mujer vale más que tres hombres juntos —dijo Pedro.

—Vamos a fusilarlos y verás que saltos darán esas bestias cuando prueben el plomo.

Habían bajado nuevamente al castillo de proa. Viendo que no llegaba ninguna ola, Carmelo corrió hacia la cámara.

Medio minuto más tarde, milagrosamente escapado, volvió llevando armas y cartuchos.

—¡A la caza de animales de mar!... —exclamó Pedro.

—¡Vamos a intentarlo! ¿Sabes disparar, Zamora?

—Como un experimentado cazador —respondió la bella gitana con cierto orgullo—. Difícilmente podría competir conmigo otra mujer, ¿no es cierto, Janko?

—No lo sé —respondió secamente el gitano.

Pedro distribuyó armas y municiones. Sin embargo, Carmelo le dijo:

—Controla a ese granuja cuidadosamente. Un tiro se escapa fácilmente, sin saber a quién dar las gracias.

Todos se colocaron en el extremo del castillo de proa y como el barco estaba encajado entre las rocas, no iba a ser difícil abrir un fuego infernal contra aquellos monstruos gigantescos situados a los lados de la pequeña nave.

La gitana fue la primera en disparar.

Un pez luna, recibió un balazo en mitad de la cabeza. Dio un gran salto, lanzando un ronco suspiro parecido al sonido del trueno en la distancia. Entonces, una ola lo arrastró y lo golpeó contra los acantilados, destrozándolo.

—¡Disparas extraordinariamente!... exclamó Carmelo. —Como un hombre e incluso mejor.

—¡Y esto no es nada! —dijo la gitana, preparándose para disparar otra vez—. Apago una vela, a una distancia de trescientos pasos y aún más. ¿No es cierto, Janko?

—Sí, siempre has sido la mejor de la tribu —dijo el joven con tono agrio.

—Entonces, vamos a continuar con la música —dijo Carmelo—. Prefiero escuchar nuestras guitarras, pero eso lo haremos más adelante, cuando estemos en tierra... Amigos, ¡plantémosles batalla!... Y los ojos bien abiertos Pedro.

—Sin perderle de vista.

Se colocaron a un lado del castillo de proa, que por un verdadero milagro no había sido destruido y reanudaron el fuego.

Pedro, se había colocado detrás de Janko y espiaba cada movimiento de este.

Los peces luna, llenos de plomo y sacudidos por las olas, estaban a punto de abandonar los alrededores del barco, cuando se hizo eco un grito: ¡¡miserable!!...

Todo el mundo se volvió, y vieron a Janko tendido sobre las tablas, con Pedro encima amenazándole con la culata del rifle.

—¡¡Miserable!!... repitió el estudiante. —¡Tu intentabas cometer un asesinato!...

—¡No, señor! —respondió el gitano, tratando de levantarse.

—¡He visto como apuntabas a Carmelo, en lugar de a los peces!

—¿Hay un traidor entre nosotros? —gritó Zamora, avanzando hacia el joven que luchaba desesperadamente contra la presión del estudiante—. ¿Querías volarle el cráneo de un tiro?

—¡Canalla!... —gritó Carmelo. —La carne de un traidor será más succulenta para esos cabrones de peces.

Pedro había agarrado al gitano y lo había levantado hasta la amura para arrojarlo al mar, cuando intervino la gitana.

—No elimine a este hombre, que más tarde en la meseta del Rif, prestará un valioso servicio porque conoce bien el terreno.

Pedro dijo:

—Sus habilidades serán peligrosas para nosotros.

—Caballeros... —declaró el gitano, que se había librado de las manos de los dos estudiantes—. Les aseguro que se han engañado. Estaba apuntando a un pez, cuando usted, señor Carmelo, se ha colocado delante, en el momento en que iba a disparar. Si hubiera querido matar a

ambos con esta arma, habría sido muy fácil para un tirador como yo.

—¿Habrás visto mal, Pedro? —dijo Carmelo—. El vapor de las olas no permitía observar muy bien.

—¡Tal vez!, aunque sigo dudando.

—Pues entonces, no hablemos más de este asunto —dijo la gitana—. Creo que mejor deberíamos intentar abandonar el barco antes que se desguace completamente.

La pequeña nave, encajada entre las rocas, daba miedo. Mugidos y ruidos ensordecedores ante los envites del agua que no cesaban. Si los náufragos permanecían en aquella chatarra, corrían el riesgo de ser arrastrados en cualquier momento. Era inminente, desembarcar en la costa.

—¡Vamos! —dijo Carmelo cogiendo su guitarra—. Busquemos tierra firme, a salvo de los ataques del Mediterráneo. Veo una gran cantidad de cuevas marinas entre los acantilados de la costa. Vamos a tomar posesión de una de ellas.

—¿Y la comida?

—En la costa. ¿No ves muchos cajones y barriles correr alocadamente, esparciendo no sólo fusiles y municiones?

—¡Vamos, Carmelo! Este cascarón no puede resistir más tiempo.

—¿Las rocas nos permiten descender?

—Sí, si esperamos que pase la ola.

Pedro cogió una lámpara que estaba casi llena de aceite, pasó por el hombro las correas de la guitarra y el máuser y se preparó a saltar sobre las rocas, porque la cubierta del barco comenzaba a abrirse con un terrible crepitar.

Los cuatro supervivientes se reunieron en el castillo, y observaron cuidadosamente las rocas y las olas que barrían la costa sin interrupción.

—No va a ser fácil dejar este cascarón —dijo Pedro.

—¿Cómo qué no? —respondió Carmelo.

—¡Caeremos sobre las rocas!, que son golpeadas constantemente por las olas.

—Nos agarraremos a las cuerdas del bauprés. ¿Usted será capaz de seguirnos, Zamora?

—No penséis en mi señor, valgo como un hombre.

—Para mí el honor de ser el primero —dijo Pedro.

Aseguró la linterna, la guitarra y el rifle y alcanzó una cuerda que tenía desprendido un cabo y el otro fijo al palo.

—¡Nos reuniremos a cenar en una de esas cuevas!, —añadió alegremente el joven.

Esperó que la ola hubiera pasado, entonces bajó rápidamente a las rocas y comenzó a correr desesperadamente hacia la costa. Parecía una ardilla perseguida por una horda de perros o por cazadores.

En menos de un minuto, antes del regreso de la terrible resaca, cruzó dando saltos la plataforma de rocas y se colocó frente a una cueva marina que parecía ser muy amplia.

—¡Tú ahora! —le dijo Carmelo a Zamora.

La gitana no se hizo repetir dos veces la orden. Dotada de poderosos músculos pudo completar felizmente su travesía. Por algún milagro, había escapado a una enorme ola y llegó a la cueva marina ocupada por el estudiante.

—¡Ahora tu Janko! —exclamó Carmelo, cuyo corazón había latido fuertemente.

—Lo antes posible señor —respondió el gitano—. Sin embargo, queda algo por hacer todavía sobre este desecho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el estudiante mirando con recelo.

—Me gustaría hacer estallar la carga de Cabilia. Para privar a los moros

de muchas armas y municiones que van contra mis compatriotas.

—Hay sin embargo un peligro.

—¿Volar con la carga? Prepararemos una mecha muy larga.

—No es ese el peligro. Los rifeños de la meseta, alarmados por el estruendo producido por la explosión de las municiones, podrían venir pronto a por nosotros.

—¡Como usted quiera! —dijo Janko, con voz un poco enojada—. Pensé que le importaban sus compatriotas.

—No tengo trato con ellos. Se defenderán a sí mismos y no creo que lleven la peor parte en la guerra que está a punto de comenzar otra vez... ¡Bajemos!

—Pase delante de mí, señor.

—Para recibir a traición una bala de tu rifle en mi cuerpo. No confío en casi ninguno de ustedes, amigo.

—¿Y si yo quisiera quedarme aquí? Como puede ver, el Cabilia ahora no corre ningún peligro, mientras que en tierra, los encontraremos a cada paso.

Carmelo le apuntó con la pistola al pecho. Janko se puso horrorosamente pálido, y por un tiempo parecía que se rebelaría contra esa orden. Luego subió a la amura, se agarró a la cuerda y descendió a su vez a las rocas, corriendo hacia la cueva.

—No hay que confiar en este pícaro —murmuró Carmelo—. Me temo que habrá serios problemas. No quiere que encontremos el talismán del rey de los gitanos. No sabemos exactamente dónde está, pero algún día lo encontraremos.

La Cabilia, aunque destripada, y encajada la bodega entre dos rocas, no podía durar mucho tiempo. Las olas la embestían con extrema violencia, rebotando en el alcázar, ahora ya destruido. Cabeceaba contra las rocas, y no era prudente permanecer más tiempo sobre ella.

Carmelo vio como Janko había llegado donde estaban Pedro y la gitana.

Se agarró a la cuerda, observando cuidadosamente la llegada de las olas. Descendió felizmente y corrió hacia donde se encontraban sus compañeros, perseguido por una ola enorme, que avanzaba mugiendo siniestramente.

Los supervivientes se habían reunido ante una grieta de la roca que se sospechaba era una cueva.

—Entremos en la cueva, porque detrás de esta grieta debe haber un refugio inaccesible a las olas.

—Una cueva llena de algas marinas y.....huelo el tufo de las bestias salvajes —dijo Pedro.

—¿Habrá animales salvajes aquí?

—No puedo decírtelo, pero no sería algo que me sorprendiera.

—No estamos en España.

—Somos buenos tiradores y tenemos rifles. Vamos a tomar posesión de nuestro Palacio de África.

—¡Bonito palacio!... Ya verás, Carmelo...

La grieta era de tres metros de largo y dos de alto y dentro se escuchaba un ruido sordo, como si cayera agua en algún lugar sobre las rocas.

—¿Será habitable? —dijo Carmelo, que había encendido el gran farol de la Cabilia.

—Debe haber ríos subterráneos —dijo Pedro. Penetró y encontró el suelo de la caverna seca—. No estoy seguro, pero creo que aquí huele a fiera.

Carmelo levantó la linterna y los supervivientes tomaron posesión de su palacio de África.

Era una cueva muy grande, con todo el suelo cubierto por una gruesa capa de algas secas, y que parecía tener, en alguna parte otra apertura.

—Es verdad que aquí huele a fiera —dijo Carmelo, mientras sus compañeros temiendo cualquier mala sorpresa, mantenían preparadas sus

armas—. Creo que no vamos a estar bien aquí.

—Puesto que las olas parecen calmarse, deberíamos tratar de recuperar algunas cajas y barriles de las que se ven esparcidas y especialmente aquellos que contengan alimentos. Daremos preferencia a los barriles, que generalmente están llenos de frutos secos y galletas... ¡Amigos, no perdáis tiempo!...

CAPÍTULO IV. LA CUEVA DE LOS LEONES

Los supervivientes estaban a punto de traspasar la grieta, cuando un grito imperioso de Janko, los detuvo.

—¡Tened los fusiles preparados!

—¿Hay moros? —preguntó Pedro.

—¡No, señor! —contestó el gitano—. Hemos elegido un refugio pésimo: esta cueva es una guarida de leones.

—¿Estás seguro muchacho?

—Yo he estado en el Rif.

—Ejerciendo de bandido o buscando el talismán de los gitanos, que te daría derecho de ser el jefe —dijo con ironía.

—Eso no le importa a usted, señor. Le digo que pronto tendremos que lidiar con bestias feroces.

—¿Panteras?

—¡No! Se trata de leones.

—¿Cómo lo sabes?... ¿predicción gitana?

—Remueve esta capa de algas secas, y debajo encontrarás los cachorros.

Apareció Pedro, cargando el arma precipitadamente.

—El asunto se convierte en serio. ¿Y si nos refugiáramos en el barco?, puesto que aún se mantiene, aunque en ruinas.

—Prefiero quedarme aquí y dar batalla —respondió Carmelo—. Quizás Janko se ha engañado.

—¡No!, señor; escuchad atentamente.

El estudiante dio unos pasos adelante pisoteando la gruesa capa de algas, llevando el rifle preparado, y escuchó leves suspiros entre las plantas marinas.

—Parece que hay algunos gatos que ronronean —dijo Pedro, que le había acompañado, para ayudarlo.

El gitano no se había movido de la entrada de la cueva, listo para huir.

—Pedro —dijo Carmelo—. ¿Qué debemos hacer? ¿Dejarnos devorar como chuletas de cerdo?

—¡No!... Prometimos solemnemente a Zamora ayudarla a encontrar el tótem, sin el cual no podría convertirse en reina de los gitanos.

—Aún no sabemos la historia de ese talismán tan necesario para los gitanos; de hecho, no sé para qué vino a estas costas de bandidos e infestadas de bestias salvajes.

—No es el momento de explicar esto, Pedro. Te prometo que lo contaré todo. ¿Escucháis como ronronean los cachorros? Deben estar cómodos en medio de todas esas algas secas.

—¿Dónde estarán sus padres?

—Sin duda de caza —dijo Carmelo.

—Pues esta noche tendremos una indeseable visita.

—Desgraciadamente, y tendremos que emplearnos a fondo para combatir a leonas y leones.

—¡Ah, mis pobres piernas!...

—Como esas bestias no están aquí todavía —dijo la gitana—. Vayamos a por cajas y barriles. Las olas no son muy fuertes.

—¿Y si los padres de los cachorros nos sorprende en la costa? —preguntó Pedro.

—Nos refugiaríamos en la Cabilia —respondió Carmelo—. Tal vez hemos

perdido demasiado tiempo.

—Confieso que siento latir mi corazón —dijo Zamora—. Si usted pudiera domar a esas bestias con una serenata. Siempre he escuchado decir que todos los animales salvajes aman la música.

—Por ahora, confío más en mi máuser —respondió Carmelo—. ¡Vamos!, mientras duermen los gatitos y sus padres están fuera.

Los dos estudiantes se olvidaron de sus guitarras, tomaron las armas y salieron, seguidos de la gitana y Janko.

Toda la playa se encontraba cubierta de cajas y barriles, aun faltando todas las que fueron arrojadas por la borda antes del naufragio. El palo mayor de la Cabilia amenazaba con seguir el ejemplo del trinquete. Cada embestida de las olas, balanceaba la nave. Ya había perdido amuras y casi todo aquello que formó parte de la cubierta y se mantenía entre las rocas por un milagro.

—Cuatro cajas y dos o tres barriles nos valdrán para cerrar la entrada de la cueva —dijo Carmelo.

Avanzaron por la plataforma rocosa, aprovechando que la furia de las olas se había calmado un poco y se afanaron en el trabajo, mirando recelosamente alrededor, por temor a ser sorprendidos por los leones, que podían encontrarse quizás no muy lejos de la cueva.

Ya habían llevado a la entrada cuatro cajas llenas de munición y tres barriles que se suponía contenían alimentos, cuando Janko, que se encontraba junto a los restos de la Cabilia, escucho gritos desesperados desde la entrada de la cueva:

—¡Ven!... ¡Ven...! ¡Pronto!

—¿Qué ocurre? —preguntó a los dos estudiantes y la gitana, que estaban rodando el último barril.

—¡Los leones!... ¡Los leones!...

—¡Date prisa! —le dijo Zamora.

El joven, ágil como todos los gitanos, echó a correr a través de la

plataforma de rocas y entró en la cueva, donde los estudiantes y la gitana le esperaban asustados.

—¿Cuántos son? —dijo Carmelo.

—Dos hembras y dos machos —contestó el joven—. Vienen por la plataforma dirigiéndose hacia aquí.

—¡Cuatro!... ¡Son cuatro!...

—¡Sí!

—¡Hagamos una barricada con las cajas en la entrada de la cueva!...

Ya habían acumulado los cajones y barriles, cuando vieron escapar pasándoles junto a las piernas dos cachorrillos de león, que debían haberse percatado del regreso de sus padres. Sin embargo, no debían ser los únicos.

Fue tan rápido, que ni los estudiantes ni los gitanos fueron capaces de evitar que se escaparan. Pasaron velozmente por debajo de los barriles y desaparecieron en las dunas de arena. Casi de inmediato, fuera, se escucharon tremendos rugidos.

—¡Los leones nos han visto! Pedro. ¡Y los cachorros han huido!... Nuestro primer desembarco en la costa de África amenaza con hacernos pasar un mal cuarto de hora.

—¿Tienes la guitarra? —dijo Carmelo—. Detrás de las cajas podemos intentar disfrutar de la música.

—¡Oh!... ¡Oh!... ¡Otro rugido!... ¿Qué vamos a hacer?

—Sabes, esta nota tan formidable no existe en la música.

—¿Crees tú, mi amigo, que los leones tienen la intención de entrar en esta cueva y cenar con nuestra carne?

—Estoy convencido —dijo Pedro.

—Al atardecer ya no estamos vivos —dijo Zamora.

—Tal vez, si no hacemos milagros con nuestros máuser, querida.

—Estáis listos para disparar.

—Sí, Pedro... ¿Y esos gatitos donde huyeron?

—Corrieron a reunirse con sus padres.

—Para compartir la comida tan pronto como les sea posible.

—Tal vez.

—¡Que hermoso!...

Se situaron detrás de la barricada que, teniendo amplios huecos, permitían mirar afuera.

Zamora mientras tanto, como medida de precaución, había apagado la lámpara, para que después no carecieran de la luz.

Los cachorros que habían escapado, estaban fuera, escarbando a poca distancia de la barricada, como dos gatos buenos, saltando, jugando, mordiéndose y lamiéndose. No se alejaban mucho de la cueva en la que estaban acostumbrados a pasar las noches, y cuando sus padres dejaban oír su potente rugido, se plantaban sobre sus patas, como si se preparan para atacar.

—Tendremos que lidiar con los grandes y también con los cachorros —dijo Pedro, que no los perdía de vista un momento.

Carmelo dijo:

—No podrán mover estas cajas tan pesadas.

Un tercer y más formidable rugido, resonó en aquel momento. De pronto, un magnífico león, que tenía una espesa melena como todos los del Atlas, apareció ante la entrada de la cueva, dando saltos de tres a cuatro metros. Era un animal capaz de hacer frente a un bisonte sin correr ningún peligro.

—¡Eh! aquí un blanco excelente para probar —dijo Carmelo—. ¿Quién quiere disparar primero?

—¡Yo! —dijo la gitana, acercándose con su máuser a los dos jóvenes.

—¡Cuidado!... Zamora, las cajas están llenas de cartuchos, y corremos el peligro de saltar por los aires. Y entonces adiós al talismán.

—¿Puedes disparar al león tú también Janko? —dijo la joven gitana.

—En cualquier momento.

—Que Pedro se mantenga preparado. Por ahora no le necesitamos.

—¡Por ahora!... ¡Tienes razón!... —exclamó Janko—. Espera hasta que llegamos a la meseta de Rif, y ya veremos lo que pasa con la *bruja de los vientos*.

—¡Cómo!... Serás el protector —exclamo Carmelo.

—No sé —respondió secamente el joven—. ¿Quién disparará entonces?

—Déjame este honor —dijo la gitana.

—¿No confías en mí? —dijo Janko.

—Sé que eres valiente y tendrás la oportunidad de realizar algún buen disparo.

El león mientras se acercaba, agitando su melena majestuosa y emitiendo ocasionalmente sordos rugidos. Miró atentamente hacia la entrada de la cueva con ojos llameantes, convencido de que sus presas estaban encerradas allí.

—¡Zamora! —dijo Carmelo—. No permita que esa bestia se acerque a la barricada. Los leones tienen mucha fuerza, incluso para mover algún cajón.

—No lo perdáis de vista.

—No olvides —señaló Pedro—, que tienes que darle en la cabeza. Es difícil abatir a estos señores del desierto. Así al menos, lo dejó escrito Gerard, el famoso cazador de leones, quien liberó a Argelia de la mitad de esos terribles merodeadores... ¡Ah!... Mira Carmelo. ¡El león tiene compañía!...

Una hermosa leona, había aparecido en aquel momento acorta distancia del macho.

—¡Dispara Zamora! —dijo Pedro.

La gitana apuntó, conteniendo el aliento. De pronto, se escuchó una detonación que retumbó haciendo eco dentro de la cueva.

El león, que estaba sólo a doscientos pasos de la entrada, dio un gran salto. Entonces empezó a correr como un loco, hasta que cayó, emitiendo un último rugido más formidable, que hizo temblar hasta las paredes de la cueva.

—¡Buen tiro!... —exclamó Pedro—. ¡Le has fulminado!... ¿Quién te enseñó a tirar tan maravillosamente, Zamora?

—Un valiente —respondió la gitana.

—¡Atentos a los demás!... —exclamó Janko.

Otro león, no menos grande que el que acababa de caer, apareció en la plataforma, seguido de dos hembras.

—¡Cuidado!... —dijo Carmelo.

El león y las leonas se detuvieron un momento ante el muerto y en seguida, los tres se acercaron a la cueva. Dieron unos saltos extraordinarios y se plantaron delante rugiendo ferozmente.

—¡Fuego!... —gritó Carmelo.

Los náufragos comenzaron el tiroteo, sin ser capaz de detener a los tres terribles animales, que resultaban blancos muy difíciles, al no parar de dar tremendos saltos.

—¿Será nuestra última hora? —se preguntó Pedro, que acababa de disparar, enfadado por no obtener ningún éxito.

En aquel momento el león y las dos leonas llegaron ante la barricada. Con un impulso irresistible hicieron moverse cajas y barriles. Sus poderosas uñas, inmediatamente se pusieron a trabajar para abrir un pasadizo y la blanda madera de Noruega empezó a ceder fácilmente bajo los zarpazos.

Ya había caído un barril, cuando Carmelo observó a una de las dos

leonas, que se había atrevido a asomar la cabeza por la barricada. Disparó a bocajarro, y la cabeza de la leona desapareció.

El macho y la otra hembra, asustados por el fuego constante de los máuser y tal vez incluso heridos, se decidieron finalmente a retirarse precipitadamente.

—He visto la muerte muy cerca —dijo Carmelo, ayudando a Pedro y Janko para reforzar la barricada.

—¿Se han ido? —preguntó Pedro.

—Eso esperamos querida —dijo Carmelo.

—¿Pretenderán asediarnos?

—Quieren reconquistar su guarida.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —preguntó Zamora—. ¿Y el talismán?

—No es tiempo para pensar en eso —dijo Carmelo—. La empresa no será tan fácil como piensas.

—¡Y siempre este talismán! —exclamó Pedro—. ¿No puedo saber que hemos venido a hacer a África?

—Pretendíamos deleitar los oídos de los Rifeños. Al menos, esa era nuestra intención, ya lo sabes.

En ese momento escucharon rugir terriblemente al león y la leona. Los dos formidables animales habían vuelto a aparecer el uno a la derecha y el otro a la izquierda de la entrada, listos para saltar sobre los supervivientes si hubieran tratado de escapar.

—¿Vamos a morir de hambre y sed aquí dentro? —preguntó Pedro, que estaba empezando a preocuparse.

—De sed, no, porque se escucha un sonido de agua hacia el final de la cueva —respondió Carmelo—. Es otra estancia de esta cueva.

—Debemos ir a explorar.

—La idea parece buena, especialmente porque tenemos el farol marino.

—Pero cuidemos que los leones no aprovechen nuestra ausencia para tomar posesión de su guarida.

—Dejaremos aquí dos buenos tiradores: Zamora y Janko.

—¿Y los cachorros? No los veo.

—Se habrán refugiado en algún lugar y quizás ahora estarán durmiendo...

—¡Que el diablo se los lleve! —exclamó el estudiante

—Estoy convencido de que hay algún otro paso.

—¿Desde qué has oído los rumores de estas aguas?

—Sí, Carmelo.

—¿Y si hubiera encima un río?

—Mejor agua que las garras y los dientes, devorando nuestras costillas como si fueran galletas.

—Tenemos que tomar una decisión y sin demora, ya que después de los leones aparecerán los Rifeños para saquear la nave.

—Y esos sinvergüenzas cortan las orejas y la nariz.

Volvieron a la barricada y encontraron a Janko ocupado en abrir un agujero en un barril con la navaja.

—¿Vas a preparar la cena? —preguntó Pedro.

—Todos estos barriles están llenos de harina —dijo Janko—. ¿Quién sabe hacer de panadero?

—Ninguno de nosotros, creo yo —dijo Carmelo—. Y luego por supuesto falta el horno.

—Tratemos de huir a otro sitio —dijo Pedro—. Zamora, ¿y los leones?

—Siempre esperando nuestra salida —dijo la gitana.

—Estas bestias feroces, deben estar hambrientas.

Los dos estudiantes reforzaron, lo mejor posible la barricada, tapando las ranuras con algas entrelazadas y dijeron:

—¡Vamos!

—¿Os sentís capaces de rechazarles con los máuseres?

—Creo que sí.

—Procuraremos volver pronto. Tener cuidado con las cajas de municiones.

—Voy a ser prudente —dijo la gitana.

Pedro había encendido el farol marino de la Cabilia, porque la amplia cueva estaba casi en la más completa oscuridad.

—Cuento con tu valentía Zamora —dijo Carmelo antes de alejarse.

—Puedes ir tranquilo, Janko me ayuda.

El gitano, que había roto el último barril, lanzó un estridente improperio:

—¡Harina!... ¡Siempre harina!... ¿Cómo podremos subsistir si continua el asedio?

—Podemos comernos la leona que hay muerta tras la barricada —dijo Carmelo.

—¿Cruda? ¡Se me ha quitado el apetito!

—Cuando se tiene hambre, todo vale.

—He perdido el apetito.

—Puedes ir a cenar con los leones, si te crees capaz de lidiar con ellos.

—¡Ah, no!...

—Pues por esta noche, solo queda apretarse el cinturón.

—Gracias, señor —dijo con voz irónica—. Para esto, pude haberme

quedado en Salamanca o Sevilla.

—Nadie te dijo que nos siguieras.

Pedro y Carmelo, tenían ambos el fusil en las manos, para estar prestos a hacer uso de él en caso de necesidad.

El gitano, atormentaba el gatillo con el dedo. Zamora dio un salto hacia adelante, para proteger a los dos estudiantes.

—¡Es suficiente, Janko!... —exclamó la joven—. ¿Quieres hacerte matar?

—¿Por quién?

—¡Vamos! —dijeron los estudiantes, que estaban en guardia.

—Muerto no llegaría a las laderas del Gurugú, para comprobar si es cierto que el talismán del primer rey gitano fue enterrado allí.

—¡Ah!... ¡El amigo de los moros!... —exclamó Pedro—. ¡Serás recibido como español!... Pero dejemos de hablar y vámonos de aquí. Acabemos con este cautiverio.

—Estaremos de vuelta aquí antes de dos horas —dijo Carmelo.

—No me gusta este lugar, —le confesó a Pedro, que había tomado la linterna marina de la nave—. ¡Zamora, atenta a los leones!

—Parece que han remitido —dijo la gitana—. No se oyen sus rugidos.

—¿Se han ido?

—¡Oh, no, señor! Ahora puedo ver la leona caminando por la plataforma. No se irán sin haberse comido a cualquiera de nosotros.

—Espero que no —dijo Carmelo—. Creo que podemos encontrar otra salida. Ahora que la barricada está reforzada, no temas un nuevo asalto.

—No, señor. ¿Acaso no tenemos armas y municiones en abundancia?

—¿Quieres ir con Janko a explorar el final de la cueva? Dímelo francamente.

—¡No, señor! —respondió la gitana—. No tengo miedo de quedarme aquí. La barricada resistirá, y ya cayeron un león y una leona, que son dos oponentes menos.

—Vamos a regresar pronto, te lo prometo —dijo Carmelo a Zamora—. Saldremos de esta situación, porque creo que ninguno de nosotros tiene el deseo de probar los dientes de acero de estos animalotes.

Se acercó a las cajas y escuchó atentamente. Como no oyó los rugidos del león ni de la leona, después de haber hecho un gesto de despedida a la gitana, comenzó a caminar detrás de Pedro, que iluminaba el camino con la linterna.

—¿Qué has encontrado?

—Cuatro cachorros escondidos debajo de las algas. Los he matado con la culata del rifle —respondió Pedro.

—¿Escuchas el sonido del agua?

—Sí, Carmelo, y también noto en la cara, ocasionalmente, un soplo de aire vivificante que no huele como el de la cueva.

—Entonces hay una abertura.

—Estoy convencido. Sólo espero que los leones nos dejen en paz.

—Con los dos gitanos detrás de la barricada me siento tranquilo, Pedro. ¡Busquemos lo antes posible!

Corrieron a través de las capas de algas, que se habrían acumulado a consecuencia de las grandes mareas, quién sabe por cuánto tiempo y después de recorrer bastante trecho, el suelo pasó a ser consistente. Miraron a la bóveda de la cueva. Un grito se les escapó:

—¡Allí hay una abertura!... ¡Allí hay una abertura!

Habían desembocado en una segunda cueva, quizás más grande que la primera, iluminada a lo lejos por un gran rayo de luz que bajaba a través de alguna abertura en el techo.

También allí había algas en grandes cantidades, empapadas de agua, y

debajo de ellos oyeron murmullo como de arroyos.

—Estamos de suerte —dijo Carmelo.

—¿Habrá alguna abertura que nos permita salir?

—¿Y el agua por donde entra? Viendo de donde proceden algunos de esos pequeños cursos de agua, podemos encontrar una salida.

—Tienes razón, Carmelillo. A veces soy un verdadero animal que no razona.

—Un estudiante que ha sido siempre uno de los más inteligentes de la Universidad de Salamanca.

—Vamos hacia adelante o hacia atrás.

—Ahora debemos continuar nuestra exploración. Los gitanos defenderán la barricada de los ataques de los leones.

—¿Y si nos topamos con alguna pantera?

—No somos cobardes que nos dejemos devorar como corderos —dijo Carmelo.

—Entonces ¡al trote! —Exclamó Pedro—. Estoy un poco inquieto dejando solos a nuestros dos compañeros luchando con los leones.

Dio un último vistazo a la nueva cueva, con sus filtraciones de agua bajo las algas acumuladas en capas por las grandes mareas, y comenzaron a andar otra vez.

Habían recorrido unos cien pasos, cuando Pedro se detuvo bruscamente diciendo:

—¿Habré visto mal?

—¿Qué has descubierto? —dijo Carmelo.

—Nada —dijo Pedro—. Pero ahí, en ese rincón oscuro, las algas se mueven.

—¡Alumbremos con el farol!... ¿Se habrán escondido cachorros bajo estas

plantas marinas? —dijo Carmelo.

—Puedo haberme engañado —dijo Pedro.

En aquel momento, hacia la barricada, se escucharon retumbar disparos.

—¡Rápido!... —gritó Carmelo.

Un gran rugido había seguido a los disparos.

Los dos estudiantes corrieron a toda prisa y encontraron a Zamora, detrás de las cajas, con el máuser todavía humeante. Janko tenía el cañón de su rifle introducido entre dos barriles, preparado para disparar.

—¿Un ataque? —dijo Carmelo.

—Lo han intentado, pero renunciaron inmediatamente —respondió la gitana.

—¿Habéis matado a alguno?

—Creo que no. Se han vuelto extremadamente cautelosos y casi no se atreven a dejarse ver.

—¿Sabéis que hemos encontrado otra cueva?

—¡Nos iremos!

—Eso espero. Hay que explorar esa segunda cueva. Hay que hacerlo pronto, porque aquí no tenemos mas que harina para comer. Por nuestra mala suerte, perdimos los barriles de alimentos.

—Estoy ansiosa por salir. Iremos a explorarla —dijo la gitana—. Pero... es necesario vigilar atentamente la barricada.

—Me quedo con Pedro, que es un buen tirador.

—¡Vamos, Janko! Dentro de un par de horas el sol se pondrá, y otras bestias pueden llegar.

—¿A conquistar el talismán? —preguntó el gitano con voz irónica.

Tomó la linterna que le alargaba Pedro y comenzó a andar delante de la

gitana, iluminándola el camino.

Los dos estudiantes les vieron partir. Luego se acercaron a los cajones. A la derecha e izquierda del agujero oyeron al león y la leona.

—Tienen hambre —dijo Pedro.

—Que se vayan de caza —dijo Carmelo—. El Rif siempre ha sido pródigo en animales que cazar.

—¿Si pudiéramos abatirlos?

—¡Hum!... No creo que vuelvan al ataque por el momento.

—¿Y continuará este asedio?

—Sólo los sitiadores te lo podrían decir, mi pobre Pedro. ¿Tienes hambre también?

—Después del naufragio no hemos comido nada.

—Haz de panadero, porque aquí hay cuatro barriles de harina.

—No sé cómo se hace una maldita hogaza...

—¡Calla Pedro!...

Había empezado un concierto de gritos hacia las rocas contra las cuales naufragó la Cabilia. Parecía que varias docenas de animales salvajes habían bajado de la meseta a recorrer la costa contra la cual supuestamente habrían terminado por estrellarse los cuerpos de los argelinos y del gigantón capitán.

—¿Qué bestias son esas? —preguntó Pedro.

—Chacales y hienas, amigo —dijo Carmelo—. No son de temer.

—A veces sí. Mira como deambulan alrededor de la Cabilia.

Pedro no viendo los leones, movió dos cajas de la barricada y echó una mirada a la plataforma rocosa. Más de cien animales, unos de un tamaño entre el zorro y el lobo y del mismo color de piel, y otros algo mayores y más claros, se habían agrupado alrededor de la nave naufragada, aullando

terriblemente.

Los chacales no son verdaderamente peligrosos, aunque suelen moverse en grandes manadas y tienen dientes muy afilados. Rara vez se atreven a enfrentarse a un hombre, aunque esté armado con un simple palo, pero se ponen furiosos cuando están hambrientos.

—Nos ofrecen una serenata —dijo Pedro.

—Así parece —dijo Carmelo—. Bien podrían dejarnos dormir en silencio ahora que el sol se pone. Nos harían un gran favor.

—Ve y díselo en la oreja.

—Imposible salir. Siempre estarán los dos leones al acecho.

—Pues... querido, no queda otra que resignarse a sufrir un concierto de primera.

—Intentó taparse las orejas con el pañuelo que llevaba al cuello, reforzándolo con un puñado de algas.

Se levantó para mirar a través de los huecos que había entre las cajas, impenetrables a los animales grandes. El sol estaba a punto de sumergirse en el mar, lanzando grandes destellos de luz rojiza, que se reflejaba en las nubes. ¡Mala compañía!

—Ya lo creo —dijo Carmelo—. Acabaremos con un terrible dolor de cabeza, te lo prometo, porque cuando esas bestias comienzan a gritar, no paran antes del amanecer.

—Vamos a ir a buscar una farmacia. Hoy en día, existen muchos remedios contra el dolor...

—Pues vayamos a buscarla.

—¿Y los gitanos?

—Han ido a explorar... Quién sabe qué extensión tiene la otra cueva.

Pedro tomó su guitarra, tocó algunos acordes, y comentó:

—Ahora Carmelo, explícame ya que los leones nos dejan tranquilo, ¿por

qué has venido a esta costa habitada por cortadores de narices, orejas y cabezas y bestias siempre hambrientas que demandan un filete tierno?

—He venido aquí con Zamora para buscar el talismán, que es necesario para que pueda convertirse en reina de los gitanos.

—Pero me has traído a mí también.

—Nunca nos separamos —dijo Carmelo.

—¿Y dónde está ese talismán?

—Escondido en una cueva del Gurugú.

—¿En Cuál? ¿Quién sabe cuántas habrá allí?

—Zamora ha heredado de su madre, de quien se dice que ha sido estrangulada por el jefe de los gitanos de Sevilla, que no quería hubiera reina, un viejo pañuelo de seda con dibujos de diferentes colores.

—¿Un mapa topográfico? —dijo Pedro.

—Sí, pero dibujado hace doscientos o trescientos años.

—¿Y tú lo entiendes?

—Creo que he descifrado ese pañuelo.

—Por algo estudias para ingeniero de minas.

—Para este asunto, era quizás el más adecuado, mientras tú, que quieres estudiar derecho, te hubieras hecho un lío.

—Carmelillo, reza un poco. A ver si esas bestias dejan de gritar. Es la hora de la cena y deberían irse. Continúa, mientras los leones nos dejan en paz. Me gustaría saber cómo se conoce que el primer rey gitano está enterrado en las laderas del Gurugú.

—Desde siglos atrás, se tienen noticias de que el monarca ha muerto en tierra del Rif —respondió Carmelo.

—¿Y fue enterrado con el talismán?

—Sí, Pedro.

—No merece la pena salir de España para buscar la tumba de ese Rey. Las posibilidades de encontrarla son muy remotas.

—Sí, pero la reina le confió a su hija Zamora, que junto al talismán encontraría tesoros inestimables. ¿No te gustaría ser millonario? ¿Ya sabes cuantas privaciones pasamos en la Universidad?

—No recuerdo ya cuántas veces tuve que empeñar mi guitarra —dijo Pedro riéndose—. Si se van buscando riquezas, todos estaríamos dispuestos a seguirte, incluso a la cima de ese Gurugú, al que tienen tanto miedo nuestros compatriotas. ¿Y Janko que tiene que ver en todo esto?

—El jefe de los gitanos de Sevilla, le ha colocado junto a Zamora.

—Para que la vigile.

—Janko... estoy convencido, tiene órdenes de impedir, por todos los medios, que Zamora pueda hacerse con el talismán.

—¡Es un traidor!... —exclamó Pedro.

—Lo sospecho, y Zamora es de mi opinión.

—¡Por lo tanto, nos creará problemas!

—Y quién sabe cuántos, cuando lleguemos a la meseta del Rif. Janko la visitó el año pasado para cerrar acuerdos con los moros o para intentar descubrir el tótem.

—No lo perderemos de vista, Carmelo. Ese joven, no volverá probablemente a España.

—Antes de contemplar los últimos rayos del sol filtrados a través de los huecos de la barricada —dijo Pedro:

—¿Es verdad que rivalizáis por su amor?

—Zamora no se casará nunca con Janko.

—Pero si se casa contigo, te convertirás en un gitano.

—Me convertiré en el príncipe consorte de la reina de todos los gitanos que viven en las costas de España y África.

—¡Buena situación!...

—Ha habido lord ingleses, y también grandes señores de España, que se han casado con gitanas, sin ser Reinas o hijas de Reyes —dijo Carmelo. Después de un momento de silencio, añadió:

—¿No es cierto Zamora?

—Pensabas que estaba aquí —dijo Pedro—. ¡Bah!... Terminaremos este asunto, que empezó bastante mal. Tenemos tres meses de vacaciones: Vamos a buscar el talismán.

CAPÍTULO V. EL INCENDIO

Chacales y hienas no habían parado un momento de gritar. Estas bestias, verdaderamente más repugnantes que peligrosas, continuaban recorriendo la playa rocosa, acercándose a veces hasta la nave naufragada. Tal vez habían visto algún cadáver flotando y estaban furiosos porque tardaba mucho en llegar a la playa.

Por otro lado, los leones, se habían contentado con dar algún zarpazo contra las cajas y barriles de la barricada, pero sin intentar un nuevo ataque.

La luz palidecía rápidamente y los dos gitanos no regresaban.

Una viva inquietud comenzó a apoderarse de los dos estudiantes, que sin la luz del farol no podían moverse. Tampoco podían dejar la barricada sin defensores, circunstancia que podría ser aprovechada para un ataque desesperado por sorpresa.

Un último y tenue rayo de luz penetró en la cueva, pasando por entre los huecos que había entre cajas y barriles, y luego la oscuridad fue total.

El sol se había ido, pero aparecía la luna.

—¿Carmelo, crees que les habrá ocurrido alguna desgracia a los gitanos? —dijo Pedro—. Ya deberían estar aquí.

—Tal vez han encontrado obstáculos —dijo el estudiante, que temblaba pensando en Zamora.

—¿Qué habrá pasado? Hemos visto muchas algas y arroyos en la segunda cueva, pero no hemos explorado casi nada. Pedro... ¡Ah! ¡Caramba!... ¡Oyes!... ...

Unos rugidos terroríficos habían acallado los gritos de los chacales y las hienas.

El león y la leona, que mantenían con una enorme tenacidad el asedio a la barricada, al oír estos rugidos, habían desatado a su vez sus poderosos pulmones, montando un horrible concierto.

—¡Carmelo!... ¿Nos atacan?

—¡Por el casco de un barco destripado!... ¡De la montaña han bajado más leones!

—¿Los ves?

—Sí... Se han juntado con los chacales y las hienas y deambulan por la plataforma.

—¿Cuántos?

—Cuatro y todos machos.

—Y los dos que había, ahora son seis los que nos asedian. ¿Podremos resistir una acometida similar?... Si los gitanos regresaran... Serían dos buenos rifles más.

—No perdamos nuestro estado de ánimo Pedro, y abramos fuego inmediatamente, aprovechando la luz que proyecta la luna.

—Podíamos apartar un poco las cajas, para disponer de más espacio —dijo Carmelo.

—No debemos hacer los huecos demasiado anchos Pedro. Los leones serían capaces de empujar y forzar la barricada, y si llegan aquí querido, nos podemos dar por muertos.

—Me parece que estábamos mejor en la Universidad de Salamanca, con todas nuestras miserias.

—No digas eso..... Ya verás cuando regresemos con los bolsillos llenos de diamantes, esmeraldas y turquesas —comentó Carmelo.

—Esperemos que encontremos todas esas joyas —dijo Pedro—. El Gurugú está todavía muy lejos.

—¿Ya acabaste?, eterno quejica —dijo Carmelo, que había movido

ligeramente dos cajas para hacer un hueco—. ¿Quieres verlos? ¡Mira como saltan!

Pedro llegó a la barricada, empuñando el máuser, que le iba a ser de mas utilidad que su guitarra y miró hacia la plataforma.

Carmelo no le había mentido. Otros cuatro leones, todos machos, habían descendido de la montaña, tal vez atraídos por los gritos insistentes de los chacales y las hienas. La luna proyectaba una luz azul, de una belleza incomparable.

Todos los animales, presa de un auténtico frenesí, saltaban y rugían, sin alejarse demasiado de la orilla de la plataforma. Esperaban los cadáveres que el mar debía tarde o temprano empujar hacia la playa. Había cinco hombres a bordo de la Cabilia que se ahogaron. Y esto resultaba una apetitosa cena para las bestias.

—¿Los acribillamos? —preguntó Pedro.

—Ya que todas esas bestias son perfectamente visibles gracias a la luz de la luna, no debe preocuparnos gastar unos cuantos cartuchos —dijo Carmelo.

—Además, los gitanos al escuchar los disparos, se darán cuenta que nos amenaza un serio peligro y regresarán antes.

—Sí, pero... estoy muy inquieto Pedro.

—¿Piensas que también han podido encontrar leones o panteras?

—¿Quién puede decirlo? Siento no haber acompañado a Zamora.

—Hasta ahora no han gastado un solo cartucho, así que no debes pensar que en la segunda cueva haya bestias esperando para cenar.

—¡Abramos fuego! Vamos a limpiar la playa de bestias. Pero hay que tener cuidado no caigan chispas entre las algas, porque podría desatarse un terrible incendio.

—Confía en mí, Carmelillo.

Los dos estudiantes se colocaron junto a la barricada y apoyaron sus rifles,

apuntando cuidadosamente.

Los leones, chacales y hienas, decepcionados en sus expectativas, corrieron hacia la cueva, para intentar su conquista.

—Mira ese hermoso león que precede al grupo de devoradores de carne humana —dijo Pedro, acomodándose su fusil.

—¿Vas a dispararle?

—Voy a probar, Carmelo.

Las bestias feroces, después de haber explorado la plataforma sin encontrar presas, avanzaban hacia la cueva, rugiendo temerosamente. Les precedía un magnífico león, casi tan grande como un toro, con una espesa melena. A cada paso, lanzaba un rugido ensordecedor, como si quisiera decir: ¡aquí estoy!, el rey de los animales, y nada me impedirá entrar. La luna, iba desplazándose poco a poco y alargaba su sombra.

—¡Dispara!... —dijo Carmelo—. El león es perfectamente visible.

Pedro no perdía de vista la enorme presa que avanzaba hacia la cueva, seguido por todos los demás animales.

Un destello rompió la penumbra que reinaba en la caverna, seguida de un disparo y un rugido aterrador.

—¡Toma!... —exclamó Pedro.

—Espera —dijo Carmelo.

El león se había parado de repente, con la cabeza estirada hacia la cueva. Su rizada melena, le hacía parecer mucho más grande de lo que realmente era. Luego lanzó un segundo rugido, más ensordecedor que los primeros, que se hizo eco a lo largo de las rocas donde estaba encallada la Cabilia.

—¿No te decides a morir? —dijo Pedro, preparándose para efectuar otro disparo.

El león permanecía inmóvil, con la cabeza y la cola bien altas y las patas hundidas en la arena de la plataforma. Con la cola se azotaba los costados

furiosamente.

Los otros leones, chacales y hienas, habían formado un semicírculo detrás de él, pero no se atrevían a dar un paso adelante.

Sonó otra detonación. El rey del desierto pegó un gran salto, luego se arrancó en dirección a la cueva, dispuesto a vengarse del hombre que había disparado. Sin embargo, solo dio unos cuantos pasos, giró dos o tres veces sobre sí mismo, lanzó un último rugido, y cayó, quedando estirado en la arena.

—¿Qué te parece? —preguntó Pedro.

—Dos excelentes disparos —dijo Carmelo.

—¡Que bestia soy! —exclamó Pedro—. ¿No has visto la roca que se eleva a la salida de la cueva, en la esquina derecha?

—Si la he visto —dijo Carmelo.

—¿Te parece accesible?

—Creo que no sea difícil subir.

—Quería decirte que si estas malditas bestias llegaran a derribar la barricada, nos refugiáramos allí.

—¿A qué altura está?

—Siete u ocho metros al menos.

—Entonces estaríamos fuera del alcance de los saltos de estos señores del desierto. Pero... ¡Zamora no ha vuelto todavía!... El corazón empieza a latirme muy deprisa.

—Cuánto fuego alimenta esa joven gitana —dijo Pedro—. No obstante, espero que al escuchar los disparos volverá pronto con Janko.

—¿Qué hacen los sitiadores?

—Los chacales y las hienas están merodeando por los restos de la Cabilia, mientras que los leones parece que se preparan para iniciar una rabiosa ofensiva.

—¿Pueden estas bestias llegar a entrar aquí? —preguntó Pedro.

—La barricada no es muy sólida —dijo Carmelo—. Bajo un fuerte impacto, podría caer alguna caja o barril, o incluso desmoronarse.

—¿Y si nos refugiamos en la roca, mientras tenemos tiempo? Vamos a fusilar a estas bestias y subimos.

—Iba a proponértelo, Pedro.

—Unas cuantas descargas, y luego, a intentar salvar nuestros pellejos.

Los cuatro leones y la leona, seguidos por los chacales y las hienas habían decidido acercarse a la cueva.

El alboroto se había vuelto terrible, porque los rugidos y los gritos siguieron sin interrupción, siempre aumentando en intensidad.

—¡Hagamos fuego! —dijo Pedro—. Mantendrá a los sitiadores a raya, mientras escalamos la roca.

—Sí ¡Dispara! ¡Dispara! —dijo Carmelo exasperado.

Los dos estudiantes se arrodillaron a tres pasos uno de otro y comenzaron a disparar.

Las bestias retrocedieron rápidamente. Pero al momento, impulsadas por el hambre y el deseo de vengar a sus camaradas, volvieron a la carga.

—¡Dispara! ¡Dispara!... —repitió Carmelo.

—¡No pares! —dijo Pedro.

Los tiros se sucedían casi sin interrupción. Un león huyó cojeando y una hiena cayó muerta. Los chacales, más numerosos, se llevaban la peor parte. Media docena de cadáveres estaban esparcidos por la plataforma rocosa.

Este fuego infernal duró unos diez minutos, luego los dos estudiantes, viendo que los animales habían decidido volver a la carga otra vez, dejaron de disparar y cogieron las guitarras.

—¡Subamos a la roca! —dijo Carmelo—. Aprovechemos este momento de tregua.

—¿Y qué va a pasar aquí? —preguntó Pedro.

—Una masacre sin duda. ¿Tienes munición?

—Tengo centenar y medio de cartuchos.

—Y yo también... ¡Agilidad, Pedro!

Abandonaron la barricada y se dirigieron a la esquina de la salida de la cueva. Sin demasiado esfuerzo, comenzaron la escalada de la roca que habían observado.

—¿Subes? —preguntó Pedro.

—Más fácilmente de lo que crees. Hay muchas grietas para introducir los pies.

—Pues... ¡Arriba entonces!...

Los dos estudiantes continuaron la escalada, hasta llegar al pequeño saliente. Entretanto, las bestias al no ser detenidas por el fuego, regresaron a la entrada de la cueva.

Desde aquí podremos continuar disparando. Aunque tiren la barricada y entren en la cueva, no correremos peligro, ya que estamos a unos diez metros de altura. Pedro fue a cargar el Máuser, cuando se le escapó un grito.

—¿También hay leones aquí? —dijo Carmelo.

—¡No!, Hay un agujero detrás de nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque entra aire marino.

—¿Debemos explorar esa salida?

—Sí, Pedro.

—¡Rápido!... la barricada no tardará en ceder.

El estudiante, se deshizo de la guitarra y el rifle y avanzó hacia adelante con precaución, cruzando el saliente en donde se encontraban.

Carmelo mientras tanto, se preparaba para fusilar a los sitiadores, en caso de que la barricada acabara siendo derribada.

Rugían los leones fuera, y allí continuaban junto con los demás animales. El alboroto en ciertos momentos era tan intenso que la cueva entera retumbaba.

—¡Hermosa noche!... —exclamó Carmelo con un suspiro—. ¿Y dónde estarán los gitanos? Hay que contener a estas bestias. Si llegaran a la segunda cueva, Janko y Zamora no podrían escapar a su ataque... ¡Pedro!...

Una voz ahogada, que vino desde arriba —respondió:

—Hay un paso.

—¿Un paso?

—Una especie de chimenea discurre hacia arriba —dijo Pedro—. Déjame explorar, ya que veo que la luna empieza a iluminar.

—Pero ¿dónde estás?

—Me sería imposible decírtelo ahora, pero voy a continuar la exploración... ¿Tengo que bajar?

—Por el momento no tengo ninguna necesidad de ti.

—Pues... sigo.

Su voz se apagó lejana, mientras un formidable impacto dado a la barricada por las bestias, hizo caer algunos barriles, abriéndose un hueco respetable.

Un león había asomado la cabeza tratando de entrar, anunciándose con potentes rugidos. Carmelo estaba listo para disparar el arma, pero inmediatamente, se contuvo.

—Si un disparo da en una caja de municiones, todo saltará por los aires —murmuró—. Tienes que disparar a estos hambrientos cuando no estén junto a las cajas.

El león que había introducido la cabeza a través del hueco, empujaba con fuerza para conseguir entrar.

Carmelo esperaba para disparar. El león terminó derribando algunas cajas y ensanchando la abertura. Otros avanzaban, acompañados de chacales y hienas. La hambrienta horda, encontró el paso, penetrando dentro de la cueva y multiplicando el alboroto.

—¡Pedro!... ¡Pedro!... —exclamó Carmelo, que se vio en la imposibilidad de detener la aterradora invasión.

—¡Voy!... —gritó el fiel amigo, quien, impresionado por los gritos, se apresuraba a descender, con el fin de ocupar un lugar sobre la plataforma.

Un momento después estaba junto a Carmelo.

Los animales continuaban empujando cajas y barriles, decididos a conquistar la cueva. Y entraban entremezclados.

—¡Santa María del Pilar! ¡Protege a estos dos pobres estudiantes de Salamanca! —exclamó Pedro.

—¡No economicemos los cartuchos!...

Otro león se introdujo en la cueva, derribando las últimas cajas. Sonaron dos disparos y el terrible animal cayó fulminado, estirándose entre las algas.

Algunas hienas avanzaron gritando desaforadamente, como si ya degustasen el festín.

Los dos estudiantes, sentados en el borde del saliente, disparaban sin cesar, acertando casi siempre en el blanco. Incluso los chacales, animados por la presencia de los leones, querían intentar la invasión de la cueva, pero en poco tiempo quince o veinte yacían sin vida por tierra.

—¡Canallas!... —exclamó Pedro, cargando precipitadamente el Máuser.

—Quieren cenarse contigo Carmelo.

—Seré difícil de alcanzar

—No dejo de pensar en Zamora y Janko. ¿Por qué no vuelven?

—En este momento es mejor que no pienses en los gitanos. Donde estén, es mejor que estar aquí.

—¡Apunta hacia ahí abajo!, ¡dispara!...

Y los dos estudiantes, furiosos, reanudaron el fuego, matando o hiriendo a hienas, leones y chacales, aunque sin embargo el ataque no remitía.

Todas las bestias entraban dentro de la cueva alocadamente, atronando con sus gritos y no se retiraban a pesar de sufrir enormes bajas.

Ya era el tercer asalto que los dos estudiantes rechazaban con el valor, el coraje y el aplomo de veteranos cazadores, cuando oyeron hacia el final de la cueva, dos disparos.

—¿Has oído, Pedro? —gritó Carmelo, sacudiéndole fuertemente el brazo.

—¡Sí!, los gitanos han hecho fuego.

—¿Les amenazará algún peligro?

—¿Cómo saberlo?

—Podíamos intentar llegar a la segunda cueva, puesto que deben estar todavía ahí.

—¡Estás loco, Carmelo!... ¿Acaso nos hemos desecho de todas las bestias? .

—¡Oh no!... Todavía quedan bastantes.

—¿Qué podemos hacer?

—Quedarnos aquí y permanecer atentos —dijo Pedro—. Nos salvaremos nosotros y también los gitanos.

—¿Por qué habrán disparado?

—Tal vez para anunciar que todavía están vivos. En la segunda cueva, casi llena de agua y algas, no debe haber ningún animal peligroso.

—¡Ah!... ¡Por mil demonios!...

—¿Qué pasa, Carmelo? ¿Vas a perder la cabeza ahora?

—¿No hueles Pedro?

El estudiante aspiró el aire y fue incapaz de contener un gesto de terror.

—¡Algo está ardiendo dentro de la cueva! —dijo.

—¿Entonces, Zamora y Janko han prendido fuego a las algas?

—Pueden haber encendido fuego para cocinar algo.

—O para tratar de detener la invasión de las bestias.

Su cara se tornó pálida.

—Si el fuego se propaga y llega aquí, el peligro es grave.

Carmelo no respondió. Se levantó aprovechando el breve descanso otorgado por las bestias y miró fijamente hacia el final de la cueva grande.

—¡Hay fuego!... —exclamó de repente.

Pedro, después de disparar otro tiro con su rifle, contra una espeluznante hiena, que había tratado de entrar sigilosamente pasando entre los cajones y barriles, también se había levantado, con enorme gesto de preocupación.

—¿Se queman las algas?

—Sí —respondió Carmelo—, y entre las dos cuevas.

Una luz rojiza comenzó a manifestarse, y nubes de humo que cada vez eran más espesas, impulsadas por un flujo de aire misterioso, avanzaban inundando toda la cueva.

—¡Estamos perdidos! —dijo Pedro.

—Está el pasadizo que has explorado hace poco.

—Sí, pero no sé si seremos capaces de salir por allí.

—¿Hay algún obstáculo?

—En la salida no he podido encontrar suficiente espacio para dejar paso a un cuerpo humano. Pero ya que no somos gordos, tenemos que intentarlo.

—No seremos capaces de permanecer aquí durante mucho tiempo. El humo nos sofocará y entonces caeremos sobre las llamas.

Las bestias, que debían haber olfateado el fuego, ya no intentaban invadir la cueva. Sabido es, que todos los animales salvajes tienen un gran temor del fuego, y habían renunciado a continuar el asalto.

—¡Que obstinación! —dijo Carmelo, disparando a una leona que se había atrevido a introducir la cabeza.

—¿Vamos hacia la segunda cueva? Está llena de agua y podremos resistir allí.

—Imposible llegar con los leones junto a la entrada. Irrumpirían enseguida, y nos romperían los huesos.

—¡Maldito Diablo!... —exclamó Carmelo. —¿Estaremos todos destinados a morir esta noche?

—Espero que no —dijo Pedro—. Siempre está esa chimenea, que permitirá que llegue aire hasta nosotros. Y tal vez podamos incluso salir.

—¡Escucha! ¡Más disparos!...

—En la segunda cueva, luchando al parecer, ¿pero contra quién, si no hay allí ninguna bestia?

—¿Bajamos?

—No, no quiero servir de cena a los leones, ni mucho menos a esos asquerosos chacales.

—¡Más disparos!...

—¿Contra quién?

Carmelo se había levantado como si se dispusiera a dejar el refugio, para ir a ayudar a los gitanos.

Pedro, que velaba por él, lo agarró por el cuerpo y le sacudió enérgicamente, diciéndole:

—¡No cometas una locura! Los gitanos se defienden cómo nos hemos defendido nosotros. Y han prendido fuego a las algas, sin pensar en las consecuencias.

—Después de haber rechazado todos los asaltos de esas bestias, el incendio puede terminar llegando a donde estaba la barricada y volar todas las cajas llenas de municiones —dijo Carmelo.

—El fuego tardará en llegar —dijo Pedro.

—¡Pero mira cómo avanza el humo!... Vamos a morir asfixiados.

—¡Hay que utilizar el pasadizo que he encontrado!

—¡Tenemos que llegar al aire libre!

—¡Y tiene que ser ahora! —dijo Pedro—. ¿Qué estás esperando? Entiendo que piensas en Zamora y esos disparos. ¡Bah!... Nos trataron de hacer alguna señal. Aquí está el fuego que avanza implacable. Pronto esta cueva se convertirá en un horno crematorio.

Gigantescas lenguas de fuego se elevaban hacia el final de la cueva, proyectando una luz rojiza contra las paredes. Las algas crepitaban, y al estar impregnadas de sal marina, estallaban en el aire como bombas, provocando otros incendios.

—¡Huyamos! —exclamó Pedro—. Ya no podemos resistir.

Grandes nubes de humo continuaban avanzando, formando remolinos y proyectando infinidad de chispas.

Un terrible incendio se había desatado, fuego que ningún ser humano

podía apagar, ya que las algas de la primera cueva no estaban empapadas de agua, como las de la segunda.

—Es nuestra última oportunidad —dijo Pedro—. ¡Huyamos!

Se escuchaban las bestias junto a la entrada de la cueva, gritando todavía desesperadamente. Y se percibía como avanzaba el fuego implacablemente.

Los dos estudiantes no tenían otra opción, porque ahora con toda la barricada derribada, la luz de la luna entraba libremente iluminándolo todo. Otro león, fusilado por Carmelo, cayó ante la entrada de la cueva.

—Pedro, hemos terminado. Todas las demás bestias han huido, porque una primera nube de humo y chispas, avanza hacia la entrada de la cueva.

—¡Me voy sin ella! —exclamó.

—¿Tenemos que dejar este lugar? —dijo Carmelo, que no dejaba de mirar hacia el final de la cueva con la esperanza de ver aparecer a Zamora.

—Unos huevos ya se habrían cocido aquí —dijo Pedro—. Va faltando el aire y respiramos fuego. ¡Huyamos, Carmelillo!

El fuego, en unos momentos, tomó proporciones gigantescas. Parecía que mil lenguas de fuego circulaban por debajo de las algas, para destruirlo todo más rápidamente.

—¡Vámonos!... —exclamó Pedro, mientras que el humo envolvía la pequeña plataforma, arrojando ya ceniza caliente.

Carmelo, no acababa de decidirse. No quería sacrificar a la amiga a la que había acompañado a África sin pedirle explicaciones de lo que se proponía.

—Esperemos que Zamora no haya dejado la segunda cueva —dijo.

—Estarán mejor que nosotros —dijo Pedro—. Las algas, empapadas de agua no arden. ¡Sígueme! —dijo a su amigo.

Tomó la guitarra, luego las armas, y entró en un pasadizo de forma casi circular, por donde circulaba un soplo de aire fresco, revitalizador, impregnado de sal del mar.

—¿Hay grietas? —dijo Carmelo.

—Ninguna —dijo Pedro—. Tendremos que trepar como los deshollinadores. Agárrate a mi ropa, porque falta la luz aquí, y quiero tenerte cerca.

—¿Qué temes?

—Que intentes una carrera a través de la cueva ardiente, para buscar a tu Zamora.

—¡No!, Me he rendido. Sería correr al encuentro de la muerte, sin poder salvar a esa niña.

—Entonces vayamos rápidamente hacia adelante. El humo comienza a subir... ¡Ah!... ¡Que estúpido soy!...

—¿Por qué?

—No te he dicho que más arriba, la chimenea se divide en dos.

—Una para mí y otra para ti.

—¿Conseguiremos salir al aire libre? Es lo que me preocupa —dijo Pedro.

—Ya veremos —dijo Carmelo, que comenzó a toser fuertemente.

Los dos estudiantes, medio ahogados por el humo que ya comenzaba a llegar, y el gran calor que subía desde la cueva, continuaban avanzando, pensando que habían salvado su pellejo de los dientes de las bestias salvajes, para caer en el fuego. Pedro había dicho la verdad. El paso parecía el hueco de una chimenea, pero pequeño y desigual. Había obstáculos que parecían de origen volcánico, como antiguos trozos de lava petrificada. Acuciados por el humo y el calor, los dos jóvenes, después de cinco minutos de subida nada más fácil, se encontraron ante dos aberturas.

—Carmelo, no sé cuál será la adecuada. Entra tú por la de la derecha, mientras yo sigo por la de la izquierda —dijo Pedro—. Espero que ambos podamos respirar aire marino en lugar de humo... ¡Vamos!... ¡Vamos!... ¿Se escuchan todavía los gritos de las fieras?... Eso indica que el fuego sigue avanzando.

—Me adentro en mi chimenea

—Y yo en la mía, Carmelo.

—Espero que encontremos la salida.

—Seguro —dijo Pedro. Aunque no hayamos podido explorarlas.

—Nos vemos fuera.

Los dos jóvenes, ayudándose con las manos y los pies, tomaron su camino, preocupándose por no estropear las guitarras. La segunda subida duró cinco minutos, y luego se escuchó gritar a Pedro:

—¡La luna!... ¡La luna!... ¡Respiro aire marino!

A poca distancia de él, podía oírse a Carmelo:

—¡Yo también la veo!... Pero no puedo sacar más que la cabeza fuera —respondió el estudiante—. La salida es demasiado estrecha.

—Yo estoy en tus mismas condiciones —dijo Pedro.

Las dos salidas, por un extraño capricho de la lava, estaban casi juntas en la cima, pero el paso no era posible para un hombre, aunque fuera muy delgado. Los estudiantes se encontraron a tres pies de distancia entre sí, con solo las cabezas fuera.

—Estamos presos. Sin embargo, nuestros cuerpos y las guitarras, evitan que el humo llegue hasta nosotros.

—¿Nos quemaremos las piernas?

—No creo, Carmelo. ¡Respiremos!... ¡Respiremos!... No nos faltará el aire y en las dos chimeneas no hay nada que quemar.

—¿Y Zamora? —dijo Carmelo.

—Estará en mejores condiciones que nosotros, te lo aseguro —dijo Pedro—. Los dos gitanos estarán tomando un baño, mientras nosotros estamos aquí, ahumándonos como arenques.

De repente, una tremenda llamarada se proyectó fuera de la cueva, seguida por unos horribles estampidos. El fuego había llegado a las cajas de municiones y cartuchos y había provocado una tremenda explosión, masacrando a los animales que aún no se habían retirado de la entrada de la cueva. Los dos estudiantes experimentaron una fuerte sacudida, de abajo hacia arriba, pero casi de inmediato cesaron las detonaciones.

¿Qué habría ocurrido en la caverna?

CAPÍTULO VI. LA CAVERNA DE LAS PITONES

Zamora y Janko, dejando a los dos estudiantes luchando con los leones, se habían dirigido rápidamente a explorar la segunda cueva, con la esperanza de encontrar por ese lado otra salida no vigilada por bestias tan peligrosas. El gitano llevaba el gran fanal marino. Le seguía la gitana con el rifle.

La primera cueva fue cruzada sin incidentes, pasando a la segunda que estaba todavía un poco iluminada por el haz de luz que bajaba desde la grieta del techo.

—¿Y por esta parte creen los estudiantes que encontraremos una escapatoria? —dijo Janko, con su voz habitual de mal genio—. ¿Cualquiera sabe dónde irá a terminar esta cueva?

—Si las fieras continúan con el asedio, no tenemos más remedio que buscar otra salida —dijo Zamora.

El gitano le lanzó una mirada, que brillaba como una llama siniestra.

—Vas a poner en peligro nuestra vida por salvarle.

—¿A quién?

—A Carmelo.

—Es él quien me dará el tótem del primer rey gitano.

—¿Estás segura?

—Sabe dónde se encuentra oculto.

—¡Bah!... —repitió el joven, irónicamente. —El Rif es largo, ancho y alto. Ya veremos.

—¿Esto es todo lo que sabes? Será mejor explorar la cueva —dijo la

gitana—. Toda este agua que fluye debajo de las algas, por algún sitio saldrá.

—Yo también lo creo —dijo Janko.

—¿Vamos hacia adelante o hacia atrás para ayudar a los dos estudiantes en la defensa?

—En la entrada de la cueva está la barricada y no hay nada que temer.

—Puede ser derribada.

El gitano se encogió de hombros.

—Nadie les ha obligado a acompañarnos al Rif. Podrían haberse quedado en España.

—¡Eres malo, Janko!...

—Soy un gitano.

—También entre los gitanos hay hombres honestos.

—¡Oh!... —exclamó Janko, haciendo una fea mueca. —¿Vamos?

—¡Vamos! —dijo la gitana.

—A la muerte, tal vez para salvar a esos miserables guitarristas.

—Son estudiantes de la Universidad de Salamanca.

—¡Buen trabajo!... Mejor estarían en uno de nuestros campamentos cocinando en una olla de cobre.

—No son gitanos —dijo Zamora.

—¡Ya sé que son estudiantes de la Universidad de Salamanca!

—¡Me das miedo!

—¡Te doy miedo!... —gritó Janko. —Si otra persona me hubiera ofendido como él, en este momento ya no estaría vivo.

—Tiene un rifle y cargado.

—Pero no se atreve a disparar contra mí.

—En la entrada de la cueva se escuchan disparos, y nosotros estamos aquí charlando. ¡Salvemos a los dos jóvenes!

—Podrían haberse quedado en la Universidad.

—¿Y el tótem?

—¡Ah, sí!... el tótem.

—Carmelo lo encontrará.

—¡Carmelo!... —dijo el gitano, rechinando los dientes—. Ya veremos.

—Es suficiente. Hemos perdido mucho tiempo y no hemos hecho nada.

La gitana avanzó por la cueva llena de agua, que fluía susurrando bajo la gruesa capa de algas. Había dado quince pasos, cuando Janko, con un grito terrible, la hizo detenerse:

—¡Detente Zamora!... ¡aquí está la muerte!...

—¿También hay leones aquí? —dijo la gitana, que tenía en sus manos el rifle dispuesta a disparar.

—¡Mira cómo se agitan las algas!...

Un espectáculo espantoso se ofreció en aquel momento ante los ojos de los gitanos. Las capas de algas empapadas de agua, subían y bajaban y por los huecos, aparecieron las cabezas de unas terribles pitones.

—¡Dispara!, Zamora —gritó Janko.

La gitana, ágil y rápida como un pájaro, abandonó rápidamente la entrada de la segunda caverna, e hizo un primer disparo. La detonación, que retumbó fortísima, hizo que las pitones volvieran a introducirse bajo la capa de algas, que continuaba agitándose en todas las direcciones.

Janko se dio prisa en seguir a la gitana, pero nada más iniciar la carrera hacia la primera cueva, vio con inmenso terror, que también las capas de

algas secas de la primera caverna se movían.

Otras pitones, que permanecían escondidas entre estas algas secas, aparecieron silbando furiosamente y agitando rabiosamente sus gruesas colas.

Los dos gitanos se habían detenido. No osaban avanzar, ni tampoco retroceder, al ver que el peligro les amenazaba por los dos lados.

—¡Estamos perdidos!... —exclamó Zamora.

—Tal vez no —dijo Janko, con una mueca desagradable.

—¿Cómo pasaremos a través de todos estos reptiles?, que son lo suficientemente fuertes como para triturarnos entre sus anillos sin gran trabajo.

—Prendamos fuego a estas algas secas y acabemos con todas estas bestias.

—El fuego se propagará y llegará hasta los estudiantes —dijo Zamora.

—Tal vez ya han logrado librarse de las bestias.

—¡No hagas eso Janko!...

—No quiero morir —contestó el gitano—. Y tengo que salvarte.

—¿Y si el fuego les sorprende todavía detrás de la valla?

—La cueva es muy amplia y no correrán peligro.

Rompió el farol, vertió el aceite que contenía sobre las algas, y arrojó sobre ellas la mecha ardiendo de este. Llamas terribles surgieron inmediatamente, derramando alrededor gran cantidad de chispas, que extendían el fuego rápidamente.

—¡Qué has hecho Janko!... —gritó Zamora.

—Salvarte.

—Y quemar a los estudiantes.

—El fuego no llegará a la barricada. ¿No te das cuenta? Volvamos a la caverna del agua. Allí no correremos ningún riesgo, y no nos faltará el aire.

—¡Janko, tengo miedo!

—Dame una mano y sígueme.

El fuego se propagaba con rapidez prodigiosa. La capa de algas se quemaba rápidamente, y con ellas se quemaban también los pitones, que no habían tenido tiempo para escapar. Un olor a carne quemada se esparcía en todas direcciones. Janko tomó a Zamora de una mano y volvieron rápidamente a la cueva húmeda. Humo y chispas les perseguían, y un intenso calor empezaba a envolverlos.

—¡Corre, Zamora!... ¡Corre!

Atravesaron las capas de algas llenas de agua, se detuvieron un momento, haciendo algunos disparos para contener a los reptiles y habiendo encontrado un pasillo de roca sobre las algas, similar a los que abundan en las sabanas americanas, continuaron la carrera durante otros diez minutos, parando debajo de la grieta por la cual entraba el rayo de luz.

El fuego continuaba avanzando, sin embargo no había peligro alguno para los dos gitanos. Las algas empapadas de agua no podían arder.

Las pitones, alarmadas por el calor inusual y por las nubes de humo que penetraban en ocasiones también en la segunda cueva, continuaban mostrando sus cabezas y desapareciendo al momento entre las capas de algas. Ellas no corrían el mismo final que sus congéneres que habían tenido la pésima idea de enterrarse entre la capa de algas secas y ahora se estaban achicharrando.

Janko y la gitana, después de haber realizado algunos disparos, habían alcanzado una roca que emergía casi justo en el centro de la cueva, elevándose hasta unos diez metros.

—Aquí está la salvación —dijo el joven, siempre manteniendo cogida por la mano a Zamora—. Aquí arriba no tendremos temor ni de las pitones, ni del fuego, ni de los leones, en el caso de que los hubiera.

—¿Y luego qué?... ¿Qué vamos a hacer? —dijo la gitana.

—Vamos a esperar que todas las algas de la primera cueva hayan terminado de quemarse, y vamos a intentar encontrar a tus amigos, si han conseguido salvarse del fuego —dijo el gitano—. Hay cajas con municiones en el centro de la barricada y pueden estallar. Puede que no encontremos a nadie con vida.

—¡Janko!... —gritó Zamora, con voz temblorosa. —¡Has provocado el incendio para quemarlos!... ¿no es cierto?

—¡No!, para salvarte de las pitones. Los estudiantes tienen armas, y tratarán de llegar a los restos del barco. No tienes nada que temer.

—¡Has intentado asesinarlos, Janko!... ¡Cobarde!

—¡No es cierto! Además, no pertenecen a ninguna tribu de gitanos, así que no tengo la obligación de protegerlos.

—Otros hombres hubieran dado una respuesta diferente.

—Soy un gitano —dijo Janko encogiéndose de hombros—. Soy un miserable, que no tiene ni casa ni amigos.

—Estemos atentos a las pitones. Comienzan ya a percatarse por nuestra presencia y probablemente intentarán subir a la roca.

—Estamos armados.

—Son muchos reptiles los que hay. Permanece a mi lado y ya veremos qué pasa.

—¡En la otra cueva disparan ahora! ¿No oyes las detonaciones?

—Los estudiantes se defenderán perfectamente —dijo tranquilamente el gitano—. Si no pudieran aguantar el calor, que vengan a reunirse con nosotros. Aquí estarán bien. Estas algas no van a arder como las de la otra caverna. Pueden incluso tomar un delicioso baño.

—¿No piensas en ellos para nada?

—¡Yo no!... No son gitanos como nosotros, y eso es todo. No me arriesgaré absolutamente nada por ellos.

—¿Y el talismán que me hará la reina de los gitanos de España?

—Es un asunto que no me importa —respondió brutalmente Janko.

—¡No olvidaré tu traición!... —gritó Zamora.

—Solo piensas en ir junto a Carmelo. No atravesaré la cueva llena de fuego porque quieras ir con tus amigos. Por ahora estoy bien aquí y me quedo... Sin embargo, me preocupa, que las pitones van a asaltar la roca.

—Ya verás como yo les doy la bienvenida. Estos fusiles que el capitán de la Cabilia trataba de pasar de contrabando, son verdaderamente maravillosos.

Zamora estaba sentada en la cornisa y había empuñado al máuser.

Cada pitón que intentaba acercarse a la roca, caía fulminada con la cabeza atravesada por una bala de buen calibre. Los disparos menudeaban y en la primera cueva se escuchaban los ecos de las armas de los estudiantes. La lucha ya no es contra una pareja de leones solamente, sino contra una horda de bestias feroces.

Zamora hizo unos veinticinco disparos... Luego dijo:

—¡Basta! Las municiones son demasiado valiosas en este país habitado por bandidos. Se sentó a pocos pasos de Janko y miró hacia la primera cueva. Todo se veía quemado allí, y continuaban saliendo nubes de humo. La cueva debía haberse convertido en un horno gigantesco.

—¡Ah Janko!... —dijo, mientras palidecía la luz, debido a que el sol estaba a punto de desaparecer en el mar—. Has condenado a esos dos valientes, y tal vez esta terrible trampa ha sido premeditada.

—¡Empiezas a aburrirme! —dijo el gitano—. Te he salvado, y creo que deberías estar feliz.

—¿Pero... y los otros?

—Son jóvenes, son muy valientes y no se impresionan ante la presencia de un león. Hemos visto la prueba. Estoy seguro que están más seguros que nosotros.

—¡Como saberlo! —dijo la gitana con voz alterada.

—Piensa en nosotros. Pronto caerá la noche y las pitones no se quedarán quietas. He cometido un error rompiendo el farol, pero lo que pasó, pasó. Los arrepentimientos ya son inútiles.

—¿Tendremos que esperar a la salida del sol sobre esta roca?

—Zamora, ¿quieres aventurarte en estas capas de algas, sin ver nada? Podrías correr el peligro de hundirte, porque ya no sé dónde se encuentra el pasillo de roca que nos ha traído hasta aquí.

—Janko, mi temor aumenta.

—¿Tú?, la chica más valiente de la tribu.

—Yo no veo nada pero el fuego sigue ardiendo allí.

—Aquí no llegará, así que si quieres puedes descabezar un par de horas de sueño.

—Con las pitones ahí abajo, que tal vez, aprovechando la oscuridad intenten escalar la roca.

—No lo creo Zamora. Son demasiado perezosas. ¡Mira!... Se cuela una pequeña claridad que desciende de la grieta. La luna debe brillar sobre el mar.

Miró a su alrededor y no pudo evitar un escalofrío de terror. Aunque la luz era tenue, pudo distinguir una quincena de pitones, de siete u ocho metros de largo y gruesas como el muslo de un hombre, que se alineaban en la base de la roca, listas para intentar el asalto, aunque resultase extremadamente difícil para ellas.

—¡Pavorosa noche nos espera! —exclamó Janko—. Será mala para los estudiantes y no menos para nosotros... ¡Zamora!, recoge el arma. ¿Las ves?

—¡Sí! —respondió la gitana, con voz ligeramente temblorosa—. Vienen con intención de devorarnos.

—Yo todavía tengo unos buenos cien cartuchos y tú también debes tener

otros tantos. Espera que haya un poco más de luz, y las presentaremos batalla. Debemos pensar en no malgastar municiones sin conseguir buenos resultados...

—¡Intentan subir!

Los reptiles, habiendo olfateado la presa, hacían desesperados esfuerzos para escalar la roca, pero sin éxito.

Se estiraban todo lo que podían, silbando airadamente, para caer pesadamente sobre la capa de algas mojadas. Volvían pronto otra vez al ataque, siendo cada vez más numerosas, e intentando incluso ayudarse mutuamente.

Janko, viendo que una ya casi alcanzaba la parte inferior de la plataforma, le voló la cabeza con un disparo de su Máuser. El reptil cayó como un trapo, quedando sumergido bajo las algas.

Zamora también había disparado otro tiro y, como siempre, había alcanzado el objetivo.

—Eran quince, porque las he contado cuidadosamente y ahora ya solo quedan trece —dijo Janko—. No las tengamos miedo. Las pitones no son leones.

—¿Se habrán librado los estudiantes de los felinos que les asediaban?

—Tenían ante ellos un león y una leona.

—Pueden haberse agregado otros más, Janko.

—Los rifles del capitán de la Cabilia son estupendas armas de fuego, ya lo hemos comprobado. Tus dos estudiantes escaparán aunque sufran algún que otro sobresalto.

—He aquí otra pitón que casi consigue llegar hasta nosotros... ¡Toma!... Ahora no son más que doce.

El gitano había disparado entre las fauces abiertas del reptil, destrozándole la cabeza.

Las otras, asustadas, se dejaron deslizar hasta la capa de algas,

meneando furiosamente las enormes colas.

En ese momento, se escuchó el eco de una tremenda detonación en la primera cueva, y una fuerte corriente de aire caliente cayó sobre los gitanos, casi asfixiándolos.

—¡Janko!... —dijo Zamora, que apenas podía hablar—. ¿Qué ha pasado? ¿Me lo puedes decir?

—Veo que el fuego se está apagando —contestó el joven.

—¿Y esa detonación?

—Han explotado las cajas de municiones que conformaban la barricada. No es muy difícil de entender.

—¿Y los estudiantes?

—No creo que hayan esperado a saltar por los aires.

—Janko, estoy preocupada.

—Yo, nada en absoluto.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Incluso rodeados de pitones, nuestra situación es envidiable.

—¿Habrá cesado el fuego que devoró las algas de la cueva contigua?

—No veo ningún atisbo de luz, ni percibo ninguna nube de humo cargada de chispas.

—Sin embargo, hace un intenso calor —dijo Zamora.

—Como en un horno —dijo Janko—. Se podría cocer pan perfectamente. ¿Qué piensas hacer? ¿Ir en busca de los estudiantes? No me digas que no, Zamora. Lo leo en tus ojos.

—Si me fuera posible, sí. Además me gustaría ir lo antes posible. Sería capaz de cruzar por encima de las pitones.

—Solo piensas en Carmelo.

—Estoy interesado en ambos.

—Si solo estuviera Pedro junto a las cajas, no estarías tan inquieta. ¡Ese Carmelo!, ¡no sabe cuánto le odio!

—¡Que intentas decirme, Janko!... —dijo Zamora cogiendo el máuser y girándolo apuntando sobre la cabeza del joven.

—Esto se podría haber solucionado con un buen navajazo en la cubierta de la Cabilia. Si volviera a tener la ocasión, no la desaprovecharía. Cuando un rival estorba, hay que tratar de eliminarlo.

El gitano había pronunciado esas palabras con voz firme, rechinando los dientes como una hiena enfurecida.

Zamora continuaba apuntando con el Máuser a la cabeza del miserable, pero en ese momento las pitones volvieron a la carga. Habían levantado grandes masas de algas, acumulándolas contra la roca. A continuación, comenzaron la ascensión, decididas a conseguir las presas humanas.

—¡Deja a Carmelo!, y vamos a ocuparnos de las pitones —dijo Janko—. Estarían encantadas de devorar tu hermoso cuerpo... ¡Dispara pues!...

—¿Sobre ti o sobre las pitones? —preguntó Zamora.

—Te salvo y amenazas incluso con asesinarme. Debe ser cierto lo que se dice, que los gitanos son desagradecidos.

Una enorme serpiente estaba a punto de llegar a la cima de la roca. Otras la seguían, apoyándose las unas en las otras.

—No es momento para discutir, frente a un peligro inminente y terrible —dijo Janko—. ¿Me vas a ayudar?

—Estoy lista —dijo la gitana, fijando la vista en los terribles asaltantes.

—¡Fuego Zamora!... —gritó Janko.

Durante unos minutos, retumbó en la caverna el eco de las detonaciones. Los Máuser hacían milagros. Cada disparo, era una pitón que volvía al grueso lecho de algas para no salir más.

—Es suficiente —dijo Janko, que no quería desperdiciar munición—. Me parece que han tenido suficiente esta vez. Podemos descansar un poco, aunque la cama sea extremadamente dura, pero los gitanos estamos acostumbrados a todo... ¿Quieres dormir, Zamora? Yo vigilaré.

—¿Tú no estás cansado?

—Solo tengo hambre —contestó el joven—. Han pasado muchas horas sin que entre nada de comida en mi estómago.

—Cocina una pitón.

—Si tuviera la oportunidad, lo haría, y la carne de esas gigantescas anguilas no me daría náuseas.

—Ve a la primera caverna a por una de las que se han quemado allí, y así podrás decirme algo de los dos estudiantes.

—¿Y por qué lado podría pasar? Y luego cargar una de esas pesadas culebras sobre mis hombros.

—Y si...

—Calla, Zamora.

—¿Vuelven al ataque?

—Me pregunto si esta cueva tiene alguna comunicación con el mar. ¿Oyes?

—Parece que el agua hierva.

—¿Y has visto algo? Ciertamente la luz es bastante escasa.

—¿Tienes miedo? No puedo creerlo. Eres más valiente que muchos hombres.

—¿Qué has notado entonces? —dijo la gitana.

—La capa de algas, desde que estamos aquí, ha crecido por lo menos un metro.

—Acaba.

—La marea hace que suban.

—¿Moriremos ahogados? —preguntó Zamora.

—Estamos muy altos —dijo Janko—. Y puede que seamos capaces de llegar al mar atravesando la cueva. Ten paciencia y no tengas miedo. El fiel Janko te protege y está dispuesto a morir por ti.

—Me gustaría verlo.

—¿No me crees?

—¿Y por qué había de creerte?... sabiendo lo que pasa por tu cabeza.

El gitano masticó una blasfemia.

—Solo piensas en encontrar a esos estudiantes de Salamanca —dijo con voz ronca.

—Por supuesto que pienso en ellos, y me gustaría saber si todavía están vivos o si el fuego los ha consumido —añadió la gitana.

—Eres una famosa adivina, tú lo debes saber —dijo Janko.

Zamora estaba a punto de responder, cuando las algas sufrieron una elevación repentina. Ya era la segunda vez que pasaba en menos de una hora. La gitana y Janko se miraron a la cara a la pálida luz que entraba por la grieta.

—¿Vuelven las pitones? —preguntó Zamora.

—Hemos matado casi todas —dijo Janko, que se había puesto muy pálido.

—¿Crees que...?

—Que esta cueva tiene comunicación con el mar, y es la marea alta que penetra.

—¿Y por qué burbujan los arroyos?

—Son absorbidos y reanudan su curso durante la marea baja.

—Me gustaría probar si el agua es salada o dulce.

—Cógeme el fusil y la navaja, que voy a bajar.

—¿Y las pitones?

—Tú vigilarás.

—Conserva por lo menos la navaja.

—Tal vez tengas razón, Zamora.

El gitano se levantó, miró a su alrededor con cuidado, y no habiendo visto ningún reptil, comenzó la bajada de la roca, seguro de que sería capaz de regresar inmediatamente en caso de peligro, porque había muchas grietas, en las cuales podría poner sus pies para ayudarse a subir. Bajó seis o siete metros, manteniendo abierto dentro del cinturón la navaja y alcanzó la capa de algas. Zamora estaba arrodillada, con el rifle en las manos, y lista para disparar.

—¡Agua salada!... —exclamó Janko, que había mojado un dedo y se lo había acercado a los labios.

—¡Sube pronto!

El gitano iba a obedecer, cuando la masa de las algas se agitó justo junto a él y una pitón monstruosa apareció, intentando con un ataque meteórico, envolverlo y llevárselo.

—¡Sube Janko!... —había gritado la gitana, haciendo precipitadamente fuego con el Máuser. El joven que se había percatado de la presencia de la terrible serpiente de agua, empuñó la navaja, puso un pie en una grieta de la roca, y se volvió, acuchillando una y otra vez a la serpiente, mientras gritaba:

—¡Toma, horrible bestia!...

La pitón respondió airadamente, retorciéndose y silbando como una pequeña locomotora. Intentaba rodear el cuerpo del gitano, para estrujarlo y arrastrarlo bajo las algas, pero Janko, que debía tener además de un gran coraje, mucha serenidad, estaba como clavado contra la roca, y no

cesaba de acuchillarla.

Zamora, en la cima de la roca, viendo impotente la lucha terrible que sostenían el hombre y el reptil, no se atrevía a volver a disparar. Decidió bajar para ayudar al compañero, y cuando estaba buscando el mejor lugar para descender, escuchó un grito salvaje lanzado por el gitano. Se volvió sujetando el fusil por el cañón y tuvo tiempo de ver a la pitón debatiéndose entre las algas sin cabeza. La navaja había triunfado sobre la fuerza brutal del monstruo.

El gitano aún preso de una profunda emoción, fácil de entender, permaneció inmóvil un momento, respiró profundamente, y luego intentó subir.

—¡Agárrate a la escopeta, Janko!... —exclamó Zamora, que ya estaba cerca del lugar donde se había llevado a cabo la terrible pelea.

El joven, viendo a su alcance el cañón de la escopeta, se agarró a él con suprema energía.

—¡Cuidado!, no vayas a caer —dijo Zamora—. Son terribles estos reptiles.

—Procuro subir ayudándome de las grietas.

Janko se detuvo un momento, respiró de nuevo, y alcanzó la cima agarrado al rifle que la gitana sujetaba. Sacudiéndose el agua que empapaba su ropa, y viéndose frente a Zamora, que lo aguardaba con inquietud, le dijo:

—¿Crees que tú Carmelo sería capaz de hacer lo mismo?

—Le he visto matar a un león —dijo la gitana—. Un hombre que mata una de esas bestias no puede ser un cobarde.

—Sí, escondido detrás de la barricada —dijo Janko—. Hasta un niño podría lograr una hazaña similar, siempre que tenga un rifle en sus manos y especialmente un Máuser.

—¡Cállate, malvado!... —exclamó Zamora. —Deja en paz a esos dos jóvenes, que tal vez tú has asesinado.

—Las algas no estaban demasiado secas —contestó el gitano—. No creo

que hayan muerto.

—¿Qué pasa en esta horrible caverna? ¿Retroceden las aguas?

—Sí, Zamora.

—Huyamos, Janko.

—¿A dónde?

—A la primera cueva.

—¿Pasando entre las algas? ¿Olvidas las pitones?... ¡Ah, no!...

—Renuncia a volver a la primera cueva.

—El talismán comienza a costarme demasiados sacrificios.

—Habrías hecho mejor en vivir en Sevilla como la hija de la reina, sin ser reina.

—¡Ah, no!... —gritó la gitana. —Mi madre antes de morir, me entregó el pañuelo de seda.

—Sí, para ir a buscar el talismán al Gurugú —dijo con ironía—. ¡Nadie ha descifrado los signos! Ni el jefe de la tribu ha sido capaz de entender las señales del primer rey gitano. ¿Quién lo hará?

—Carmelo.

—¿Él ha descifrado el pañuelo?

—Puede ser.

—¿El o Pedro?

—¿Por qué debo decírtelo?

Janko permaneció un momento silencioso, y luego dijo con voz de ira apretándolos dientes:

—Todavía no estamos en el Gurugú.

—¿Quieres robar el pañuelo?

—¿Yo?... No lo necesito. Quizás yo sepa donde enterraron los primeros gitanos españoles, quién sabe por qué capricho, a su primer rey y sus tesoros.

—Mientes, Janko.

El gitano blandió la navaja y dio un salto hacia adelante, pero se encontró frente al rifle de Zamora.

—¡Si das un paso más, date por muerto! —dijo la gitana. Y tiró el otro Máuser que se hundió entre las capas de algas.

—¿No me crees, entonces? ¡Claro!, no soy Carmelo... Hubiera sido mejor que me hubiera arrastrado la pitón bajo las algas, o que me hubiera roto todas las costillas. ¡Basta, Zamora!... El odio de los gitanos, tú lo sabes, da miedo incluso a los hombres más valientes.

—Me temo que no Janko —respondió la joven, que siempre mantenía el dedo en el gatillo del Máuser.

Retrocedió unos pasos, justo la distancia que había hasta llegar al borde de la roca, llevando siempre la navaja en su mano derecha y dijo:

—¿Conoces el golpe de los gitanos, que a veinte pasos mata a una persona?

—No me dejaré sorprender —respondió la gitana—. Si veo moverse el acero, disparo y sabes que no suelo fallar.

—¿No te importaría asesinarme, después de que te he salvado?

—¡Baja el arma!... ¡obedece!...

El gitano, que un poco antes tenía el rostro encendido, fue calmándose poco a poco. Con un golpe seco, cerró la navaja, y se sentó, o más bien se dejó caer, murmurando: ¡esperaremos!...

CAPÍTULO VII. EL GOLPE DE LOS GITANOS

Mientras tanto, el agua no dejó de subir. En el mar debía estar produciéndose una gran marea, y la caverna tendría comunicaciones misteriosas, que hacían se notara allí. La tormenta sin embargo había cesado completamente, porque desde la grieta hacia abajo no soplaba el aire. Las algas que parecían sacudidas por dos corrientes que se juntaban en la base de la roca, puesto que allí era donde se acumulaban y se amontonaban, quién sabe por qué causa, giraban a velocidades vertiginosas; luego se detenían, reanudando poco después el movimiento circular. Janko y Zamora, impresionados por el fenómeno que no podían explicar, se retiraron nuevamente a la cima de la roca, mirando angustiosamente el agua que arrastraba las plantas marinas. Pasó otra hora, que pareció una noche entera para los dos desgraciados, que creían estar destinados a servir de comida infaliblemente a las pitones, ya que suponían no haber destruido a todas, cuando Janko, que no quería exponer a Zamora a un final horrible, aunque quizás en el fondo de su corazón empezaba a odiarla, levantó su voz diciendo:

—¡Huyamos!... El agua no se retira.

—¿Por dónde? No sabes dónde está el pasillo que nos condujo hasta aquí —dijo la gitana.

—Voy a buscarlo —dijo Janko.

—¿Para ahogarte o ser aplastado por los reptiles?

—¡Que me importa a mí la muerte! La vida ahora no me sonrío.

—Estás loco. Sería un intento inútil. Cuando llegamos aquí no había tanta agua en esta cueva. Espera que baje.

El gitano meneó la cabeza.

—¡No vamos a esperar aquí!

—No entiendo.

—Te llevaré sobre mis hombros. No te mojaras siquiera los dedos de los pies. La gitana miró al joven, que había vuelto a abrir la navaja. La cara de la gitana se alteró horriblemente y sus ojos negro azabache brillaron como los de un lobo.

—No iré —dijo Zamora.

—Te obligaré.

—¿Con que derecho?

—El jefe de la tribu me hizo jurar que cuidaría de ti, para que pudiera volverte a ver bailar otra vez en Sevilla o en Zaragoza. Un peligro nos amenaza y es mi deber salvarte..... ¿Vienes, sí o no?

Zamora nuevamente le apuntó con el Máuser.

—Janko —dijo con voz firme—. Esta es la segunda vez que tengo que defenderme de ti. Tu navaja no me asusta, aunque sepas tirarla a veinticinco pasos y clavarla en la garganta del adversario. Mantendré los ojos abiertos y espiaré todos tus movimientos. ¡Guárdate Janko!... ¡Estoy decidida a todo!

—¿Serías capaz de matarme? —dijo Janko.

—Si fuera necesario, sí —respondió con frialdad la gitana, que no perdía de vista la navaja.

—¡Porque no soy Carmelo! —rugió el joven.

—Ya maté siendo más joven a alguien que me amenazó.

—¡Y luego morirías sola y maldita!... Las pitones aplastarían tu precioso cuerpo y devorarían tu carne.

—Sabré defenderme.

—Por última vez, te pido que me sigas... Somos demasiado jóvenes para morir.

—Pero si tú me quieres llevar precisamente a la muerte.

—¡No!... ¡Intento salvarte!...

El gitano se replegó sobre sí mismo y rápidamente estiró su brazo derecho, armado con la navaja abierta.

—¡Detente!... —exclamó Zamora, que nunca le perdía de vista. —¿No oyes?

—¿Qué pasa?

—Escucha atentamente.

—¿No tratarás de darme un culatazo en la cabeza?

—Pertenece a la misma tribu, luego eres como un hermano para mí. ¡Escucha! ¡Escucha!

Ruidos extraños se propagaban a través de la cueva, mientras que las algas, como si inesperadamente les faltara todo su apoyo, empezaron a bajar al mismo tiempo que se disgregaban.

—Es el agua que se retira —dijo el gitano—. Escapa por todas partes a través de los canales subterráneos que nosotros no podemos ver.

—Cómo puedes ver, yo también te he salvado la vida. Ahora podemos intentar llegar a la costa.

Janko tenía una sonrisa burlona, similar a la de una pantera joven mientras las algas seguían bajando. Entre ellas podían verse algunas pitones monstruosas, que habían escapado a los disparos de los Máuser.

—Tratemos de volver ahora a la primera cueva, sugirió la gitana. El fuego ha cesado hace ya mucho tiempo, y el aire será ya respirable. Quiero saber qué les pasó a los dos estudiantes. Puede que no encontraremos más que sus huesos y el pañuelo de seda que contiene las indicaciones para llegar hasta el talismán, haya desaparecido sin dejar rastro.

—Nunca has querido decirme que se lo habías confiado a Carmelo, ¿verdad? Ese experto de la Universidad de Salamanca que lo único que sabe hacer es tocar la guitarra.

—Eso no debe interesarte.

—Eso piensas, Zamora.

—Tú no tienes que saber nada.

—¿Señaló el Gurugú como la montaña en donde se esconde?

—En otro momento retomaremos esta conversación. Ahora debemos pensar solamente en salvarnos.

—¿Me dejarías por unos minutos tu rifle?

—¿Qué vas a hacer?

—Buscar el pasillo sin arriesgar mis pies.

—Tienes la navaja, puede bastarte.

—Yo apostaría un real contra mil pesetas, a que estarías contenta de que alguna pitón apresara mis piernas.

—Hace poco te defendí.

—No te comprendo Zamora —dijo Janko—. Será mejor que nos preocupemos de intentar llegar a la otra cueva atravesando la capa de algas, y vamos a recoger los huesos de los estudiantes.

Después de reírse ferozmente, continuó bajando la roca, moviendo la punta de la navaja en todas direcciones.

De pronto lanzó un grito agudo, un grito de triunfo:

—¡El pasillo!... ¡El pasillo!... ¡Zamora, estamos salvados!...

—¿Y las aguas? —dijo la gitana.

—Continúan bajando.

—¿Podremos alcanzar la otra cueva?

—Espero que sí. ¿Quieres subir sobre mi espalda?

—Prefiero tener las manos libres para servirme del fusil. Puedo fiarme de mis pies de bailarina... ¡Hacia la salida! A medio metro se ve el pasillo, que queda oculto cuando llega la marea alta.

—Un verdadero camino.

—Por el cual caminaremos rápidamente si los reptiles nos dejan en paz. Me parece que han desaparecido bajo las algas.

—Para sorprendernos más fácilmente.

Lentamente, para no caer, los dos gitanos bajaron hasta alcanzar el pasillo rocoso que atravesaba la cueva de un extremo a otro. Las aguas continuaban gorgoteando sordamente. Parecía que una bomba estaba funcionando para devolverlas al mar.

—Pon una mano sobre mi espalda —dijo Janko—. Se perfectamente que eres la mejor bailarina de Zaragoza y Sevilla. No te opongas a lo que te pido, porque estoy seguro que Carmelo no tendría que rogarte mucho.

—Puedes estarlo.

El pasillo, de aproximadamente medio metro de ancho, estaba delante de ellos, bastante visible gracias a la luz de la luna.

Los dos gitanos echaron un último vistazo a las algas, por temor a las pitones, y se pusieron en marcha, mientras en la cueva continuaban los ruidos, como si una pequeña tormenta se estuviera desatando en aquellos enormes racimos de plantas. Recorrieron cautelosamente unos cincuenta pasos, cuando la voz imperiosa de la gitana gritó:

—¡Detente, Janko!...

—¿Vuelven a subir las aguas?

—¡Escucha!...

El gitano se había parado y escuchaba atentamente.

—Parece que por algún lugar entra el viento —dijo.

—¿Se le escucha silbar?

—Más bien parecen ladridos sofocados —dijo Zamora.

—¡Esta es la cueva de los misterios!... —gritaron los jóvenes exasperados. En aquel momento, la luz, muy débil casi no dejaba ver.

—¡Cuidado!... ¡Cuidado Janko!... —gritó la gitana.

—¿Vendrán perros a través de las algas flotantes?

—¡No!... mira hacia arriba.

—¡Que se vaya al infierno el tótem de los gitanos!... Empiezo a estar harto.

—¿Tienes miedo?

—Sabes que los gitanos nunca han conocido el miedo. Pero, me impresiona lo desconocido, Zamora.

Por encima de ellos llegó como una enorme ráfaga de viento. Luego cientos y cientos de murciélagos gigantes, que parecían venir de una galería situada en un extremo de la caverna, volando en zig-zag, les rozaban con sus frías alas.

—¿De dónde vienen y qué quieren estos halcones de la noche?, se preguntó el gitano, abriendo la navaja.

—¿Son peligrosos? —preguntó Zamora—. He oído decir que arrancan el pelo a las mujeres.

—¡Historias!... —dijo Janko—. Tal vez se coman las pitones que hemos matado, que no nos sirven para nada, ya que no tenemos la posibilidad de cocinarlas.

—Parecen tener intención de escapar, Janko. Son al menos mil.

—Nunca oí decir que los murciélagos fueran peligrosos. Es cierto que estos son muy grandes y tienen hocico de perro. Debemos continuar avanzando por el pasillo, pero por si acaso iremos cogidos de la mano.

—Sí, Janko.

—Gracias, Zamora.

Los dos gitanos reanudaron su peligrosa marcha, asegurando bien los pies en el pasillo antes de dar un paso más, temiendo que de pronto pudieran desaparecer entre las algas. Examinaban atentamente las pozas de agua, por temor a que en alguna se encontraran con alguna pitón que hubiera quedado. Recorrieron todavía otros cincuenta pasos y cuando solo faltaban unos cientos de metros para llegar a la primera cueva, los murciélagos cayeron sobre ellos furiosamente agitando sus alas y emitiendo agudos chillidos. Janko decapitó a dos o tres, pero el asalto no se detenía. Los halcones de la obscuridad, se reunieron en la parte alta junto al techo de la cueva, estuvieron dando giros medio minuto formando largas filas, hasta que se decidieron a lanzarse a la batalla.

—Janko —dijo Zamora, que se sentía aturdida por el extraño ataque—. Suéltame un momento.

—No te salgas del pasillo.

—No, aquí hay lugar suficiente para dos personas.

—¿Qué vas a hacer?

—Disparar.

—Ya me preguntaba porque no lo hacías. Mi navaja no es suficiente.

La gitana dio dos pasos hacia atrás, se aseguró de la anchura del pasillo, y luego hizo seis disparos uno tras otro, en el momento en que el ataque volvía a comenzar.

Los bicharracos, fusilados a quemarropa, y asustados por las explosiones que retumbaban espantosamente en la amplia caverna, rápidamente volaron hacia arriba, dejando a varios compañeros muertos o heridos, describieron un círculo enorme, provocando una fuerte corriente de aire con sus alas y luego desaparecieron, buscando refugio probablemente en cualquier otra galería de la cueva.

—Se han ido todos —dijo la gitana, cargando no obstante por precaución el rifle, porque siempre temía alguna nueva sorpresa.

—¡Que se vayan al Infierno! —exclamó Janko—. No esperaba semejante ataque.

—¿Ves alguna pitón?

—Creo que no hay ninguna.

—¿Continuamos?

—Sí, la primera cueva está cerca. Vayamos hacía allí.

—Tratemos de darnos prisa.

—Para ver a los estudiantes —dijo Janko, frunciendo el ceño.

—Para llegar antes de que el agua vuelva a subir y nos ahoguemos. Si no viéramos el pasillo de roca, no podríamos salvarnos.

El gitano murmuró algo, exploró el pasillo y avanzó rápidamente, manteniendo siempre la navaja abierta en la mano. La gitana, segura de sus pies de bailarina, le seguía casi corriendo.

Con un último esfuerzo, ambos superaron la distancia y llegaron a la entrada de la primera cueva, pero tuvieron que detenerse inmediatamente. Desde el gigantesco arco llegaban ráfagas de aire tremendamente caliente que hacían difícil la respiración.

—Janko —dijo Zamora, que ya había abandonado el pasillo, y había saltado ágilmente hasta el suelo cubierto de ceniza—. ¿Podremos entrar?

—Habríamos de tener los pulmones recubiertos de cobre —contestó el gitano, con su clásico acento malhumorado.

—Sin embargo el fuego se extingue. No veo llama alguna entre esos montones de ceniza.

—Pero aquí hace mucho calor. Parece que estamos frente a un horno de tamaño gigantesco.

—¿Qué podemos hacer? ¿Volvemos a la caverna del agua y tratamos de encontrar otra salida?

—Nuestras botas están fabricadas con buen cuero de Córdoba y aguantarán el calor. No quiero ni pensar en volver con las pitones, los murciélagos y con esas aguas que amenazan ahogarte constantemente.

—¿Y nosotros podremos resistir este calor?

—¿Cómo harás para resistir cuando vayas al ardiente Infierno?

—Este no es momento para bromear, Janko.

El gitano se encogió de hombros y luego dio un salto hacia adelante, levantando una enorme nube de polvo.

—¡Se escuchan disparos hacia la playa!... —exclamó.

—¿Estarán todavía los estudiantes luchando con los leones? —preguntó Zamora.

—Ve a preguntarles —dijo el gitano—. Son disparos, aunque no me parece que sean de Máuser.

—Sí, Janko. Tres... cuatro... seis detonaciones que retumban en la cueva. Pero estas malditas nubes de ceniza impiden ver nada. Los disparos se suceden sin ninguna regularidad.

—¡Contra quien disparan esos locos! —preguntó el gitano.

—No son hombres que desperdicien municiones contra un peligro imaginario —respondió Zamora.

—Que se vayan al infierno con sus guitarras —murmuró Janko.

—¿Tienes miedo a ir?

—Yo voy donde vayas tu, aunque esté seguro de que voy a morir.

—Si quieres volverte a la cueva del agua.

—Sin ti, no.

—¿Podremos atravesarla sin caer asfixiados?

—Probablemente no.

—Tengo la costumbre de no caer nunca en la desesperación. Me levantaré la falda, no sea que empiece a arder, porque pueden quedar aún

algunas chispas bajo las cenizas, y si confías en la solidez de tus pulmones, vamos a acudir en ayuda de los estudiantes.

Y ambos se precipitaron en aquel inmenso horno, ya apagado ciertamente, pero aún caliente, después de haber cubierto con sus camisas las municiones, por temor a que ocurriera alguna desgracia. Corriendo desesperadamente, recorrieron más de cien metros cogidos de la mano, envueltos en una espesa nube de cenizas, mientras que los disparos continuaban sucediéndose desordenadamente. Luego se detuvieron. La asfixia empezaba a amenazarles, aunque se percibía alguna corriente de aire que penetraba en la cueva.

—Volvamos Zamora —dijo Janko, que tenía la boca y los ojos llenos de ceniza.

—¡No!... —contestó la valiente muchacha, que estaba siempre atenta a los disparos que se escuchaban—. Están vivos y quiero verlos antes de morir.

—¿Crees tú, por mil saetas, que se puede llegar a la entrada de la cueva?

—Cómo puedes ver no estamos ya muy lejos.

—Nos faltan por lo menos quinientos pasos.

—No regresaré a la caverna de las pitones. He visto demasiadas veces ahí dentro la muerte de cara.

—¡Calla!... ¡Han cesado los disparos!

—¿Se habrán marchado?

Janko respiró profundamente, cogió por las caderas a Zamora que parecía estar a punto de caer, la apretó entre sus brazos y continuó avanzando.

—Gracias Janko —dijo la gitana.

No era tarea fácil alcanzar la salida de la cueva, con las enormes nubes de ceniza que se levantaban bajo la presión de los pies. Sin embargo el gitano no desesperaba.

Se había puesto en la boca el pañuelo de seda rojo que llevaba en su cuello y continuaba la carrera, pero perdía de vista en algunos momentos

la salida de la cueva que el sol debía estar iluminando, ya que las nubes de ceniza hacían que pareciera ser de noche. La ceguera le impedía guiarse acertadamente. Los disparos habían cesado.

Otros doscientos metros recorrió en un momento, apretando a la gitana contra su pecho, temiendo caer en cualquier momento. Entonces gritó:

—¡Estamos perdidos!... ¡No veo nada!... ¡Ya no sé a dónde dirigirme!...

Con la salida del sol comenzó a soplar la brisa, y algunas ráfagas de viento entraban de vez en cuando en la cueva, agitando aún más las cenizas e impidiendo que se pudiera ver la bóveda.

—¡Janko!... —gritó la gitana. —Déjame en el suelo.

—¿A dónde irás? ¡Ya no veo nada!...

—Tengo el fusil.

—¿Qué vas a hacer?

—Los estudiantes, al oír mis disparos comprenderán que nos amenaza un serio peligro y se acercarán.

—No serán tan estúpidos de venir aquí con esta polvareda.

—Déjame en el suelo.

Janko abrió sus brazos y la gitana saltó ágil a tierra. Durante un instante, se pudo ver a cierta distancia la boca de la cueva. Luego las cenizas volvieron a agitarse furiosamente, impulsadas por un terrible viento que comenzó a entrar en la inmensa cueva. El Simoun, que revuelve las arenas del desierto del Sahara, y es tan temido por los árabes. En un momento, ya era imposible divisar la entrada de la cueva.

—Janko, no veo nada —dijo la gitana con voz aterrorizada.

—Y yo menos que tu —respondió el gitano, pasando y repasando nerviosamente su pañuelo de seda por la cara para limpiarse la boca y los ojos.

—¿Cuándo se calmará este viento?

—Sólo un marinero sabría decirlo, y yo no lo soy... Prueba a disparar.

Zamora tomó el fusil que llevaba al hombro, apuntó hacia arriba y disparó dos veces, desatando el eco de la caverna. No habían pasado dos segundos, cuando respondieron dos disparos que retumbaron fortísimos.

—¡Los estudiantes!... —gritó la gitana—. Están todavía vivos y vendrán en nuestra ayuda.

Janko movió la cabeza, preguntándose cómo podrían encontrarlos con todas aquellas cenizas que interceptaban la luz procedente de la entrada de la cueva.

—Dispara otro cartucho —dijo pasado un momento.

La gitana disparó un tercer y un cuarto tiro.

Otros disparos respondieron a poca distancia. No podían ser más que los estudiantes, así que la salvación estaba casi asegurada.

—Vayamos a su encuentro —dijo la gitana, cogiendo esta vez al joven por una mano. ¿Cómo sabremos donde encontrarlos?

—Tengo pocas esperanzas —dijo Janko—. Hasta que no se calme el viento no seremos capaces de descubrirlos.

—He visto ahora la boca de la cueva.

—Ahora ha vuelto a desaparecer y quién sabe cuándo volverá a ser visible, Zamora. ¡Maldito viento!... ¿No era bastante el aire caliente? ¡Quiere nuestra muerte! ¡Que se vaya al infierno el talismán!...

—Cállate Janko, y en lugar de maldecir, camina —dijo Zamora—. Los estudiantes no están muy lejos.

—¿Y qué harán tus amigos de Salamanca? Hasta ahora solo me han dado problemas.

—¡Camina!

Zamora mantenía fuertemente agarrada la mano del gitano y tiraba de él casi arrastrándolo, pero lamentablemente, después de unos pocos pasos,

se vio obligada a parar. La cueva había vuelto a la obscuridad, debido a la ceniza que impulsaban furiosas ráfagas de viento.

Los disparos continuaron mientras tanto del otro lado, a intervalos de medio minuto. Ya más de veinte disparos se habían hecho eco en la cueva, cuando Janko se libró bruscamente de la mano de Zamora, soltando una imprecación.

—¡Somos muy tontos! —exclamó—. Los estudiantes también estaban armados con Máuser.

—Sí —respondió Zamora.

—Estos disparos son de otros rifles, y tal vez rifles de Rifeños.

—¿Estás seguro, Janko? —preguntó Zamora, con angustia.

—Te repito que no son Máuser los que disparan.

—¿Entonces los estudiantes?...

—Habrán sido capturados.

—Y pronto lo seremos nosotros también.

—Maldita suerte, que ahora no nos protege.

—¿Y a dónde vamos, Janko?

—No lo sé —respondió el gitano.

—Si pudiéramos volver a la caverna de las pitones. Al menos allí no habrá cenizas.

—Ahora ya es demasiado tarde y es imposible guiarse en medio de esta oscuridad que de momento en momento se vuelve más densa. Ya no veo la salida de la cueva.

—Aunque llegaras allí, te encontrarías con los Rifeños.

—Que no dudarían en hacernos prisioneros.

—Como deben haber hecho con los estudiantes.

Janko se encogió de hombros, limpió su rostro todo salpicado de cenizas, y dijo:

—Tentaremos a la suerte.

En aquel momento sonaron dos disparos, produciendo un ruido mucho mayor que el de los Máuser que tenían un sonido más apagado.

—Armas de fuego antiguas, —dijo Janko después de escuchar atentamente—. Después de los leones, las pitones, y los murciélagos, ahora topamos con los bandidos de las montañas. Seremos muy afortunados si conseguimos salvarnos, Zamora.

—Aquí tengo mi fusil y sesenta cartuchos. Dime que más necesito ahora.

—¿Quieres también mi navaja?

—No, eres muy hábil lanzándola, y también sabes utilizarla muy bien en un duelo a muerte —dijo Zamora—. No nos quedemos aquí, Janko. Me siento sofocada.

—¿Y dónde ir? ¿A caer en los brazos de los bandidos de las montañas?
—respondió el gitano con voz ronca.

Estuvo parado un momento, mirando al lugar donde debía encontrarse la entrada de la cueva, luego agarró a su vez de la mano a la gitana y la arrastró en una furiosa carrera.

Las cenizas, agitadas por las ráfagas de viento que no dejaban de soplar en la plataforma, se alzaban vertiginosamente, haciendo casi imposible caminar. Debajo de sus pies, de vez en cuando se levantaban chispas, que empujadas por el viento, atravesaban la inmensa caverna, rápidas como flechas.

—¡Vamos!... ¡Vamos!... —continuaba diciendo Janko con voz ahogada.
—¡Aquí está la muerte!...

Y los pobres desgraciados continuaban huyendo como locos, sin saber a dónde iban, perdidos en aquel antro, como si caminaran entre la niebla que se desata en las altas montañas.

Jadeantes, sudorosos y medio sofocados, finalmente fueron a tropezar contra un obstáculo que tenían delante.

—¿Qué es Janko? —preguntó Zamora.

—Estamos contra una de las paredes de la caverna —le contestó el gitano—. Siguiéndola podríamos llegar a la salida... ¿Tú ves algo?

—No —dijo Zamora.

El gitano dijo:

—Estoy totalmente perdido, y ya no sé a dónde ir. No sé si los rifeños siguen esperándonos en la entrada de la cueva. ¿Por qué no vienen tus valientes estudiantes?

El gitano se apoyó contra la pared, y luego se dejó caer al suelo, en medio de la gruesa capa de ceniza, diciendo:

—Si este es nuestro destino, esperaremos la muerte.

—Janko, tengo sed —y añadió—: casi no puedo ver.

—No tengo un vaso de agua. Aunque consiguiera llegar a la segunda cueva, volvería demasiado tarde para salvarte, Zamora... Y además, ¿cómo llegar? Y además me pregunto: ¿dónde habrá agua dulce en este momento?

—¿Y dejarnos morir sin luchar, Janko? ¡Somos gitanos!...

El joven en lugar de contestar, se levantó dando un salto y abrió la navaja.

—¿Estás loco? —gritó Zamora.

—Mira hacia la entrada de la cueva, que es visible en este momento —dijo el gitano.

Las ráfagas de viento habían cesado unos instantes, y la entrada de la caverna aparecía iluminada por un gran rayo de luz del sol.

Dos meharis, especie de camellos de gran tamaño, montados por dos hombres que iban envueltos totalmente por unas mantas oscuras, avanzaban cautelosamente.

—Rifeños... —murmuró el gitano—. Les abriré sus gargantas o el vientre.

Zamora le había agarrado de una mano.

—Déjales que vengan... ¿acaso no tengo el fusil? —dijo.

—No, prefiero el golpe de los gitanos. Ejecutado por mí resulta terrible. Somos gitanos y nos defenderemos como gitanos.

—Podemos fusilarlos.

—¡Bah!... Apóyate contra la pared y no te muevas, para que después te pueda encontrar. ¡Crees que soy menos que tu Carmelo!... Estás engañada, Zamora.

El rayo de luz solar atravesaba la cueva, iluminándola bastante bien, ahora que las cenizas de las algas no se agitaban apenas. Los dos meharis continuaban avanzando, levantando con sus patas nubes de ceniza.

—¡Coge mi fusil Janko!... —dijo la gitana.

—¡No van a matarme!... —dijo el joven con voz firme.

Se limpió la cara con el pañuelo de seda; luego avanzó casi a gatas, manteniéndose a poca distancia de la pared, que ahora se distinguía bastante bien, tratando de no dejarse ver.

Los dos Rifeños, continuaban mientras tanto avanzando, sin prisas, llevando en la mano unos largos rifles de culata curvada. De vez en cuando desaparecían en medio de las cenizas y luego volvían a aparecer, porque el sol proyectaba sus primeros rayos directamente en la caverna.

Janko continuó su marcha. No parecía un hombre, sino una serpiente. Totalmente concentrado, levantaba la cabeza un instante para observar y luego volvía a agacharse entre las cenizas dispuesto al ataque. La gitana, apoyada contra la pared, le observaba atentamente, dispuesta para correr en su ayuda.

De repente, mientras una nueva ráfaga de viento se colaba dentro de la cueva, se pudo ver como algo que brillaba atravesaba el rayo de luz, que ahora era visible. Se oyeron dos gritos: uno de un hombre que muere y el

otro de un hombre victorioso.

Janko, escuchando silbar nuevamente el viento y temiendo que las cenizas se agitaran otra vez y no le permitieran distinguir a los dos Rifeños, lanzó la navaja a una distancia de veinticinco pasos, y la punta de la terrible arma se había clavado en la garganta del enemigo más cercano.

Luego comenzaron a soplar nuevamente las ráfagas de viento, cada vez más fuertes, y la obscuridad volvió a caer en la amplia caverna.

El rayo de sol había desaparecido y las cenizas volvían a agitarse, subiendo y bajando y agrupándose en masas para luego dispersarse. Janko había tenido tiempo de ver al hombre caer de la silla del mehari. Dio diez o doce saltos con la agilidad de una pantera y llegó junto a la gitana en el momento que retumbaba un disparo, pero bastante lejos.

—¿Le has matado? —preguntó Zamora.

—Sí —respondió el joven. Cuando lanzo mi navaja, el enemigo puede encomendar su alma a Dios.

—Eran dos, ¿verdad?

—Sí, dos, pero creo que el otro huyó. ¡Maldita ceniza que obscurece todo!...

—¿Y el mehari?

—Quizás también huyó.

—¿Si pudiéramos hacernos con él Janko?

—¿Para servirnos de él?

—Estoy sedienta y estos animales siempre llevan recipientes de agua... Janko, me muero.

—¿Dónde buscarle, Zamora? No ves cómo las cenizas se agitan en todas las direcciones. ¿Quieres que lo intentemos? Dame la mano y nos vamos, confiando en el azar.

—Si continuamos aquí todavía unas cuantas horas, Janko, nunca

saldremos —dijo la gitana.

—Lo sé —respondió el joven con voz sorda—. Hasta mis fuerzas comienzan a flaquear, y me parece que tengo fuego dentro de los pulmones.

—Busquemos el mehari, Janko.

—Sí, Zamora.

Los dos desgraciados reunieron toda su energía y se introdujeron a través de las nubes de ceniza, que no dejaban de agitarse.

Se habían cogido de la mano, por temor a separarse y que uno u otro desaparecieran en medio de la niebla, que en ciertos momentos llegaba a ser de un gris tan intenso, que no se podía ver nada a dos pasos. Estaban cansados, y se hundían a veces hasta las rodillas en los hoyos llenos de ceniza de las algas, deteniéndose a menudo para ver si conseguían ver de nuevo la luz del sol y poder orientar su marcha.

No conseguían ver nada. El viento seguía siempre aullando, alborotando esas polvorientas cortinas, levantándolas, torciéndolas y retorciéndolas, para luego tirarlas hacia abajo contra el suelo.

Ya se sentían carentes de fuerzas y estaban a punto de dejarse caer contra el suelo a esperar la muerte, cuando un rayo de luz penetró dentro de la cueva, iluminándola durante un instante.

Inmediatamente Janko dio un grito y se precipitó hacia adelante, arrastrando a Zamora en una loca carrera.

La sombra gigantesca del mehari, se había esbozado entre las nubes de ceniza.

El bravo animal no había abandonado a su amo, que estaba tirado en el suelo, con la garganta abierta por la navaja del joven gitano y esperaba pacientemente, con la esperanza de que se levantara y volviera a montar en la silla.

Viendo aparecer a dos desconocidos, el mehari emitió una especie de bramido muy agudo y desagradable, intentando escapar, pero inmediatamente, Janko, había agarrado la cuerda que sirve para guiarlos y

con un enérgico tirón, le había obligado a arrodillarse.

—¡Ayúdame, Zamora!... —exclamó el joven—. Sujeta fuerte a este animal mientras recupero mi navaja.

—¡Déjala! —dijo la gitana.

—¡Nunca!... ¡Es el arma de los valientes!... ¿Tienes sed? Aquí hay un odre. Bebe todo lo que quieras y no te preocupes por mí, porque hay otros colgando en los costados del mehari. Le entregó una bolsa alargada de piel de cabra, que debía contener varios litros de agua y sujetando la cuerda para que el animal no pudiera escapar, se acercó al Rifeño que las cenizas habían enterrado en parte.

Clavada en la horrible herida estaba la navaja, todavía chorreando sangre, Tiró de ella, la limpió en la piel del animal, y después de cerrarla se la colocó en la cintura. Cogió otro odre lleno de agua y comenzó a beber a grandes tragos.

En ese momento el rayo de luz volvió a aparecer, más nítido que antes.

—La salida está ahí Zamora —dijo Janko, después continuó bebiendo tranquilamente.

—Dejemos al muerto y llevemos con nosotros el mehari, que podrá prestarnos unos preciosos servicios.

—¿No estará el compañero del muerto esperándonos ahí fuera en la costa? —preguntó Zamora.

—Si nos ataca, nos defenderemos.

—¿Y los estudiantes?

—¡Se vayan al diablo!... —exclamó Janko. Pero murmuró por lo bajo—. ¡Espero no verlos nunca más!

Janko, viendo que la luz empezaba a oscurecerse, colocó a la gitana sobre la silla del mehari que era grande y bastante cómoda. Con un estridente silbido hizo levantarse al mehari, se enrolló bien apretada la cuerda en su puño y tiró de él hacia adelante, escuchando atentamente, pues temía alguna sorpresa por parte del segundo Rifeño, que podía estar

todavía dentro de la cueva.

Cinco minutos más tarde, la gitana y Janko, cubiertos de ceniza y medio asfixiados, pero aún vivos, llegaban finalmente a la barricada. Todas las cajas habían volado y aparecían destrozadas. Incluso cuatro barriles de harina habían sido lanzados fuera de la cueva, hacia la plataforma.

—¿Los habrá matado la explosión? —preguntó Zamora con angustia, dejándose deslizar desde la silla de montar—. ¿No los ves tú, Janko?

—No —respondió secamente el gitano.

—¿Dónde pueden estar? ¿Pueden estar vivos todavía? —dijo la gitana—. El incendio, la explosión de la munición, y luego los Rifeños.

Zamora se había puesto palidísima.

—Y el pañuelo que indica el lugar donde se oculta el talismán —dijo con voz angustiada.

—¿No lo tienes tú?

—No... —se lo di a Carmelo, porque como ya te he dicho, solo él ha sido capaz de descifrar todos los signos, que ni tú ni yo podemos entender.

—No lo echaremos de menos —añadió Janko—. Buscaremos a la *Bruja de los Vientos*, que algo sabrá sobre el talismán.

—Me has hablado de esa mujer ya otra vez —dijo la gitana—. ¿Dónde la has conocido? ¿Luego... es verdad que el jefe de la tribu te envió aquí hace tiempo?, para que robaras el talismán que me pertenece solamente a mí.

Janko, en vez de contestar, dio un salto, cogió el rifle y se preparó para disparar.

Por el borde de la costa, avanzaba con cautela un segundo mehari, montado por un hombre envuelto en un manto oscuro, con una faja de tela roja.

Una detonación retumbó dentro de la cueva, porque los dos gitanos habían retrocedido hacia la barricada, pero el hombre no cayó. El mehari había recibido el disparo. El habitante del desierto se había salvado, porque como sabemos, el joven no manejaba el rifle con la misma habilidad que la navaja. El Rifeño dando un gran salto, había bajado de la silla, y había desaparecido en dirección del barco, que permanecía varado y prácticamente destrozado.

CAPÍTULO VIII. LOS TÚNELES DE LA LAVA

Los dos estudiantes, para escapar del incendio que avanzaba pavoroso a través de la cueva amenazando abrasarlos, como ya dijimos, habían tenido la buena fortuna de descubrir dos túneles labrados por la lava y sacar fuera la cabeza, aunque no el resto del cuerpo.

Desgraciadamente las dos aberturas terminaban en dos pequeñas agujeros, casi circulares, que no permitían el paso de un cuerpo humano, ni siquiera el de los estudiantes que para nada estaban gruesos. Al menos podían respirar, ver la luna brillar sobre el mar y vigilar la plataforma, ya que se encontraban por lo menos a cuarenta metros por encima del suelo de la cueva.

Cuando tuvo lugar la explosión de las cajas de municiones, los dos estudiantes no sufrieron daños, a pesar de haber sufrido un violento empuje de abajo hacia arriba, y pronto volvió el buen humor a los dos guitarristas.

—Ahora dejemos que se consuma la capa de algas y que la cueva se enfríe —dijo Carmelo—. Entonces iremos en busca de Zamora y Janko.

—¡Janko!... —dijo Pedro, que giraba la cabeza en todas las direcciones con la esperanza de poder salir de allí—. Quiero pedirte tu opinión sobre esa persona.

—Habla Pedro.

—¿Habrás incendiado las algas para intentar asfixiarnos o, mejor aún, achicharrarnos?

—Ciertamente las tienen que haber incendiado ellos —dijo Carmelo—. Alguien arrojó una mecha en medio de las algas, o puede que se haya roto el farol. Sospecho que Janko y Zamora debían encontrarse ante un grave peligro.

—¡Y han recurrido al fuego!... ¿Acaso no sabían que estábamos

asediados en la cueva?

—Habla de Janko y no de Zamora. Esa chica es incapaz de cometer una traición y de querer nuestra muerte. Y además, ¿con qué propósito?, si el pañuelo de seda que nos llevará al descubrimiento del talismán está escondido bajo mis ropas a buen recaudo.

—¿Se habrán encontrado con más leones?

—Con leones no, pero tal vez con panteras. No hemos explorado toda la segunda cueva, así que no sabemos qué peligros se escondían ¿Qué te parece?

Pedro respondió con un sonoro estornudo, seguido inmediatamente por varios otros.

—¿Pillaste un constipado? —dijo Carmelo, riendo—. Las cuevas realmente eran apropiadas para los hombres primitivos, pero no lo son para los actuales. La temperatura varía con frecuencia y hay mucha humedad.

—Estornudo porque el humo comienza a molestarme —dijo Pedro—. Aunque trato de impedirle el paso apretando bien la espalda. ¿Hace calor?

—Puede resistirse, por ahora.

—Me ha parecido que me mordían en una pierna —dijo Carmelo.

—¿Quién puede haber tenido el coraje de seguarnos hasta estos túneles?

—¡Caray!... ¡Diablos!... ¡Rayos del cielo!...

—¿Te llega el fuego, Pedro?

—Me están mordiendo.

—Serán ratas que huyen del fuego y tratan de salvarse —añadió Carmelo.

—Tú no sabes lo feroces que pueden ser las ratas. Son capaces de devorar un hombre en menos de media hora, si van en grandes cantidades.

—Lo sé, Pedro, y por eso te propongo descender para repeler a esos peligrosos roedores. Si nos quedamos aquí, nos van a comer las piernas, y

entonces se habrá acabado nuestro viaje.

—¿Sigue subiendo humo?

—También por mi galería comienza a manifestarse —dijo Carmelo, estornudando repetidamente. ¡Hermosa situación!... Como estamos encajados, no podemos usarlas manos. Es como si estuviéramos atados. ¿Muerden todavía?

Pedro no respondió. Su cabeza había desaparecido, y del agujero salía una pequeña nube de humo.

—¡Eh amigo!... —gritó Carmelo—. ¿Se puede bajar? ¡Asesiiiiinaas!... Se comen mis botas a la espera de comerse mis pies.

Aunque no podría reunirse con su compañero, puesto que no se juntaban las galerías hasta quince o veinte metros más abajo, decidido a no ser comido vivo, comenzó a bajar a su vez gritando:

—¡Fuera de aquí bribonas!...

Incluso Pedro aullaba como un perro hidrófobo, y su voz se transmitía claramente a través de las galerías formadas por las antiguas lavas.

—¡Canallas!... —gritaba—. ¡Hasta con mi guitarra!... ¡Abajo, abajo, volveos al fuego! Parecía que batallase ferozmente con la culata de su fusil, a juzgar por los golpes que sonaban.

Mientras tanto Carmelo había alcanzado su Máuser y su guitarra, que estaban unos pocos metros más abajo.

Cuando iba a reanudar el descenso, a pesar del humo que subía por la galería, aparecieron de pronto una docena de ratas enormes, que no tenían intención de regresar a la caverna en llamas.

A su vez cogió el rifle por el cañón y aunque el espacio era muy reducido, la emprendió a culatazos con los roedores, gritando siempre:

—¡Largo de aquí malditas!

Pedro no dejaba de gritar, pero continuaba batallando.

—¡Ah!... Tú, fea rata gris... ¡Te quieres comer las cuerdas de mi guitarra!... ¡Asquerosa glotona!... ¿Y me miras con esos ojos oscuros? ¡Abajo!... ¡Abajo! Volved donde el fuego, ¡malas bestias!...

Los dos estudiantes, separados por unos pocos metros de pared, golpeaban desesperadamente con las culatas de los fusiles, resistiendo heroicamente el humo que se volvía a cada momento más caliente y cargado de ceniza, y que subía como impulsado por un fuerte viento.

La batalla fue corta, porque las ratas en lugar de bajar a la cueva, de la cual sabían que no saldrían vivas, cruzaron por la espalda de los estudiantes y huyeron por dos pequeñas aberturas lanzando estridentes chillidos. Ya era hora, porque Carmelo y Pedro no podían resistir más dentro de los dos estrechos pasadizos, que amenazaban con convertirse en dos hornos. Subieron rápidamente, trayendo consigo las armas y las municiones, que podían pasar a través de los orificios de salida, mientras que las guitarras demasiado grandes, con gran desesperación de Pedro, tuvieron que quedarse abandonadas.

—No ha quedado ninguna rata, así que las cuerdas no corren ningún peligro.

Como buenos músicos, los dos estudiantes antes de salir de España para dirigirse a las tierras del Rif, habían hecho provisión de cuerdas para sus instrumentos.

Las cabezas de Carmelo y Pedro aparecieron casi al mismo tiempo, después de haber puesto en lugar seguro los rifles y los cartuchos fuera de los agujeros.

—Me parece que veo un esqueleto —dijo el ingeniero, después de haber respirado profundamente.

Pedro prorrumpió en una carcajada.

—¿Creías que las ratas me habían roído? No eran demasiado combativas, por lo menos las que me asaltaban a mí y se dejaban aporrear casi sin reaccionar. ¡Respira, respira, amigo!...

—No oyes que parezco un fuelle, uno de esos que usan los gitanos.

—¿Pedro, porqué hablas de los gitanos? Sabes lo inquieto que estoy por

Zamora.

—¡Caramba!... Tu corazón arde por la futura reina de los gitanos, mientras siento que se asan mis piernas. Hace mucho calor, y no sé si mis botas aguantarán.

—¿De la boca de la cueva sigue saliendo humo?

—Sí, continúan saliendo nubes de humo, pero esta brisa de la noche, afortunadamente, las empuja hacia el mar.

—¿Durará mucho esta tortura? —dijo Carmelo—. Me siento como un arenque ahumado.

—O como un chorizo, que esa buena gente de las montañas de la Sierra del Guadarrama asan a fuego lento, —dijo Pedro—. Si nos quedamos aquí unas pocas horas, seremos chorizo humano ahumado, una deliciosa comida para las ratas... Sería algo parecido a ser devorados por unos caníbales.

—¿Quieres asustarme, Pedro?

—En absoluto, Carmelo. Los estudiantes de Salamanca y los de todas las demás Universidades de España, tienen buenos entresijos para preocuparse de semejantes miserias.

—¡Lo llamas miserias!... Me estoy desecando lentamente.

—Yo también, y no me quejo, Carmelo. Las algas terminarán de quemarse y luego volveremos a la caverna nos daremos un buen baño. Te aseguro que mientras nosotros estamos ahumándonos aquí, los gitanos estarán bañándose en algún riachuelo. Se oían muchos correr por debajo de las algas marinas.

—¿Por qué no vamos a reunirnos con ellos?

—Si pudiera, lo haría inmediatamente, Carmelo, pero no encontraría aire respirable por debajo de mí, así que prefiero quedarme aquí para mirar la luna que está a punto de aparecer, esperando que se apague el fuego. Ciertamente, no me encuentro en una situación envidiable. Debo parecer un chino condenado a la decapitación por haber cometido algún delito. —Pero espero que pronto acabará mi pena. ¿No te parece que ha

disminuido mucho el calor? .

—Se ha levantado un viento muy fuerte y bastante fresco proveniente del mar y estará enfriando la cueva. El fuego debe haber terminado. Veo poco humo debajo de nosotros.

Un vendaval, que venía del mar, lanzó hacia la costa, grandes ráfagas de viento aullando siniestramente, y entrando por la boca de la cueva, agitó las cenizas y puso en grave peligro a Zamora y Janko que habían dejado su refugio húmedo donde corrían el riesgo de ahogarse, para ahora correr otros.

Las olas volvieron a lanzarse al asalto de la costa, rugiendo, botando y rebotando y saltando, a veces incluso por encima del barco encallado entre las rocas.

Los dos estudiantes iban a intentar el descenso, convencidos de que el aire era ya respirable dentro de la cueva, cuando llegaron a sus oídos varias detonaciones.

—¿Has oído, Carmelo? —exclamó Pedro—. Esos disparos dentro de la cueva, ¿serán los gitanos que vienen a buscarnos? No puede ser otra cosa.

—Vamos a bajar.

Cuando Pedro intentó sacar su cabeza aprisionada en el agujero, se le escapó un grito desesperado:

—¡Estoy perdido!...

—¿Qué estás diciendo? —dijo Carmelo, asustado.

—La lava, tal vez por efecto del calor, se ha ajustado alrededor de mi cuello y mi cabeza ya no puedo pasar —dijo Pedro.

—¡No es posible!...

—Prueba tú.

El joven ingeniero intentó dejarse escurrir hacia abajo por el túnel, y se encontró como colgado. Los dos pequeños agujeros, se habían contraído

alrededor de las gargantas de los dos desgraciados, inmovilizándolos.

—Pedro —dijo Carmelo con la voz rota—, yo también estoy prisionero. Sin embargo hace poco nuestras cabezas podían pasar.

—Y ahora tengo que darte la triste noticia que ya no pasan, y que si no vienen a librarnos de esta cárcel, nos morimos de hambre y sed.

—Afortunadamente están los gitanos.

—¿Serán capaces de encontrarnos?

—Continúan disparando.

—Mientras no tengamos los brazos libres, no podemos responder. Nuestros fusiles son totalmente inútiles.

—¿Y moriremos lentamente presos aquí? —dijo Pedro estremeciéndose.

—¿Cómo puede ser que estas viejas lavas se hayan ajustado alrededor de nuestros cuellos?

—Como consecuencia de un repentino enfriamiento, debido al viento frío —dijo Carmelo—. No descarto que las moléculas puedan volver a su antiguo estado, dejándonos en libertad.

—¿Es el calor del incendio lo que los dilató?

—Sí, Pedro.

—¿Y ahora el viento frío que sopla, ha hecho que se contraigan? No seremos capaces de sacar nuestras cabezas si no vienen a librarnos de este collar.

—Te repito que la lava, una vez vuelva a la temperatura habitual, puede dilatarse lo suficiente como para permitirnos bajar a la cueva.

—¿Lo dices para evitarme morir de miedo, Carmelo? Acabar mis días aquí, como un condenado y dejar mi cerebro y mis ojos a los halcones, son cosas que hacen que se me hiele la sangre en las venas.

—Espera Pedro, no desesperes... ¿Se cierra más el círculo de lava alrededor de tu cuello?

—No, puedo girar libremente la cabeza hacia los lados, pero no puedo sacarla.

—Sería capaz de cortarme las orejas para poder sacarla. ¡Calla!... ¡Mira!...

—¿Dónde?

—Hacia los restos del barco —respondió Carmelo.

—¿Qué ves?

—Veo avanzar dos meharis montados por Rifeños armados con fusiles.

Pedro, con un esfuerzo desesperado, se estiró un poco hacia arriba y pudo ver a los dos jinetes del desierto, avanzando lentamente con precaución sobre la plataforma rocosa, como si pretendieran entrar en la cueva.

—¿Pueden vernos y disparar sobre nuestras cabezas? —preguntó el estudiante.

—Estamos demasiado altos —respondió Carmelo.

—El sol está a punto de aparecer. La luna ha desaparecido en el mar. Es muy difícil que nos vean con todas las rocas de la colina que nos rodean. Además todos los marroquíes son malísimos tiradores —dijo Carmelo—. Puedes estar tranquilo.

—¿Son dos bandidos del Rif?

—Sí, Pedro. Fíjate bien: a diferencia de otros moros, tienen la piel casi blanca, los ojos claros y el cabello y la barba y rubios.

—¿Entran en la cueva?

—Habrán visto el humo que salía, y ahora quieren saber por qué las algas se han prendido fuego. Los bandidos de la montaña, viven en cuevas que les sirven de refugio en caso de guerra contra nuestros compatriotas.

—¿Y los gitanos? ¿Serán apresados? —preguntó Pedro.

Carmelo palideció, mientras que un destello de ira iluminaba sus ojos, haciéndolos casi fosforescentes.

—¡Tener un rifle y no poder usarlo!... —exclamó con voz ronca. —Desde este lugar muy bien podríamos hacer caer a los hombres y a los camellos.

—¿Van a matar a los gitanos?

—Que le vuelen la cabeza a Janko, pero respeten a Zamora.

—No me importaría. A dado demasiadas muestras de ser enemigo más que amigo. ¿No es así, Carmelo?

—¡Maldito sea quien prendió fuego a las algas! —gritó el joven ingeniero.

—¿Nos quedaremos aquí inactivos?

—¿Puedes sacar tu cabeza y estirar el brazo para coger el Máuser que está justo debajo de tus narices?

—No, Carmelo.

—Ni yo tampoco. Estamos presos en esta especie de cepo.

—¡Si por lo menos tuviéramos nuestras guitarras!...

—¿Qué harías?

—Tocar una canción: la muerte me parecería más dulce.

—Todavía no estamos muertos, Pedro.

—Es lo que cuenta.

—Tengo la costumbre de no desesperar nunca. ¡Ah!... ¡Los meharis han desaparecido!... Han debido introducirse en la cueva.

—Tiemblas por Zamora.

—La gitana está armada con un buen fusil y no se asusta. Si hace falta, combatirá contra los bandidos del Rif, al lado de Janko, que después de todo siempre se ha mostrado valiente.

—¿Oyes? ¡Se dispara en la cueva!

—Lo he oído —dijo Carmelo, que hacía esfuerzos desesperados para conseguir sacar su cabeza del agujero, pero sin conseguirlo. Estamos impotentes, a unos pocos metros, sin poder salvar a la bella hija de la reina de los gitanos. Si estas lavas no dilatan, moriremos deshidratados, quemados por el sol, atormentados por la sed y atacados por los halcones, sin poder hacer nada.

—¿Carmelo, vas a desesperar? —dijo Pedro.

—Tal vez todavía no.

—Y siguen escuchándose disparos en la cueva.

—Los oigo, Pedro.

Mientras tanto, el sol se elevaba radiante, llenando el mar de reflejos de oro. Pero esta salida del sol, había desencadenado repentinamente un fuerte viento, que lanzaba enormes olas hacia la plataforma rocosa.

El barco, que hasta entonces había resistido, se deshacía rápidamente. Las olas, destrozaban los costados, las amuras y la cubierta, esparciendo sobre la playa un gran número de objetos.

La arena de la costa, impulsada por las ráfagas de viento, azotaba las caras de los dos estudiantes, aumentando sus sufrimientos.

—¡Aquí está la muerte, que se acerca! —exclamó Pedro desesperadamente, sacudiendo su cabeza para librar los ojos llenos de polvo que a veces parecía sofocarlo—. Y no ser capaz de romper este maldito anillo de lava que tal vez tenga un grosor de unos pocos centímetros. Si en una hora los gitanos no vienen en nuestra ayuda, ninguno de nosotros estará vivo. Hace mucho calor y no podremos vivir sin beber agua. ¿Qué piensas tú, amigo?

Carmelo no respondió. Estiró todo lo posible el cuello y se esforzó por ver lo que sucedía en la plataforma.

Aunque tenía los ojos enrojecidos e hinchados, consiguió ver un mehari que huía de la cueva, y después de recorrer unos cien ciento cincuenta metros, se había detenido precipitadamente. Lo montaba un Rifeño, que mantenía el rifle apoyado sobre su hombro dispuesto a hacer fuego. Ya que en aquel momento se habían reducido un poco las nubes de arena,

hombre y animal eran perfectamente visibles.

—Mira, Pedro —dijo Carmelo.

—Estoy medio ciego, sin embargo puedo ver un camello.

—¿Hace un momento no eran dos?

—Sí, Carmelo.

—Seguro que los gitanos han dado una primera lección a esos bandidos.

En aquel momento resonó un disparo de fusil que parecía venir de la entrada de la cueva, los dos estudiantes vieron al Rifeño dar un gran salto, mientras que su mehari caía derribado al suelo, agitando desesperadamente sus largas patas y escucharon unos aullidos que parecían salir de la garganta de una bestia feroz.

Su dueño, que había saltado al suelo, se quedó un momento mirando al pobre animal, que hacía esfuerzos desesperados para levantarse otra vez sin conseguirlo, hizo un gesto de amenaza y huyó corriendo con la velocidad de una gacela, desapareciendo pronto entre las dunas de arena.

—¡Pedro!... ¡Pedro!... —gritó Carmelo—. ¡Vuelvo a albergar esperanzas!... Sólo los gitanos pueden haber hecho fuego, sabiendo la mala fama de que gozan los bandidos del Rif.

—¿Habrá disparado Janko o Zamora?

—Da lo mismo, Pedro; solo me importa que los gitanos han dado finalmente muestras de estar vivos.

—Ya habían dado antes señales, con todos los disparos realizados dentro de la cueva.

—Pero no sabíamos si eran suyos —dijo Carmelo—. Los disparos podían deberse a cartuchos que se hubieran salvado de la explosión. Ahora me siento más relajado.

—No veo aparecer sin embargo todavía ni a Janko, ni a la gitana, observó Pedro.

—Temen cualquier emboscada. Andarán con cuidado.

—¿Se ensancha tu círculo de lava? —preguntó Pedro.

—Todavía no —dijo Carmelo—. Tal vez llevará algún tiempo el que las moléculas vuelvan a su primer estado.

—Y entonces será demasiado tarde para salvarnos. Me muero de sed y el sol me está cociendo vivo. ¡Ah miserables!... ¡Estáis esperando!...

Pedro había levantado la cabeza y miraba hacia arriba. A pesar de estar inmovilizado en aquella horrible prisión, hacía esfuerzos desesperados por mantener el cuerpo ligeramente levantado.

—¿Con quién la has tomado amigo? —dijo Carmelo, viendo a su joven compañero bajar los ojos y palidecer.

—Los halcones se disponen a abatirse sobre nosotros —respondió Pedro—. Se comerán primero nuestros ojos y nuestros sesos, y no podremos hacer nada para defendernos. El estudiante de ingeniería de Salamanca, también miró y vio girando a cincuenta o sesenta metros de altura, siete u ocho grandes halcones reales, de plumas negras con los bordes amarillos. Un grito de terror se le escapó de los labios.

—Mi pobre Pedro —dijo con voz alterada—. Nuestro suplicio durará poco.

—¿Y tenemos que dejarnos vaciar el cráneo por estos volátiles espeluznantes?

—No podemos hacer nada.

—¡Y tenemos los fusiles a dos palmos de nuestros ojos!... ¿Se habrán ido los gitanos?

—No lo creo. Zamora no nos dejará.

—Pues si no se da prisa, mi cabeza servirá de comida a esas aves.

—Esperemos.

—Sí, la muerte —afirmó Pedro.

El viento que se había calmado, ya no levantaba las arenas de la costa ni

de la colina, y los dos desgraciados podían seguir los vuelos de esos inesperados enemigos, grandes como pequeñas águilas.

Dotados de una vista agudísima, los halcones habían divisado aquellas dos cabezas humanas que se agitaban desesperadamente y acudían a ganarse un desayuno fácil. Se levantaron gritando, se reagruparon y luego iniciaron el vuelo hacia la colina.

—Ya vienen —dijo Pedro, con voz ronca—. ¡Ah, mis pobres ojos que no podré recuperar!...

En ese momento Carmelo emitió un grito penetrante y comenzó a agitarse desesperadamente, tratando de retirar la cabeza.

—¿Estás loco, amigo? —preguntó Pedro, mientras los halcones, alineados en una sola fila, descendían rápidos, batiendo furiosamente sus amplias alas.

—¡Paso!... ¡paso!... —respondió Carmelo. —¡Las moléculas de la lava han vuelto a su lugar!...

Con un esfuerzo supremo, casi rasgándose las orejas, el estudiante de ingeniero había logrado introducir la cabeza, justo cuando los halcones caían sobre ellos.

Se dejó caer, sacó un brazo, tomó el Máuser y abrió fuego contra la fila de aves.

Pedro no había tenido menos fortuna. Después de agitarse violentamente en todas las direcciones, llenándose el cuello de moretones, consiguió también ponerse a salvo.

—¡Ah, canallas!... —gritó, agarrando su rifle al vuelo. —¡Por lo menos podré vengarme!...

Los disparos se sucedían. Los dos estudiantes, que estaban bien equipados de cartuchos, fusilaban a los pájaros, con su particular habilidad, derribándolos en la plataforma, con las alas rotas o incluso decapitados. Quedaban tres, pero estaban hambrientos y no eran menos valientes que las águilas. Intentaron un último ataque, pero antes de llegar al borde de la colina cayeron, uno tras otro, alcanzados por las balas que dispararon desde la entrada de la cueva.

—¡Los gitanos!... —exclamaron a una sola voz, Carmelo y Pedro.

Los estudiantes cogieron sus rifles y cananas, se dejaron deslizar por los túneles recogiendo sus guitarras, que por nada del mundo estaban dispuestos a abandonar y continuaron el descenso sin ningún problema, gritando de vez en cuando:

—¡Zamora!... ¡Janko!...

Una voz respondió finalmente, tras un disparo de fusil:

—¡Carmelo!... ¡Pedro!

—Sí, —respondieron los dos estudiantes—. ¡Alto el fuego!

Llegaron a la roca, aún caliente, y luego en unos cuantos saltos, alcanzaron la entrada de la cueva iluminada por el sol.

El viento había cesado, y no se agitaban las nubes de ceniza. Zamora estaba sentada en el mehari que sujetaba por la cuerda Janko. Al ver aparecer a los dos estudiantes, saltó al suelo, corrió para reunirse con ellos y les abrazó. Los jóvenes tenían los ojos llenos de lágrimas.

El gitano en cambio tenía los ojos inyectados de fuego. No estaba contento de haber encontrado a los dos jóvenes. Él había esperado que se hubieran asfixiado en la caverna, y ahora aparecían incluso armados. Masticó una blasfemia, fue a atar el mehari a la entrada de la caverna, por si acaso al verse libre de jinete, trataba de escapar por sorpresa. Los dos jóvenes se habían precipitado mientras tanto en dos odres que Zamora les dio, habiéndoles oído gritar:

—¡Agua!... ¡Agua! Cuando se hubieron saciado, se miraron uno al otro con asombro.

—¿Es verdad que todavía estamos vivos, Pedro? —dijo Carmelo—. No me lo llego a creer.

—La muerte ha estado muy cerca de nosotros, amigo —respondió el joven—, pero esta vez la hemos esquivado. Más adelante ya nos llevará, pero espero que sea dentro de mucho tiempo.

Pero volviéndose hacia Zamora que colocaba los odres en los flancos del mehari dijo:

—¿Hermosa niña, ahora que nos hemos remojado la garganta, no tendrás algo que podamos comer? Desde el naufragio del barco no hemos probado bocado.

—Estás de suerte: aquí hay mijo, tortas de higos secos y dátiles —respondió la gitana.

—¡Un desayuno digno de un sultán marroquí!... —exclamó Carmelo irónicamente.

—Come, amigo —dijo Pedro—. No sabemos cuándo volveremos a llenar el estómago.

Habiendo establecido que Janko, que se había tumbado en la arena, a pocos pasos de la salida, montara la guardia con el rifle apoyado en una pequeña roca que sobresalía del suelo, se sentaron en el mehari, que mostraba una docilidad extrema y dieron ataque a los alimentos del Rifeño caído bajo el golpe de los valientes y que permanecía medio enterrado entre las cenizas, dentro de la caverna.

CAPÍTULO IX. LA TRAICIÓN DE JANKO

Hasta el atardecer, los dos estudiantes y los gitanos permanecieron escondidos en la cueva, temiendo siempre alguna desagradable sorpresa del Rifeño, que después de haber perdido el mehari, había desaparecido entre las dunas de arena sin más. ¿Eran dos exploradores, o formaban la vanguardia de una banda ansiosa por saquear el barco, para llevarse todo aquello que se hubiera salvado de la furia del mar?

Esto ya era de esperar. Hemos comentado hasta la saciedad que los Rifeños no toleran los naufragios en sus playas y no respetan ni siquiera a sus pasajeros, a menos que sean contrabandistas conocidos.

Celebraron una especie de Consejo de guerra y decidieron llegar cuanto antes a la meseta del Rif, para ir luego a marchas forzadas hacia el Gurugú y buscar el famoso talismán de los gitanos.

Janko, que igual que otras veces no había querido participar, intentó disuadirlos, diciendo que la empresa era una locura y estaba llena de peligros, y prácticamente sin posibilidad de éxito; pero Carmelo con pocas palabras le puso inmediatamente en su lugar.

—Si tienes miedo de los bandidos de la montaña, —dijo— en cinco o seis días, siempre siguiendo la costa, puedes buscar refugio en Melilla, al amparo de la artillería española. ¡Ten cuidado sin embargo!, de no perder mientras llegas, la nariz, o las orejas. A nosotros, no nos haces falta.

—Lo veremos —respondió el gitano, con los dientes apretados—. Vosotros no conocéis el Rif.

—Puedes estar equivocado —concluyó Carmelo—. Tú no sabes si he estado aquí alguna vez o no. El gitano, viendo inútiles sus tentativas y sin querer separarse de Zamora, sopesando que la larga marcha hacia Melilla, conllevaba grandes peligros, al ir armado únicamente con su navaja, porque la explosión de la barricada había arruinado todo el contenido de las cajas de armamento, terminó por ceder, no sin gestos de rabia. El plan

había sido forjado por Carmelo, que poseía un buen mapa de la región. Atravesando una zona de difícil acceso, que les obligaba a escalar un acantilado, había planeado llegar a la desembocadura del río Garda que divide prácticamente en dos el Rif, aunque siempre con poco caudal y alcanzar por aquella parte la meseta. Esperaron que el sol descendiera, y al no haber dado señales de vida el segundo Rifeño, decidieron ponerse en marcha para llegar a ese curso de agua. La gitana, montó sobre el mehari, que se mostraba extremadamente dócil, como si se hubiera olvidado pronto de su antiguo amo, cruzando las piernas alrededor del pomo de la silla y colocando los pies sobre el cuello del animal; Janko agarro la larga cuerda de un par de metros con varios nudos gordos; los dos estudiantes se echaron a las espaldas las guitarras y los rifles, y la pequeña caravana abandonó la plataforma rocosa. El viento prácticamente había cesado y sólo ocasionalmente alguna ráfaga recorría las dunas, levantando la arena formando pequeñas trombas, mientras el mar se mantenía muy agitado. Parecía que había jurado la destrucción completa de la nave contrabandista, porque lanzaba olas y más olas contra ella, con un ruido endiablado, que iban desguazándola.

—¡Bah!... —dijo Carmelo—. Para escalar acantilados no necesitamos barco. Así que el Mediterráneo puede enfurecerse todo lo que le plazca. A nosotros nos será indiferente.

Comenzaron a verse las estrellas en el horizonte, y la luna iba poco a poco haciéndose presente, iluminando la inmensa plataforma rocosa con un entrañable color azulado. En lontananza, rugían algunas hienas y chacales, escondidos entre las dunas, todavía acechando los restos del naufragio, aullando siniestramente. Estos animales no eran capaces de impresionar a los dos estudiantes, y menos aún a los dos gitanos, que ya se habían enfrentado con valentía, como si fueran Gerard o Bombonnel, a los enormes leones hambrientos. Si les preocupaba la misteriosa desaparición del segundo Rifeño. Había ido en busca de ayuda, o les seguía por entre las dunas, a la espera de una oportunidad para vengarse.

Carmelo, que temía constantemente escuchar algún disparo dirigido a la gitana, que era el mejor blanco al ir sobre el mehari, no dejaba de preguntar cada cien pasos:

—¿Ves a ese canalla?

La respuesta siempre era negativa. Pero nadie dudaba de que el moro les

seguía y seguro que no a mucha distancia.

—Abre los ojos, Pedro —dijo Carmelo, que temía siempre por la gitana.

—Miro, miro y no veo más que la luna con sus ojos, su nariz y su boca siempre semioculta.

—El Rifeño hará todo lo posible por sorprendernos.

—No lo dudo, Carmelo, y por eso tengo los ojos bien abiertos.

Y la pequeña caravana continuaba avanzando sobre la interminable costa, manteniéndose pegados a la altísima pared de granito, que en caso de peligro, podía ofrecer una buena situación para tomar posición y disparar ventajosamente.

El mar, iluminado de lleno por la luna, aparecía completamente desierto, a pesar de que las cañoneras españolas eran frecuentes por aquellos lugares, a la caza de los contrabandistas de armas que, arriesgando la piel traficaban con los bandidos de la montaña, siempre dispuestos a pagar tres o cuatro veces el valor de un rifle y bien caros los cartuchos y la pólvora.

Acostumbrados los españoles a lidiar con gente astuta, diestros en las correrías por el mar y en las aventuras peligrosas, perseguían a aquellos que no cesaban de armar a los moros, siempre necesitados de fusiles y pólvora, estando casi siempre en guerra entre sí, todas las tribus de la alta montaña que se agrupaban alrededor del Gurugú.

A medianoche, después de haber recorrido una buena docena millas, a pesar de que la arena no hacía fácil la marcha, los dos estudiantes, tranquilizados por el gran silencio que reinaba a su alrededor, roto únicamente por el mugido de la resaca, propusieron acampar.

Eran casi tres días sin haber pegado ojo y ya no podían aguantar. Zamora también se había quedado dormida en la silla del mehari, después de haber cruzado las piernas firmemente alrededor del pomo, para evitar caerse.

Sólo Janko aparecía siempre fresco, como si acabara de iniciar la marcha y hubiera pasado la noche en una buena cama.

La pequeña caravana se encontraba en medio de unas altas dunas que se extendían ante un enorme acantilado, casi una muralla, que se prolongaba en varias direcciones. La defensa podría ser fácil, así que todos estuvieron de acuerdo en dormir unas pocas horas, puesto que ningún peligro parecía amenazarlos.

Hicieron que el mehari se arrodillara, le ataron las patas para evitar que se escapara, se prepararon en la arena una especie de lecho y se adormecieron. Pero no todo el mundo. Janko, el joven gitano siempre dispuesto a ejecutar las órdenes recibidas del líder de los gitanos de Sevilla, que no quería ceder la corona a ninguna mujer, observaba atentamente, y espiaba a sus vecinos profundamente dormidos.

Encendió un cigarrillo y se puso a fumar tranquilamente, como si se encontrase todavía en el puente de la nave contrabandista o en cualquier cabina de la pequeña nave. Cuando hubo terminado, hecho otro vistazo a sus compañeros. Zamora dormía con sus brazos cruzados debajo de la cabeza, en una especie de agujero, teniendo al alcance de la mano su Máuser. Los dos estudiantes roncaban profundamente a pocos pasos, junto a sus guitarras. Una sonrisa burlona apareció en los labios del gitano.

—¡Guitarristas!... —dijo con sorna—. Se necesita mucho más que las guitarras en el Rif. ¡Ah!... ¿Queréis encontrar el talismán? ¡Lo veremos!...

Silenciosamente subió a lo alto de una de las grandes dunas que protegían el improvisado campamento, exploró el horizonte cuidadosamente, para ver si se divisaba al Rifeño, bajó y abriendo su navaja se acercó al mehari, que dormía no menos profundamente que los dos estudiantes.

—Caerá pronto —murmuró.

Le levantó una pata delantera y rajó profundamente las callosidades, secando rápidamente la navaja en la arena. El pobre animal lanzó un grito agudísimo que pronto silenció el grito de alarma del gitano.

—¡En pie!... —gritó. —¡El Rifeño!...

Los estudiantes y Zamora, despiertos bruscamente por estos gritos y sobre todo por los berridos del mehari, se habían puesto inmediatamente en pie con los fusiles en la mano.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —gritaban todos, escalando rápidamente la duna.

—Le he visto escapar hace un momento, —dijo Janko—. Si no me hubiera despertado rápidamente, hubiera acabado con todos nosotros porque empuñaba un yatagán.

—Yo no lo veo —dijo Carmelo, después de haber observado las dunas cercanas. ¿Y tú, Pedro?

—No veo más que la luna —respondió enojado el furibundo guitarrista—. Janko debe haber confundido algún chacal con un bandido de las montañas.

—No estaba dormido, señor, —dijo el gitano—. He visto deslizarse a un hombre bajando de la duna y acercarse al mehari.

—Tú manejas muy bien la navaja —observó Zamora—. ¿Cómo no has utilizado el golpe de los valientes ahora que estamos todos juntos? En la cueva has sido capaz de matar a su compañero, a veinte pasos de distancia.

—No me he atrevido, Zamora —contestó el gitano un poco confundido—. ¿Tú crees que el golpe siempre tiene éxito? ¿Y si hubiera fallado?

—Estábamos aquí —dijo Carmelo.

—Habéis tardado en despertaros. Roncabais demasiado fuerte para levantaros inmediatamente.

—¿Qué le pasa al mehari, que continúa gritando y debatiéndose como si estuviera loco?

—No lo sé. Cuando me levanté, el ladrón huyó más ágil que una gacela.

—Ha matado a nuestro mehari para impedirnos continuar el viaje —dijo Pedro, que se había acercado al pobre animal que gritaba lastimosamente.

—Lo sospecho —respondió Carmelo—. Le ha acuchillado, ahora lo vamos a ver.

—¿Ha tenido tanta osadía el ladrón?

—Nadie gana a los bandidos del Rif en audacia. Son los hombres más osados que hay en Marruecos.

Mientras Janko, que se había apoderado del rifle de Zamora, se encontraba en observación en la cima de la duna para disimular su infame traición, los dos estudiantes, se inclinaron sobre el camello, que no dejaba de gritar espantosamente y le examinaron.

—Sangre —dijo Carmelo, mirando a la gitana que se había unido a ellos y observaba la terrible herida—. Una de las patas delanteras ha sido cortada debajo de los callos y la vida se le escapa rápidamente.

—Esto es un corte con un cuchillo.

—Y todos los odres que contenían agua fueron también rajados —observó en aquel momento Zamora.

Pedro se había levantado mirando a Carmelo.

—¿Creéis que un hombre solo, aunque sea un bandido, se haya atrevido a introducirse en nuestro campamento, sabiendo que estamos armados con fusiles?

—¿Qué sospechas? —dijo Carmelo.

—Me gustaría ver la navaja de Janko —respondió el enfurecido guitarrista.

—¿Qué dices tú, Zamora? —preguntó Carmelo.

—Que la quiero ver yo —respondió decididamente la gitana.

—¿Por tanto, no tienes confianza del compañero que el jefe de la tribu ha enviado para protegerte?

—O para vigilarme —agregó Zamora, con una cierta amargura—. No quieren en Sevilla, que encuentre el talismán del primer rey gitano... ¡Ah, pero ya veremos!...

—Hasta ahora no tenemos motivo de queja de este joven, —dijo Carmelo—. Me ha atacado alguna vez porque sospecha que te quiero y

nada más.

La gitana se ruborizó y mostrando toda la belleza de su cara a la luz de la luna dijo con voz grave.

—Ten cuidado con él, señor.

—¡Oh, estaré atento! —dijo Pedro— y en cuanto tenga pruebas de cualquier traición no dudaré en pegarle un tiro.

En aquel momento el mehari lanzó un aullido, y después de haber roto las cuerdas que ataban sus patas, con un esfuerzo supremo se levantó para intentar echar a andar. El infatigable corredor de las arenas quería morir sintiendo por última vez el viento que tantas veces le acompañó en sus carreras.

—¡Déjalo ir! —exclamó Carmelo, viendo que Pedro iba a detenerlo—. Esta pobre bestia está perdida.

El mehari se mantenía en pie. Mantuvo un momento la pata herida levantada regando la arena con su sangre, después salió corriendo alocadamente, subiendo y bajando la cabeza desesperadamente. Recorrió doscientos metros con velocidad fulmínea, siempre berreando espantosamente, pero se encontró ante otra duna que ya no pudo superar. La vida se le escapaba rápidamente a través del profundo corte que Janko le había abierto.

Tres veces intentó superar la duna, cojeando siempre, pero al no conseguirlo, volvió a toda carrera hacia los estudiantes y la gitana. Una baba sanguinolenta le salía de su boca abierta y de la herida de la pata no dejaba de manar abundante sangre. Se detuvo casi de golpe a diez pasos de sus nuevos amos, lanzó un último y más fuerte berrido, y luego cayó sobre la arena, jadeando y debatiéndose desesperadamente.

Su agonía fue breve. Un minuto después el pobre corredor del desierto había muerto...

—Pobre animal —dijo Zamora, con voz emocionada—. ¿No hemos hecho nada por intentar salvarlo?

—Habría sido inútil, porque el bandido le ha herido en una pata y no el cuello o en cualquier otro lugar —dijo Carmelo.

—Nos hubiéramos visto obligados a abandonarlo, y hubiera muerto de hambre y de sed.

—¿Y ahora vamos a continuar nuestra marcha para llegar a la desembocadura del río? —preguntó Pedro—. Estamos tal vez muy lejos de ese curso de agua y con ese bandido a nuestras espaldas, sin perdernos de vista, no sé si debemos intentar escalar el acantilado. ¿Qué altura estimas que tiene, Carmelo?

—De mil doscientos a mil trescientos metros —dijo el estudiante.

—¿Podremos llegar allí sin rompernos el cuello? La pared está cortada casi a pico en algunas zonas.

—Todavía no debemos partir —dijo Carmelo, después de un breve silencio—. Si el Rifeño nos sorprende, intentará capturarnos y hacernos esclavos.

—¿Habrá bandidos también en la meseta? —preguntó Pedro.

—Los Rifeños de las montañas son diferentes de los que habitan en las costas —respondió Carmelo—, y a veces toleran a los cristianos, como llaman a todos los europeos sin distinción, aunque no hay que fiarse, porque esta es la verdadera tierra de los bandidos.

—Será una subida muy larga, Carmelo —observó el otro guitarrista—, guardemos fuerzas para subir esa imponente pared.

Janko regresaba en aquel momento.

—No le he visto más —dijo—. Ese bribón habrá ido en busca de ayuda.

—Más razones para refugiarnos tan pronto como nos sea posible en la meseta —respondió Carmelo.

—Vamos a coger todas las cuerdas que hay en el mehari que pueden sernos muy útiles más adelante.

—¡Y tú crees que es prudente subir el acantilado señor! —dijo Janko, cruzando sus brazos sobre el pecho y mirándole fijamente a los ojos desafiante.

—Lo escalaremos —dijo el joven ingeniero—. Estamos impacientes por escuchar el sonido de nuestras guitarras en la meseta.

—¿Pretendes burlarte de mí? —dijo el gitano con voz silbante.

Carmelo que estaba apoyado en el fusil, lo cogió tranquilamente, diciendo:

—Si no quieres escuchar el sonido de las guitarras allí arriba, como ya te dije, puedes irte a Melilla.

—¿Sólo?

—Ciertamente.

—¿Sin Zamora?

—Ciertamente, porque Zamora se quedará con nosotros.

—¡Tengo orden de protegerla!...

—Pues entonces síguenos, pero procura no fastidiarnos, porque mi amigo y yo dudamos de ti.

—¿De qué? —dijo Janko, colocando la mano derecha sobre el mango de la navaja.

—Te lo diré en otro momento —respondió con calma el joven ingeniero—. Y ahora deberías comportarte como un buen padrino y tratar de cumplir el encargo del jefe de los gitanos de Sevilla, de cuidar de Zamora...

—Y si fuera necesario, incluso me sacrificaría por ella.

—Eso está muy bien.

—¿Qué quieres decir, señor? —dijo el gitano.

—Que si eres un buen padrino, debes incluso dejarte matar por defender a Zamora —respondió Carmelo con cierta ironía.

—¿Acaso no me he enfrentado en la caverna a unos de los Rifeños, que estaba armado con un fusil y le he matado para defenderla?

—Yo nunca he negado que seas un valiente.

—¿Y tú qué has hecho por Zamora?

—Me ha salvado de los dientes de los leones —dijo la gitana.

—¡Y yo de las pitones!... —gritó Janko. —¿No te acuerdas ya de la caverna llena de agua?

—No lo he olvidado, pero ya está bien de recordar las veces que me habéis salvado.

Janko se encogió de hombros con rabia, después dijo:

—Si subes este acantilado que conduce a la meseta del Rif, yo iré también.

—¡Por fin!... —exclamó Carmelo. —Aunque estaba seguro que no tenías intención de buscar refugio en Melilla.

—¿Por qué, señor?

—El capitán del barco me dijo que entre españoles y moros no hay buenas relaciones, y que el comienzo de una guerra una vez más, es inminente. No habría respondido de tu nariz y de tus orejas.

—¿Y sabiendo eso, te obstinas en ir en busca del talismán?

—Ciertamente —respondió Carmelo—. Si tenemos que pelear en la meseta, lucharemos al lado de nuestros compatriotas, por el honor de la vieja bandera española que tantas victorias ha presenciado por tierra y por mar.

Una sonrisa irónica afloró a los labios del gitano, que nunca había sabido lo que significaba la Patria, pero para acabar con aquel discurso que resultaba embarazoso para él, se acercó al mehari y desató las cuerdas y las correas. Pedro se estaba ocupando de los víveres, que consistían en un saquito de galletas de mijo e higos secos. Los odres del agua, habían sido acuchillados por la navaja de Janko y no contenían una gota de agua. El traidor posiblemente había contado más con aquella preciosa reserva que con el camello para detener a los estudiantes y a Zamora, pero se había engañado. Tenía que seguir a los dos jóvenes dispuestos a desafiar todo y llegar al final de su misión. Carmelo mientras tanto observaba

atentamente la altísima pared, toda roca pura, que no dejaba ver ningún sendero. Entre las grietas crecían espectaculares, a pesar de la escasez de lluvia en aquellos lugares, largas filas de Aloe, similar a lanzas gigantes y cuyas fibras, los marroquíes usan sin temor a las infecciones, para suturar las heridas. Más arriba, crecían algunas chumberas, con hojas redondeadas y muy anchas, erizadas de agudas espinas que pueden servir como excelentes defensas.

—¿Entonces, Carmelo? —dijo Pedro, tras un largo silencio—. ¿Has terminado tu observación?

—Me parece a mí que la cosa es factible —respondió el joven ingeniero—. Zamora es una bailarina y ciertamente ni perderá el equilibrio, ni dará un traspié. Con otra mujer no hubiera emprendido semejante empresa.

—¿Podría ocurrir que los Rifeños hayan abierto senderos para subir más fácilmente los cargamentos de armas y municiones?

—Es probable, Pedro, y quién sabe si un poco más arriba no encontraremos alguno que nos lleve con rapidez a la meseta.

—Pueden acabar con nosotros sin disparar un tiro de fusil, simplemente dejando caer alguna roca sobre nuestras cabezas —dijo Janko.

—No pensemos en eso —respondió Carmelo.

—¿Y quién cubrirá con su cuerpo a Zamora?

—Tú, porque has confesado estar dispuesto a morir por defenderla.

—¿Y usted, señor?

—Haré lo que sea necesario. Tenga en cuenta que los estudiantes de España nunca han permitido que se matara a ninguna mujer en una calle Salamanca, ni en ninguna otra ciudad... Y ahora, señor Janko: ¡Basta ya, caramba!... Se trata de obrar y no de hablar.

El gitano permaneció en silencio un momento, y luego —dijo con voz amenazante:

—Cuando estemos en la planicie, tú y yo, señor, ya hablaremos.

—¡Janko!... —gritó Zamora, haciendo intención de levantar el fusil.

—Y tendremos que hablar, si quieres pasar por donde están los bandidos del Rif —dijo el gitano—. Habrá que pagar por los servicios que nos hará la *Bruja de los Vientos*.

—¿Quién es? —preguntaron a una sola voz Carmelo y Pedro.

—Una vieja gitana que conoció al líder de los gitanos de Sevilla.

—¿Y que tú conoces? —preguntó el joven ingeniero.

—Quizás —dijo Janko astutamente.

En aquel momento retumbó un disparo en la costa. Los dos estudiantes y Zamora volvieron rápidamente la cabeza hacia las dunas donde había caído el mehari y vieron una sombra humana huyendo hacia la playa.

—Es el Rifeño que sorprendió Janko, que vuelve —dijo Zamora.

—Este hombre nos dará muchos problemas.

—Ninguno —aseguró Carmelo, quien, después de apuntar el fusil, lo había bajado, para no perder innecesariamente un cartucho que posteriormente podía ser necesario—. Cuando empezamos a escalar la montaña, no nos seguirá, porque desde las alturas no tendremos dificultad para descubrirlo a tiempo y volarle la cabeza. ¡Vamos!, ya hemos perdido demasiado tiempo. Ataquemos esta muralla y tengamos mucho cuidado en dónde ponemos los pies. Quien caiga está perdido.

CAPÍTULO X. UN POCO DE HISTORIA

Marruecos, del que forma parte El Rif, ha visto siempre en cualquier europeo un enemigo, y por lo tanto, siempre ha combatido abiertamente, para mantenerlos alejados, obligándolos a la fuerza, tarde o temprano a marcharse.

Los marroquíes no quieren nada con trotamundos, que en pocas horas cruzando el Mediterráneo llegan a sus playas, al darse cuenta que no es sólo la sed de riquezas lo que les impulsa, sino también preparar el terreno para posteriores nuevas conquistas.

En el pasado, el imperio Rifeño, consciente de su propia fuerza, llevó a sus guerreros a luchar a España, llegando incluso hasta el corazón de Francia, donde fueron derrotados por Charles Martel tras una terrible batalla. Toleraban a los europeos y comerciaban con Livorno y Marsella. Los sultanes eran entonces poderosos y respetados, temidos por su pueblo y temidos por los países europeos, que habían intentado sin éxito la conquista de esta inmensa región.

Expulsados los moros de España, después de la conquista del Reino de Granada, Portugal, ahora más poderosa que España, tanto por mar como por tierra, acometió la gran empresa de destruir a los musulmanes, que estaban agitando a pocos pasos de Europa, la bandera verde del Profeta, cargada de barbarie y de intolerancia.

El rey Sebastián, joven y ávido de gloria, desembarcó con veinte mil caballeros en las costas marroquíes, estando seguro de conquistar este imperio con pocas batallas y arriar sus banderas para hacer ondear la de la cruz. Estos valientes no tuvieron mucha suerte, a pesar de que Muley, sultán de Marruecos, su oponente, estaba casi moribundo. Ochenta mil jinetes sorprendieron, un mal día, al pequeño ejército portugués y lo masacraron, no respetando ni siquiera al rey.

Muley, que se hizo conducir hasta el campo de batalla, murió en medio de sus caballeros celebrando la victoria. Tal vez la emoción de ganar a un rey

cristiano precipitó su fin.

Por aquel tiempo, Marruecos vivía siempre en armas, recelando ferozmente de Europa y abortando implacablemente, cualquier tipo de comercio y cualquier tipo de relación con ellos. Más tarde, otro rey portugués, Enrique «el navegante», se propuso abrir puertos marroquíes al tráfico europeo. Asaltó Tánger y ya estaba a punto de capturarla, habiendo llevado su ejército bajo las murallas, cuando fue sorprendido por la retaguardia por setenta mil moros, y se vio obligado a llegar a un acuerdo para no tener el mismo final que el rey Sebastián y dejar viudas a un buen número de mujeres portuguesas. Antes que Tánger, con un audaz golpe de mano, se había apoderado de Ceuta, fortificándola formidablemente. Se vio obligado a negociar con el sultán y las condiciones no fueron demasiado duras. Los marroquíes simplemente querían la devolución de esta ciudad, para no ver a los europeos en sus costas. Enrique había prometido y firmado una paz... ¡de cuatrocientos años!... dejando como rehén a su hermano don Fernando. De vuelta a Lisboa, el rey no fue leal, no cumplió sus promesas y retuvo Ceuta, dejando morir en cautiverio a su desafortunado hermano.

Cerrados otra vez y más ferozmente que nunca los puertos marroquíes para los europeos. Sólo los audaces contrabandistas, la mayoría de ellos españoles, italianos y franceses, de vez en cuando conseguían forzarlos, porque después de todo los marroquíes necesitaban comerciar con las armas fabricadas al otro lado del Mediterráneo. Sin embargo, si estos atrevidos y valientes marineros eran sorprendidos, eran sometidos a espantosas torturas, o recluidos en los presidios, o encadenados en las galeras moriscas a la espera de que alguien pagara un rescate.

Hasta bastante después, cuando subió al trono Mouley Ismael, hombre de mente más abierta, los europeos no pudieron reanudar sus negocios. Marruecos entonces había alcanzado un poderío militar tal, que persuadía a las naciones europeas a no intentar por el momento otras empresas.

Mouley, que fue el más grande Sultán que tuvo Marruecos, era contemporáneo del rey Luis XIV de Francia y negoció con el rey Sol cara a cara, intentando conseguir emparentarse con él, pidiéndole casarse con la princesa De Conti.

El asunto era demasiado serio para ser tratado, porque la joven princesa no quería ser la esposa del sultán turco, que como descendiente de

Mahoma, no podía abrazar la religión cristiana, ni renunciar a la poligamia. Se sabía que en aquel tiempo tenía ya quinientos veintiocho hijos y trescientas cuarenta mujeres.

Aquel Sultán fue llamado «el más grande» y «el Victorioso» y con razón, porque fue el único gobernante que supo dominar los diferentes pueblos de su vasto imperio y restaurar la seguridad pública, de manera que durante su reinado, un judío y una judía podían cruzar todo Marruecos sin ser molestados de ningún modo. Muerto «el más grande», las Naciones de Europa, que habían visto cerrar otra vez los puertos, volvieron a las armas.

España conquistaba Melilla sometiendo al temido Rif y las tropas de Carlos II, rey de Inglaterra, se apoderaban de Tánger, conquistándola en 1665 y fundando un banco, llamado la Corte de los Mercados, encargada de regular las operaciones monetarias.

Tánger costaba demasiado cara. Entre policía y el mantenimiento de guarniciones y fortificaciones, el gobierno británico había visto escapar, en poco tiempo, la ingente suma de cuarenta millones, cantidad enorme para aquella época. Los resultados eran absolutamente nefastos, porque los marroquíes no comerciaban, esperando pacientemente que los europeos se desanimasen y cansados de verter millones, se marcharan.

Sin embargo, los marroquíes se cansaron de esperar y en 1678 tomaron el primer anillo de las murallas de la fortaleza que habían construido los ingleses. Desde entonces, se entablaron continuas y feroces batallas por ambas partes. Los británicos lanzaron contra los marroquíes el grueso del ejército de Saint Maló, con escaso resultado, hasta el punto que una noche, un fuerte ocupado por infantes de Marina fue sorprendido, sin que nadie diera la alarma, ni siquiera los centinelas que no estaban alerta. Tratando de salvarse a sí mismos, huyeron tratando de alcanzar sus navíos. La guarnición cayó en una profunda zanja, cavada por los moros, y ningún soldado europeo salió vivo de allí. Todos fueron masacrados por los implacables soldados Rifeños, que no perdonaron a ninguno. El Parlamento inglés, acordó finalmente que Marruecos salía terriblemente caro, ordenando el abandono de Tánger donde los Británicos habían gastado muchas libras esterlinas y dejado muchos cadáveres sin haber ganado casi nada. Pero veintisiete años más tarde, los ingleses se tomaron la revancha, ocupando la fortísima roca de Gibraltar, en detrimento de España, para reanudar el comercio de mercancías que les era absolutamente necesario.

También España tenía allí intereses. Había comprado a Portugal la ciudad de Ceuta, y mantenía en su poder Melilla, otra pequeña ciudad situada en el Mediterráneo Oriental, a un lado de la península de Guelaya, junto al cabo «Cabeza de las tres Forcas». Habían hecho mejor negocio que los Ingleses, ya que Melilla estaba situada en la costa del Rif.

Si bien, la mayor parte de los marroquíes, para no sufrir alguna estrepitosa derrota por parte de las naciones europeas, toleraban en determinados puertos el tráfico de mercancías con franceses, españoles, italianos y británicos, los Rifeños de las montañas se dedicaron al bandidaje, declarando una guerra sin cuartel a todo extranjero que se encontrara en su territorio.

Los bandidos del Rif, no se parecían a los moros. Son rubios, de cara casi blanca, no obedecen ni al sultán ni a ninguna autoridad, y no acatan ninguna ley que no sea la de su rifle. De sanguinarios instintos, dotados de un coraje a toda prueba, que ni siquiera los cañones europeos han conseguido domar. Afincados en sus altas montañas, o emboscados a orillas del Mediterráneo entre las altas dunas, han dado siempre muchos más quebraderos de cabeza, que el resto de los marroquíes.

Las naves apresadas por estos formidables guerreros, terminan casi siempre con la masacre completa de la tripulación. Se sabe que en las costas que se encuentran a pocos kilómetros de Melilla, estos atrevidos bandoleros descienden de las montañas, y durante las noches de tempestad, hacen falsas señales para atraer a los desgraciados navegantes, masacrándolos y saqueándolos sin que las cañoneras españolas lleguen a tiempo de auxiliarlos. En 1827, Hussein Pachá, bey de Argel, hizo una afrenta al señor Deval, Cónsul General de Francia, expulsándole de allí y desencadenando la guerra con los Borbones, apoyados por Marruecos, que no quería dejar solos a sus hermanos de Oriente. Los Rifeños, con los cuales se contaba, se lavaron las manos y no se movieron de sus montañas para defender la bandera verde del Profeta.

Los franceses tuvieron mucha fortuna, porque los tiempos habían cambiado. Encontraron un ejército marroquí totalmente desorganizado, que no pudo oponer ninguna resistencia contra las armas europeas. En vano Abd-el-Rahman, entonces Comisario de Marruecos, pidió apoyo a aquellos intrépidos bandidos. Unos meses más tarde, Francia recuperaba Argelia el 13 de agosto de 1844. Una vez terminada la larguísima y

costosa guerra con Abd-El-Kader, el siempre conflictivo león; aplastaron al ejército marroquí en el campo de batalla de Isly, mientras que el príncipe Jonville, el 6 de septiembre, después de haber bombardeado Tánger, conquistaba Mogador, una ciudad comercial de Marruecos, situado a orillas del Atlántico.

No pensemos sin embargo, que aquellas victorias habían dado buenos resultados. Los puertos marroquíes se mantienen tercamente cerrados, pudiendo los extranjeros traficar y establecerse solamente en los alrededores de Argel.

El Rif permanecía más impenetrable que nunca, y muchos europeos habían caído, incluso después de las derrotas sufridas por las fuerzas marroquíes. Sus bandidos, no habían dejado de atacar las naves que naufragaban, matando o esclavizando a la tripulación, burlándose de las cañoneras españolas de Melilla.

Se sentían invencibles en sus montañas, particularmente alrededor de las laderas del Gurugú, que se convirtió en una gran tumba para los españoles, que lo intentaron conquistar, incluso sacrificando miles de soldados, para destruir la leyenda de inaccesible que tenía al otro lado del Mediterráneo. Como hemos comentado, los dos jóvenes estudiantes de la Universidad de Salamanca, aun siendo conocedores de la ferocidad Rifeña, y sabiendo que podrían perder sus orejas, o al menos la nariz, en lugar de pasar sus vacaciones tocando y bailando en las principales ciudades de España, se embarcaron hacia el Rif, a bordo de una nave contrabandista, para probar si sus guitarras eran capaces de apaciguar el sanguinario corazón de los bandidos de la montaña. Pero esta, por supuesto, no fue la razón que había empujado a Carmelo a emprender el peligroso viaje. Pedro, hasta el último momento había ignorado la historia del talismán del primer rey gitano, enterrado en alguna cueva escondida en las laderas del Gurugú, que le había sido revelada por su fiel amigo. Carmelo, desde luego no viajó para deleitar los oídos de los bandidos con su guitarra, sino para satisfacer a la hermosa Zamora, la gitana más guapa de Sevilla, de la que estaba locamente enamorado y no ignoraba que tenía en Janko un peligroso rival.

Los dos estudiantes, Zamora y el gitano emprendieron con gran decisión la ascensión de la imponente muralla que debía conducirlos a la meseta, deseando cuanto antes librarse de la persecución del Rifeño.

Habían descubierto una especie de torrentera, una estrecha garganta, abierta por las aguas que caen a menudo copiosamente en el Rif, flanqueada por grandes grupos de Aloes, pero discurría casi verticalmente, describiendo solamente de cuando en cuando alguna curva llenas de enormes piedras.

—Vamos a tener que sudar —dijo Carmelo a sus compañeros—, pero creo que esta es la única grieta que recorre esta inmensa pared. Hagamos acopio de fuerzas y comencemos la escalada...

—Del paraíso —interrumpió el siempre alegre Pedro.

Los cuatro jóvenes, ayudándose uno al otro, puesto que el terreno, compuesto por grava suelta, se desmoronaba de vez en cuando bajo su peso, amenazando con devolverlos otra vez a la base, continuaron el ascenso, decididos a llegar a la meseta como fuera. Pero no todos mostraban esa voluntad. Janko, hubiera preferido volver a España.

Habían ascendido unos cuatro o cinco metros y habían alcanzado una curva del torrente, rodeados de grupos de chumberas de hojas gigantes, cuando Janko, que iba el último, lanzó un grito corto. Los dos estudiantes y Zamora se detuvieron inmediatamente, temiendo que una serpiente le hubiera mordido. En el Rif son frecuentes las víboras, que poseen un poderoso veneno, y en su mayoría se esconden en las grietas de las paredes rocosas.

—¿Qué te ha pasado? —dijeron a una sola voz, ansiosamente.

—Echaros al suelo y esconderos entre las chumberas —contestó el gitano—. El bribón que ha acabado con el mehari regresa con refuerzos. Procuremos que no nos descubran.

—¿Has visto a los Rifeños en la costa? —dijo Carmelo.

—Sí, señor.

—No veo nada.

—Han desaparecido en medio de las dunas y no tardarán en aparecer.

—¿Son muchos?

—Unos treinta o cuarenta por lo menos.

—¡Mal asunto si nos descubren! —dijo Pedro—. Bien es cierto que tenemos las guitarras y podríamos intentar calmarlos.

—¡Vete al infierno! —exclamó Carmelo—. En este Rif, solo encontramos polvo y de vez en cuando balas de fusil.

—Pero la música amansa a las fieras salvajes.

—Lo dudo, ya has visto cómo logró calmar a los leones que nos estaban sitiando en la cueva —dijo Carmelo.

—Pues no deberías dudar de los resultados —dijo Pedro.

—¡Ahí están! —gritó en aquel momento Janko.

Los dos estudiantes se arrojaron al suelo entre las chumberas, donde ya se encontraba Zamora, con el Máuser apuntando hacia la plataforma.

Janko también se había ocultado entre otro grupo de altísimas chumberas, qué se encontraban un poco más abajo de la curva del torrente.

En la costa, iluminada por la luna que brillaba intensamente, avanzaban unos 40 animales entre meharis y camellos, cargados con todo tipo de objetos encontrados alrededor del barco. Junto a ellos caminaban otros tantos hombres, muy altos, con largas y oscuras capuchas cubriéndoles la cabeza y armados con fusiles.

—Una fuerza imponente —dijo Carmelo, que les observaba atentamente—. Afortunadamente ya estamos en alto, y si quieren atacarnos, daremos mucho trabajo a estos bandidos del mar, porque no creo que debamos llamarlos bandidos de la montaña. Si hubiéramos permanecido un par de horas más en las dunas, hubiéramos sido capturados y nuestro viaje hubiera terminado a pesar de nuestras guitarras.

—¿Y ahora qué? —dijo Pedro, que tenía casi más confianza en su instrumento que en su fusil para reducir a semejantes canallas.

—¿Conseguirán dar con nosotros? —preguntó Zamora, que se había ocultado casi totalmente entre las enormes hojas carnosas de las chumberas—. Dejamos nuestras huellas sobre la arena y si estos

bandidos las encuentran, no tardaran en intentar darnos caza.

—Espera un poco —dijo Carmelo.

Se había levantado ligeramente y miraba atentamente hacia la plataforma, iluminada con extraños reflejos cristalinos. La caravana que formaban los saqueadores del barco, se había detenido. Contó los camellos y los hombres e hizo un gesto de rabia.

—Hay uno que no tiene cabalgadura —dijo.

—Y ¿qué piensas de eso? —preguntó Pedro.

—Que ese hombre puede ser el que Janko sorprendió, el que siempre nos ha seguido, y que ha matado al mehari.

—¡Si realmente fue él!...

—No tenemos pruebas para acusar a Janko —observó Carmelo—, pensemos por ahora, que el culpable es el Rifeño.

—¿Crees que buscan nuestras huellas?

—Han salido de esas altas dunas y me parece que examinan atentamente la arena.

—Entonces seremos capturados.

—Tranquilo amigo. Además de tener nuestros fusiles, aquí abundan los pedruscos redondos, que se pueden arrojar rodando a lo largo del cañón, y que pueden ser más útiles que las balas de plomo de nuestros Máuser.

—No quisiera verme tan pronto luchando con ellos.

—¡Oh, ni yo tampoco, Pedro! Son personas muy peligrosas que te envíen al otro mundo después de robarte la bolsa, como buenos ladrones. Estamos a punto de conocerlos.

Los bandidos habían reunido sus camellos y las cajas que llevaban cargadas, en la parte inferior de una duna que se alzaba, formando una alta muralla de arena; después de haber conversado un momento todos reunidos, se dispersaron y algunos se dirigieron hacia la gran muralla.

Parecía que buscaban huellas, porque de vez en cuando se agachaban, acercándose al suelo para observar la arena. Luego reanudaban su silenciosa marcha.

Como habíamos indicado, eran unos cuarenta y podían dar mucho trabajo a los fugitivos, aunque estuvieran emboscados en la garganta del torrente. La exploración duró media hora y luego los bandidos volvieron a donde estaban sus camellos, encendiendo sus chibucks. Celebraron una nueva conferencia, porque ya es sabido que los marroquíes son muy habladores.

—¿Qué harán ahora, Carmelo? —preguntó Pedro—. ¿Subirán o esperarán?

—De momento fuman, disfrutando de la luz de la luna, —respondió el joven ingeniero.

—¿No se han percatado de la garganta?

—¡Caray!... Mis ojos no están equipados con telescopios para observar cuánto me preguntas, amigo. Estamos a más de cuatrocientos metros sobre el nivel de la costa. No soy un águila, ni un buitre.

—¿Se pondrán en marcha cuando terminen de fumar?

—Pueden abrir sobre nosotros un fuego endiablado. Tenemos que luchar contra cuarenta rifles que seguro no son de fabricación marroquí, sino europea.

—¿Estaremos destinados a ser capturados antes de que podamos ver de lejos la Cumbre de Gurugú?

—No seas demasiado pesimista, Pedro. Por ahora estamos escapando de las pesquisas de esos bandidos del mar. Cuando alcancemos la meseta tendremos que habérmolas con los bandidos de la montaña, que también intentarán capturarnos. ¡Hum!...

—Yo no desespero... ¡Oh!, ya han terminado su largo consejo de guerra. Han apagado sus chibucks, y ahora se están moviendo.

Los bandidos se levantaron, colocándose los rifles bajo el brazo para estar prontos a disparar, y se dispersaron en varias direcciones, dejando a cinco de ellos vigilando los camellos. Evidentemente buscaban las huellas de los

fugitivos en la arena, decididos a encontrarlos, posiblemente para hacerlos esclavos. Iban y venían a través de las dunas, continuando observando la arena, y luego volvían a reagruparse, para separarse poco después.

—¿Habrà borrado la brisa marina nuestras huellas? —dijo Carmelo.

—Me parece que soplabas bastante fuerte cuando atacamos el acantilado.

—No era lo suficientemente fuerte para levantar y remover la arena —dijo Pedro—. Verás que esos canallas terminarán por venir a la garganta. Sería estupendo que se desviarán mil metros.

—No sé si este torrente continuará hasta la cima, querido. Podría ser que tengamos que bajar para buscar un nuevo paso.

—Mira, señor —dijo en aquel momento Zamora a Carmelo—. Los bandidos se han reunido de nuevo en la base del acantilado y miran hacia arriba. Deben haber descubierto nuestras huellas.

—Deberíamos intentar mientras suben, suceda lo que sea, continuar escalando —observó Pedro.

—¿Qué te parece Zamora? —dijo Carmelo.

—Tu amigo tiene razón —respondió la gitana—. Vamos a intentarlo, señor.

—¿Y si, como he dicho, no encontramos paso libre?

—Nos emboscamos y daremos batalla. Si la subida es difícil para nosotros, no será nada fácil para los bandidos expuestos a nuestro fuego.

El joven ingeniero reflexionó un momento, siguió con la mirada el recorrido de la garganta que estaba sobre sus cabezas, y dijo:

—¡Bah!... Podemos intentarlo.

Con un débil silbido alertaron a Janko y después de observar que los bandidos no abandonaban la base de la imponente muralla, comenzaron a marchar de nuevo, tratando de mantenerse ocultos entre las filas de higueras.

La garganta, afortunadamente continuaba más arriba, pero se presentaba

pésimo, todo lleno de racimos de arbustos espinosos y grava suelta. Los fugitivos habían ganado unos cien metros, cuando varios disparos retumbaron en las dunas.

Los bereberes, seguros ya de que los cristianos se encontraban en la gran pared, escondidos en algún lugar, habían comenzado a disparar violentamente, sin tener claro el objetivo. Las balas lanzadas al azar, atravesaban los aloes y las chumberas, silbando y rebotando contra la dura pared.

La lluvia de balas duró cinco minutos, luego los bereberes, viendo que no causaba ningún efecto, formaron una pequeña columna de asalto y se lanzaron hacia la garganta.

—¡Hemos sido descubiertos!... —exclamó Pedro. —Si no forzamos la marcha, antes de media hora esos canallas nos habrán dado alcance.

—La grava, se desmorona y rueda bajo nuestros pies —dijo Carmelo—. Es un verdadero milagro que podamos poner un pie delante del otro.

—Entonces vamos a detenernos y presentarles batalla.

—Todavía no.

—¿Qué estás esperando?

—Llegar a esa otra curva de la garganta que veo ahí arriba. Hay muchas rocas, que podemos hacer rodar contra la cabeza de los asaltantes. Recomiendo que no disparemos, para no mostrar a los bereberes que se mantienen de guardia en la plataforma nuestra posición. A pesar de que los marroquíes sean pésimos tiradores, no tentemos a la suerte ahora... ¡Vamos amigos!, si la garganta continua hasta arriba, cuando amanezca habremos alcanzado la meseta y nos podremos reír de estos bandidos del mar.

Habiendo cesado el fuego, los cuatro jóvenes habían reiniciado animosamente la marcha, ayudándose unos a otros, pero lo hacían con extremo cuidado, porque el terreno que formaba el fondo de la torrentera era siempre muy malo.

A cada paso, la grava se deslizaba hacia abajo, amenazando no solo hacerles caer, sino también enterrarlos.

Ascendieron con infinitas fatigas otros ciento cincuenta o doscientos metros y se tuvieron que detener lanzando un grito de rabia.

La torrentera terminaba abruptamente delante de ellos, y desde allí hacia arriba, se extendía una pared rocosa recta, de unos cincuenta metros de alta, desgastada por el discurrir de las aguas.

—¡Una pequeña cascada!... —exclamó Carmelo.

—Este salto de agua interrumpe la garganta. No es demasiado alto, pero ¿cómo superar este obstáculo manteniéndonos a la vista de los bereberes, que por supuesto no economizaran municiones, ya que habrán hecho buen acopio en el saqueo del barco?

—Para subir tendríamos que ser monos, aunque hay aquí y allá algunas grietas y plantas de Aloe a las que nos podríamos agarrar para intentar subir —dijo Pedro.

—Señor; ¿estamos a punto de ser apresados? —preguntó Zamora, con cierto temblor en la voz.

Se había vuelto hacia Carmelo y le miraba fijamente, con extrema ansiedad.

—No creo —respondió el joven ingeniero—. Tenemos las cuerdas del mehari y trataremos de escalar esta muralla.

—¿Y los bereberes no dispararan sobre nosotros?

—Tal vez.

—¿Y si te matan, señor?

—Pienso en ti, Zamora. Yo soy un hombre.

—No quiero verte muerto.

—Y menos yo a ti —respondió el estudiante, conmovido.

Subió sobre una roca, a riesgo de recibir un tiro de fusil y miró hacia abajo.

Los bereberes que permanecían sobre las dunas, seguían allí agrupados,

apuntando con sus rifles hacia arriba; los otros, que formaban la columna de ataque, ascendían lentamente la torrentera, causando también grandes deslizamientos de grava que hacían su marcha no sólo agotadora, sino también peligrosa. El rostro del joven ingeniero había palidecido.

—No debemos dejarnos ver —dijo—. Sin embargo, es posible que tengamos que sufrir el fuego de los bandidos que se encuentran en la costa, pero tenemos que arriesgarnos y pelear duro para defender nuestra libertad.

Regresó con sus camaradas, que le esperaban ansiosamente y agregó:

—Ningún disparo de fusil, por ahora. Podemos detener su avance precipitando rocas. Aquí las hay en abundancia y bajarán la torrentera con enorme velocidad. Serán nuestras armas. No tenemos más que elegir algunas rocas de las que hay a nuestro alrededor y hacerlas rodar... ¡Ánimo Pedro! ¡Ánimo Zamora! ¡Ánimo Janko!, no creo que la partida esté perdida todavía.

La pequeña columna de asalto, a pesar de las enormes dificultades que encontraba en el ascenso, no había dejado de subir sin haber disparado un solo tiro de fusil. Quería llegar sin ser vistos y cogerlos por sorpresa, pero los continuos deslizamientos de la grava los traicionaba.

Los bereberes de la plataforma se mantenían siempre en observación, listos para desencadenar un huracán de fuego contra la pared de la montaña.

Carmelo y sus compañeros, siempre manteniéndose ocultos detrás de las rocas, eligieron algunas de las más grandes y las hicieron rodar enfilándolas hacia la torrentera. Los bereberes que estaban en la plataforma, suponiendo que algo estaba sucediendo, hicieron una descarga a bulto con sus fusiles que no obtuvo ningún resultado, porque los fugitivos siempre se mantenían a cubierto.

Mientras tanto, las siete u ocho grandes rocas, enfilaron la torrentera, descendiendo con velocidad desenfrenada, acompañadas detrás de una verdadera avalancha de grava. Superaron las dos o tres curvas de la garganta, aplastando las plantas que crecían en buen número, precipitándose con terrible estruendo sobre los bandidos, los cuales se encontraban en la imposibilidad de escapar.

Los estudiantes oyeron gritos agudos, pero no podían ver nada, porque una gran nube de polvo seguía a las rocas a la grava en su loca carrera, envolviéndolo todo. Sin embargo, pudieron ver a los bereberes de la costa acercarse precipitadamente hacia la boca del torrente, agitando desesperadamente sus brazos.

—¡Hemos masacrado a la columna de asalto! —dijo Pedro mirando a Carmelo, que no parecía sentirse afectado en absoluto—. ¡Ha sido una verdadera avalancha la que cayó sobre esos canallas!

—Creo que han quedado casi todos sepultados —respondió el joven ingeniero.

—Ha sido un gran golpe —dijo Janko—. Evitemos ahora ser capturados por sus compañeros que se encuentran sobre las dunas aún en buen número, porque nos someterían las más atroces torturas.

—Vamos a tratar de alejarnos lo antes posible —dijo Carmelo—. Como has visto, podemos defendernos sin disparar un solo tiro de fusil.

—No te fíes señor: Yo conozco a los Rifeños.

—Y yo también.

—Pues entonces será mejor buscar otro paso antes de la salida del sol.

—¿Y dónde? La pared de la cascada está cortada tan a pico que ni siquiera un mono podría escalarla.

—Busquemos —dijo Zamora—. Tal vez podamos encontrar algún sendero o fisuras que permitan llegar a la cima de la meseta.

—¡La gitana tiene razón! —exclamó Pedro—. No hemos explorado aún los dos márgenes del torrente. Amigos, no perdamos el tiempo. La luna y las estrellas empiezan a desaparecer, y en pocas horas el sol iluminará esta gran muralla entera.

—Quedaros aquí para vigilar —dijo el joven ingeniero a Zamora y a Janko—. No disparéis, porque creo que los bandidos, por el momento, están entretenidos para ocuparse de nosotros.

De hecho, los atacantes tenían mucho que hacer antes de pensar en reanudar la caza de los fugitivos. Todos los que habían escapado de la avalancha, trabajaban febrilmente para liberar a sus camaradas enterrados debajo de la grava. Los cinco hombres que se habían quedado vigilando los camellos, se les habían unido. Fuertes gritos y lamentos se escuchaban desde el fondo de la torrentera, signo evidente de que los heridos eran muchos.

—Aprovechemos —dijo Carmelo a Pedro.

Recomendaron una vez más a los dos gitanos no utilizar las armas de fuego y examinaron las paredes de la cascada, que en aquel momento estaba completamente seca.

—La subida por este lado, es imposible —dijo Carmelo—. La pared es inatacable.

—Sin embargo tenemos que escapar de esta garganta lo antes posible —observó Pedro.

—¿Qué hacen los bandidos?

—No se les ve ahora... Mira hacia el mar.

El joven estudiante obedeció y rápidamente hizo un gesto de terror. La luna se ponía en medio de un nubarrón negrísimo, cargado de lluvia, que anunciaba una nueva tormenta, que debía tener su impacto también sobre la meseta.

—¿Estaremos destinados a morir sin ser capaces de ver, aunque sea de lejos el Gurugú?

—¿Qué dices de este nubarrón que se eleva por encima del mar? —preguntó Pedro.

—Qué tendremos un huracán —dijo Carmelo—. Y que también va a llover en las montañas, y puede que la cascada deje de estar seca.

—E incluso la torrentera.

—Corremos el peligro de ser arrastrados hacia la costa, para caer en manos de los bandidos.

—Y ahora deberíamos superar la cascada.

—Como ya te he dicho no es posible.

—Hay que buscar otro paso.

—No lo veo, amigo mío.

—¿Tendremos que bajar a la costa y dar a los bereberes una furiosa batalla con todas las probabilidades de caer en medio de las dunas, acribillados por el plomo marroquí?

Carmelo no respondió. Continuaba observando la gigantesca pared, un poco sorprendido de que no hubiera algún otro paso en aquellos lugares frecuentados por los contrabandistas.

—Sin embargo —dijo, después de un largo silencio—. Este salto de agua no debe ser inaccesible, aunque lo parezca... Pedro, ven conmigo.

No escuchando desde la costa, ni gritos, ni ruidos, los dos estudiantes, un poco más tranquilos, continuaron explorando el final de la torrentera, llena de grava y enormes rocas.

Habían ya recorrido unos doscientos metros, siguiendo siempre la pared del salto de agua, cuando la luna desapareció repentinamente en la gigantesca nube, sumiendo todo en la más completa oscuridad. Casi al mismo tiempo, algunos relámpagos brillaron intermitentemente, seguidos de extraños ruidos y el viento comenzó a ulular, levantando grandes olas.

—El huracán —dijo Carmelo, impresionado—. ¡Solo nos faltaba esto!

De repente un grito de alegría se le escapó de los labios.

—¡Lo sospechaba!... Ningún obstáculo puede detener a los contrabandistas y a los bandidos de la montaña.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Pedro.

—Una escala de cuerdas de esparto que desciende desde la parte superior del salto de agua —dijo Carmelo—. No somos tan desgraciados.

—¿Es posible que tengamos tanta fortuna? —dijo Pedro.

—Al menos esta vez sí. Espera un relámpago y lo verás tú mismo.

La tempestad se desataba rápidamente sobre el mar, con enorme violencia. Enormes masas de nubes avanzaban bajo los potentes golpes de las ráfagas de viento.

Hacia oriente, donde el mar se juntaba con el cielo, se escuchaban bramidos extraños y ruidos espantosos. Agitadas por el viento, las olas ya habían iniciado el asalto de la costa, saltando y rebotando furiosamente y llevándose los últimos restos de la pequeña nave contrabandista. Las arenas, para no ser menos que el agua, se alzaban formando enormes columnas que giraban vertiginosamente.

Carmelo y Pedro, todavía bajo la cascada, esperaban un relámpago para encontrar la escala.

La espera no fue larga. Mientras las primeras gotas, grandes como un escudo, comenzaban a caer y el fragor aumentaba de intensidad, compitiendo con el mugido del Mediterráneo ahora desatado, una luz vivísima se proyectó hacia la meseta.

—¡La escala!... ¡La escala!... —exclamó Pedro—. ¡La he visto!...

—Cómo puedes ver, no me había engañado —dijo Carmelo.

Los dos estudiantes fueron rápidamente hacia la pared y pusieron sus manos sobre una escalera de cuerda que terminaba en la torrentera.

—Aquí está el paso de los contrabandistas y de los bandidos de la montaña —dijo Carmelo.

—¿Será sólida esta escala? —preguntó Pedro.

—Está hecha de fibras de esparto, más resistente que si fuera de madera —respondió Carmelo.

—¿Y si mientras subimos nos ametrallan?

—¡Con el huracán azotando!... Incluso los marroquíes temen a los huracanes y ahora se han retirado todos para ponerse a resguardo. Necesitamos apresurarnos, ya que la cascada podría llenarse de agua y

ahogarnos. Probaremos si la escala llega hasta la cima de la pared y luego iremos corriendo a llamar a Zamora y a Janko.

Subió un tramo de la escala, saltando y dando violentas sacudidas. Una vez se hubo asegurado totalmente de la resistencia de las cuerdas, corrió hacia el lugar donde habían dejado a sus compañeros.

Llovía a torrentes y potentes ráfagas de viento se sucedían sin tregua acompañadas de relámpagos y truenos. El agua estaba a punto de bajar por la torrentera, pues ya caía por la cascada, así que los dos estudiantes no tenían un minuto que perder. A la luz de los relámpagos, llegaron donde se encontraban Zamora y el gitano, escondidos en medio de un macizo de chumberas.

Justo en aquel momento sonaron algunos disparos y algunas balas silbaron por el aire. Los bereberes, una vez rescatados sus compañeros, habían reanudado la escalada de la torrentera sin pensar que en cualquier momento la garganta podía convertirse en un impetuoso torrente que los arrastrara a todos hacia las arenas de la plataforma.

—¡Escapemos!... —gritó Carmelo—. Si los bandidos ascienden, quiere decir que saben que hay una escala para llegar a la cima de la cascada... ¡Piernas!...

Los cuatro jóvenes se pusieron rápidamente en marcha, mientras eran azotados por el viento y la lluvia, cegados por los relámpagos y aturcidos por los truenos y los mugidos del mar, y después de unos minutos llegaron debajo de la cascada, cuando ya desde arriba empezaban a caer las primeras columnas de agua hacia la garganta.

—¿Tendremos tiempo de ponernos a salvo, o seremos fusilados en medio de la pared? —preguntó Pedro.

—No perdamos tiempo en una charla inútil —respondió Carmelo.

—¿Nos aguantará a los cuatro la escala o daremos un gran salto en el cañón? —preguntó asustado Pedro.

—El esparto resiste mucho tiempo a la intemperie... ¡Venga, subamos!

Se agarró a la escala y comenzó a subir, justo detrás se colocó la gitana, después, Janko y Pedro.

A pesar del peso de los cuatro fugitivos, la escala, azotada por las ráfagas de viento que llegaban con mil rugidos, se balanceaba espantosamente.

La catarata ya comenzaba a vomitar agua, con un rugido ensordecedor que aumentaba rápidamente de intensidad.

Carmelo y sus compañeros subían lentamente, asustados por la posibilidad de que las cuerdas de esparto, de un momento a otro cedieran, dejándolos caer en el vacío.

Afortunadamente los bereberes habían cesado el fuego y debían haberse refugiado a la carrera entre las dunas de la playa.

Con un último esfuerzo, Carmelo pudo finalmente llegar al final de la escala que había sido atada firmemente a una roca.

—¡Rápido!... —¡Rápido!... —gritó—. ¡Piernas!... —¡Piernas!

Sobre el salto de agua continuaba el torrente, serpenteando por los flancos de la gigantesca pared y desapareciendo poco después hacia la meseta. Ya no estaba seco. Desde las montañas descendían oleadas gigantescas, de color amarillento, que arrastraban un gran número de cantos rodados.

La garganta se había convertido en un torrente muy peligroso, que bramaba espantosamente, ganando en intensidad incluso a los rugidos del viento y a los mugidos del mar.

Carmelo ayudó a la gitana y a sus compañeros y todos se pusieron a salvo sobre una alta roca que se elevaba a varios metros de distancia de la garganta. Acababan de llegar allí cuando la masa de agua aumentó considerablemente formando una enorme cascada.

—Si tardamos cinco minutos más, tomamos un buen baño —dijo Pedro, que aunque estaba empapado, no había perdido su habitual buen humor.

—Sin duda alguna —dijo Carmelo, que estaba sentado junto a la gitana.

—¿Y los bandidos?

—No han sido tan estúpidos para dejarse sorprender por la riada.

—¡Demonios!

—¿Qué pasa?

—Nos hemos olvidado de recoger la escala.

—No importa. Por el momento los bandidos no pueden llegar hasta nosotros atravesando la cascada. Más tarde la retiraremos.

—¿Y nos quedaremos aquí, expuestos a la lluvia y al viento? —dijo Pedro.

—Benditos sean todos los conventos de España donde al menos puedes refugiarte de la lluvia y siempre hay una buena sopa de cocido.

—El Rif no es España —respondió Carmelo—. Aquí solo hay Cubas habitadas por fanáticos musulmanes, siempre dispuestos a cortar el cuello a los cristianos o a envenenarlos.

—¿Qué son esas Cubas?

—Pequeños santuarios de forma cuadrangular que debemos evitar a toda costa.

—Si hubiera alguno por aquí cerca, no dudaría en tomarlo por asalto, retorcer el pescuezo a los fanáticos y refugiarme dentro. ¡Estoy harto de tanta lluvia!...

—¿Duran mucho las tormentas en estas regiones?

—No, pero son muy violentas.

—Efectivamente —añadió Janko—. Yo he sufrido estas tormentas de agua en las altas montañas.

—¿Y si tocáramos un poco Carmelo? —dijo Pedro—. Las cuerdas no se habrán roto, eso espero.

—Me reservo para hacerlo más tarde —contestó el joven ingeniero—. La lluvia y los huracanes no se amansan con un poco de música, querido. Deja tu guitarra en su funda y esperemos que esto termine y deje de llover. Aquí, de momento no corremos ningún peligro.

—¿Tú crees?

—Eso espero, Pedro.

—Pues yo no.

—¿Por qué? Las aguas que se precipitan por la garganta no llegan hasta nosotros.

—¿Y que es esa especie de esfera que desciende de las nubes y que gira vertiginosamente sobre sí misma?... Mira, Carmelo, proyecta una extraña luz sobre nosotros. Una luz intensa, que parecía salir de una potente lámpara eléctrica, mezclada con chispas amarillentas, se acercaba rápidamente dirigiéndose hacia la roca que ocupaban los dos estudiantes y los gitanos, deslumbrando a los pobres desgraciados.

—¡Carmelo!... —gritó la gitana, llorando y cubriéndose los ojos con las manos. Me siento abrasar.

—¡Pronto!... ¡Tumbaros boca abajo contra la roca! —respondió el joven ingeniero.

—¡Nadie puede ayudarnos!... ¡Confiemos en Dios!

El rayo de luz cambiaba constantemente de color, convirtiéndose tan pronto en azul, en verdoso o en rojo como si hubiera explotado una fábrica de municiones. Sus rayos de luz oscilaban, girando con velocidad vertiginosa, para detenerse después.

La esfera celeste, mucho más terrible y peligrosa que los disparos de los grandes cañones de los acorazados, giró vertiginosamente encima de la cascada varias veces, estallando después como un obús.

Los fugitivos, por un momento se sintieron asfixiados y presionados contra el suelo, pero una gran ráfaga de viento dispersó los vapores que también podían ser venenosos.

—¡Cuerpo de un cañón reventado!... —exclamó Pedro, que inmediatamente había pensado en su guitarra, temiendo que se hubiera destrozado. ¿Qué es este terrible fenómeno?

—Fuego de San Telmo —dijo Carmelo— pero de los más peligrosos. Recuerdo uno que se abatió sobre un barco y causó graves averías, que

tardaron en solucionarse mucho tiempo.

—¿Por qué?... ¿lo destripó tal vez?

—Peor, amigo mío. Todas las brújulas del barco se vuelven locas, pues la nave se magnetiza, resultando imposible reanudar la navegación.

—¿No se nos vendrá otro encima y nos fulminará?

—Cualquiera sabe —respondió Carmelo—. Yo no estoy capacitado para darte una respuesta que pueda tranquilizarte. ¡Bah!... El huracán no durará mucho y dado que nos hemos salvado, esperemos que vuelva la calma.

La tormenta no estaba dispuesta a calmarse tan pronto. Se iba concentrando en el mar y estaba acompañada por un furioso viento Sirocco, tan caliente que parecía salir de la boca de un horno gigante, continuando arrojando sobre el Rif, agua y rayos.

La torrentera, por encima de la cascada, presentaba un pavoroso aspecto, que conforme pasaba el tiempo, se volvía más inquietante. El caudal era enorme, y se precipitaba por el cauce con tremendo ruido, arrastrando siempre enormes trozos de roca y una gran cantidad de grava. El otro tramo, que estaba por debajo de la cascada, y que los fugitivos podían ver claramente, no estaba menos espantoso, e iba a desaguar después de un paseo salvaje, en la plataforma, derramándose por las dunas de arena.

De los bandidos de la costa no se veía ni rastro. Incluso los camellos habían huido para ponerse a cubierto dentro de alguna cueva, junto con los heridos que habían sufrido la avalancha.

Mientras, el sol se esforzaba por lanzar sus rayos de luz a través de las nubes que giraban vertiginosamente. De vez en cuando, entre las masas de vapores se colaba una lágrima, mostrando un pálido haz de luz, pero eran breves instantes y la oscuridad volvía a caer sobre el mar y la costa, como si fuera casi de noche. Los fugitivos agrupados en la cima de la roca, no se asustaban por el agua y los continuos rugidos del viento, aguantando filosóficamente aquella colosal ducha, comiendo de vez en cuando algún higo seco, porque habían tenido la precaución de no olvidar las bolsas que llevaba el desgraciado mehari.

Este furioso aguacero duró hasta el mediodía, luego las nubes fueron barridas por el Sirocco, y el sol hizo su aparición iluminando el mar en plena tormenta.

—Júpiter debe haber tenido compasión de nosotros —dijo Pedro—. Ahora tenemos que esperar a que el torrente no lleve agua, para permitirnos llegar a la meseta.

—Dentro una hora, no habrá aquí ni una gota de agua —dijo Carmelo—. La corriente disminuye rápidamente y no durará mucho tiempo.

—¿Y tú crees que siguiendo este torrente conseguiremos alcanzar la meseta?

—Si los contrabandistas y los bandidos de la montaña, consiguen transportar por aquí la pólvora y los fusiles, no sé por qué no va a ser accesible para nosotros, Pedro.

—Siempre tienes razón, Carmelo, y yo me siento como un auténtico asno. Me convertiré en un abogado tan poco famoso, que me veré obligado a racionar los cigarrillos, almorzar una cebolla y un pedazo de pan seco, y cenar una serenata.

—¡Oh!... ¡No tengo suerte!

—¡Caray!... ¿No tienes tu guitarra? —dijo Carmelo, algo irónico.

—Ciertamente, y estoy seguro de que ganaré con ella más que con mi profesión —respondió Pedro, riendo—. Estoy seguro...

Se interrumpió bruscamente, luego se puso en pie, mirando el agua del torrente que ya empezaban a disminuir.

—¿Los bandidos, tal vez? —exclamaron todos, preparándose para coger los fusiles, pensando que hubieran podido llegar a pesar de la lluvia torrencial.

—No, mira cuantas serpientes arrastra el agua ahora —respondió Pedro, poniéndose un poco pálido.

Carmelo se levantó precipitadamente imitado por Zamora y Janko. Un extraño y aterrador espectáculo se ofreció a sus miradas. Las aguas del

torrente arrastraban en su vertiginoso recorrido cientos y cientos de serpientes, golpeándolas con furia contra las paredes rocosas.

—¿Qué son? —preguntó Pedro.

—Enviadas del Infierno, o mejor dicho cobras-capelo —respondió Carmelo.

—¿Peligrosos?

—Venenosísimas utilizadas por los encantadores de serpientes de Marruecos, que se dice que son incluso más valientes que los hindúes, como realmente lo son a mi parecer, puesto que ningún reptil venenoso, consigue matarlos. Yo una vez, junto con mi padre, unos meses antes de que muriera, asistí en un viaje a Tánger, a uno de esos espectáculos, que daba un hombre considerado invulnerable porque estaba protegido por un Santo llamado Seedna Eiser, en las plazas públicas.

—¿Qué serpientes eran?

—Cobras auténticas —respondió Carmelo— que manipulan con una seguridad pasmosa, dejándose de vez en cuando, morder sus brazos.

—¿Y no mueren?

—Una gallina que era mordida por uno de los reptiles, poco después de un minuto ya había muerto, pero aquel hombre continuaba sangrando y destilando veneno de la herida, sin dejar de cantar y bailar al son de flautas y tambores.

—Yo he visto algo mejor todavía, señor y precisamente en estas tierras —dijo Janko.

—Un encantador que se dejaba estrangular por una pitón, y luego por intercesión de su santo protector, resucitaba y bailaba mejor que antes —interrumpió Pedro, con voz burlona.

—No, señor, yo vi un encantador coger un escorpión de una raza extremadamente venenosa, hacerle enfurecer y luego meterse su cola en la boca y devorarlo vivo.

—¡Como una anguila!...

—Sí, señor. —¡Ñam!...

—Pedro —dijo Carmelo— también he oído decir, por personas dignas de fe, que algunos encantadores comen durante las actuaciones que ofrecen al público, serpientes más o menos venenosas.

—¡Puah!... —exclamó Zamora, con un gesto de asco.

—Cuestión de gustos —dijo Carmelo—. ¿Acaso no vi en Tánger con mis propios ojos, a un Rifeño, engullir media docena de escorpiones grandes todos vivos, que llevaba en su tamboril? Tres días después, vi a ese hombre cruzar una calle silbando alegremente.

—Y todavía dicen que los escorpiones de Marruecos son los más peligrosos de todos —dijo Pedro.

—Y es totalmente cierto; de hecho, a veces con un picotazo, matan niños y alguna vez también adultos.

—¿Pero qué estómagos tienen?

—Pregúntales a ellos, Pedro; y para ganarse algún dinero también comen hojas de chumberas llenas de agudas espinas.

—He visto otras muchas cosas sorprendentes —observó Janko.

—¿Tendrán sus gargantas y estómagos forrados de cobre? —dijo Zamora.

—Tienen alguna parte más de su cuerpo forrado de cobre —respondió Carmelo.

—Por ejemplo, los pies de ciertos malabaristas desafían una plancha de hierro candente, aguantando sobre ella algunos minutos.

—¡Sin abrasarse! —exclamó Pedro.

—Provocando mucho humo y desprendiendo a su alrededor intenso olor a carne quemada, pero sin padecer lesiones, ya que una vez terminado el espectáculo, cogían sus cestas y se encaminaban a otra plaza para repetir el experimento.

—¿En serio?

—El señor no está bromeando —dijo Janko—. He visto esos malabaristas.

—Pero ahora...

—Mi querido Pedro —agregó Carmelo, levantándose—, dejemos la charla y tratemos de bajar al cauce de la garganta que está debajo de nosotros, para intentar terminar de escalar esta enorme montaña. El huracán cesa, el sol brilla y seca el agua rápidamente y de las serpientes no se ve ni rastro. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Déjame que antes te haga una última pregunta —dijo el futuro abogado.

—Te la concedo.

—De donde venían todos los reptiles que la cascada ha aplastado.

—Las aguas del torrente en su loca carrera, habrán derrumbado la pared de alguna caverna, dentro de la cual estaban las cobras, que suelen agruparse en grandes colonias, si se creen seguras y tranquilas. ¿Quieres saber más?

—Una cosa todavía.

—¡Apúrate, eterno parlanchín!

—Te pregunto si debemos retirar la escala del salto de agua.

—¡Ah, sí!... —exclamó Carmelo—. Los bandidos de la plataforma, ahora que el tiempo ha mejorado, podrían reanudar la persecución.

—Voy a retirarla yo —dijo prontamente Janko.

—Ese trabajo lo haré yo —sugirió Pedro.

—¿Desconfías de mí?

—¿Yo?... ¡No!... Sólo temo que sufras un mareo y caigas con un mal salto desde lo alto de la cascada.

Janko se mordió los labios porque había entendido la ironía contenida en aquellas palabras; sin embargo, después de haber recibido una mirada amenazadora de Zamora, se quedó calmado y no profirió más palabras.

Pedro se dejó deslizar desde la roca, llegando a una especie de sendero que conducía hacia el salto de agua, cuidando mucho donde ponía los pies, por miedo de encontrarse de repente con alguna cobra que estuviera todavía emboscada entre las rocas, y después de haber efectuado una rápida marcha, llegó donde estaba la escala de Esparto.

Antes de retirarla, se asomó al abismo que se abría ante sus ojos, e inmediatamente un grito se escapó de sus labios:

—¡Ah, canallas!... ¿No nos dejarán tranquilos? ¡Están subiendo!...

Los bereberes habían vuelto con sus camellos a la plataforma, aunque en menor número que la primera vez que intentaron la escalada de la torrentera. Bastantes debían haber quedado enterrados bajo los derrumbamientos, pero los supervivientes eran todavía demasiados para los cuatro fugitivos.

Pedro recogió rápidamente la escala y por un momento estuvo tentado de romperla, pero luego, pensando que más tarde quizás pudieran necesitarla, hizo un gran rollo que escondió en la grieta de una roca.

Hecho esto, se reunió con sus compañeros, los cuales habían ya bajado de la roca, diciéndoles:

—Ahora podemos partir en dirección a la meseta. Los Rifeños no son monos ni tienen uñas como los gatos para superar la gran pared.

—Esperar un momento.

Cogió su guitarra y sin molestarse en afinarla, se puso en marcha tocando animadamente y cantando a voz en grito:

Ven acá chiquita.

Que vamos a bailar.

Que se hunda medio Sevilla.

CAPÍTULO XI. LA BRUJA DE LOS VIENTOS

Como había previsto Carmelo, futuro ingeniero de minas, el segundo tramo del torrente seguía subiendo hacia el borde del monte, describiendo bruscos zig-zag, que no resultaban del todo inaccesibles.

Pedro, después de haber estado tocando rabiosamente y cantando durante más de media hora, había tenido que callarse porque la subida exigía esfuerzo de piernas y no de garganta. Por lo mismo, había metido de nuevo con todo cuidado su preciosa guitarra en su funda impermeable para hacer un llamamiento a los músculos y a los pulmones.

El huracán había desaparecido por completo. Sólo de vez en cuando se abatía contra el acantilado alguna ráfaga caliente, cargada de polvo impalpable, que parecía arrancado de alguno de los pequeños desiertos que preceden al Sahara y que sin embargo arrastraban consigo un gran número de aves marinas. El sol resplandecía, siempre más caliente, mientras que el Mediterráneo, no tranquilo todavía, seguía asaltando ferozmente las rocas de la playa, con unos rugidos que llegaban con toda claridad a los oídos de los fugitivos.

La escalada continuaba a través de la segunda parte de la torrentera, la cual no sólo estaba llena de piedras y toda clase de obstáculos, arrastradas desde los montes, sino que escondía entre las piedras, en donde había grupos de plantas, aquella clase de serpientes que las aguas habían arrastrado.

Había tenido que evitar más de una vez a esos asquerosos reptiles de piel brillante con manchas negras y de dos y medio y hasta tres pies de largo, con una especie de capucha encima de la cabeza que no se levanta más que cuando el animal se pone furioso y se prepara a atacar.

A mediodía, los dos estudiantes y los dos gitanos, después, una marcha fatigosísima, llegaron a corta distancia del borde del acantilado, el cual estaba defendido por rocas gigantescas que parecían destinadas a protegerlo contra una invasión demasiado grande de los bandidos de la

marisma.

El torrente terminaba, estrechándose rápidamente, sin una sola gota de agua, porque el sol marroquí evapora en pocos minutos las más grandes charcas, ya estén situadas a orillas del Mediterráneo ya en lo alto de los montes.

Una serpiente pequeña, huía entre las piedras, pero no era venenosa o por lo menos así lo aseguraba Janko.

En lo alto volaban majestuosamente gigantescas águilas, aves que se encuentran en gran número en el Rif, en donde causan verdaderos estragos, entre los corderos de los aduare.

Precipitábanse con fulminante rapidez sobre los fugitivos como si quisieran asaltarlos furiosamente, pero viendo brillar los cañones de los fusiles se detenían y levantaban de nuevo el vuelo, lanzando gritos de rabia.

—¡Sus, un último esfuerzo y habremos llegado a la cumbre! —dijo Carmelo viendo detenerse a sus compañeros bañados de sudor.

—Yo, por lo menos, no tengo las piernas de un mulo andaluz —dijo Pedro—, tú quieres matarnos.

—¡Ea! ¿Toco la guitarra?

—¿Con este calor?... Saltarían todas las cuerdas... ¿Cuánto tiempo crees tú que nos falta?

El joven ingeniero echó una mirada al acantilado y después dijo.

—Dentro de una hora estaremos allá arriba y descansaremos a la sombra de los árboles.

—¿Habrá árboles frutales por lo menos? Nuestras provisiones se han acabado y yo desfallezco de momento en momento. No he comido más que dátiles e higos sin un mal pedazo de carne. ¿Cómo es posible que un hombre pueda soportar tantas fatigas con tan escaso alimento?

—En mi saco tengo aún cuatro galletas de maíz —dijo la gitana—. ¿Las quieres?

—Allá arriba las comeremos —contestó Carmelo—. No nos detengamos mucho tiempo aquí. Una roca es echada pronto desde arriba y nos arrastraría a todos. ¡Ensancha bien los pulmones y arriba!

Amenazaron con los fusiles a cuatro águilas enormes que se obstinaban a revolotear sobre sus cabezas, manteniéndose, sin embargo, a una altura de unos cuantos centenares de metros, y en seguida reanudaron la fatigosísima marcha siguiendo siempre la torrentera que ya no traía una gota de agua.

Hasta las tres, no obstante, no lograron los tres valerosos jóvenes y la gitana poner el pie en lo alto del acantilado.

Una magnífica vista ofrecióse a sus ojos. Todo el alto Rif que no tiene nada de árido extendíase ante ellos, con sus valles, con sus colinas en donde verdeaban acacias, encinas y monstruosas higueras, y con sus cumbres sobre las cuales sobresalía el Gurugú, asilo inolvidable de los bandidos de la montaña.

Numerosos aduares, formados por grupos de tiendas construidas con tela de pelo de camello, tenían sus guaridas en las faldas de aquellos montes, no faltando tampoco casas verdaderas de estilo árabe, en donde vivían, sin duda, el Caíd y los moros principales.

Al Norte extendíase, en la superficie azul intensa del Mediterráneo, que desde aquella altura se distinguía perfectamente, la península de Guelaya, terminada en el cabo de las Tres Forcas y Melilla, la pequeña pero fuerte plaza española, que en vano los rifeños hacía dos siglos trataban de destruir, pretendiendo echar su guarnición al otro lado del mar.

—No creía que el Rif fuese tan espléndido —dijo Pedro, que, por un momento parecía haberse olvidado de su hambre—. ¿Aquella montaña tan alta es el Gurugú, en cuyas faldas se esconde el talismán? ¡Caramba! ¿Sabes, Carmelo, que tendremos que dar un hermoso paseo para llegar allí?

—Antes de ocho días podremos estar en ella —respondió el joven ingeniero— pero no sé si podremos evitar siempre los bandidos que no toleran en su territorio la presencia de ningún español, sea quien sea.

—Empiezan a dolerme las orejas.

—Aún no te las han cortado. Espera a quejarte después.

—¿Cuándo la sangre me corra por el cuello, verdad?

—Precisamente.

—Pero... ¿dónde comeremos si no nos dejamos ver de los bandidos?

Carmelo no contestó. Miraba a Janko, que, ayudado de Zamora excavaba rápidamente con su navaja en el suelo, levantando grandes terrones, a pocos metros de una frondosa encina.

—¿Nos estás preparando la sepultura? —preguntó el futuro abogado, que también se había dado cuenta de aquel extraño trabajo.

—No —contestó Janko, que seguía excavando con más fuerza—; os preparo una deliciosa comida.

—¡Vive Dios! ¡Cuántas hormigas huyen de este hoyo!

—Déjalas; no valen nada.

—En una palabra; ¿qué vas a ofrecernos?

—Una miel que no tiene nada que envidiar a la que produce la abeja.

—¿Y se encuentra bajo la tierra?

—Sí, son las hormigas quienes la fabrican.

—Es verdad —añadió Carmelo—. También en América, especialmente en Méjico, existen gran número de esta clase de hormigas.

—¡No lo hubiese creído nunca! —exclamó Pedro—. ¡La miel la han fabricado siempre las abejas!

—Espera un poquitín y me contestarás. Los fabricantes de esta miel se encuentran sepultados a una profundidad de más de medio metro, ocultos en una galería.

Gruesas hormigas de color oscuro subían a montones a la superficie del suelo, agitando furiosamente sus antenas, no tardando en ponerse en

salvo de la vecina espesura, dejando el nido indefenso.

Todos se habían puesto a ayudar al gitano, arrancando grandes terrones de tierra todos agujereados como si hubieran recibido varias descargas de perdigones.

Dentro de aquellos agujeros encontrábanse hormigas no desarrolladas del todo, que esperaban tomar parte más o menos activa en el hormiguero.

Finalmente, Janko, que agujereaba y excavaba aquella dura tierra, fiándose en el temple de la hoja sin igual de su navaja, levantó una especie de techo, formado por bolitas de barro y puso al descubierto la galería que buscaba.

En un estrecho corredor de unos dos pies de ancho encontrábanse, encima de filamentos arrancados probablemente a las hojas de las palmeras, doscientas o trescientas hormigas gigantescas que no tenían nada de parecido con las que se habían escapado.

Eran de dos o tres centímetros de largas y tenían un vientre que parecía pronto a estallar. Parecían pequeñas bombas con un apéndice, que era la cabeza reducida a su mínima expresión.

Los pobres insectos eran absolutamente incapaces de moverse con aquel vientre que era veinte veces mayor que las demás partes del cuerpo.

Janko cogió una de aquellas hormigas y la entregó a Pedro, diciéndole:

—Arráncale la cabeza y chupa, y beberás una miel mucho más perfumada que la de las abejas.

—Zamora, dale una de las cuatro galletas que todavía te quedan y veremos si le hace o no ascos.

—Dentro de esos vientres enormes no tienen más que miel —añadió Carmelo—. La comen los americanos y la comen también los bandidos del Rif.

—¿Es posible?

—¡Pruébala! Eres más testarudo que un mulo del Pirineo, que ya sabes que lo son más que los de Andalucía.

El furibundo guitarrista cogió el insecto que el gitano le alargaba, le arrancó la cabeza y, después de una breve vacilación, la acercó a sus labios, poniéndose a chupar cada vez más ávidamente.

—¡Caramba! —exclamó arrojando el pequeño saco completamente vacío—. ¡Me parece beber moscatel! ¡Zamora, dame una galleta! ¿Es posible que además de las abejas existan unas hormigas que produzcan una sustancia azucarada tan deliciosa? ¿Qué me dices, Carmelo?

—No te digo nada —contestó el joven ingeniero que pescaba dentro de la galería cogiendo los pobres fabricantes de miel, que no podían escapar—. Chupa, chupa, Pedro, y cómete la galleta.

—¿Por qué estos animalitos no pueden ponerse en salvo?

—¿Cómo quieres que lo hagan? Con ese vientre lleno de miel, al menor choque puede estallar.

—¿De modo que no abandonan jamás el nido?

—Jamás. Los machos y las obreras van y vienen para recoger la comida para estas holgazanas que se dejan vaciar sin protesta alguna.

—¿Y la miel que producen?

—Sirve, durante el mal tiempo, para alimentar a los habitantes del nido —contestó Janko.

—¿Conocías tú, entonces, a estos rivales de las abejas? —preguntó Pedro que seguía pescando dentro de la galería y arrancando cabezas.

—Claro que las conocía.

—¿Desde cuándo?

—Como la miel es excelente, empapa en ella la galleta y no te ocupes de mi pasado.

—¿Tú has estado otras veces en el Rif? —le preguntó Carmelo.

—Sería inútil negarlo.

—¿Por qué? —preguntó Pedro.

—Son asuntos que atañen a los gitanos y no a vosotros —contestó Janko con voz amenazadora—; os advierto que aunque no tengo fusil, mi navaja vale tanto como una bala. En la cueva y a veinticinco pasos de distancia he atravesado la garganta del primer rifeño que intentó atacarnos; Zamora estaba presente.

—¿Y qué? —preguntó la gitana, tranquilamente, cogiendo otra productora de miel.

—Digo esto para que tus amigos comprendan que no pueden burlarse de mí...

Carmelo y Pedro habían soltado una franca carcajada.

—Es el golpe de los asesinos —dijo el primero.

—Es el golpe de los gitanos.

—¡Calma, calma! —exclamó Carmelo—. ¿Quieres quemarte la sangre, cuando todavía tienes los labios llenos de miel? Sigue pescando hormigas, cómete la galleta y deja, en paz a todos los gitanos de nuestra tierra. Si tú has estado aquí también he estado yo y conozco Marruecos más de lo que tú te figuras.

—¿Y qué has venido a hacer aquí? —preguntó Janko mirándole de refilón.

—Vine a pasearme —contestó tranquilamente el joven ingeniero—. Hay muchísimas minas que si fuesen explotadas podrían dar fortunas enormes y vine a visitar estas montañas para un proyecto que tengo.

—¿Quieres que esto cuele?

—¡Que el diablo te lleve! Déjame saborear en paz esta dulcísima miel que corre por mi garganta mejor que el aguardiente.

Volvió la espalda al irascible gitano y reanudó la caza, haciendo estallar ruidosamente los gruesos vientres de los pobres insectos.

Pedro y Zamora no perdían el tiempo y causaban estragos entre las hormigas.

Cuando acabaron de comer, los dos estudiantes se echaron bajo la fresca sombra de las encinas y para festejar la conquista del alto Rif y saborear aquella hora de descanso, desenfundaron las guitarras y se pusieron a tocar alegremente, cantando en voz baja.

Zamora se les había unido en seguida, pero Janko, se alejó poniéndose a observar atentamente el borde del acantilado y las colinas.

De repente hizo un gesto de estupor.

—¡La *cuba* de Siza-Baba! —exclamó—. ¡No, no me engaño, no!... Sí, allí está y junto a ella el antiguo minarete medio en ruinas. ¿Estará viva aún o habrá muerto ya la *Bruja de los Vientos*? ¡Qué suerte! ¡No esperaba encontrarla tan pronto!

Volvióse hacia el grupo de encinas a cuya sombra los estudiantes seguían tocando furiosamente y murmuró con una triste sonrisa:

—¡Ah! ¡Queréis el talismán! ¡Y tú, Carmelo, quieres también a Zamora, el tormento de mis noches y a quien amo locamente!... ¡Ah, amigos míos!, si la vieja todavía vive, podéis esperar seguros de que os pondrá en manos de los rifeños mientras yo me llevo a la muchacha delante de vuestras narices.

Se puso de nuevo a observar.

A medio kilómetro, precisamente al borde del abismo, levantábase una de las muchas construcciones que los marroquíes dedican a sus santones.

La casita de un solo piso, cubierta de una cúpula semiesférica, que les dan un aspecto muy pintoresco, con tres o cuatro aspilleras apenas suficientes para dejar paso al aire.

Construidas de barro, se conservan siempre blanquísimas, de modo que pueden descubrirse desde gran distancia.

Siempre tienen una palmera y una higuera que les da sombra y una fuente para proporcionar agua al encargado de vigilar la sepultura del santón; encargado que suele ser siempre un loco, y por lo mismo también santo, según la creencia de los marroquíes.

La *cuba* de la *Bruja de los Vientos*, no podía confundirse con otra, porque a corta distancia se alzaba un minarete de algunos metros de altura que el tiempo, algún rayo o cualquier otra causa había medio destruido.

—A esto se llama tener suerte —murmuró Janko—. Nunca me había imaginado estar tan cerca de mi vieja protectora.

Regresó lentamente hacia la encina, donde los estudiantes seguían tocando, con gran gusto de Zamora.

—Enfundad los instrumentos —dijo a Carmelo y a Pedro con voz que casi parecía de mando.

El primero alzó la cabeza y le miró fijamente, mientras el segundo empezaba un bolero furioso.

—¿Lo ordenas? —preguntó Carmelo—. ¿Estamos a punto de encontrar el talismán?

—Esto es un asunto que os atañe a vosotros y no a mí —contestó Janko bruscamente—. Venía a deciros que he encontrado la *cuba* de Siza-Baba.

—¿Y qué? —preguntó Carmelo siempre tranquilo, haciendo una seña a Pedro para que interrumpiera la música.

—Que Siza-Baba, es la *Bruja de los Vientos* temida y respetada por todos los bandidos de estos montes.

—¿Y quién es ella?

—Una vieja gitana, emigrada quién sabe cuantos años y que también conoce la historia del talismán.

—¿Cuándo la conociste?

—El año pasado. Me recogió del fondo de un barranco, en donde hacía dos días que estaba herido de un tiro que me había roto el brazo izquierdo.

—¿Y te curó? —preguntó Zamora.

—Como si hubiese sido su hijo.

—¿De modo que esa bruja podría ayudarnos? —dijo Carmelo.

—Y hasta protegeros, porque todos los moros la tienen miedo.

—Y hasta hacernos traición —dijo Pedro.

—Es gitana —dijo Zamora— nos ayudará a nosotros y por lo mismo a vosotros.

—¡No sé! —refunfuñó el futuro abogado.

—¿Queréis que vaya a ver si todavía vive? —preguntó Janko—. Dejadme que vaya.

—Si es verdad lo que dices —replicó Zamora— vé a encontrarla y pídele que nos proteja.

—¿Y vosotros qué decís?

Carmelo y Pedro cambiaron una mirada y dijeron:

—Vete a verla.

Y pusieronse a tocar de nuevo, como si no dieran importancia alguna a aquella vieja, mientras Janko se alejaba rápidamente.

Una verdadera lluvia de fuego caía en aquel momento sobre el llano, secando en pocos instantes los pozos de agua que el huracán había alimentado.

Había cesado el viento, pero a lo lejos el mar seguía agitadísimo con olas pesadas, olas muertas, que son el espanto de los veleros.

Por el aire, puro y transparente, revoloteaban grandes bandadas de halcones, dando caza a los cuervos, que en el Rif abundan mucho.

Janko apenas se dignó echar una mirada al espectáculo que ofrecía el gigantesco abismo, y redoblando el paseo, llegó, al cuarto de hora, frente a la cuba.

Como hemos dicho era una pequeña construcción cuadrada, de cuatro o cinco metros de largo y ancho, cubierta de una media esfera.

Delante levantábase una colosal higuera, encargada de protegerla, con su

sombra, del sol y hasta de la lluvia, y un poco más allá encontrábase una fuente natural.

Janko observó en seguida, que junto al chorro de agua que surgía de una roca, había dos jarras de barro de cuello larguísimo y esbelto cuerpo.

—¡Ah!, ¿vivirá todavía la vieja? —se preguntó—. Parecía que debía llegar a los cien años.

Acercóse a la puerta de la *cuba*, levantó la cortina, con la navaja en la mano, por si estaba dentro algún loco que se creyese santón, y entró diciendo:

—¿Puede pasar un gitano de España?

Las cubas no tienen más que una sola habitación, más o menos grande, más o menos iluminada, y vio en seguida junto a dos camastros y una gran cantidad de vasos, a una vieja que llevaba una capa oscura toda remendada, pero adornada con algunos lazos rojos.

Era una mujer bastante vieja, de piel muy oscura de color, y llena de arrugas, con la boca contraída y dos ojos muy negros que se parecían a los de las cigüeñas.

Estaba ocupada en llenar los vasos con un líquido que debía desencadenar, según sus deseos, la furia de los vientos, a fin de que acumulasen las nubes en el llano y éstas se disolviesen en lluvia.

Al oír las palabras de Janko, la bruja dejó caer en el suelo un enorme cucharón lleno de una sustancia verdosa y miró al recién llegado, escapándosele un grito de asombro y de alegría.

—¡Hijo mío!...

—Si no soy verdaderamente tu hijo, es como si lo fuera, madre mía —contestó el gitano— te había prometido volver y como ves he cumplido la palabra.

—¡Hijo mío! —repitió la vieja, echando atrás la capa y mostrándose cubierta de una vieja bata descolorida, atada a la cintura con una cuerda de camello—. ¿Me engañan mis ojos?

—No, madre...

La vieja acercóse al gitano, le puso en los hombros sus manos acartonadas y todo huesos y le contempló con sus centelleantes ojos.

—Soy yo.

—Sí, eres tú, el joven que curé el año pasado y que se parece tanto a un hijo mío muerto en el mar con los contrabandistas. ¿A qué vienes? ¿A buscar el talismán de los gitanos?

—Sí, pero con otros.

—¿Venís de España?

—Sí, madre.

—¡Desgraciados! —exclamó la vieja levantando los brazos y con los ojos espantados—. ¿Pero no sabes, hijo mío, que ha estallado la guerra entre España y los moros del Rif y que se preparan terribles jornadas de sangre?

—Cuando hemos partido, ya se murmuraba entre los marineros que España quería dar un golpe decisivo a los bandidos de estos montes y echarlos del Gurugú. Pero no creía que los acontecimientos se hubiesen precipitado de este modo. ¿Y a qué obedece esta guerra?

—A que los españoles han comprado las minas a los rifeños, gastándose mucho dinero. Y los bandidos del Rif han matado a casi todos los mineros sin perdonar a los españoles.

—¡Ah, muy bien! —exclamó Janko—. ¿De modo que los españoles serán odiados?

—¡Los matan a todos! —gritó la vieja.

—¿A pesar de tu protección?

La *Bruja de los Vientos* hizo un gesto vago y después añadió:

—Habríais podido venir aquí después de la guerra a buscar el talismán.

—Ahora ya estamos aquí, el barco contrabandista ha naufragado y no puedo regresar a Málaga, ni junto a mis amigos de Sevilla.

—¿Cuántos habéis venido?

—Cuatro.

—¿Todos gitanos?

—No, dos son estudiantes de la célebre Universidad de Salamanca.

—¿Qué han venido a buscar aquí?

—El talismán.

—¿O los tesoros que según se dice se encuentran sepultados junto al cadáver del primer rey de los gitanos?

—No lo sé, madre.

—¡Madre! —exclamó la bruja—. ¡Ah! La dulce palabra que no había vuelto a escuchar desde que mi hijo, joven y fuerte como tú, murió en el mar...

Sentóse en su camastro, cubrióse con sus descarnadas manos su rugoso rostro y durante unos instantes Janko la oyó sollozar.

—Madre —repitió el joven— tú has perdido al hijo adorado que según dices tanto se me parecía; pues bien, quiero que seas para mí una segunda madre, ya que la primera la vi muerta, en una corrida de toros en Zaragoza, por un toro que saltó al tendido.

—¿Tú mi hijo?... ¿Hijo de la *Bruja de los Vientos*, que todos temen en el Rif?

—¿Y que yo no temo, porque el viento no me ha dado miedo jamás? —dijo Janko, con algo de ironía— pero para ello tienes que desembarazarme de los estudiantes que van también en busca del talismán.

—¿No son amigos tuyos?

—No, madre.

—¡Madre!... ¡Repítelo!

—¡Madre!

—¿Qué quieres? —preguntó la vieja, mientras sus ojos se encendían con una siniestra llama.

—Que me libres de los dos estudiantes.

—Me has dicho que sois cuatro.

—La cuarta es la hija de la reina de los gitanos, una muchacha a quien amo locamente, mientras ella ama a uno de aquellos dos mendigos que durante las vacaciones vagabundean sin una peseta en el bolsillo, cantando al son de una guitarra.

—Los conozco —dijo la vieja— pasé mi juventud en Zaragoza y los estudiantes tocaban y cantaban por las calles.

—¿Por qué viniste aquí?

—El amor de un contrabandista me llevó a estas costas con mi hijo, en donde naufragamos. ¡Cosas de la vida!

Se pasó tres o cuatro veces la mano por la frente llena de arrugas y que tiempo atrás debía haber sido hermosísima, y añadió:

—¿De modo que tú quieres impedir que los dos estudiantes lleguen al Gurugú?

—Sí, madre.

—¿Y creáis poder llegar hasta allí sin caer en manos de los moros? Ahora no es posible que nadie pase sin ser visto. Lo que pides Janko es una cosa bien fácil. Voy en busca de mi amigo Ben-Ciania, que es uno de los jefes más poderosos de estos montes y le diré que han llegado dos espías españoles y ya veremos como se las arreglan tu rival y su compañero.

—¿Y la gitana?

—A ella la protejo yo y basta —contestó la *Bruja de los Vientos*—. ¿Dónde están tus amigos?

—A medio kilómetro de distancia ocultos en un encinar —contestó Janko.

—Condúcelos hasta aquí y procura que no se escapen.

Cubrióse con la capa y cogió un nudoso bastón.

—¿Te marchas ya? —preguntó Janko.

—Sí, hijo mío. El aduar de Ben-Ciania no está muy cerca y no regresaré hasta la noche.

Y dicho esto salió la vieja, alejándose con paso bastante rápido, tranquila, como si marchase a realizar un encargo sin importancia, cuando estaba preparando una traición infame.

CAPÍTULO XII. LOS BANDIDOS DE LA MONTAÑA

Los estudiantes, ignorantes del terrible peligro que les amenazaba, no habían cesado de cantar y tocar, burlándose de todos los bandidos de la montaña, que por otra parte no habían dado aún señales de vida. Parecía que se desahogaban de aquellos días en que a causa de los acontecimientos habían tenido que dejar en paz sus guitarras para empuñar los fusiles. Cuando Janko, siempre impasible, volvió al grupo de encinas, Carmelo y Pedro estaban afinando sus instrumentos para tocar quizás alguna pieza famosa.

—Os ofrezco un refugio mejor y más seguro que éste —les dijo—, ¿queréis seguirme?

—¡Hola! —exclamó Pedro—. Ya me había olvidado de la *Bruja de los Vientos*. ¿Cómo está tu protectora?

—Se encuentra bien todavía, aunque debe llevar sobre sus espaldas más de noventa años.

—¿Qué estaba haciendo?

—Preparaba sus mezclas para desencadenar los vientos.

—¿Quiere protegernos también a nosotros? —preguntó Carmelo.

—Sí.

—¿Olerá como el cubil de un lobo o de una hiena la casa de la Bruja?

—No.

—¿Encontraremos algo que comer? —le preguntó Pedro—. La miel no ha sido suficiente para quitarme el apetito.

—Espero que sí.

—¿Habéis hablado del talismán? —preguntó Zamora.

—Sí, y ha marchado en seguida a interrogar a un viejo del país que, según dicen, sabe dónde se encuentra la tumba del primer rey de los gitanos.

—Es bien amable tu protectora —dijo Pedro con su ironía de costumbre—. Yo creía que aquel siglo viviente ya no andaba.

—Es gitana, y nuestros viejos son de hierro.

—¿Vino a este país para dedicarse a la hermosa e interesante profesión de *Bruja de los Vientos*? —preguntó Carmelo—. Sería curioso saber por qué dejó España por el Rif, cuando desde hace años entre moros y gitanos no existen las mejores relaciones.

—¡Cosas de la vida!, y nada más, como me ha dicho ella misma. ¿Queréis seguirme? Dentro de tres horas el sol se habrá puesto y estaremos más seguros dentro de la cuba que debajo de unos árboles. Por aquí tampoco faltan leones y panteras.

—Vamos a tomar posesión del cubil de la *Bruja de los Vientos* —dijo Pedro—. Allí dentro tocaremos unas piezas maravillosas.

Levantáronse, poniéndose en banderola fusiles y guitarras.

Antes echaron una larga mirada al panorama magnífico que se extendía ante sus ojos, y no riendo desembocar de los valles vecinos ni bajar de las colinas ningún jinete, echaron a andar detrás de Janko, en compañía de la gitana.

Para huir del terrible sol africano, tomaron el paso de carrera, llegando pronto frente a la cuba.

La atención de los dos estudiantes sintióse atraída, más que por aquella pequeña construcción que parecía una verdadera tumba, por el minarete, que si bien en ruinas, se erguía a unos quince metros de altura, ofreciendo en caso de peligro un magnífico refugio.

—¿Si los bandidos nos atacasen, qué preferirías tú, Carmelo, esta tumba o aquel minarete?

—El minarete. Sus paredes son todavía fuertes, y los proyectiles, aunque fuesen disparados por fusiles modernos, no las atravesarían. Pero por ahora tomemos posesión de la casa.

—Dicen que en estas pequeñas construcciones hay siempre enterrado algún santón.

—Es verdad —contestó Carmelo.

—¿De modo que respiraremos un aire purísimo?

—Y sin embargo la *Bruja de los Vientos* ha llegado casi a centenaria, si hemos de creer a Janko.

Apagaron la sed en la fuente, que daba un agua fresquísima y ligera, y después siguieron a Zamora y al gitano que habían entrado en la casa.

—¿Para qué sirven todas esas cacerolas llenas de una pasta verdosa?
—preguntó Pedro mirándolo todo a cierta distancia.

—Servirán quizá para desencadenar los vientos —dijo Carmelo riendo—. Será la comida de Eolo.

—Janko, echa todo esto fuera, antes de que los vientos se desencadenen aquí dentro y nos lleven por el aire a todos nosotros junto con la casa. Hay donde dormir, de qué beber, pero la cena no la veo.

—Espera un poco, hambrón —contestó Carmelo—. Veo unos sacos amontonados en aquel rincón, y además hay otras cacerolas. Quizá encontraremos lo necesario para prepararnos un buen plato de cuscús.

—¿Y qué es eso?

—El plato nacional de los marroquíes.

—¿Es bueno?

—Pasadero aun para paladares españoles —contestó Carmelo, que reconocía y abría los sacos, mientras Zamora destapaba grandes ollas.

No se había equivocado. La *Bruja de los Vientos* hacía seguramente un gran uso del cuscús, plato muy a propósito para sus dientes.

Encontraron harina de trigo, habas secas, calabazas también secas, cebollas, azúcar y manteca algo rancia, pero que podía servir para estómagos hambrientos y poco exigentes, como los de los estudiantes y de los gitanos.

—Hemos descubierto América —dijo Carmelo—. Aquí hay un hornillo que pondremos afuera para no ahumarnos dentro de esta tumba. ¿Quién se encarga de preparar la cena?

—Yo —dijo Janko—, si Zamora me ayuda.

—Estoy pronto a ello. Aunque hija de una reina he cocinado en Sevilla y en Zaragoza.

—Coge una cacerola y el hornillo y salgamos afuera —dijo Janko—. Dejemos que estos señores descansen.

—¿Por quién nos tomas tú? —gritó Pedro—. ¿Por gente sin nervios, ni músculos? No somos gitanos, pero somos españoles.

Janko, en vez de contestar, prefirió salir junto con Zamora, que llevaba habas, harina, calabaza y manteca.

Carmelo, entre tanto, había cogido de un rincón un saco mucho más pequeño que los demás, sacando de él unas tabletas de un calor verdoso.

—¿Qué es lo que ofreces a mi hambriento estómago? —preguntó Pedro—. ¿Algún aperitivo para redoblar mi apetito?

—No toques estos dulces, amigo pifo.

—Sí, en efecto; parecen unos dulces.

—Son tablitas de madjun, muy empleada por los marroquíes, pero que te podrían jugar una mala partida no estando acostumbrado al kiff.

—¿Son dulces?

—Sí; las hacen con manteca, miel, nuez moscada, clavos y hojas de una planta llamada kiff, que tiene todas las propiedades del opio. Mientras los orientales fuman los narcóticos, aquí, más refinados, los comen para

alegrarse y soñar cosas extravagantes. No toques esas pastillas.

—Como yo no he estado nunca en Marruecos, te obedezco sin rechistar, pero quisiera que me explicases una cosa.

—Habla, ahora que estamos solos.

—¿No te parece extraño encontrar aquí una gitana?

—No —contestó Carmelo—. ¿En dónde no encuentras alguno de esos eternos caminantes? En todos los países de Europa, Asia y África se encuentra siempre a esos hijos del diablo, como les llaman los húngaros.

—Deben tener hormiguillo en las piernas.

—Así parece, porque como habrás observado en España, van y vienen, como si el diablo les fuese empujando.

—¿Qué clase de gente es?

—Esta casta que vive y crece hasta entre las piedras y no parece haber tenido nunca una patria, es originaria de la India. Su emigración se remonta a unos seiscientos años.

—¿Y se han quedado en Europa?

—Sí, a pesar de los terribles castigos que de cuando en cuando destruían tribus enteras, por ser considerados como paganos.

—¿De modo que esos sin patria han sufrido sangrienta persecución?

—¡Y de qué clase, Pedro!... Los más despiadados fueron los príncipes católicos de Alemania, que se habían metido en la cabeza convertir a los gitanos en ciudadanos sedentarios y buenos creyentes. Federico Guillermo, después de haber declarado a los gitanos traidores, mandaba sin más ni más a la horca a los desgraciados que se atrevían a atravesar, la frontera de Prusia, sin excluir las mujeres. En algunas comarcas los hombres eran fusilados y las mujeres azotadas hasta sangrar, marcándolas después en la frente con un hierro enrojecido.

—¡Canalla! —exclamó Pedro.

—En nuestro país eran quemados como herejes, y suministraban al mayor número de los desgraciados que morían bárbaramente en los autos de fe. Los gitanos han sido tratados durante siglos a sangre y fuego, sin renunciar a su libertad.

—¿Pero por qué emigrarán todos los años cuando llega el buen tiempo?

—Ni siquiera ellos mismos sabrían decirte la razón de ello. Es una necesidad imperiosa a la que no pueden sustraerse. Y como sabes, van a través de Europa, desde España a la lejana Rusia, con sus coches desquiciados y sus caballos todo huesos, viviendo a costa de los pueblos que no los rechazan. Dicen que marchan siempre en busca de su patria, por no saber dónde se encuentra la de sus antepasados.

—¿Cómo se las arreglan para dirigir su marcha y reunirse de nuevo? Porque no marchan todos juntos, sino en pequeños grupos.

—Es verdad, Pedro. Esa gente sabe orientarse tan perfectamente como las palomas mensajeras, y no hay peligro de que se extravíen y no sepan continuar el camino, pues todos los años las diversas tribus pasan el invierno en sus sitios de costumbre. Conocen maravillosamente todos los países y sin errar, con una precisión geométrica, recorren los mismos caminos. Te diré más: los primeros grupos que marchan en cabeza, dejan huellas que sólo aquellos eternos viajeros saben descubrir, y que les indican no sólo la dirección, sino muchas otras cosas. ¡Pobre de aquel que destruyese aquellas señales!, consistentes por lo general en pedazos de madera clavados en el suelo, en trapos de color colgando de los árboles, en pajas trenzadas, echadas entre la hierba, pues sería irremisiblemente muerto.

—¿Esas señales constituyen una especie de lenguaje?

—Sí.

—¿Y no se ha intentado convertirlos en sedentarios?

—Hace un siglo y medio, María Teresa, reina de Hungría, trató de inmovilizarlos en no sé qué comarca, pero después de diez años de incesantes esfuerzos, tuvo que declararse vencida. Los gitanos, desafiando toda clase de peligros, seguían emigrando igualmente. Hace poco, hubo un archiduque austríaco, el archiduque José, que quiso

renovar la tentativa, con la esperanza de regenerarles. Los reunió en Transilvania, entregándoles terreno muy fértil y casas hermosas y comida, mezclándoles con muchos de sus súbditos ¿Y qué crees tú que consiguió? Pues que una hermosa mañana, aquellos gitanos que podían ganarse cómodamente la vida, desaparecieran con sus andrajos y no volvieran más.

—¡Extraña raza! ¿Pero qué es lo que van buscando a través de Europa y el África Septentrional?

—Ya te lo he dicho: la patria que han perdido y que no consiguen encontrar.

—Y que probablemente no encontrarán jamás.

—Sería preciso que atravesaran los Urales y volvieran al Asia; pero parece que por ahora se encuentran bien por acá.

—Y si...

—¡Cállate que ahí vienen los cocineros!

Janko entraba, seguido de Zamora, que traía una caldera humeante con el cuscús.

—¿Plato marroquí? —preguntó Pedro.

—Será tolerable, por lo menos.

—Cuando lo hayas probado me lo dirás.

En medio de la cuba había una vieja alfombra de Rabat, que no había perdido del todo sus deslumbrantes colores, aunque debía contar muchos años.

Zamora depositó el caldero encima, invitando con una alegre sonrisa a los dos estudiantes.

Había unas cuantas viejas cucharas de metal sobre una mesa arrimada a la pared, junto a algunas tazas desportilladas, y una cafetera llena aún de la aromática bebida, impregnada ligeramente de ámbar, como suelen hacerlo los marroquíes.

Los dos estudiantes y los dos gitanos, a los cuales no les faltaba el apetito, asaltaron ansiosamente el caldero, vaciándolo en un momento.

El cuscús marroquí si está bien hecho no resulta malo, y no desagrada ni siquiera en los palacios europeos.

Una taza de café puso fin a aquella pobre cena.

—La *Bruja de los Vientos* no se priva de nada —dijo Pedro que, registrando entre los saquitos de víveres, había encontrado dos pipas viejas, tabaco y una botella de aguardiente—. No me había figurado jamás poder pasar aquí una velada tan deliciosa. Carmelo, daremos una serenata en honor de ese siglo viviente y de su cubil...

Las tinieblas empezaban a caer pero había una lámpara de cobre, toda abollada, tan vieja quizá como la Bruja, pero llena de aceite.

Los dos estudiantes, que se creían segurísimos, encendieron la lámpara y las pipas y afinaron las guitarras.

Janko había salido con la excusa de montar la guardia, pues empezaba a impacientarse por el retardo de la vieja y de sus amigos, que debían libertarle del odiado rival y de su compañero.

La luna salía ya por encima del mar, echando sobre los bosques de aquella llanura millares de rayos azulados, y a lo lejos, en el fondo de los barrancos, los eternos chacales comenzaban su música molesta, con algún acompañamiento de los gritos de las hienas.

Los dos estudiantes, con la pipa encendida, después de saborear el aguardiente, se habían puesto a tocar, mientras Zamora, echada en uno de los camastros, les estaba escuchando.

Habían repasado las piezas más hermosas de los cantos españoles, cuando el fino oído de la gitana fue herido por un lejano ruido.

Saltó en pie del camastro y precipitóse fuera de la cuba, mirando fijamente a través de la salvaje campiña. Con estupor no vio a Janko por parte alguna y una terrible sospecha surgió en seguida de su cerebro.

—¡Aquél miserable ha tramado alguna traición!

En el fondo de un valle veíanse unas sombras que parecían jinetes, marchando al trote y haciendo saltar chispas de las piedras con las herraduras de sus caballos.

Lanzó un grito:

—¡Janko! ¡Janko!

—Nadie contestó.

—¡Ah, miserable! —exclamó.

Precipitóse dentro de la *cuba*, donde los dos estudiantes seguían tocando y fumando tranquilamente.

—¡Los rifeños! —gritóles—. Suben por el valle que se abre frente a esta llanura.

—¿Ya? —exclamaron los dos estudiantes, saltando sobre sus fusiles.

—¡Huyamos!

—¿Has visto a los bandidos de verdad? —preguntó Carmelo.

—Sí; vienen a caballo.

—¡Una idea! —exclamó Pedro—. Salgamos de la *cuba* y refugiémonos en el minarete, y detrás de aquellos muros podremos resistir más tiempo.

—¡Pronto! ¡Pronto! —gritó Carmelo.

Escondieron las guitarras debajo de los camastros. Cogieron las armas, la pipa, el tabaco y la botella del aguardiente y corrieron hacia el minarete, que, como hemos dicho, alzábase a unos cuantos metros de la casucha, entre un montón de escombros.

La puerta de aquella especie de campanario no había quedado obstruida.

Los fugitivos, antes que los jinetes aparecieran en el fondo del valle, apartando rápidamente unos cuantos ladrillos para poder pasar mejor, se metieron dentro del minarete, cerrando la abertura en seguida con una barricada de las piedras que tenían a mano.

Una escalera, que la luna iluminaba en parte, presentábase ante ellos aún en buen estado.

Subiéronla precipitadamente y llegaron a la parte demolida del minarete, tomando en seguida posiciones en los últimos escalones.

En aquel mismo momento, los jinetes aparecían en el llano, avanzando al galope corto.

Eran unos cuarenta o quizá más, todos ellos provistos de armas de fuego, no del todo antiguas probablemente, y con el cinturón cargado de pistolones y yataganes que la luna hacía brillar vivamente.

Guiábales un jefe de elevada estatura, envuelto en una gran capa de un blanco sucio, con un gran fleco en la capucha.

—¿Vendrán precisamente hacia acá? —preguntó Pedro al ver que se detenían como si estuvieran indecisos acerca de la dirección que debían tomar.

—Te digo que hemos sido vendidos por aquella maldita vieja y Janko —dijo Carmelo—. ¿Y tú qué dices, Zamora?

—Comparto tu opinión. Janko te odiaba, me consta.

—Y a mí también, querida Zamora. Está celoso de mí, pero los bandidos todavía no me han cogido y veremos si Janko regresa vivo a España.

—Yo seré quien ha de matar a aquel miserable —dijo la gitana con rabia—; esto es cosa mía, es cosa de gitanos.

—Ya lo veremos. Pero ahora no tenemos aún en nuestras manos la prueba de su traición.

—¿Entonces, a qué vienen esos jinetes? —preguntó Pedro—. Apenas hemos llegado aquí y ya los tenemos encima. Sí, Carmelo, nos han hecho traición.

—Podré engañarme —dijo Zamora—; pero estoy convencida de que el jefe de los gitanos de Sevilla ha puesto a Janko a mi lado, no para protegerme, sino para impedir por toda clase de medios que me apodere

del talismán.

—También yo lo creo así —dijo Carmelo, que se había puesto bastante preocupado—. Veamos qué es lo que hacen los bandidos.

Los cuarenta jinetes que la luna iluminaba de lleno, habíanse detenido en la salida del valle, y parecían celebrar consejo. Los marroquíes no emprenden empresa alguna si antes no pierden el tiempo en una charla.

No había, sin embargo, duda alguna que dirigían sus miradas hacia la casucha, pues el jefe, que montaba un caballo negro como la noche, la señalaba con la mano.

—¿Los dejaremos acercar o daremos en seguida la batalla? —preguntó Pedro.

—No malgastemos las municiones —contestó Carmelo—. Todos estamos escasos de cartuchos, y además estos canallas podrían marcharse sin registrar el minarete. Si vienen a atacarnos no economizaremos las balas, pero antes no.

—Quizá no sospechen que nos hemos refugiado aquí.

—Esto lo veremos en seguida, Pedro.

Los jinetes habían terminado su charloteo y habíanse puesto en marcha, avanzando con grandes precauciones.

Todos habían empuñado el fusil, apuntando hacia la *cuba*, como si esperasen de allí una repentina descarga.

El jefe, iba unos cuantos pasos delante, haciendo caracolear su soberbio corcel.

—¡Qué lástima no poder hacer fuego! —exclamó Pedro—. Me gustaría desmontar al jefe de la banda, y estoy seguro de que no dejaría de dar en el blanco.

—No, ahora no —dijo Carmelo—. No tomarán por asalto tan fácilmente como quizá creen, este minarete. La escalera es muy estrecha y fácil de defender; existen aspilleras para hacer fuego a cubierto, las paredes son gruesas e impenetrables por las balas de fusil, déjales que se acerquen.

—¿Estarán Janko y la *Bruja* con ellos?

—Cubiertos con aquellas capas no es fácil distinguirlos.

—¡Ah, canalla! Ese gitano no volverá con los huesos sanos a España.

—Y tampoco la *Bruja* —añadió Zamora, mientras un relámpago brillaba en sus negríssimos ojos.

—Silencio; ya están aquí.

Los jinetes, alentados por el silencio que reinaba en la casucha, habían apresurado el paso, llegando en seguida frente a ella.

El jefe y otros diez jinetes saltaron a tierra, mientras todos los demás tenían los fusiles apuntados y se acercaban con cautela a la puerta.

—¡Caramba! —exclamó en aquel momento Pedro, dándose un puñetazo en la cabeza—. Hemos cometido una imprudencia imperdonable.

—¿Cuál?

—Hemos dejado la lámpara encendida.

—¡Qué importa! Podríamos habernos marchado sin tomarnos la molestia de economizar un poco de aceite a la Bruja. Vamos a ver qué sucede.

Habíanse asomado a lo alto del minarete, ocultándose perfectamente detrás de unas grandes piedras, con el *máuser* preparado.

El jefe y sus compañeros, después de vacilar durante largo rato, decidieron por fin a entrar en la *cuba*, lanzando gritos salvajes por si tuvieran que empeñar la lucha.

Los que se habían quedado afuera, para mayor alboroto, dispararon unos cuantos tiros al aire y encabritaron sus caballos como si tuviesen que lanzarse a una furiosa carga.

Pocos momentos después el jefe salió, llevando en una mano la lámpara que los estudiantes se habían olvidado de apagar, y en la otra las dos guitarras que habían ocultado debajo de los camastros.

Pedro, al ver a su instrumento en manos de los bandidos, lanzó un verdadero gemido.

—¡Ay, mi pobre guitarra.

—Ya la recogerás más tarde —le dijo Carmelo, que no estaba menos conmovido que su amigo—. ¿Qué quieres que hagamos? Desde ahora en adelante, nuestras guitarras deleitarán los oídos de las bellas rifeñas.

—No sé resignarme a ello. Déjame que dé su merecido a aquel bandido.

—No, no te lo permito. Piensa que nuestro pellejo vale más que una guitarra.

—¿Y cómo nos las arreglaremos sin poder tocar la guitarra?

—Daremos menos conciertos y serenatas. En España hay gran abundancia de guitarras y encontraremos siempre otra a buen precio.

—Ah, canallas! ¿Qué es lo que harán con mi guitarra?

—¿No lo oyes? —preguntó Zamora riendo.

El jefe de los bandidos, en vez de ponerse a buscar a los fugitivos, se puso a tocar furiosamente la guitarra del futuro abogado, haciendo saltar sus cuerdas.

La de Carmelo no tuvo mejor fortuna, y después los dos instrumentos fueron destrozados contra las paredes de la *cuba*, saltando en mil pedazos.

—¡Asesinos! —murmuró Pedro tratando de apuntar.

El joven ingeniero, que le vigilaba, le detuvo en seguida.

Los bandidos, echando al suelo la lámpara, volvieron a montar a caballo, y después de otro rato de charla, extendieron sus pesquisas hacia el grupo de encinas.

El jefe y otros siete u ocho, habíanse quedado junto a la casucha, y hasta entonces no habían pensado en registrar el minarete, al que ni siquiera se habían dignado dirigir una mirada.

Los jinetes reconocieron el llano durante una hora, llegando hasta el borde

del abismo, y regresaron jurando y haciendo gestos de furor.

—¡Qué torpes son! —exclamó Carmelo—. Y sin embargo el minarete es bien visible y lo bastante capaz para ocultar unas cuantas personas.

—Como no sea que la *Bruja* desencadenase desde aquí los vientos y que por eso no se atrevan a acercarse a esta especie de torre.

—Es posible, Pedro, los rifeños, lo mismo que todos los musulmanes, son lo bastante supersticiosos, pero no cantemos victoria todavía.

El jefe habíase separado bruscamente del grupo, acercándose poco a poco al minarete, dando vueltas a los escombros caídos desde arriba y que formaban un montón de unos cuantos metros de altura; sus ojos buscaban seguramente la entrada. Si los estudiantes no se habían ocultado en la casa ni en las cercanías, la sospecha de que estuvieran en el minarete debía haber surgido en seguida a cualquiera que no hubiese sido un bandido de aquellos.

Por tres o cuatro veces dio la vuelta mirando hacia arriba y después abajo, y por último reunióse rápidamente a sus compañeros, que seguían siempre empuñando el fusil.

Entablóse otra discusión, que duró más de una hora, pero que por hablar en árabe no fue entendida por los dos estudiantes y la gitana, aunque aquellos eternos charlatanes hablasen en voz alta como perros ladrando a la luna.

—Carmelo —dijo Pedro en voz baja—, hemos sido descubiertos y dentro de poco esa canalla forzará el paso.

—Debían haber sospechado mucho antes que nos hallábamos aquí, al no habernos encontrado en la *cuba*.

—Entonces, deja que me cargue a ese perro que rompió mi guitarra.

—Ya le harás pagar la guitarra —exclamó Carmelo, riendo—. Verdad es que somos los famosos estudiantes de Salamanca.

—¿Me dejas disparar?

—Espera un poco.

El jefe había vuelto junto al minarete, y con voz tonante había gritado en correcto castellano:

—Que los espías de los españoles se rindan o nos vengaremos de un modo terrible.

Pedro asomó la cabeza y gritó a su vez:

—Señor bandido: ya que nos habéis descubierto, no nos ocultaremos más tiempo, pero os advertimos que también nosotros estamos armados y que consumiremos hasta el último cartucho.

Estas palabras fueron acogidas con grandes risotadas por parte de los bandidos.

—Caballero —gritó el jefe, llevándose antes la mano al turbante—. ¿Quiere hacer el favor de bajar para evitarme la molestia de subir a cogerle? Ahora ya no es posible que te escapes, como tampoco podrá escapar tu compañero ni la muchacha que se encuentra con vosotros.

—¡Por aquel perro de Mahoma! —gritó Carmelo—. ¿Cómo sabes, bandido, que somos tres?

—Porque me lo ha dicho la vieja que desencadena los vientos.

—A la cual arrancaré el corazón —gritó Zamora con voz temblorosa por la ira.

—¡Ea, bajad! —dijo el jefe, que ya empezaba a impacientarse—. Nosotros somos cuarenta y vosotros sólo sois tres.

—Pero bien armados —contestó Carmelo sin sacar la cabeza, por miedo de que le pegaran un tiro a traición.

—Tendréis también carneros y agua en abundancia.

—Los víveres no nos hacen falta.

—¡Perro cristiano! ¿Te estás burlando de mí? —gritó el jefe—. Entregad las armas y después baja con tus compañeros.

—¿Y cuando nos hayamos rendido, qué harás de nosotros, señor bandido?

—Os trataremos como espías españoles.

—¿Espías?... Nosotros hemos venido a dar un paseo, en compañía de un contrabandista que la tempestad ha arrastrado al mar en el momento en que naufragaba su barco.

—¡Ja, ja!... ¿De modo que no sabes que desde hace tres días luchamos con tus compatriotas?

—¿Ha estallado la guerra?

—Sí, una guerra que costará a tu patria muchas vidas y mucho dinero. Esta vez tomaremos por asalto a Melilla.

—Entonces debes tratarnos como prisioneros hechos en el campo de batalla.

—Tú no has combatido.

—¿No?... ¡Entonces, toma, canalla! —gritó Pedro, asomándose y disparando rápidamente un par de tiros.

El jefe no fue herido, pero, en cambio, cayó un jinete que estaba unos cuantos pasos más atrás y que se quedó en el suelo sin moverse siquiera, como si la bala del máuser le hubiese atravesado el corazón o el cerebro, fulminándole de repente.

Los cuarenta bandidos descargaron sus armas gritando ferozmente y en seguida alejaronse a la carrera, siendo saludados por otros dos tiros que echaron a tierra a dos caballos.

—Amigos míos —dijo Carmelo—, tendremos que sostener un verdadero sitio. Esos canallas no nos dejarán en paz, y sobre todo ahora, que la guerra ha sido declarada.

—¿Cómo puede haber tenido lugar esta imprevista ruptura de relaciones entre rifeños y españoles, si al embarcar nosotros no se decía nada de ello? —pregunto Zamora.

—También tengo yo curiosidad por saberlo.

—Ya nos lo dirá el jefe de los bandidos cuando nos haya cogido —dijo Carmelo.

—¿Crees tú que sean capaces de subir al asalto del minarete, defendido por tres buenos máuseres?

—Son cuarenta, querido Pedro, y los rifeños son más valientes que los marroquíes.

—¿Y nos sitiarán?

—Me parece que sí. Los bandidos nos rendirán por hambre y sed.

—Será más cómodo para ellos —dijo Pedro—. Yo tengo sesenta cartuchos y los gastaré todos, no conservando más que uno para dispararlo en plena cara del perro que les manda. Rindiéndonos sin lucha no ganaremos nada.

—Evidentemente.

—¿Y qué harán de nosotros? ¿Nos cortarán las orejas y la nariz? Prefiero que me maten a volver a la Universidad mutilado tan horriblemente.

—Cuenta en absoluto conmigo —dijo la gitana—. Yo tengo unos cincuenta cartuchos y procuraré colocarlos en medio de los sesos de otros tantos bandidos.

—Ya sabemos que eres valiente, Zamora —dijo Carmelo con voz emocionada—. Y también sabemos que eres una excelente tiradora.

—¡Qué idea! —exclamó en aquel momento Pedro.

—¿Qué te pasa? —preguntó el joven ingeniero.

—¿Y si aprovechásemos la retirada de los bandidos para ir a saquear la *cuba*?

—Ya pensaba en ello, pero lo que nos urge más es el agua.

—Yo me encargo de todo esto.

—Nosotros dos vigilaremos y fusilaremos sin piedad a los bandidos que traten de acercarse a ti. Aprovecha la oscuridad, ya que la luna se está

poniendo.

—Déjame hacer.

Y el valiente joven cogió el fusil y bajó corriendo la escalera, temiendo el retorno imprevisto de los bandidos.

CAPÍTULO XIII. UN AUXILIO INESPERADO

Los rifeños, después de haberse alejado tres o cuatrocientos metros de la *cuba* y del minarete, habían lanzado sus caballos a una desenfrenada carrera, describiendo un inmenso círculo en torno, de los sitiados.

Durante una media hora larga se desahogaron corriendo alrededor de la *cuba* y del minarete, manteniéndose siempre a una prudente distancia, y después se detuvieron formando varios grupos y acamparon, dejando a los caballos en libertad.

Pedro había aprovechado aquella carrera sin objeto para marchar a la *cuba*, sin ser visto, y apoderarse de los víveres de la Bruja, lo mismo que de una olla repleta de agua.

Carmelo y Zamora, para distraer la atención de los jinetes, habían disparado unos tiros, y en seguida habíanse refugiado en la escalera, porque las balas llegaban a la parte alta del minarete.

Ayudaron a Pedro a cerrar la puerta con escombros de todas clases y volvieron arriba para vigilar a través de las aspilleras las maniobras de los bandidos.

—Un sitio en toda regla, ¿verdad, Carmelo?

—Estamos completamente sitiados, pobre amigo mío —contestó el joven ingeniero.

—¿Qué es lo que has traído?

—Miseria y nada más que miseria. Habas y frijoles secos, mezclados con pedazos de calabaza reseca.

—¿Has traído agua?

—Tres o cuatro litros.

—Nos pondremos a ración y resistiremos hasta que podamos.

—¿Masticando fríjoles y habas secas?

—¡Paciencia!

—¿Pero cuánto tiempo podremos resistir de este modo? ¿No ves que no se atreven a atacarnos?

—Cuando hayan recibido refuerzos verás a esos canallas subir al asalto como los mejores soldados del mundo. Hace poco he visto dos jinetes salir al galope hacia aquella colina, que debe ocultar poblados. Ya verás como después que amanezca los sitiadores se habrán convertido en doscientos o quizá muchos más.

—Y nosotros no estamos sobrados de cartuchos —dijo Zamora mirando al joven ingeniero.

—Procuraremos no malgastarlos. ¡Ah!... Los bandidos empiezan a impacientarse; pues bien, que avancen y empiecen el asalto.

En efecto, los rifeños, cansados de gastar pólvora sin resultado alguno, porque sus proyectiles no podían atravesar las gruesas paredes del minarete, habían montado de nuevo, avanzando hacia la *cuba*.

Apenas habían empezado a acudir, cuando desembocaron del estrecho valle a galope tendido otros cincuenta jinetes o más, que se anunciaron con un vivo tiroteo, disparado probablemente contra las nubes, porque no podían saber en dónde se encontraban los sitiados.

—Ya son un centenar —dijo Carmelo—. Y quizá llegarán otros.

—¿Nos veremos obligados a rendirnos? —preguntó Pedro, que ya empezaba a perder el buen humor.

—Lo haremos lo más tarde posible —contestó el joven ingeniero—. Somos españoles y sabremos imitar, como mejor podamos, a nuestros antepasados. Ya no os detengo. Podéis hacer fuego, pero procurad colocar bien vuestras balas.

Los bandidos se habían reunido, y después de un breve cambio de palabras habíanse lanzado a la carrera contra el minarete, disparando y

vociferando ferozmente.

Pedro habíase colocado en la aspillera del primer piso, Zamora en la del segundo y Carmelo en la del tercero, que también era el último.

Bien pronto, por parte de los sitiados, empezó un violento fuego de fusilería, echando a tierra en poco tiempo siete u ocho caballos y un hombre.

Nada asustados, los rifeños pasaron a una velocidad endiablada a unos cincuenta pasos escasos del minarete, continuando el despilfarro de municiones, aunque, después, vista la imposibilidad de tomar por asalto aquella especie de torre, tan firme como una roca, y preocupados por las pérdidas sufridas, volvieron la espalda y alejéronse setecientos u ochocientos metros, formando un amplio semicírculo, cuyos extremos se apoyaban en el abismo.

—Me parece que el sitio durará bastante —dijo Carmelo, reuniéndose con sus compañeros—. Cuentan rendirnos por hambre.

—Masticaremos habas y frijoles —dijo Pedro, que no parecía muy preocupado.

—¿Cuánto tiempo durarán?

—Los economizaremos.

—Nos pondremos horriblemente delgados.

—Los estudiantes de Salamanca no han estado nunca gordos, porque han tenido siempre que luchar con el Monte de Piedad.

—Y aquí no le hay —añadió Carmelo—. Y además no tenemos ni siquiera un miserable reloj.

—¿Y mis diez moneditas que llevo en la gorrita, no cuentan? —dijo la gitana—. Cuando te hagan falta las puedes coger todas.

—¿Pero qué estás diciendo, Zamora? ¿No tenemos acaso que recoger el tesoro del primer rey de los gitanos? —preguntó Pedro.

—Es verdad —contestó la gitana, sonriendo—. Ya casi no me acordaba

del talismán.

—¡Con tal que lleguemos a encontrarlo!

—Yo no desconfío, Pedro —dijo Carmelo—. Las señales trazadas en el pañuelo deben ser exactas. Pero me preocupa una cosa en que no había ni siquiera pensado y que nos hará muy difícil la conquista del Gurugú.

—¿La guerra, verdad?

—Sí, Pedro —contestó el joven ingeniero—. Si todos los rifeños están en guerra, no nos dejarán pasar, y si nos cogen prisioneros, te aseguro que no nos tratarán con la hospitalidad proverbial en los árabes.

—¿Y si nuestros compatriotas han desembarcado en gran número en Melilla y han empezado el avance?

—No se quedarán tomando baños en las playas del Mediterráneo, dejando dormir sus cañones y sus ametralladoras —contestó Carmelo—. Hace ya muchos años que España desea acabar de una vez con estos sanguinarios bandidos.

—¿Y si intentásemos reunimos con nuestros compatriotas?

—¿Dónde se encuentran? ¿Lo sabes tú? ¿Y cómo abandonar este minarete sin caer en manos de los bandidos?... ¡Oh! ¡Han aumentado en número! ¡Caramba! ¡Lo menos son ahora ciento cincuenta!

—¡Y nosotros, tres! ¡Bonito número! ¡Bah!... Subamos a ver qué hace esa canalla.

Dejaron la tercera aspillera y subieron a lo alto del minarete, que iluminaba los primeros rayos del sol.

Los bandidos habían aumentado, y, como dijo Carmelo, eran más de ciento cincuenta; pero se mantenían alejados, no fuera del alcance del máuser, pero lo suficiente para que resultase difícil el tiro.

Habían echado pie a tierra todos ellos, escondiendo los caballos en la espesura, acampando tranquilamente y encendiendo sus pipas.

—Por ahora no tienen el propósito de asaltar el minarete —dijo Carmelo.

—Quizá esperen que sea de noche —añadió Pedro.

—Es posible, porque parece que va a nublarse el cielo y esta noche no alumbrará la luna, probablemente.

—¿Y no podríamos aprovechar la oscuridad para huir? —preguntó Zamora.

—Estaba a punto de proponerlo —dijo Carmelo—. Pero nos cogerán de todos modos, pues yo tengo muy pocas esperanzas de salvar mis orejas.

—¡Hola! ¡Hay novedades!... Ahí viene un parlamentario.

—¿Por dónde viene?

—Ya ha montado a caballo y avanza al galope, flameando en el cañón de su fusil un trapo más negro que blanco.

En efecto, un jinete había abandonado el campamento y se acercaba al galope corto. Al llegar a veinte pasos del minarete paró en seco el caballo, doblándole, las piernas de atrás, hasta casi tocar con la grupa en tierra, y después levantó el moro la cabeza, gritando a los sitiados, que se habían asomado, sin dejar el fusil de la mano:

—El jefe de la poderosa tribu de los Basir me envía para intimaros la rendición.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Carmelo.

—Habéis muerto a dos de los nuestros y ocho caballos que valían muchos duros.

—Habernos dejado tranquilos.

—Debías saber que estamos en guerra con vuestros compatriotas.

—No sabíamos que se hubieran roto las hostilidades, puesto que hemos venido a bordo de un barco contrabandista que traía armas para vosotros.

—Pues nosotros sabemos que sois dos espías encargados de explorar nuestras defensas del Gurugú —gritó el bandido.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Ziza Baba.

—¿*La Bruja de los vientos*?... ¡Ah, canalla!... ¡Aquella maldita vieja nos ha vendido por unos cuantos duros!

—Este es un asunto que atañe al jefe. Nosotros sabemos que tú y tu compañero sois espías, y basta.

—El quitártelo de la cabeza sería un poco difícil, y por lo tanto dime qué es lo que piensa hacer con nosotros tu jefe.

—Ante todo, haceros pagar los hombres y los caballos...

—Carmelo y Pedro soltaron una carcajada.

—¡Si no tenemos más que unas cuantas pesetas en el bolsillo! —dijo el primero.

—¡Entonces seréis convertidos en esclavos! —gritó el bandido.

—Nada de eso, pues permaneceremos aquí detrás de estos fuertes muros, que jamás seréis capaces de asaltar.

—Estrecharemos el asedio.

—Hacedlo si podéis.

—Y os haremos morir de hambre y de sed.

—Ca! Se equivoca el señor bandido —gritó Pedro, asomándose junto a Carmelo—. Tenemos todo lo preciso para preparar el *cuscús* durante dos meses, por lo menos, y ni siquiera nos faltan los carneros.

Esta vez fue el bandido quien soltó la carcajada.

—¡Basta ya, cristiano! ¡Quieres bromear demasiado! ¡Ea, rendíos! El jefe no tiene tiempo que perder porque tiene que marchar a la guerra.

—Nadie le detiene. Que monte a caballo y se vaya cuanto antes a probar a qué saben las granadas españolas.

—¡Malditos, perros, cristianos, roñosos! ¡Os aseguro que os arrepentiréis!

Hizo dar al caballo una voltereta y se alejó al galope tendido, mientras Pedro le gritaba:

—¡Muchos recuerdos al jefe!

Los dos valientes esforzábanse en bromear, cuando sus corazones palpitaban con fuerza previendo una rendición a no largo plazo, porque las provisiones que tenían podrían bastarles apenas para unos cuantos días.

Si los españoles hubieran avanzado hacia los montes del Rif habrían podido tener alguna vaga esperanza de ser salvados por sus compatriotas, pero no se oía el retumbar del cañón por los valles.

Probablemente las hostilidades apenas habrían estallado, y, caso de combatir, debía ser en tomo de Melilla y a orilla de Mar Chica.

—Dejemos los tristes pensamientos y pongámonos a cenar —dijo Pedro, que había cesado de reír.

Viendo que los bandidos habían encendido hogueras para preparar el *cuscús*, bajaron al segundo piso y empezaron a abrir los saquitos de cuero. Como ya habían previsto, no contenían más que leguminosas bastante difíciles de comerse crudas, mezcladas con unos cuantos dátiles e higos secos.

Dejaron en paz los segundos y se decidieron por los primeros, regándolos en un pequeño sorbo de agua, porque tenían más interés en economizar el líquido que los sólidos, dado el terrible calor que hacía.

Después de aquella pobre cena, pusiéronse de nuevo en observación con las armas sobre las rodillas, preguntándose ansiosamente cómo terminaría aquel asedio que anunciaba prolongarse demasiado.

Parecía que los bandidos no se ocupasen de los estudiantes ni de la gitana. Seguían comiendo y charlando, manteniéndose siempre a mil metros de distancia, seguros de hacerlos capitular antes que los españoles, que apenas acababan de desembarcar en Melilla, llegasen a los montes.

Habían colocado, sin embargo, unos cuantos centinelas, que se mantenían bien ocultos en la maleza, conociendo la habilidad de los

sitiados en cuestión de puntería.

El día transcurrió sin alarma alguna y sin que los bandidos abandonasen su improvisado campamento. Entretanto, el tiempo se había estropeado de nuevo. Por la parte del mar levantábanse espesas nubes, iluminadas con frecuencia por la luz de vivos relámpagos.

El viento habíase desencadenado y aullaba en torno del minarete, ráfaga tras ráfaga.

Hacia las ocho de la noche, las tinieblas cayeron sobre el mar y el monte, y casi al mismo tiempo apagáronse los fuegos de los bandidos.

—No cerremos los ojos —dijo Carmelo a sus compañeros—; los canallas quieren aprovecharse seguramente de la noche tempestuosa para acercarse e intentar una sorpresa.

—¿Te quedarás tu de centinela, Zamora?

—Sí. Y si avanzan haré fuego en seguida.

Colocóse detrás de un montón de escombros que durante el día, Carmelo había dispuesto formando una pequeña barricada, y dirigió su mirada a lo lejos. No veía nada. Parecía que los bandidos, después de haber apagado los fuegos se hubiesen alejado, pero Zamora no sé fiaba de aquella calma que podría ser más aparente que real.

Cada vez que un relámpago se proyectaba en la llanura, se erguía, tratando de descubrir a los bandidos, sin conseguirlo.

Hay que advertir que grandes nubes de arenas subían de la playa, arrastradas hasta allí por las fuertes ráfagas de caliente huracán, impidiendo ver a lo lejos.

El momento era propicio para los sitiadores, porque la luna estaba bien oculta detrás de las espesas nubes, y como decimos las nubes de arena envolvían la cuba y el minarete.

—¿Se habrán retirado? —preguntó Pedro, que hubiese preferido, a aquella inseguridad, un fuerte tiroteo.

—No lo creas —contestó Carmelo—. Por el contrario, abre mucho los ojos.

—Si pudiésemos ver...

—¡Silencio! —exclamó Zamora.

—¿Vienen? —preguntó el joven ingeniero.

—¡Todo el mundo a tierra!

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando estalló una violenta descarga a unos trescientos pasos.

Los bandidos, protegidos por la obscuridad y las nubes de arena, marchaban al asalto, cansados y un poco avergonzados de haber sido detenidos, hasta aquel momento, por tres adversarios.

Apenas se había apagado el ruido de la fusilería, cuando por la parte del mar oyéronse dos cañonazos.

Un momento después dos granadas estallaban sobre el llano, destrozando la *cuba* o poco menos.

—¡Disparan desde el mar! —gritó Pedro.

—No puede ser más que algún cañonero español —contestó Carmelo—. La tripulación ha oído los disparos de fusil, y quizá ha visto los fogonazos, y hacen fuego con la esperanza de hacer daño a los bandidos. ¡Si supieran que aquí están sitiados unos compatriotas!

Habían bajado todos al primer piso, y se habían puesto a remover los escombros que obstruían la salida para estar prontos a saltar fuera antes que el minarete les cayera encima.

Los rifeños furiosos de haberles salido otro enemigo, en el momento en que esperaban apoderarse de los valerosos sitiados, pusiéronse a recorrer el borde del alto acantilado, empeñando resueltamente la lucha.

Tenían, sin embargo, frente a ellos, piezas de artillería que no se dejaban vencer fácilmente por simples fusiles.

Habíase presentado a poca distancia de la costa un cañonero, y su comandante al advertir que tenía delante de él aquellos terribles bandidos,

había ordenado en seguida hacer fuego contra ellos. Los relámpagos que de vez en cuando rompían la obscuridad, iluminaban a los jinetes, a la *cuba* y también al minarete, y los españoles los aprovechaban para lanzar sus granadas. Destruí do el asilo de la bruja, se pusieron a disparar contra los jinetes que galopaban casi en grupo compacto sobre el borde del abismo.

Otras dos granadas cayeron con matemática precisión, destripando una docena de caballos y quizá otros tantos jinetes y estropeando otros muchos.

Gritos espantosos salieron de entre los bandidos, acompañados de un violento tiroteo, y seguidos, inmediatamente, de otros dos cañonazos.

Una granada estalló en el borde superior del minarete, produciendo una grieta y una terrible lluvia de piedras.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó Carmelo—. Nuestros compatriotas sin saberlo, nos están reventando.

—Sí, pero tienen entretenidos a los bandidos —añadió Pedro.

Salieron fuera, por la estrecha abertura, y echaron a correr por la llanura, mientras otras dos granadas estallaban en medio de los jinetes haciendo en ellos un verdadero estrago.

—¡Reventad, canallas! —exclamó Carmelo—. ¡Venid ahora si podéis!

Habían cogido a la gitana de la mano y la arrastraban en una carrera furiosa, tratando de llegar a algún valle.

Habían recorrido doscientos metros apenas, cuando otro cañonazo retumbó en el mar, y el minarete cogido de lleno, fue derribado del todo, en medio de un inmenso estruendo.

—¡Cinco minutos más tarde y estábamos bien arreglados! —exclamó Pedro aumentando la velocidad.

CAPÍTULO XIV. LA PANTERA DEL GURUGÚ

En aquel momento, el huracán estallaba con inaudita violencia acompañado de truenos espantosos que ahogaban por completo el ruido de los cañones españoles.

Los dos estudiantes y la gitana, aprovechándose de aquel socorro inesperado, recorrieron a la carrera unos cuantos kilómetros, y se ocultaron en un espeso bosque de encinas que se alineaba en el borde de la estrecha entrada de un valle profundo.

Los gritos de los bandidos habían cesado, y también había cesado el cañoneo del pequeño barco español.

Los primeros debían haber recibido suficientes palos y comprendido lo inútil de seguir luchando contra las granadas, y el segundo debía haber marchado a alta mar ante el temor de estrellarse contra las rocas, pues el mar se había puesto muy alborotado, bajo las ráfagas furiosas del huracán.

Los dos estudiantes y la gitana se escondieron debajo, de un frondoso árbol, que dejaba caer una rama hasta el suelo, y se estrecharon uno contra el otro, aguzando ansiosamente los oídos. No hay que decir que llevaban con ellos los fusiles y las cartucheras, que aún estaban bastante bien provistas.

—¿Nos descubrirán? —preguntó Pedro, mientras el agua empezaba a caer a torrentes.

—Yo creo que no —contestó Carmelo—. Quizá aquellos bandidos nos creerán sepultados entre los escombros del minarete, y ya no volverán a acordarse de nosotros.

—¿Se habrán refugiado en su aduar?

—Yo no les he visto retirarse...

—¿Se habrán escondido en algún bosquecillo?

—¡Es probable, Pedro! Esperan que sea de día para retirarse.

—Deben haber sufrido graves pérdidas. ¡Qué bien disparaban las piezas del cañonero! ¡Ay, si pudiésemos alcanzarle!

—No pienses en lo imposible. Además, ni Zamora ni yo volveremos a España sin el talismán.

—¿Y estáis bien decididos a escalar el Gurugú, que, según dicen, es el mayor refugio de esos bandidos?

—Evidentemente.

—Nos cogerán.

—Confiemos en que no, Pedro.

—¿Y Janko?

—¡Ah! ¡Tengo curiosidad por saber qué le ha pasado a ese canalla!

—Estará con la bruja —dijo Zamora—; pero yo no desespero de encontrarle, y entonces tendrá que entendérselas conmigo.

—¿Encontrarle? ¿Dónde? ¿En las faldas del Gurugú quizá? Aquel canalla habrá ido en busca del talismán —dijo Carmelo—. ¿Sabrá encontrarlo? El pañuelo lo tengo yo, y no podrá encontrar el sitio en que está oculto.

—Pero aquella vieja, que según parece es una gitana, puede que sepa muchas cosas acerca del sepulcro del primer rey de los gitanos.

—Le daremos caza y le echaremos en algún precipito del Gurugú —dijo Pedro—. Yo no he tenido miedo jamás del viento, y aunque lo desencadenase el propio Eolo, me reiría de él.

—¿No te parece, amigo mío, que se estaba mejor dentro del minarete? Allí, por lo menos, estábamos a cubierto.

—Pero a estas horas habríamos sido aplastados —contestó el endiablado guitarrista—. Prefiero mojarme.

De pronto Carmelo se levantó gritando:

—¡Ahora pasan!

—¿Quiénes? —preguntaron Zamora y Pedro a la vez.

—Los bandidos.

—¿Son muchos todavía?

—Me parece que han sido muy diezmados. Las granadas de nuestros compatriotas los han mordido de veras.

La gitana, lo mismo que Pedro, se había puesto en pie, y a la luz de un relámpago vieron galopar a través de la llanura unos ochenta jinetes.

—Me parece que nos están buscando —dijo Carmelo.

—¿Se habrán convencido ya de que no hemos quedado enterrados bajo las ruinas? —preguntó la gitana con inquietud.

—Esto es lo que temo...

En efecto, los bandidos avanzaban, volvíanse atrás, desafiando intrépidamente el aguacero, nada desmoralizados por las graves pérdidas sufridas.

—¿Echamos a correr de nuevo? —preguntó Pedro, que temía que rodearan el bosquecillo.

—Con estos relámpagos nos descubrirían en seguida.

—¿Nos buscarán a nosotros?

—¿A quiénes pueden buscar? ¿A la *Bruja de los Vientos*?

—¿Y nos dejaremos coger?

Carmelo encogióse de hombros, y después de un corto silencio dijo:

—¿Sabes lo que dicen los moros cuando se ven perdidos? ¡Estamos en manos de Alá! Y se abandonan en sus manos cuando ven toda resistencia imposible.

—Pero nosotros no somos moros, ni turcos, ni árabes.

—No digo que nos dejemos coger sin oponer una defensa desesperada. Aunque diluvie, nuestras armas pueden ser disparadas, mientras que los bandidos llevarán muchas a cargar por la boca, que, después de un primer disparo, se quedarán mudas. Mirad, parece que han descubierto nuestras huellas. Se dirigen precipitadamente hacia aquí, y ya empiezan a rodear el bosquecillo. Preparémonos a consumir nuestros últimos cartuchos.

Los bandidos, guiados por su infalible instinto, empezaban a desparramarse, formando un amplio círculo, cuyo centro estaba ocupado por el bosquecillo.

Aquella maniobra duró una media hora larga, y fue llevada a cabo bajo el aguacero, que no había dejado de caer. Los bandidos, sin embargo, embozados en sus grandes capas de pelo de camello, casi impermeables, podían reírse del agua.

—Estamos cercados por completo —dijo Carmelo suspirando.

—Pero no se atreven a avanzar —añadió Pedro.

—Esperan a que amanezca.

—Entonces podemos considerarnos perdidos.

—También lo creo así, y después de reflexionar en ello, creo que no hemos de hacer fuego ni entablar la lucha. No podemos escapar, y, por lo tanto, procuraremos no irritarles mucho.

—Quisiera saber qué será de nosotros.

—Espero que nos retengan en concepto de rehenes.

—¡Lo esperas!

—Con la guerra que ha empezado, no siempre podrán escapar a las emboscadas que les tenderán nuestros compatriotas, y siempre habrá prisioneros moros en Melilla. De modo que procurarán respetar nuestras vidas para intentar más tarde algún canje.

—¡Bah! —exclamó incrédulamente el guitarrista—. Lo dudo.

—Entonces, si tú crees que podemos matarlos a todos, dispara tú el primer tiro. Acuérdate, sin embargo, de que no estamos detrás de los muros del minarete, y que hoy en día, la mayor parte de los rifeños poseen fusiles de tiro rápido. ¿Disparas o no? Yo no me encuentro dispuesto a imitarte.

—No me atrevo. No quiero sacrificar a Zamora, a quien amas.

—Gracias, amigo mío —contestó Carmelo con voz conmovida.

Apoyáronse contra el tronco de una encina, y no hablaron más. Entretanto, los bandidos seguían avanzando lentamente, estrechando cada vez más el círculo de hierro y fuego.

De este modo transcurrieron cinco larguísimas horas de angustia para los dos estudiantes y la gitana.

El cielo se había ido serenando poco a poco, y sólo el viento, subiendo del abismo, seguía aullando todavía.

El alba estaba a punto de despuntar, un alba trágico para los fugitivos.

Unos rayos de luz rosada invadieron el horizonte, extendiéndose rápidamente, alejando las tinieblas y oscureciendo los astros, y después de unos cuantos minutos, el sol surgió del mar saeteando la costa africana con unos rayos casi de color de fuego.

Los rifeños habían avanzado hasta unos cien pasos del bosquecillo, apuntando sus fusiles hacia los dos estudiantes y Zamora, que se habían puesto en pie, presos de una viva emoción que no podían disimular. Estrecháronse fuertemente las manos, y en seguida avanzaron hacia el jefe, que caracoleaba delante de su gente, llevando las bocas de sus fusiles hacia abajo.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ya os hemos encontrado! —gritó el bandido—. ¿Os figurábois ser como las liebres? Pero es que nosotros somos unos buenos perros, que olemos a los cristianos hasta de lejos. ¿Os rendís?

—Aún no hemos entregado los fusiles —contestó Carmelo—, y, por lo tanto, aún estamos en libertad.

—No sois más que tres.

—Por eso mismo debiera avergonzaros atacar, siendo ciento, a dos jóvenes y a una muchacha. ¿Este es vuestro valor tan alabado?

El jefe frunció el entrecejo, e hizo un gesto de impaciencia.

—Ya has visto si esta noche hemos huido delante de los cañoneros de tus compatriotas. ¿Has sido tú quien ha llamado a aquel cañonero en tu ayuda?

—Nos han ayudado tan bien, que por poco nos sepulta entre las ruinas del minarete.

—¡Ah! Esto es verdad. ¿De dónde viene aquel barco? ¿Qué quería? ¿Intentar un desembarco?

—¿Qué sabemos nosotros?

—¡Ah! ¿No queréis hablar?

—Es que no tenemos nada que decir, pues salimos de España antes de que estallase la guerra.

—Estos roñosos perros cristianos son siempre embusteros y siempre cobardes —exclamó el moro.

—¡Cobardes! ¿Quieres ver cómo despreciamos la vida? Tú creerás ser un gran guerrero; pues bien, si no tienes miedo, te desafío a batirte conmigo...

Todos los bandidos, que poco a poco se habían ido reuniendo en torno del jefe, rompieron en una ruidosa carcajada.

El jefe clavó sus ojos negros como dos carbones en los de Carmelo, diciendo:

—¡Ah! ¿Con que te atreves a desafiarme delante de todos mis soldados?

—Y añadido que si no te bates te llamaré cobarde a voz en grito.

—Podría hacerte cortar la lengua, y después hacerla comer a tus compañeros, como ya hice otra vez, pero ahora no quiero ser la *Pantera del Gurugú*, como me llaman mis guerreros.

—Una pantera que no me inspira miedo alguno —contestó audazmente Carmelo, con una sonrisa de desprecio.

—¡Por la condenación eterna de Sidi Omar! —gritó el bandido, rechinando los dientes—. ¿Te atreves a hacerme frente?

—En seguida, si no tienes miedo...

El jefe quedóse estupefacto durante algunos instantes, mirando con algo de espanto a su joven adversario. Acostumbrado siempre a matar, le parecía imposible haber encontrado un muchacho que le hiciera frente tan fieramente.

—¿Cómo quieres batirte? —preguntó por fin con la voz ahogada por una cólera terrible—. ¿Con el fusil o el yatagán?

—Prefiero las armas de fuego —contestó Carmelo.

—Te plantaré una bala en mitad de la frente. ¡Hola, amigos, traed aquí un caballo! Y procurad, entretanto, que los otros dos no se escapen —añadió señalando a Pedro y la gitana.

Mientras traían el caballo, Pedro y Zamora se habían acercado a Carmelo, que conservaba una tranquilidad maravillosa.

—¿Quieres hacerte matar? —preguntó el futuro abogado, con voz alterada—. Este duelo es inútil.

—Todo lo contrario —contestó el joven ingeniero—, porque si no muero y consigo vencer a la *Pantera del Gurugú*, seremos respetados y hasta temidos.

—¿Quieres que ocupe tu puesto? —preguntó la gitana—. Monto como un marroquí y tú sabes cómo sé colocar las balas de mi fusil.

—El jefe no querría jamás medir sus armas con una muchacha. Aunque feroces, estos rifeños conservan una chispa de nobleza.

—Entonces, déjame el puesto a mí —dijo Pedro.

—Ya me sustituirás, más tarde, si muero en el lance...

Dos bandidos habían conducido un caballo de poca alzada, de formas esbeltas y elegantes, ojos vivos, frente algo aplastada, narices bien abiertas, huesos cigomáticos muy salientes y cabeza hermosísima.

No era un caballo ordinario, sino elegido con cuidado por los rifeños entre los ochenta que aún quedaban, para demostrar al valeroso joven su admiración por su valor indomable.

Carmelo sentíase tan seguro de matar al capitán de aquellos bandidos, sabiendo, como sabía, que si bien los rifeños son valientes jinetes, resultan en cambio pésimos tiradores.

Miró el caballo, repasó atentamente la cincha para evitar una posible traición, y, en seguida, montó en la silla, sereno y tranquilo, como si se marchase a dar una serenata.

La gitana, pálida como una muerta, y con los ojos llenos de lágrimas, se le había acercado diciéndole.

—Carmelo, renuncia a este duelo, que no nos salvará a ninguno de los tres.

—Ahora ya es tarde —contestó Carmelo, recogiendo bien fuertes las riendas en su mano izquierda.

—¿Y si te matan?

—Yo le vengaré —contestó Pedro, que trataba de aparecer sereno y tranquilo.

—¿Y después? —preguntó la joven con un reprimido sollozo, y en seguida, alzando amenazadoramente su fusil, añadió con un grito feroz—. ¡Ah! ¡Entonces tendrá que vérselas conmigo! ¡*Pantera del Gurugú*, ten mucho cuidado, porque uno tras otro, tendrás que batirte con los tres!

—¿Contigo también? —preguntó el capitán con estupor—. Los guerreros del Rif no se batían con las mujeres, y además, he prometido a Siza-Baba no hacerte daño y mantendré mi promesa.

—¿Quién es Siza-Baba?

—La *Bruja de los Vientos*...

—¡Que Alá la maldiga!...

El capitán de aquellos bandidos encogióse de hombros, recogió a su vez las riendas, hizo señas a sus hombres para que se apartasen, espoleó vivamente a su caballo, arrancándole un relincho de dolor, y partió gritando:

—¡El pobre muchacho ya ha muerto! ¡Su Dios le ha borrado del número de los vivientes!...

Carmelo estrechó la mano a sus compañeros, tranquilizándoles con una mirada llena de orgullo, y en seguida lanzó su caballo al galope.

Los bandidos habían abierto sus filas, pero diez o doce de ellos habíanse quedado de guardia junto a Pedro y la gitana, prontos a fulminarlos si llegaban a intentar alguna traición.

Otros, en cambio, habíanse marchado lejos, para impedir a Carmelo alguna fuga desesperada.

El jefe galopó tres o cuatrocientos metros, después hizo dar una rápida vuelta a su caballo, y lanzóse a la carrera contra su adversario, el cual, en cambio, habíase quedado quieto sobre su caballo, terciando el máuser en disposición de apuntar.

Habíase hecho un gran silencio. Hasta los caballos se callaban, como si se interesaran en aquel duelo y hubiesen comprendido que se trataba de una grave cuestión.

Carmelo no parecía nada preocupado. De vez en cuando, con gran calma, apuntaba y volvía a bajar el fusil. Quería estar seguro antes de hacer fuego.

Durante cinco o seis minutos, el jefe siguió en su desenfrenada carrera, y luego, pasando a unos cincuenta metros del joven, disparó dos veces el fusil, lanzando al mismo tiempo grandes gritos.

Como sucedía a menudo, a aquellos endiablados jinetes, más hábiles en servirse del yatagán que de las armas de fuego, los dos proyectiles no hirieron más que al aire.

Rápido como el rayo, Carmelo contestó con dos tiros a la distancia de sesenta metros, ya que el jinete había reanudado en seguida la carrera.

Oyóse un grito, un grito terrible, que casi parecía el rugido de una fiera.

El jefe había hecho dar al caballo un gran salto, seguido de una rápida pirueta.

Viéronle alzarse de repente, y de un modo violento, sobre los anchos estribos, echarse atrás, con un movimiento de rabia, la gran capa, y luego soltar el fusil.

Mantúvose derecho durante unos instantes, llevándose las dos manos al pecho, y después cayó de la silla en medio de unas matas.

El caballo, no sintiéndose guiado, había emprendido una carrera desenfrenada, precipitándose en el bosque.

Gritos terribles y feroces acogieron la victoria del joven estudiante, y la caída del guerrero que se hacía llamar la *Pantera del Gurugú*. Durante unos momentos los bandidos permanecieron inmóviles sobre sus caballos, dominados de un profundo estupor, hasta que, guiados por el teniente, un gran diablo de aspecto feroz, con casi todo el rostro cubierto de una espesa barba negrísima, con algunos pelos rojos, corrieron en auxilio del jefe que no se movía.

Llegaron como en huracán junto a las matas, saltaron al suelo, y su primer movimiento fue rodear al vencedor, que no había pensado en escapar, por saber que la tentativa hubiese sido inútil.

El segundo jefe inclinóse sobre el capitán, lo sacudió repetidas veces, con fuerza, y luego, volviéndose a los jinetes, dijo:

—El mozalbete ha matado a la *Pantera del Gurugú*, metiéndole dos balazos en el pecho. Ahora yo asumo el mando y todos me debéis obediencia...

Y volviéndose a Carmelo, que seguía inmóvil y tranquilo, a caballo, le dijo:

—En tu país habrías llegado a ser algún día un gran guerrero, porque nadie se había atrevido a desafiar a la *Pantera del Gurugú*; pero, desgraciadamente, no creo que regreses a España.

—Me he batido lealmente —respondió Carmelo—. Todos vosotros habéis sido testigo de ello.

—El muerto era un gran jefe, célebre por su valor.

—¿Qué quieres decir con ello?

—Que al matarle no has ganado nada, perro cristiano.

—El perro, en todo caso, lo serás tú. ¿Quieres medir tus armas con las mías?

El segundo jefe le miró con gran estupor, no exento de un cierto miedo, y luego dijo:

—No soy aficionado a esta clase de juegos.

—Porque tienes miedo.

—Todos estos soldados no me han visto huir jamás delante del enemigo, por numeroso que fuese.

—Pero en cambio huyes delante de mí, delante de un mozalbete —añadió Carmelo con desprecio.

—Ya te he dicho que no soy aficionado a esta clase de juegos, que sólo me gustan las batallas. Un desafío entre dos, sin el ruido de las herraduras de los caballos al chocar contra las rocas, sin el olor de la pólvora, sin los gritos que entusiasman al verdadero guerrero y le impulsan a realizar hechos heroicos, no son de mi gusto.

—¿Entonces lo rehúsas?

—Lo rehusó.

—Veo que estás pálido o casi gris de espanto.

—¿Yo? —gritó el teniente desenvainando rápidamente su brillante y afiladísimo yatagán, y lanzándose furiosamente sobre Carmelo.

Este, que tenía el *máuser* cargado, le apuntó, deteniéndole de repente.

—¡Ah! ¡Perro cristiano! —exclamó furioso el segundo jefe—. ¿Te atreverás a disparar contra mí?

—Sí, si te acercas.

—¿Y crees poder luchar con tus compañeros contra todos nosotros?

—Sé perfectamente que no podemos.

—Entonces entrega tu fusil o mando hacer fuego y os mato a todos.

—¡Eres un canalla!

—En nuestro lugar, harías lo mismo.

—En España no matan a las muchachas.

—¡No tienes que temer por la gitana! Hemos prometido respetarla, y aunque nos llaman bandidos, como ya te había dicho el jefe, no morirá bajo nuestras armas. Entrega tu fusil, que ya hemos perdido demasiado tiempo.

Carmelo volvióse y miró hacia Pedro y Zamora. Los dos desdichados habían sido desarmados y atados.

—¡Canallas! —volvió a gritar.

Y cogiendo el fusil por el cañón, juzgando inútil toda resistencia, lo echó a lo lejos, disparándose al caer, sin que milagrosamente matase a nadie.

En seguida siete u ocho bandidos, empuñando yataganes, cayéronle encima, le arrancaron de la silla y le echaron al suelo, atándole rápidamente con cuerdas de pelo de camello.

—¿Qué harás ahora con nosotros, miserable? —preguntó Carmelo al nuevo jefe, que reía hasta reventar, al ver cómo forcejeaba.

—¡Entonces empuña tu yatagán y degüéllame, bandido!...

—Sería una muerte demasiado dulce.

Volvióse hacia los bandidos, preguntándoles:

—¿Estamos listos?

—Sí, capitán —contestaron todos.

Cuatro hombres levantaron a Carmelo y lo pusieron encima del caballo, pero con las piernas atadas al cuello del corcel, el cuerpo tendido sobre la grupa y la cabeza contra la cola.

Pedro había sido atado de igual modo. A Zamora le habían desatado y, después de quitarle las armas, le habían dado un caballo.

—En marcha —dijo el nuevo jefe—. La *Bruja de los Vientos* nos espera...

Los cincuenta jinetes pusiéronse en marcha al paso.

Ocho de ellos vigilaban a los prisioneros, con las armas preparadas.

La partida, después de una media hora, llegó al desfiladero de donde había salido, lo atravesó en toda su longitud, pasando junto a gigantescos cactus y chumberas, y luego subió a un monte en cuyas laderas veíanse numerosas tiendas.

Era el aduar de Beni-Buazebid.

CAPÍTULO XV. UN SUPPLICIO ESPANTOSO

Una veintena de bandidos, seguidos por unas cuantas mujeres, se habían apresurado a adelantarse hacia el nuevo jefe.

El cadáver de la *Pantera del Gurugú*, bien atado a un caballo, había llegado antes, conducido por cuatro guerreros, provocando un estallido de dolor, que podía resultar peligrosísimo.

En efecto, las mujeres, al ver a los prisioneros, habían tratado de atacarlos, armadas de cuchillos, y la escolta había tenido que hacer esfuerzos para rechazarlas.

La *Hiena del Gurugú*, que había cogido aquel apodo ideado por Carmelo, dirigióse al centro del aduar, en donde alzábase la tienda del difunto, mucho más alta que las demás y de unos doce metros de diámetro, y mandó hacer alto.

Los dos estudiantes fueron desatados de los caballos, vueltos a atar y llevados a la tienda en donde ya se encontraban seis ancianos de barba blanca, personas autorizadas que funcionaban como jueces, y una media docena de guerreros que tenían el cinturón lleno de pistolas, revólveres, yataganes y puñales.

Zamora, en cambio, había sido llevada a otra tienda, en donde debían encontrarse la *Bruja de los Vientos* y el traidor.

El nuevo jefe despidió a los guerreros, intimó a las mujeres y a los chiquillos que no alborotasen si querían evitar veinte bastonazos en la planta de los pies, y reunióse con los seis viejos de barba blanca que fumaban tranquilamente, con las piernas cruzadas como los sastres y los codos apoyados en las rodillas.

—Ahora que la *Pantera* ha muerto, yo soy quien la sustituyo; de modo que todos me debéis obediencia absoluta.

Después de estas palabras pronunciadas en lengua española, para que

hasta los estudiantes las comprendiesen, cogió una estera y se sentó enfrente de los seis viejos, trabando con ellos una viva discusión en árabe.

¿Qué estaría diciendo? Esto es lo que se preguntaban con inmensa angustia los dos prisioneros, que no conocían ni una sola palabra de la lengua de la lejana patria de Mahoma.

Después de un cuarto de hora de discusión, el jefe se levantó y, acercándose a los dos prisioneros, les dijo:

—Los ancianos de la tribu os han condenado.

—¿Por qué causa, señor bandido? —gritó Carmelo, intentando, en un desesperado esfuerzo, romper sus ligaduras para saltarle al cuello y estrangularle.

—Ante todo porqué sois españoles. Hace una semana que vuestros compatriotas nos atacan a cañonazos, destruyendo nuestros aduares y destrozando nuestras *harcas*; y además porque habéis matado a compañeros nuestros, y la sangre exige sangre.

—¿Has acabado?

—Todavía no. Añadiré que sois cristianos y que por serlo os estaba terminantemente prohibido penetrar en nuestro territorio.

—De modo que seremos fusilados —dijo Pedro, tratando de escupirle.

—¿Fusilados? ¡Cá!... ¡No se emplea esta muerte en Marruecos!

—Estrangulados, quizá —añadió Carmelo.

—¡Bah!... Sería una muerte demasiado rápida.

—¡Asesino infame! ¿Qué es lo que tratas de hacer con nosotros?

—Los ancianos ya lo han decidido. ¡En marcha!

—¿Adónde? —preguntaron los dos desdichados con voz alterada.

—Ya lo sabréis más tarde; dentro de tres horas se pondrá el sol y no sería prudente para nosotros detenernos en aquel sitio cuando la noche haya extendido su negro manto.

—¿Entonces no nos matarán aquí mismo? —preguntó Carmelo, que pensaba en la gitana.

La *Hiena del Gurugú*, sin responderte, volvióle las espaldas para tomar una taza de perfumado y humeante café que una joven había traído.

El miserable lo saboreó lentamente, y cuando hubo terminado, dio una palmada.

En seguida ocho hombres robustos entraron en la tienda.

—Coged a los prisioneros y atadles a los caballos.

Los dos estudiantes fueron levantados en peso, y, a pesar de su desesperada resistencia, fueron arrastrados fuera de la tienda.

Un pelotón compuesto de veinte jinetes y de dos grandes vacas, que no llevaban carga alguna encima, les estaban esperando.

Los dos estudiantes fueron atados como antes, encima de los caballos que les habían conducido hasta allí, y el pelotón partió, mientras las mujeres gritaban desesperadamente:

—¡Mueran! ¡Mueran los cristianos!

La *Hiena del Gurugú* pasó revista a los guerreros, entre los cuales se encontraban los seis ancianos de barba blanca que habían pronunciado la sentencia de muerte, y después dio la señal de marcha.

Los veintitrés caballos y las dos vacas se pusieron en seguida en movimiento, bajando hacia el desfiladero, mientras las furias del Rif gritaban por última vez:

—¡Mueran! ¡Mueran los cristianos!

El pelotón atravesó el desfiladero, metióse luego en un espeso bosque de alcornoques y encinas, cuyas copas se unían de tal modo que interceptaban casi por completo la luz del sol.

Avanzaron tres o cuatro kilómetros, subiendo a una colina, y entonces el jefe ordenó hacer alto.

Habían llegado a una explanada desprovista de árboles en un centenar de metros en torno, y cubierta, en cambio, de una hierba tan dura que hasta los camellos se habrían negado a comerla.

Los jinetes desmontaron, ataron los caballos unos a otros, formaron un gran círculo y armaron los fusiles.

Uno de ellos, provisto de un enorme cuchillo, se acercó a las dos vacas que habían sido desatadas y las mató de dos certeros golpes.

Los pobres animales no lanzaron ni siquiera un mugido. La muerte había sido fulminante.

Corazón, pulmones y todas las vísceras fueron sacados y echados aparte, formando un pequeño montón.

—¡Carmelillo! —gritó Pedro—. ¿Sabes que ya empiezo a tener miedo? ¡En nombre de Dios, dime a qué espantoso suplicio nos habrán condenado estos miserables!

En aquel momento acercóseles la *Hiena del Gurugú*, y después de haberles contemplado durante unos instantes con ojos centelleantes, les dijo:

—¿Estáis preparados?

—¿Qué quieres, perro? —gritó Carmelo—. Ahora sé la muerte que nos preparas.

—Os meteré en un sitio caliente, dentro del vientre de las vacas, al abrigo de los mosquitos y de las hormigas, deseándoos que no os pudráis demasiado rápidamente. El sol corrompe pronto la carne y mañana estos animales no serán más que dos carroñas apestantes.

—¿Y sus vientres nos servirán de tumba, verdad, canalla?

—Estaréis mejor que encima de una simple estera —contestó el miserable, riéndose—. La humedad del suelo no os alcanzará.

—¡Cobarde!

—¡Ea, pronto! —exclamó el bandido, que empezaba a impacientarse—. Tenemos que regresar al aduar y no queremos encontrarnos con los leones que frecuentan en gran número esta selva.

—Sé generoso; considéranos como prisioneros de guerra y mándanos fusilar.

—La muerte sería demasiado dulce. Habéis matado a la *Pantera del Gurugú*, y debéis pagarlo.

—¡Le maté lealmente, en un duelo! —gritó el desdichado.

—Yo sólo sé que la *Pantera del Gurugú* no está viva y que mañana la enterraremos en el aduar. ¿Quién le ha mandado a reunirse con las huríes de nuestro paraíso? ¿Yo, tal vez?

—No, yo.

—Entonces no te quejes del castigo que los seis ancianos, todos ellos antiguos caídes, han decretado.

—Bueno que me mates a mí, pero no a mi compañero, que no ha matado a ninguno de vosotros, que sois peores que antropófagos australianos.

—Es español, iba contigo y esto basta —contestó el jefe, encogiéndose de hombros.

—¿Es que alguien te ha sugerido que nos mataras?

—Quizá.

—¿Un gitano, compatriota mío, verdad? —gritó Carmelo.

—Esto son cosas que afectan a Siza-Baba. Cuando tu cuerpo se haya podrido junto con el de la vaca, si algún león no viene a comerte la cabeza, podrás hacer una visita a la *Bruja de los Vientos*. ¿Tienes algo más que decir?

—Que el Profeta te maldiga y haga morir a tus camellos, tus carneros y hasta tus gallinas.

—El Profeta es demasiado bueno con sus creyentes para maltratarles

cuando matan a algún perro cristiano —contestó el jefe, sonriendo.

Volvióse hacia su gente y les hizo una seña.

Los dos desdichados estudiantes de Salamanca, a pesar de sus gritos, sus mordiscos y patadas, fueron cogidos de encima de los caballos y metidos a la fuerza dentro de los abiertos vientres, aún humeantes, de las dos vacas.

El hombre que había matado a los dos animales había preparado una larga aguja de hueso, muy afilada, enhebrando en ella nervios secos de cabrito y corderito. Con extraordinaria maestría, cosió de prisa los dos vientres en donde habían sido metidos los dos estudiantes, con las manos atadas a la espalda y las piernas bien apretadas.

Fuera no les quedaba más que la cabeza, horriblemente pálida, con los ojos terriblemente desencajados, que se encontraba colocada casi junto al cuello del animal, de donde salía todavía un poco de sangre, que atraía un número inmenso de moscas y mosquitos.

—Os deseamos una buena noche —dijo la *Hiena del Gurugú* con su irónica sonrisa de siempre—. Si los leones vienen, procurad retirar la cabeza y dejad que se coman la vaca.

—¡Cobarde! —gritó Carmelo.

El jefe encogióse de espaldas, miró el sol que bajaba rápidamente y montó a caballo, siendo imitado en seguida por todos los demás.

—¡Buenas noches! —repitió—. ¡Que el Profeta tenga piedad de vosotros!

Y el pelotón alejóse a través del tenebroso bosque, con gran estruendo, y desapareció bien pronto hacia el profundo valle.

Los dos estudiantes, aterrados ante aquel extraño suplicio, no se habían atrevido a cambiar una palabra después de la marcha de los bandidos.

Encontrábanse a tres o cuatro metros el uno del otro, y el carnicero había cosido tan perfectamente la piel de las vacas que no podían hacer movimiento alguno.

Además, para mayor precaución, tenían las piernas y los brazos atados.

Un calor espantoso habíase comunicado en seguida a sus cuerpos. Los dos desdichados sentíanse cocer vivos, lentamente, entre los apestantes olores de los intestinos que los bandidos habían dejado allí al lado, para atraer con más facilidad a las bestias feroces.

—¡Carmelillo! —exclamó Pedro, después de unos cuantos minutos, moviendo desesperadamente la cabeza y respirando ruidosamente—. ¿Habrá llegado nuestra última hora? ¡Habla! ¡Habla, en nombre de Dios!...

—Yo te he asesinado —contestó el joven ingeniero con voz embargada—. No debía haberte traído. Perdóname, Pedro.

—¿Perdonarte? ¿De qué? ¿Tienes tú la culpa de que los rifeños sean más feroces que los pieles rojas de América del Norte? Además, seguramente habría marchado a la guerra y me habría tocado quizá una suerte igual.

—No, dispensa. El talismán del primer rey de los gitanos ha tenido la culpa de todo.

—Me figuro que ya no pensarás más en ello.

—Pues no he desesperado todavía.

—¿En quién confías?

—En Zamora, que está en libertad.

—Sí, pero vigilada por la *Bruja de los Vientos* y Janko.

—Aquella muchacha es capaz de matarlos a los dos.

—Que es más valiente que una leona, no lo niego —dijo Pedro, que seguía moviendo desesperadamente la cabeza, tratando de romper algún punto del terrible cosido—. Pero además están allí los bandidos y tendría que luchar con ellos.

—Pues yo te repito que no he perdido todas las esperanzas de poder salir de dentro de esta carnaza que mañana empezará a pudrirse.

—¡Qué perfume más agradable para nosotros!

—El olor sería lo de menos. Es que después nos pudriremos nosotros.

—Al pensarlo se me ponen los cabellos de punta. Aquellos canallas podían buscar un género de muerte menos cruel. ¡Bah! Ya nos vengarán de ello nuestros compatriotas, porque espero que esta vez España acabará para siempre con estos bandidos y les causará desastre tras desastre. Verdad es, sin embargo, que el Rif ha sido siempre un hueso muy duro de roer.

—Todo ello es debido a estos montes que protegen a esos bandidos. Pedro, me parece que me encuentro dentro de un horno.

—Lo mismo me sucede a mí.

—Esta carne fresca desarrolla un calor infernal.

En este país la carne hay que comerla seguida, pues después de unas cuantas horas es incomible hasta para los paladares refinados.

—¡Cuánta pestilencia echan esos intestinos! ¡Qué suplicio más espantoso!... Y no poder intentar nada para libertarse de esta cárcel de nuevo género. Por muchas patadas que doy, no consigo nada.

—Nos han cosido demasiado bien, pobre Pedro —dijo Carmelo—, que suspiraba profundamente, recogiendo todo el aire que le era posible.

—¿Veremos el sol de mañana?

—¿Tan pronto quieres morirte?

—¿Y los leones? Si llegan a venir, pobres de nuestras cabezas. Serán sus primeros bocados.

—Ahora eres tú, Pedro, el que trata de asustarme.

—Nada de eso, Carmelo. Es que no puedo olvidar las palabras del jefe al marcharse, y además me parece que este bosque es muy a propósito para las fieras.

—Si llegasen, sería mucho mejor para nosotros. Así terminaría en seguida nuestra tortura.

—Ahora eres tú quien me hace estremecer... Qué emoción más terrible

cuando veamos acercarse los leones y las panteras, sin poderíos rechazar. ¿No sientes el escalofrío, a pesar del calor que nos rodea?

—Será una emoción terrible, capaz de hacernos morir de miedo antes de ser devorados —contestó Carmelo.

—¡Cállate!...

—¿Has oído algo?

—Alguna fiera ha rugido a lo lejos, quizá en el desfiladero —contestó Pedro, poniéndose pálido como un cadáver.

—Es demasiado pronto. Apenas se ha puesto el sol y las fieras acostumbran a salir de su cubil mucho más tarde.

—Sin embargo, no creo haberme equivocado.

—Habrá sido un chacal.

—¿Vendrán a darnos una serenata?

—Estos animales no nos comerán a nosotros, sino a las vísceras que están delante de nosotros.

—¡Calla! ¡Calla!

—¿Qué?

—¡Escucha bien!...

A lo lejos oíase un rugido que parecía venir de la parte del desfiladero. Atravesó siniestramente la tranquila atmósfera y luego cesó bruscamente.

—¿León, pantera o chacal? —preguntó Pedro.

—No sé —contestó Carmelo, que hacía esfuerzos formidables para sacar el cuerpo por lo menos.

—Estamos perdidos.

—Aún es demasiado pronto.

El cielo, de un azul intenso en el cenit, estaba lleno, en el horizonte, de tonos fuertes, mezclados con rayas rojas, amarillas y opalinas, y empezaba ya a obscurecerse rápidamente.

Las montañas, visibles a través del bosque, brillaban cual bancos de amatistas sumergidos en un mar de cobre líquido.

Los tonos iban subiendo y subiendo y el cielo se incendiaba. Todo era rojo, de un rojo que quemaba la vista.

El sol agonizaba en medio de aquel diluvio de tonos como si se tuviese que ir para correr a iluminar otro hemisferio.

De pronto desapareció; el crepúsculo, durante unos momentos, palpitó como un pájaro gigantesco que agítase las alas, y de repente cayó la noche, extendiendo su oscuro manto estrellado de oro.

Casi al propio tiempo el rugido de antes dejóse oír más agudo y más cercano, seguido a poca distancia de un estallido que parecía un trueno.

—¡El león!... —gritó Pedro.

—Que viene con los chacales —añadió Carmelo.

—¿Verdad que ha llegado nuestra última hora?

—¡Quién sabe!

—¿Sigues esperando?

—Sí, Pedro.

—A mí, en cambio, me parece que siento crujir mi cabeza entre las fuertes mandíbulas del rey de la selva, Cómo saltará mi cerebro bajo las potentes quijadas ¡Ah, pobre aprendiz de abogado, que dejas que una bestia cualquiera se coma la parte más noble de tu cuerpo! ¿Quién me presta un *máuser*? ¿Quién me lo presta?

—¿Pedro, te vuelves loco? —preguntó Carmelo—. ¿Aun en el caso de que tuvieses un fusil, qué podrías hacer? Tenemos las manos atadas.

—Es verdad, Carmelo. ¿Se acerca ya?

—Me parece que no. Estas fieras no tienen prisa nunca. Están demasiado seguras de su fuerza y de su ferocidad.

—Yo no he sido jamás miedoso, Carmelo; pero debo confesarte que en este momento tengo mucho miedo.

—¡Y yo! ¿Me crees de piedra?

—¡Qué quieres que te diga! No hago más que pensar en el momento en que el león romperá mi cabeza como si se tratara de una nuez.

—Cerrarás los ojos.

—¡Y aquel animal comerá la carne a medio cocer!... Porque yo creo que no me falta mucho para estar a punto.

—El león no ha llegado aún.

—Pero avanza. ¿No le oyes?

—Demasiado —contestó el joven ingeniero, que seguía aguzando los oídos.

Otro trueno retumbó en aquel momento bajo el tenebroso bosque, seguido de los rugidos agudos y desagradables de los chacales.

La terrible fiera había olido ya la presa, y avanzaba hacia una cena fácil y más que abundante.

Transcurrieron unos cuantos minutos y después oyóse un rugido sonoro que salía de dentro de la espesura. La fiera había llegado y se preparaba al formidable asalto.

—¡Carmelillo!... —gritó Pedro, temblando. ¿Dónde nos volveremos a encontrar?

El joven ingeniero aún tuvo la audacia de bromear.

—¿Dónde? ¡En las tripas del león!

—¡Ya está aquí!

Dos ojos brillantes habían aparecido en la espesura dirigidos sobre aquellas dos cabezas humanas, y en seguida un formidable rugido rasgó el aire, ahogando los de los chacales.

Los dos desdichados estudiantes, encerrados en su prisión, impotentes para movimiento alguno, miraban con horror a la fiera que avanzaba.

—Adiós, Carmelillo —dijo Pedro con voz ahogada.

—Perdóname.

—¿Qué es lo que debo perdonarte?... Figúrate que me he muerto en el mar, cuando el barco ha encallado...

—No, perdóname.

—Te absuelvo de todos tus pecados, y ahora cerremos los ojos y esperemos el terrible momento. ¡Bah! Estaría escrito que no tenía que defender a ningún criminal con los esfuerzos de mi cerebro, puesto que se lo va a comer un león...

Intentó un último esfuerzo para descoser el vientre de la vaca, hasta que exhausto, se abandonó a su destino más muerto que vivo.

Y el león entretanto, seguido de una manada de chacales, avanzaba impaciente por cenar.

CAPÍTULO XVI. UN DUELO ENTRE GITANAS

Mientras los dos estudiantes eran conducidos al suplicio, Zamora rodeada de seis jinetes con el yatagán desenvainado, era llevada hacia lo alto de una colina en donde veíase blanquear una de las solitarias *cubas*.

Por precaución le habían atado los brazos detrás de la espalda con una larga cuerda que iba sujeta a los pies, para impedirle la fuga.

La pobre muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas, pero a través de ellas brillaban siniestros resplandores.

En vano había suplicado a sus guardianes que la llevaran al sitio en donde debían ser ajusticiados los dos jóvenes estudiantes, prometiéndoles no moverse; en vano había amenazado hacer destruir, dentro de poco, todo el aduar por los españoles.

Los bandidos habíanse limitado a reírse y estrechar más los caballos en torno del de la gitana.

El pequeño pelotón atravesó unas altísimas chumberas y después, en una corta galopada, llegó a una *cuba* que se elevaba al borde del profundo precipicio.

—¡Vieja Siza! —gritó el jefe de la escolta, echando pie a tierra.

La *Bruja de los Vientos*, que después de la destrucción de su antigua casa se había alojado en aquella otra, no tardó en salir.

—¿Eres tú, Omar? Me traes a la *Paloma de Sevilla*. La esperaba.

—Es la *Hiena del Gurugú* quien te la envía.

—Ya lo sé —contestó la vieja, sonriendo.

—¿Sabrás custodiarla?

—¿Me crees incapaz de custodiar a esta chiquilla? Aunque vieja, mis músculos siguen siendo de acero.

—Y tu otro protegido...

—¡Cállate!

El jefe del pelotón desató los pies de la gitana y la puso en el suelo, pero sin soltarle las cuerdas que le ataban los brazos.

—Vivirás aquí —le dijo—. La vieja es sucia pero no es mala, y creo que te entenderás pronto con ella.

—Oh, estaremos siempre de completo acuerdo, ya lo verás, porque yo la trataré como si fuese hija mía —dijo la *Bruja de los Vientos*, no sin cierta ironía—. Seca tus lágrimas, *Paloma de Sevilla*, y no pienses más en tus amigos.

—¡Miserable! —gritó la gitana avanzando como una joven pantera y tratando de soltarse los hermosos brazos—. ¿No sabes que les han conducido al suplicio?

—Habrán merecido la muerte —respondió fríamente aquella furia—. En este país no se perdona ni siquiera una simple ofensa, y además eran españoles y como esta buena gente está ahora en guerra con los de Melilla, no podía tolerar la presencia de los espías.

—¿Has dicho espías, vieja bruja?

—No te acalores, dulce palomita sevillana —dijo Siza-Baba—. Además, ¿qué te importa que esa gente haya matado a los dos guitarristas?

—Eran amigos míos.

La vieja encogióse de hombros, empujó rudamente a la gitana dentro de la cuba, mientras la escolta se alejaba, gritando:

—Salud, y muchos años, Siza-Baba.

La casucha parecía extraordinariamente a la que había sido destruida por las granadas del cañonero. El mobiliario consistía en dos camastros bastante desvencijados y muchos vasos llenos de extrañas sustancias de

diversos colores. No faltaban las armas, porque pendían de un clavo dos yataganes desnudos y brillantes.

—¿Qué pretendes de mí, vieja endemoniada? —gritó la gitana ya dentro de la *cuba*.

—¿Qué quiero? Nada.

—Entonces, déjame marchar.

—¿A dónde?

—A donde quiera.

—¡Ca, ca! Siza-Baba no cometerá jamás una imprudencia semejante. Tú no conoces el terreno, podrías extraviarte en cualquier bosque poblado de panteras y leones, y no quiero que tu hermoso cuerpo sirva de festín a las fieras.

—Te repito que me dejes marchar —gritó la joven.

—¿No ves que el sol empieza a ponerse? —dijo la bruja con su voz natal, algo irónica—. Cuando el sol desaparece las fieras salen de caza.

—Dame uno de esos yataganes y verás cómo no tengo miedo de atravesar los bosques ni siquiera de noche.

—La, la, la —canturreó Siza-Baba con horrible voz de falsete—. Sé buena, palomita de Sevilla, y espera tranquila a que regrese el halcón.

—¿Qué halcón?

—Espera que regrese y lo sabrás.

Una sospecha atravesó el cerebro de Zamora.

—¿Es Janko, el miserable que ha hecho traición a mis compañeros?

—¡Janko!... ¡No sé de quién me hablas!

—¡Pero si le has visto en la otra *cuba*!

—Es posible, pero no lo recuerdo.

—¡Mientes!

—¿Sabes, paloma sevillana, que tienes muy mal genio? Sin embargo, creo que llegaría a quererte como a una hija, porque tú eres gitana como yo.

—Dame una prueba de tu pretendido cariño. Desátame los brazos.

—¿Para que te escapes? ¡Ah, no palomita; Siza-Baba no es tan tonta!

—¿No quieres? —gritó la gitana, forcejeando desesperadamente.

—Por ahora, no.

—¿No quieres que vaya a ver a mis amigos por última vez, antes que mueran?

—A esta hora ya deben haber muerto probablemente, y además, no sabes a dónde los ha mandado llevar el nuevo jefe.

—Sabré encontrar sus huellas. Tú sabes que nosotros, los gitanos, no nos equivocamos jamás en seguir la verdadera dirección.

—No digo que no. Sin embargo, no saldrás de aquí, por lo menos esta noche, porque el halcón no estará de vuelta antes de mañana o quizá más tarde, aunque le han dado el mejor corcel de la tribu.

—¡Vieja endiablada!... Estás hablando de Janko, del hombre que el jefe de los gitanos de Sevilla ha puesto a mi lado para impedir que encuentre el talismán del primer rey de los gitanos.

—¿Janko?... ¿Quién es Janko? ¿El talismán? ¿Qué es eso? —contestó la bruja encendiendo una lámpara de cobre llena de aceite, porque ya no se veía dentro de la casucha—. Yo no sé de qué me hablas. Échate en aquel camastro que está cubierto de una piel bien mullida y que no tiene pulgas, porque yo fabrico y vendo a los marroquíes unos polvos que las matan. Deja que prepare la cena, pues me figuro que tendrás hambre. Precisamente me han regalado hoy unas chuletitas de cordero muy tiernas, que deben estar apetitosas.

—Te las comerás tú con el halcón.

—Entonces ya no... podrán comerse —contestó tranquilamente la vieja—. Hace demasiado calor en este país, y la carne no dura ni siquiera doce horas. Ea, acuéstate y no te envenenes la sangre. Hasta que no te tranquilices no te desataré.

—¡Déjame marchar! —gritó por última vez la joven, acercándose amenazadora a la *Bruja de los Vientos*.

—¿Qué pretendes, pobrecita paloma? —dijo Siza-Baba, descolgando rápidamente un yatagán y empuñándolo con mano firme—. ¿No ves que tienes las alas atadas y que yo estoy armada? No hagas que la sangre de los gitanos manche la tumba del santón musulmán que descansa a nuestros pies.

—¿Serías capaz de matarme?

—En este país, donde hombres y mujeres están siempre en lucha con su eterno enemigo, el español, se vuelve uno cruel bien pronto, y no se tiene en cuenta la vida de una persona. ¡Mucho ojo, palomita sevillana! Y ahora, déjame en paz, que me has aburrido bastante y tengo que preparar la cena...

Colgó el yatagán junto al otro, sacó un paquete de un saco y salió de la casucha, por encontrarse fuera el fogón.

La joven gitana, después de seguir con ojos centelleantes a la bruja, se dejó caer encima del camastro. Lloraba, y de sus labios salía de vez en cuando, en tono de desesperación, el nombre de Carmelo.

La desdichada daba vueltas en el camastro, exhalando gritos inarticulados y tratando siempre de romper las ligaduras.

Si se hubiese encontrado libre no habría tenido miedo a la *Bruja de los Vientos*. Había dos yataganes y habría cogido uno de ellos para acabar con la vieja arpía.

Durante diez minutos siguió moviéndose, haciendo supremos esfuerzos. Las cuerdas, construidas con pelo de camello, le penetraban en sus redondos brazos, haciéndole sangrar; pero no sentía el dolor.

De pronto, lanzó un grito.

Siza-Baba, que estaba cocinando las chuletas de carnero en un fogón primitivo, se asomó a la puerta preguntando:

—¿Por qué grita la palomita de Sevilla?

—Por nada.

—¿Entonces, por qué me asustas? Cálmate, hermosa. Cenaremos tranquilamente, como dos buenas amigas, mejor dicho, como madre e hija, y después nos acostaremos. El asilo es seguro y los leones no pueden entrar.

—¿Me desatarás entonces?

—No; te daré de comer yo misma.

—¡Ah, canalla!

—Eres muy mala. Casi desespero de poderte domar, pero vendrá el halcón y veremos si eres capaz de resistirle.

Y dicho esto volvió a su fogón, dando una vuelta a las chuletas, que se asaban encima de unas viejas y toscas parrillas de hierro, que lo menos tenían un siglo de uso.

Por poco la gitana se había vendido. Al forcejear había sentido que se aflojaba una de las ligaduras que le oprimía la muñeca derecha y no había podido disimular un grito de alegría.

—Me parece que lograré desatarme —murmuró al encontrarse sola de nuevo—. Si la vieja trata de impedir que vaya en busca de mis amigos, le partiré la cabeza con un golpe de yatagán.

Echóse de espaldas y empezó a aflojarse las ligaduras, no preocupándose del dolor. Pero pronto comprendió que necesitaría no poco tiempo para desatarse, y de momento, para no dejarse sorprender por la bruja, se detuvo.

—Cuando duerma empezaré de nuevo —dijo—. De esta *cuba* saldré antes de que despunte el alba.

Siza-Baba entraba en aquel momento, llevando en un plato de metal todo abollado, una media docena de chuletas que exhalaban un excelente olor.

—Ahí va una cena que no rehusaría ni siquiera el santón que está enterrado debajo de nuestros pies, si aún tuviese los dientes en buen estado —dijo—. Mi dulce palomita de Sevilla, ven a hacerme compañía.

—Sí, si me desatas.

—Ya te he dicho que no tres o cuatro veces, y por lo tanto es inútil que insistas. Además no tienes necesidad de las manos para comer. Yo misma me encargaré de servirte.

—No quiero comer.

—¿Quieres morirte de hambre?

—Come tú, vieja bruja.

—Tus insultos no me hacen mella —dijo Siza-Baba, riendo—. ¡Oh! ¡No he recibido pocos insultos de los rifeños antes de hacerme querer de ellos! ¿No quieres comer? Pues mis mandíbulas tendrán que trabajar. Tengo muchos, muchísimos años, y sin embargo aún devoro como un chacal.

Colocó el plato de estaño en un escabel que aún conservaba algunas incrustaciones de nácar, avivó la lámpara y sentóse encima de una vieja alfombra de Rabat, doblada en cuatro dobleces.

—¿Quieres probarlas, dulce palomita? —preguntó de nuevo—. ¿No sientes qué bien huelen? Si el nuevo jefe estuviese presente se las comería todas delante de mis propios ojos.

—No quiero —contestó secamente la gitana.

—Entonces, mañana por la mañana comerás cuscús.

Y la vieja, a pesar de sus muchísimos años, se puso a comer como si fuese una joven de veinte, royendo con sus dientes hasta los huesos.

Zamora, siempre echada en el camastro, la miraba con cierto asombro. Aquella bruja poseía el apetito de un soldado.

Una a una, las seis chuletas pasaron a través de sus dientes, no sin exhalar muchos suspiros...

—Cuando la barriga está llena se duerme a gusto —dijo, después de haber bebido un gran sorbo de agua—. No sé cómo te las arreglarás tú para pasar la noche, pobre palomita.

—No te ocupes de mí.

—Te advierto que si me despiertan me pongo de muy mal humor.

—¡Puedes dormir tranquila! —contestó la gitana con voz burlona—. Nadie te molestará, a no ser que llegue el halcón.

—No llegará hasta mañana por la tarde. El monte está muy lejos y es muy difícil la subida.

—¿Qué monte?

—Son secretos míos. Duerme, dulce paloma, mientras fumo una pipa...

La vieja sacó de una caja una pipa negra y maloliente, la encendió en la lámpara y se puso a fumar, echando a derecha e izquierda nubes de humo casi perfumado.

—Haré una excelente digestión de las chuletas —dijo, después de haberse acurrucado bien en la alfombra—. Pero, ahora que me acuerdo, aún debe haber un poco de aguardiente que me ayudará más a hacer que pase para abajo el carnero.

Levantóse, escudriñó en la caja y sacó una botella de vidrio negro que puso al trasluz.

—Tres dedos largos. No creía que hubiese tanto.

Se puso la botella a la boca y echó unos cuantos tragos, sin hacer gesto alguno, y después volvió a sentarse para seguir fumando.

—¿Palomita mía, quieres un trago? Te dará fuerzas y un poco de alegría.

—¡Bébetelo tú! —contestó Zamora, clavándole sus ojos de fuego.

—¿No llegarás a ser nunca buena muchacha con tu madre?

—Mi madre fue una reina de gitanos que no fumaba ni se emborrachaba como tú, bruja.

—¡Ya lo sabemos! ¡Ya lo sabemos! —exclamó Siza-Baba—. ¿Y tú quieres ocupar el puesto de tu madre? Para ello sería preciso que encontrases el talismán del primer rey de los gitanos, y esto nadie sabrá encontrarlo.

—¡Te equivocas!... Tengo el pañuelo de seda que fue pintado hace doscientos años o más, con todos los pormenores precisos para guiarme hasta la tumba del rey de los gitanos.

Zamora mentía, porque como sabemos lo había confiado al desdichado Carmelo.

—¡El pañuelo! —exclamó la vieja después de echar otro trago de aguardiente y cargar de nuevo la pipa—. He oído hablar de ello. Y ahora que tú lo tienes en tu poder, espero que me lo enseñarás.

—¡Jamás!

—¡No! ¡Te lo cogeré a la fuerza!

—¿Te atreverás a ponerme la mano encima?

—¿Me lo enseñarás?

—Sí, si me desatas.

—Ya te he dicho que no lo haré hasta que el halcón regrese.

—Entonces no verás nada.

—¡Ah! ¡Tú no conoces aún a fondo a la *Bruja de los Vientos*! —exclamó Siza-Baba, enseñando sus dientes, grandes y amarillos como los de una loba—. ¿Encadeno y desencadeno tempestades y no te he de poder domar a ti? Sé perfectamente que los gitanos somos testarudos y enérgicos, pero no tengas cuidado que te domesticaré por completo y te convertiré en una verdadera paloma.

—¿A mí? —gritó la joven gitana con un movimiento tan impetuoso que hizo temer a la vieja que saltasen las ligaduras—. ¿Lo crees tú?

—Pues claro que lo creo —contestó la bruja, que había recobrado ánimos viendo a Zamora que seguía tendida en el camastro—. Te domaré y si hace falta emplearé la fusta con que se domestican los esclavos... Tengo un par de ellas aquí dentro, entre unas viejas alfombras.

—¡Ah! ¡Vieja bruja!...

Siza-Baba, en vez de responder, vació de un trago la botella de aguardiente y volvió a encender la pipa.

Era la tercera carga la que ardía.

Estuvo unos minutos sumergida en profundos pensamientos, mientras seguía fumando con mayor furia, señal evidente de que iba perdiendo poco a poco la calma, quizás; por culpa del aguardiente, y después añadió:

—¡Ah! ¡Tienes el famoso pañuelo!... No me lo había dicho el halcón. Y por el contrario, me había dado a entender que tú se lo habías dado a uno de aquellos dos sabios de Salamanca. Era todavía niña cuando oí hablar de él, en Granada, pero no sabía verdaderamente que aquel pedazo de seda tuviese una importancia tan grande. Veremos el modo de estudiar las señales.

—¡Tú!... ¡Para ello hace falta alguien más que tú, vieja borracha! —gritó la gitana, echándola una mirada llena de odio.

—¿Borracha? ¡Ja, ja, ja! ¡Si supieras lo bien que está una cuando el aguardiente corre a través de la garganta y te nubla el cerebro!... Entonces todo se olvida y se duerme, y ni siquiera aparecen hermosas ciudades de España que visité con mi tribu, bailando en las posadas y ganando las pesetas a montones.

La vieja dejó caer la pipa, se cogió la cabeza entre las manos y dijo con voz quejumbrosa:

—Entonces no era la horrible *Bruja de los Vientos*... tenía el pelo negro como tú, los ojos brillantes como los tuyos, las soberbias formas de las mujeres de nuestra raza y el color pálido que se asemejaba al reflejo del alba. Granada, Sevilla, Valladolid, Cádiz y hasta Madrid me han admirado y aplaudido. Llevaba fuego en las venas, bailaba como una hoja de rosa en alas del viento, y nadie me ganaba a tocar las castañuelas; bailaba

como nadie las sevillanas. Cuando mi voz cantaba un polo, se entusiasmaba la gente. Los majos se disputaban mi amor y cuántas veces estos ojos, uno de los cuales está ahora apagado, han visto brillar la navaja y correr la sangre... Entonces no me llamaban Siza-Baba, ni la *Bruja de los Vientos*, entonces era la bella sonora...

La vieja gitana se detuvo un momento para vaciar la botella hasta la última gota y luego estrelló la botella contra la pared diciendo con voz ronca:

—¡Lástima que se haya acabado!

Levantóse, dio dos o tres vueltas a la habitación, recogió la pipa y volvió a sentarse encima de la vieja alfombra, cogiéndose de, nuevo la cabeza entre las manos.

—¿Quién no recuerda mi nombre? Entonces era hermosa y bailaba quizás mejor que tú Zamora, encima de las mesas de las posadas y no sólo de las de España. Con los gitanos he recorrido Europa. He tenido diamantes de bayardos rusos, cadenas de oro de grandes señores de Bohemia, de Moldavia y de Valaquia y he visto por fin la gran ciudad de París, en donde trastorné la cabeza a muchos y se batieron por mí, no pocos. Mi regreso a España, fue mi desgracia. Un capitán contrabandista de una voz de trueno y más fuerte que el palo mayor de un barco se volvió loco por mí y yo le correspondí. Estaba escrito que tenía que acabar miserablemente. Una noche de tempestad el pequeño velero se estrelló contra las rocas del Rif, cuando estaba llevando armas a los bandidos de los montes. En vano aquel hombre fuerte como el Dios de las tempestades, trató de salvarse. Una ola gigantesca le arrastró junto con la parte de su barco, sepultándole entre las olas del Mediterráneo. No recuerdo cómo llegue a la costa porque han transcurrido muchos años desde aquella trágica noche. Unos rifeños me recogieron y me llevaron al monte. Bajo un sol de fuego a pesar de las palmeras y los grupos de chumberas, mis carnes mórbidas secáronse poco a poco; uno de mis ojos perdió la luz en una noche de huracán a causa del resplandor de un rayo, el otro perdió su brillo; el pálido rostro que recordaba el alba desapareció y me volví morena; mi rostro se cubrió de arrugas que se acumularon rápidamente. ¡Y me convertí en la *Bruja de los Vientos*!, más temida que respetada, viviendo entre los bandidos. ¡Tú volverás tal vez a ver nuestras ciudades, tú bailarás de nuevo nuestros hermosos bailes! ¿Te acuerdas de ellos, Zamora?

—No —respondió duramente la gitana.

La *Bruja de los Vientos*, habíase levantado, poniéndose a dar vueltas como una furia, haciendo crujir todos sus huesos. Había momentos en que parecía que su ronca voz de borracha tuviese que hacer saltar la cúpula de la casucha.

Bailaba agitando sus piernas y brazos disecados, haciendo esfuerzos supremos para mantenerse en pie.

Finalmente, después de unas vueltas rapidísimas dejóse caer exhausta sobre la alfombra. Daba miedo. Estaba toda cubierta de sudor; en el fondo de su único ojo sano parecía brillar una lámpara eléctrica, y tenía los labios cubiertos de espuma. Todo su cuerpo temblaba como si sus carnes, antes tan frescas y opulentas fuesen a hacer estallar su apergaminada piel dando salida a una materia podrida.

De pronto sentóse y su vínico ojo, clavóse ferozmente en la gitana que había oído impasible aquel relato, mientras pensaba en Carmelo:

—¡Tú tienes la juventud! —gritó—. Eres bella..., ¡aún puedes bailar!... ¡Dame tu pelo negro, dame tus ojos de fuego, dame tus dientes que brillan cual perlas!... ¡Tú joven y yo vieja!

—¡Siza-Baba! —dijo Zamora—, ¡estás borracha!

—Déjame ver cómo ríes.

—¿Por qué?

—Porque ahora mis dientes se parecen a los de un lobo, aquellos dientes que brillaban tanto... ¡Ah, te los quitaré!...

Y la vieja asquerosa, toda sudada, habíase levantado alargando sus manos que tiempo atrás debían haber sido blancas y torneadas, y que en aquel momento parecían las garras de una leona.

—¡Quiero tu juventud!... —gritó—. Quiero volver a Sevilla, quiero ir de nuevo a París, quiero ver de nuevo los bayardos rusos, los señores bohemios y ver a los gitanos matarse ante mis ojos por una sola de mis miradas.

La vieja, borracha de aguardiente y tabaco, daba vueltas sobre sí misma como una bestia feroz, agitando locamente sus brazos de esqueleto y despidiendo feroces destellos del único ojo que le quedaba.

—¡Te odio! —gritó—. Quisiera hundir mis dientes en tus frescas carnes y ver cómo saltaba la sangre de la juventud encerrada en tu cuerpo.

Siza-Baba daba miedo. Tambaleábase tratando de acercarse a Zamora la cual hacía esfuerzos poderosos para desatarse el otro brazo.

¿Habíase vuelto loca de repente o el aguardiente la había trastornado por completo el cerebro?

Por dos veces estuvo a punto de caerse al suelo, pero después de un supremo esfuerzo recobraba el equilibrio.

Acercóse, finalmente, al camastro en donde la joven gitana aterrada, seguía luchando desesperadamente para romper sus últimas ligaduras.

—Abre la boca y enséñame tus dientes, palomita sevillana —gritó con un acento que no tenía nada de humano.

—¡Atrás, borracha! —gritó Zamora, retorciéndose furiosamente. ¡Atrás o te mato!

—¡Quiero tus dientes para cambiarlos por los míos!... ¡Quiero el brillo ardiente de tus ojos para encerrarlo en el único que me queda!... ¡Quiero tu juventud!... ¡Quiero volverme joven y bella para que toda Sevilla y toda Granada me aplauda! Dame tus cabellos, Zamora, dame tu sangre juvenil, dame tus frescas carnes doradas por el sol...

—¡Estás loca!... —gritó la gitana, rechazándola violentamente con el brazo que había logrado desligar—. ¡Mira que la paloma se convertirá en águila!...

—¡A la cual cortaré la cabeza en seguida! —contestó Siza-Baba, yendo hacia la pared en donde se encontraban colgados los dos brillantes yataganes. ¿Quieres luchar conmigo, con la *Bruja de los Vientos*? ¡Ja, ja!

Zamora, aun a riesgo de cortarse la muñeca, rompió la otra cuerda, saltó en pie del camastro y se precipitó hacia la vieja agarrándola fuertemente de los huesudos hombros.

Siza-Baba lanzó un grito de bestia enfurecida. Trato de resistirse, pero Zamora más joven y más fuerte la empujaba fuera de la casucha.

La vieja oponía una resistencia increíble en una mujer de su edad y volviendo la cabeza de derecha a izquierda trataba de morder las manos de la joven.

Lanzaba gritos salvajes y se retorció toda ella, como un verdadero reptil, haciendo crujir todos sus huesos.

Fuera, una soberbia luna iluminaba el llano, lanzando sus pálidos y finos rayos hasta dentro de los valles.

Zamora seguía teniendo bien agarrada a la vieja bruja y no cesaba de empujarla hacia el abismo que se abría detrás de la casa.

—¡Suéltame!

—No, vieja maldita, que has vendido a mis amigos y que has matado quizás a mi prometido —contestaba la joven gitana, mientras seguía empujándola hacia el abismo—. A morir, traidora, te echaré allí abajo para que sirvas de pasto a las hienas y a los chacales.

—¡Socorro, Ornar! ¡A mí, rifeños!... ¡Socorro en nombre del Profeta!

Nadie contestó a sus gritos de auxilio.

A lo lejos el rugido de un chacal contestó solamente a su invocación desesperada. Parecía augurarle la muerte.

—¡Suéltame!... —gritó por última vez la bruja, que se encontraba en el borde mismo del abismo todo iluminado por la luna—. ¡Suéltame y te bailaré una sevillana! ¡Suéltame y te protegeré contra los bandidos de los montes!

—¡No! —rugió Zamora.

Siza-Baba intentó con un último esfuerzo, volverse para agarrarse a Zamora y arrastrarla consigo, pero sus fuerzas le hicieron traición.

Vaciló un momento en el borde del abismo, como un árbol sacudido por

los vientos que desencadenaba, lanzó un verdadero rugido, luego una blasfemia y precipitóse hacia el abismo, todo iluminado por la luna.

Zamora impasible, habíase encorvado y seguía con ojos ardientes al cuerpo de la vieja que rodaba y saltaba a través de las espesas plantas que cubrían las rocas.

—¡Muere! —gritó—. ¡Del halcón también me cuidaré yo!

La vieja bajaba y bajaba, agitando piernas, brazos y cabeza, redoblando la velocidad. Llegó al fondo como un bólido, encontró una gran hilera de chumberas, dio por el ímpetu de la velocidad un gran salto en el aire y cayó a la orilla del torrente, quedándose inmóvil, con los pies de bailarina sumergidos en el agua fría que corría murmuradora.

CAPÍTULO XVII. LOS DOS LEONES

Zamora, inclinada sobre el abismo, miraba con ojos llameantes a la vieja gitana iluminada por la luna cincuenta metros abajo, preguntándose si habría muerto realmente o si los arbustos habrían atenuado aquel terrible salto, impidiendo que estallasen sus huesos.

—¿Estará muerta? —preguntóse por décima vez, dando vueltas por el borde del abismo, como si buscase algún sendero para llegar allá abajo.

Oyóse de nuevo el rugido del chacal, seguido del grito de una hiena.

—Si está muerta se la comerán, pues aquí las fieras no faltan y acuden cuando la presa es fácil de coger.

Lanzó una última mirada al abismo escuchó un momento el ruido del torrente y precipitóse hacia la *cuba* exclamando:

—¡Loca! ¡Cómo pierdo el tiempo! Y entretanto mis amigos estarán a punto de morir. ¡Ah! ¡Janko, también tú pagarás bien cara tu traición!

Entró corriendo en la casucha apoderóse de los dos yataganes y de una pistola de largo cañón y culata curva, en la que antes no había reparado y cogió la lámpara que estaba casi llena de aceite.

—Vamos en su busca. ¿Dónde? ¿Hacia dónde ir? ¿Estarán vivos aún? ¡Pobres jóvenes que se han sacrificado para conquistarme el talismán del primer rey de los gitanos!

Ahogó un sollozo, empuñó el pistolón, abrió la lámpara y empezó a bajar hacia el aduar.

La noche era espléndida y tranquila. Los únicos ruidos que se oían eran los del torrente en cuya orilla yacía la *Bruja de los Vientas*, el rugido del chacal y el chillido de la hiena.

Zamora no tenía miedo a aquellos animales. Sabía que a la sola vista de

una gitana echarían a correr, y por consiguiente no se preocupaba de aquellos dos carnívoros.

Marchando entre las encinas, grupos de áloes y cañas que crecían perfectamente hasta en aquella altura, llegó a unos trescientos metros del aduar.

Se detuvo porque un perro dio la voz de alarma y otros perros le contestaban de dentro de las tiendas.

—Desviémonos.

Trató de orientarse lo mejor que pudo. Recordaba vagamente el grupo de encinas hacía el cual la *Hiena del Gurugú* había conducido a los dos desdichados estudiantes.

Pero como por allí abundaban las colinas no le era posible ver el bosquecillo.

Bajó un barranco, subió al lado opuesto abriéndose paso fatigosamente a través de las puntas de los áloes, subió una calina cubierta de enormes higueras, la recorrió a grandes zancadas y volvió a bajar.

Su maravilloso instinto la guiaba y no le había engañado porque de repente descubrió el bosque de encinas.

—¿Han sido llevados allá dentro? ¿Estarán vivos aún?

Iba a lanzarse a la carrera cuando un rugido formidable rompió el silencio, propagándose como un verdadero trueno, dentro de la espesura.

Zamora se había parado de pronto, interrogando animosamente con los ojos dilatados, el bosque que se extendía ante ella a menos de trescientos pasos.

—¡Un león! —exclamó—. ¿Me habrá oído ya y me estará acechando bajo las encinas? ¿Estará devorando los cadáveres de los dos estudiantes?

Apagó la lámpara, empuñó con mano firme el pistolón, cogió con la izquierda un yatagán y avanzó valerosamente, decidida a afrontar al rey de las selvas y del desierto si la asaltaba.

Pronto alcanzó el lindero del bosque y penetró en la obscuridad, pues las ramas eran muy frondosas en aquel sitio. Sólo acá y acullá, deslizábase algún rayo, formando sobre las hojas manchas blancas de forma extraña.

La voz del león habíase apagado y un gran silencio reinaba bajo los árboles, a donde no llegaba ni un soplo de viento.

Zamora seguía en busca de una orientación. Durante cierto tiempo vagó por entre los árboles, abriéndose paso fatigosamente entre las plantas que crecían en abundancia en torno de los troncos, haciendo huir a alguno que otro chacal y después detúvose de nuevo.

El león, que las tinieblas ocultaban, había lanzado al aire un ruidoso canto de guerra y de lucha, a muy corta distancia.

Aunque la gitana tuviese valor sobradísimo y estuviese decidida a dar la batalla, tuvo una corta vacilación.

—Me ha oído —murmuró mirando al pistolón que aunque antiguo le parecía un arma formidable—. Además llevo conmigo dos yataganes... ¡En marcha!...

Habíase colgado la lámpara de la cintura para estar más libre, y avanzaba con extremada prudencia, procurando no hacer crujir las hojas secas acumuladas debajo de los árboles.

El corazón le palpitaba fuerte, muy fuerte, y un sudor frío rociábale la frente.

¿Le invadía el miedo? Tres o cuatro veces se hizo esta pregunta la pobre muchacha, y estuvo a punto de volver hacia el lindero del bosque para ver de nuevo la luna.

Aquella obscuridad la impresionaba más y más a cada paso que daba. El arbolado se había vuelto tan espeso, que ya no se descubría en la capa de hojas secas ni una sola mancha blanquecina.

De nuevo se detuvo para aspirar el aire. Olfateaba el agudo olor característico que dejan tras sí, los grandes carnívoros y que señala su paso hasta en medio de las selvas.

Por más que aguzaba la vista, no lograba descubrir al terrible animal, que

seguramente se había emboscado dentro de algún matorral para sorprenderla de un gran salto, casi al vuelo.

—¿Es que los gitanos ya no tenemos sangre en las venas? —preguntábase la joven, limpiándose, con un rápido movimiento, el sudor frío que la cubría la frente—. Y sin embargo, todos los de nuestra tribu son valientes. Hay que salvar a Carmelo y a Pedro...

Un sollozo salió de su garganta.

—¿Estarán vivos aún, o los leones, hienas y chacales les habrán devorado? ¡Ah, maldita bruja!... ¡Duerme en el fondo del abismo a la orilla del torrente y no vuelvas más a la vida!

El rugido del león dejóse oír por tercera vez, haciendo temblar hasta las hojas de los árboles, al cual siguió inmediatamente el triste aullido de varios chacales.

Zamora se había apoyado en el tronco de una corpulenta encina y esperaba apuntando con el pistolón.

Comprendió que el formidable adversario estaba muy cerca y se preparaba a hacerle frente ferozmente. Ya no tenía miedo, la sangre por un instante helada, afluíale rápidamente al corazón. No, la bailarina de Sevilla, la hija de la reina, ya no temblaba.

—Avanzad —murmuró—. Este pistolón servirá para algo y después atacaré con el yatagán.

Y abandonando ya toda prudencia, gritó con toda la voz que pudo sacar de su garganta.

—¡Carmelo!... ¡Pedro!

Parecíale oír a lo lejos dos gritos humanos que fueron ahogados en seguida por los rugidos del león.

Por segunda vez lanzó bajo los árboles, a pleno pulmón los nombres de Carmelo y de Pedro.

Pero no tuvo tiempo de escuchar.

Un rugido espantoso resonó a poca distancia de ella.

La fiera avanzaba, abriéndose impetuosamente paso a través de la espesura escoltada, a debida distancia, por una media docena de chacales.

Zamora apoyóse al tronco de la corpulenta encina y esperó el ataque.

Hubo un corto silencio. Parecía que el león se hubiese detenido para observar, por entre la maleza, con qué clase de adversario tenía que habérselas.

De pronto la fiera dio un gran salto y cayó a diez pasos de la gitana.

Era un ejemplar de los más grandes y más fuertes de su especie. Una espesa cabellera casi negra, le cubría el cuello, bajándole hasta el pecho.

Sus ojos ardientes claváronse en la gitana, pero no la asaltó. Parecía como si estuviese desconcertado al encontrar un adversario tan débil.

—¡Vete! —gritó Zamora levantando los brazos y haciendo brillar la hoja del yatagán, a la luz del rayo de luna que pasaba a través de un claro.

El león, ¡cosa extraña!, bien porqué hubiese sido impresionado por aquel relámpago o por la voz, que siempre ejerce una gran influencia en los animales, retrocedió tres o cuatro pasos, y después se metió en medio de unas matas, poniéndose a bostezar ruidosamente.

—¡Vete! —repitió la gitana, que había hecho un extremo llamamiento a todo su valor—. ¡Vete y déjame libre el paso!

El león la miró con aire amenazador, sacudió su enorme cabeza, abrió la boca para enseñarle sus formidables mandíbulas, levantóse y luego volvió a echarse.

Zamora empezaba a perder la paciencia y hasta a preocuparse de la extraña actitud de la fiera, y poco a poco sentíase invadir de un loco terror. Los nervios habían sufrido una prueba demasiado terrible y empezaban a aflojarse.

—¡Estoy perdida! —exclamó la desdichada, que se sentía magnetizar por la mirada del león—. Ya no volveré a ver ni a Carmelo ni a Pedro. La bruja

pronto será vengada.

Por tres veces alzó el pistolón apuntando a su adversario, pero el miedo de herirle solamente y de provocar un salto espantoso, le había hecho bajarlo en seguida.

Pasaba el tiempo y la angustia de la gitana aumentaba. En vano hacía un llamamiento a todo su valor, pues sentía, por el contrario, que aumentaba su miedo.

Y entre tanto, el león blandamente echado en medio de la maleza, seguía bostezando y golpeándose los costados con su fuerte cola, sin decidirse.

Zamora luchaba desesperadamente contra el espanto que le asaltaba a cada instante con mayor intensidad, haciéndole estremecer con un frío que le helaba los huesos.

No se atrevía a moverse. Gruesas gotas de sudor la caían de la frente y sentía aumentar los latidos de su corazón que parecía que iba a estallar.

De pronto, cuando menos se lo esperaba, vio que el león aguzaba las orejas y se ponía a escuchar.

¿Acercábanse grupos de bandidos o sólo pasaban por el lindero del bosque para ir en busca de la *harca* dispuesta a medir sus fuerzas con el odiado español?

El león habíase levantado, dejando oír ahogados rugidos y redoblando los golpes de la cola. Transcurrieron dos o tres minutos, interminables para la gitana, y después la fiera dio un gran salto, desapareciendo cobardemente en la profunda oscuridad de la noche.

Debía haber tenido sus motivos para obrar de aquel modo, o por lo menos así lo pensaba Zamora, que a su vez se había puesto a escuchar. Durante unos instantes oyó crujir las hojas secas y después no oyó nada.

Zamora, antes de moverse, esperó un largo rato, temiendo que le cayese encima la fiera, pero repuesta algo del susto se puso en marcha, mirando de cuando en cuando hacia atrás.

—¿Por qué habrá huido sin atacar? —preguntábase—. Porque no oigo el ruido de los caballos que bajen del aduar. ¿Habrá olfateado alguna otra

presa más fácil de coger, no armada de pistola y yatagán? Dejémosla en paz y vayamos en busca de mis desdichados amigos. ¿No debo haberme engañado cuando inmediatamente después de mis dos llamadas he oído una o dos voces humanas?...

El bosque se hacía de cada vez más espeso, interrumpido por algunas plantas espinosas que nadie se había atrevido a atravesar, y surcado por profundos hoyos, dentro de los cuales se pudrían, con un olor nauseabundo, hojas y ramas que caían sin cesar.

Durante diez o doce minutos la gitana siguió avanzando, dando vueltas en torno de la maleza y no dejando de mirar hacia atrás, y cuando creyó estar bastante lejos del sitio de donde el león la había detenido, empezó de nuevo a gritar:

—¡Carmelo! ¡Pedro! ¡Responded en nombre de Dios si aún estáis vivos!

Transcurrieron unos segundos, y en seguida le contestaron dos gritos:

—¡Zamora! ¡Zamora!

—¡Sí, soy yo! —gritó la gitana—. ¿Vivís aún?

—¡Sí, pero ven corriendo! —contestó Carmelo.

Zamora precipitóse hacia el sitio, no lejano, de donde salían las dos voces, esperando encontrar en seguida a sus pobres amigos. Pero, de repente, se detuvo, lanzando un grito, más que de rabia, de terror.

Otro león, un poco mayor que el primero, le cortaba el camino, anunciándose con un poderoso rugido, seguido de los aullidos de varios chacales.

La voz de Carmelo, muy cercana, se dejó oír en aquel momento.

—¡Cuidado, Zamora! —gritábale el estudiante—. Hay un león y nosotros no podemos movernos ni prestarte ayuda alguna. ¡Ten cuidado, ten mucho cuidado!...

—¡Voy armada! —contestó la valerosa muchacha.

—¡Que Dios te proteja!

El león se había plantado en el camino que conducía a la plazoleta, en donde se encontraban los dos estudiantes, todavía presos dentro del cuerpo de las vacas.

Como el otro, no parecía tener prisa.

Pero Zamora iba armada y estaba llena de valor, y bien decidida a intentar la lucha para reunirse con Carmelo y Pedro, los cuales, no pudiendo hacer nada, lanzaban, entre tanto, fuertes gritos con la esperanza de impresionar a la fiera y obligarla a retirarse.

Gritaban, no obstante, por otro motivo, porque eran gritos de dolor los que salían de sus gargantas, mezclados con imprecaciones.

¿Estarían en lucha con otros animales?

La gitana, como antes, se apoyó en el tronco de un árbol corpulento, y luego de poner la lámpara en el suelo, se armó, blandiendo en la mano izquierda uno de los dos yataganes.

El león seguía rugiendo, despertando los ecos del bosque cuyas hojas temblaban ante aquellos fuertes truenos que se seguían uno al otro.

Empezaba a inquietarse, y no obstante, no se atrevía, lo mismo que el otro, a iniciar el ataque.

Entre tanto, los dos estudiantes seguían chillando y jurando.

Zamora, comprendiendo que algún peligro debía amenazarles, tomó audazmente una resolución.

Apartóse de la encina, y manteniendo el pistolón bien apuntado, avanzó hacia la fiera, que seguía con su ruidosa música, saltando de un modo extraño sobre una de sus piernas de delante, y luego sobre las de atrás, como si tuviese el baile de San Vito.

También los chacales, quizás por el mismo motivo, bailaban en torno del león, dando fuertes aullidos y grandes saltos.

De pronto Zamora oyó gritar a Carmelo.

—¡Estoy libre!

El león se había vuelto, erizando su cabellera y golpeándose furiosamente los costados con la cola.

Habíase dado cuenta de que otro adversario estaba a punto de asaltarle por la espalda, y creyéndole armado, como la gitana, tomó su partido.

Exploró un instante el bosque con sus ojos brillantes para ver si el nuevo adversario se encontraba próximo o lejano, y luego, encogiéndose como hace el gato cuando se lanza sobre el ratón, dio un magnífico salto de cinco o seis metros, cayendo a unos cinco de Zamora.

Un relámpago rompió la oscuridad, seguido de una fuerte detonación, casi tan fuerte como la de un cañonazo.

La gitana había disparado, y en seguida, con rápido movimiento, habíase resguardado detrás del tronco de una enorme planta, empuñando los dos yataganes.

El león habíase erguido sobre las patas traseras, agitando furiosamente las de delante, lanzando una serie de espantosos rugidos.

O le había cegado o la bala del pistolón le había dado en plena cara.

De pronto, Zamora vio correr hacia ella al joven ingeniero, cubierto de pies a cabeza de sangre que apestaba.

—¡Un arma! ¡Un arma! —gritó.

—No tengo más que un yatagán.

—Me basta.

—¿Y Pedro?

—Pronto vendrá...

El león les había dado tiempo para cambiar aquellas palabras. Parecía que se había quedado ciego por la gran carga de pólvora disparada contra él a boca de jarro, porque seguía dando vueltas sobre sí mismo como un trompo sin dirección.

Seguramente había recibido una herida gravísima, precisamente entre los dos ojos, y un hilillo de sangre le bajaba hacia el hocico, manchándole la cara.

Podía llegar a ser más peligroso todavía, porque el olfato le bastaba para guiarse.

En efecto, después de haber bailado un verdadero y desordenado vals, cayendo, levantándose, rodando sobre la hierba para proseguir luego el movimiento circular sobre las patas de atrás, lanzóse resueltamente hacia el árbol detrás de cuyo tronco habíanse refugiado la gitana y el joven ingeniero.

Tuvo aún una breve excitación que habría sido muy oportuna para personas provistas de armas de fuego, y después volvió a la carga dando grandes saltos y prosiguiendo un espantoso canto de guerra.

—¡En guardia, Zamora! —exclamó Carmelo, poniéndose delante de la gitana para protegerla—. No te expongas tú por ahora... Déjame hacer a mí... que afrontaré a la fiera...

Con un último salto, el animal fue a chocar violentamente contra la planta, aplastándose el hocico, y volvió a levantarse sobre las patas traseras, dando con las de delante fuertes manotazos.

Carmelo, convencido ya de que estaba ciego, empuñó con mano firme el yatagán y se puso a darle golpes de derecha a izquierda, gritando hasta desgañitarse.

—¡Toma! ¡Toma este otro!

El arma era muy fuerte, casi tan pesada como un campilán y afilada como una navaja de afeitar, de modo que producía horribles heridas.

Completamente ciega, la fiera seguía dando vueltas sobre sí misma, como si estuviese dominada por un repentino ataque de locura, desahogando su terrible rabia con continuos bramidos.

Carmelo, deseoso de acabar cuanto antes, porque sabía el gran peligro que corría Pedro, seguía dando tajos formidables, saltando a derecha e izquierda, para no dejarse coger por aquellas garras de acero.

La fiera, con el hocico cortado, con las patas posteriores casi rotas, echando sangre por todas partes, porque los tajos se sucedían como un espeso granizo, obstinábase en lanzarse contra el tronco de la encina, a la cual arrancaba grandes pedazos de corteza.

Lo peor fue cuando la gitana, a pesar de las recomendaciones del valeroso ingeniero, empezó resueltamente el ataque para salvar a su amigo.

Había dado la vuelta al enorme tronco, atacando a la fiera por la espalda, cortándole la cola de un solo tajo.

La fiera, repetidamente herida por el joven ingeniero que le daba golpes sobre el cuello para cortarle la yugular, ante aquella nueva agresión, pareció enloquecer del todo.

Abalanzábase furiosamente contra las plantas, destrozábase las melenas echándose a rodar dentro de ellas, levantábase para dar saltos y más saltos, buscando en vano descubrir a sus agresores que se mantenían bien en guardia y seguían dando tajos sin hablar.

Lanzó un rugido más formidable que los demás, y después de haber dado repetidas vueltas sobre sí mismo, rociando el suelo con los borbotones de sangre que le salían de las heridas, precipitóse locamente a través del monte, chocando con las plantas.

—¡Dejémosle escapar! —gritó Carmelo a la gitana—. Ya está fuera de combate. Vamos a salvar a Pedro.

¡Cuidado con las hormigas!

—¿Con las hormigas?

—Sin estos feroces animales, jamás habría podido salir de mi pútrida prisión. También han sido ellas las que han detenido al león. ¡Ven! ¿Oyes cómo grita Pedro? Esos insectos muerden atrozmente...

Los dos habíanse lanzado hacia el claro donde se encontraban las dos vacas y en donde Pedro, menos afortunado que su amigo, se encontraba aún preso con la poco alegre perspectiva de ser devorado vivo antes de morir putrefacto.

En unos cuantos saltos Carmelo atravesó la espesura, siempre seguido de la gitana, llegando allí donde batallones y batallones de hormigas enormes de grueso vientre y antenas larguísimas, que agitaban rabiosamente, marchaban atraídas por el olor de las vacas que el calor corrompía de un modo rápido.

Eran unas hormigas que viven en nidos gigantescos, contruidos en forma de cono y que tienen una fuerte tendencia a alimentarse de carnes de cualquier clase que sean.

Viven, como hemos dicho, dentro de unos conos contruidos de fango, tan duros que desafían a veces los golpes de picos, de tres metros o más de altura, adosados unos a otros, teniendo debajo grandes galerías, capaces de contener millones de hormigas.

Si sorprenden una gacela herida, en un santiamén la despojan de toda su carne, no dejando más que los huesos bien mondados.

Atacan también al hombre que incautamente se pone a descansar junto a sus nidos, arrancándole con sus fuertes tenazas pedazos de ropa y de carne al mismo tiempo.

Sólo una rápida huida puede salvar al desdichado.

Los bandidos, sin saberlo, habían destripado a las dos vacas a corta distancia de algunos hormigueros ocultos en el bosque.

El olor de la carne que se corrompía no había tardado en atraer a los minúsculos carnívoros, los cuales habían acudido a millares en el preciso momento en que el león, dejando a los chacales las tripas de las vacas, se preparaba a devorar la cabeza de los dos prisioneros, incapaces de oponer resistencia alguna.

La llegada de las hormigas, que debía conocer perfectamente, le había detenido.

Y habíase mantenido a una prudente distancia de las dos vacas, a pesar de sus deseos de cenar bien.

Los pequeños carnívoros que seguían saliendo en gran número del bosque en donde debían encontrarse numerosos hormigueros, después de haber devorado golosamente lo poco que habían dejado los chacales,

lanzáronse sobre los cuerpos de las dos vacas, prontas a hacerlas pedazos, lo mismo que a los prisioneros, a pesar de sus gritos y de sus fuertes resoplidos para alejarlos.

Si mordían las carnes, mordían también el cosido para abrir el vientre y meterse dentro, de modo que Carmelo pudo, con un último esfuerzo, hundir aquella extraña cárcel y saltar afuera.

Como hemos visto, había recobrado la libertad en el momento oportuno de correr en ayuda de ta valerosa gitana.

Pedro podía esperar un momento, aunque sufriendo algún mordisco, pues las antenas de aquellos pequeños monstruos arrancan siempre un pedazo de piel y de carne.

Cuando Carmelo y Zamora llegaron al claro, donde Pedro chillaba en todos los tonos, como si hubiese sido atacado de hidrofobia, pues las hormigas habían cubierto ya la primera vaca, habiéndose puesto ferozmente a la tarea de privarle de sus carnes.

Una multitud de ellas habíase echado en seguida sobre la segunda, que aprisionaba al desdichado Pedro, subiendo audazmente al asalto de aquella especie de fortaleza de carne.

Carmelo y Zamora, pisoteando con furia los malditos insectos, precipitáronse hacia su compañero, y con el yatagán abrieron el vientre de la vaca, permitiéndole salir.

—¡Por mil millares de diablos! —exclamó el siempre alegre joven llevándose las manos al cuello, que le sangraba, y soltando y pateando a sus minúsculos asaltantes—. Me parece que me han aplicado dos docenas de sanguijuelas.

—¡Pronto! ¡Pronto! —gritaba Carmelo.

Y los tres lanzáronse hacia el lindero del bosque, deteniéndose bajo la sombra de una higuera enorme cargada de su sabrosa fruta.

CAPÍTULO XVIII. LA CAZA DEL GITANO

El león no había muerto, a pesar de sus muchas heridas, y le oían rugir aún con más fuerza.

Con los yataganes los dos estudiantes sentíanse capaces de hacerle frente si se presentaba, haciéndole pedazos por completo.

Echados bajo la higuera, todos manchados de sangre, los dos jóvenes habíanse puesto a devorar la dulcísima fruta que Zamora, trepando hasta las ramas más altas, dejaba caer al suelo en abundancia.

—Hay que creer —dijo Pedro después de haberse llenado por completo— que así como existe un Dios de los borrachos, hay también otro para los pobres estudiantes. ¿No te parece un sueño, Carmelito, que estemos aún vivos? Todo me lo había esperado de aquellos bandidos, pero jamás llegué a imaginar un suplicio tan espantoso. ¡Si supiesen que estamos tan vivos como antes y decididos a marchar con nuestros compatriotas al asalto del Gurugú! Si no encontramos el talismán, por lo menos habremos conquistado la siniestra montaña que tanto espanto infunde.

En aquel momento la gitana bajó rápidamente de la higuera y de un salto fue a sentarse entre los dos estudiantes, diciéndoles:

—¡Silencio!... Unos jinetes están pasando por el lindero del bosque; desde allá arriba dos he visto.

—¿Eran muchos? —preguntó Carmelo.

—Por lo menos, cincuenta.

—¿Serán los que nos han conducido hasta aquí?

—Es probable, porque bajan del monte, y yo sé que durante la noche la gente del aduar debe marchar a la guerra.

—¿Por quién lo sabes?

—Por Siza-Baba.

—¿La has visto?

—Espera un poco...

La gitana atravesó, ágil como una serpiente, la espesa y alta maleza que rodeaba al bosque y lanzó una rápida mirada hacia el llano.

Cincuenta o sesenta jinetes bajaban en un grupo compacto, dirigiéndose hacia el claro.

Aquellos canallas, antes de marchar a la guerra, querían asegurarse de si los dos jóvenes estudiantes, que habían encerrado en los vientres de las vacas, estaban vivos o muertos, prontos, por otra parte, a decapitarlos para llevarse aquellos sangrientos trofeos.

Zamora, al ver que los jinetes se habían parado, como buscando un paso por dentro del bosque, regresó rápidamente junto a sus amigos, diciéndoles:

—Huyamos... Los canallas del Rif vuelven de nuevo.

—¡Qué lástima no tener a mano una buena ametralladora! —exclamó Pedro, saltando en pie—. ¡Con qué gusto agujerearía la piel de esas fieras humanas!

Emprendieron los tres la carrera en el momento preciso en que aparecía en el borde del bosque, todo cubierto de sangre, el león cegado por el pistolón y mechado por los tajos de los yataganes.

—Esto entretendrá un poco a los bandidos —dijo Carmelo.

En corto espacio de tiempo llegaron al sitio en donde las hormigas se encontraban entre las dos vacas, devorando piel, carne y músculos.

Los dos estudiantes no podían más y sentían decaer sus fuerzas. El suplicio soportado había sido demasiado horrible.

—¿Nos cogerán de nuevo? —preguntó ansiosamente Carmelo.

—¿Por qué huimos? —preguntó Pedro—. No hay motivo alguno.

—¿Quieres hacerles frente?

—No, quiero engañarles. La luna se ha puesto, la oscuridad es completa. Acurruquémonos bajo una encina, confundiéndonos con la maleza. Me parece que eso es una cosa facilísima, y me asombra de que esta idea no se nos haya ocurrido antes.

—Es una gran idea —dijo Carmelo—. ¡Ea, a escondernos!

Las plantas no faltaban y todas de enormes dimensiones, frondosas, con ramas que llegaban casi al suelo.

Escogieron una, metieron primero a la gitana y luego apresuráronse a seguirla, poniéndose a horcajadas de una gruesa rama.

Allí la oscuridad era tan profunda, que ni siquiera un león o una pantera habrían sido capaces de descubrirlos.

Apenas se habían acomodado, cuando oyeron una terrible descarga, seguida de un rugido que pareció apagarse en una especie de sollozo.

—Los bandidos han matado al pobre león —dijo Carmelo—. Casi ya estaba muerto.

—¿Vendrán aquí a asegurarse de nuestra muerte? —preguntó Pedro.

—Son bastante canallas para quererse burlar de dos pobres seres encerrados vivos en los vientres todavía calientes de dos vacas.

—Antes de dejarme coger, exponiéndome a que me encierren de nuevo, me haré matar.

—¿Zamora, tenían perros los rifeños?

—No los he visto.

—Entonces no tenemos mucho que temer. Estemos quietos y no hablemos.

Los bandidos, después de matar al león, lo cual no fue empresa muy difícil, habían avanzado bosque adentro, charlando y riendo ruidosamente.

A los pocos instantes llegaron al claro, pero allí los caballos empezaron a encabritarse negándose a seguir adelante a pesar de los espolonazos.

Habían descubierto las hormigas y no deseaban dejarse morder las patas por aquellos sanguinarios insectos.

Pero estaban tan próximos los rifeños de las dos rocas que se dieron cuenta inmediatamente de la desaparición de los prisioneros.

Gritos de furia escapáronse de sus gargantas. El más irritado era la *Hiena del Gurugú* a quien debía escocer bastante haber sido burlado de aquel modo.

Después de una larga retahíla de comentarios, incomprensibles para los estudiantes y Zamora que no conocían el árabe corrompido del Rif, lanzáronse a derecha e izquierda internándose en el bosque con la esperanza de volver a coger a los dos infelices.

Sus pesquisas no fueron largas. Convencidos quizás de que el león les hubiese libertado de su prisión para devorarlos, alejáronse después de haber atravesado de nuevo el claro.

—¡Uf! —exclamó Pedro que no podía estarse cinco minutos sin charlar—. Por fin se han ido. ¿Volverán?

—Me parece que no —contestó Carmelo— sin embargo, por precaución estemos quietos aquí media hora más.

—¿Y después donde iremos?

—En busca de Janko —contestó la gitana con voz grave—. *La Bruja de los Vientos* le estaba esperando y debía haberle mandado al Gurugú en busca del talismán.

—¡Maldito sea! ¿Y si lo hubiese encontrado? —preguntó Pedro.

—Por esto es por lo que os propongo que vayamos a esperar a aquel miserable en la *cuba* de la bruja.

—¿Está allí aún aquel espantajo?

—No por que la he matado echándola a un profundo barranco. Habíase

emborrachado y quería arrancarme los ojos, los dientes, el pelo y la carne para volverse joven. Cuando me he convencido de que echaba mano al yatagán con el propósito evidente de degollarme, he roto mis ligaduras, la he saltado encima, la he empujado fuera de la *cuba* y luego la he echado por el barranco.

—¿Habrá quedado muerta? —preguntó Pedro.

—La he visto saltar sobre el borde del torrente en cuyas aguas han quedado metidas sus piernas.

—No te fíes, Zamora. ¿Qué dices tú, Carmelo?

—Que lo mejor será que nos convenzamos de ello —contestó el joven ingeniero—. Además Janko la buscará y así cogeremos a aquel traidor. Está lejos la *cuba*.

—Podremos llegar allí en hora y media.

—¿Has dicho que por el barranco pasa un torrente?

—Sí.

—No veo el momento de llegar a él, para tomar un baño. Voy todo lleno de sangre coagulada y las moscas caerán sobre mí a millares. Ya podemos bajar, los moros deben estar en este momento bastante lejos. Quisiera bajar al barranco, si es posible, antes que asome el día.

Dejáronse caer al suelo, sirviéndose de largas ramas que se extendían en gran número hacia tierra, y después de haber escuchado unos minutos, tranquilizados por el silencio que reinaba en el bosque, pusiéronse ansiosamente en camino.

—Con una rápida carrera, el pequeño grupo, alcanzó el lindero del bosque y después de haberse asegurado de que ningún jinete recorría el llano, subieron hacia la *cuba*, pasando a lo lejos del aduar.

Faltaban dos horas para que saliese el sol, cuando llegaron a la pequeña construcción que se alzaba a corta distancia del barranco. Temiendo encontrar dentro de ella a Janko, los dos estudiantes entraron empuñando el yatagán, pero no encontraron a nadie.

Zamora encendió otra lámpara que había colgada en otro rincón de la *cuba* y su primer movimiento fue el de buscar las municiones necesarias para su pistolón que le había prestado tan gran servicio, mientras Pedro se ocupaba de las provisiones, bastante escasas, desgraciadamente, pues consistían sólo en una docena de galletas de maíz y cinco saquitos conteniendo un poco de harina, higos secos y dátiles.

—No se ve llegar a Janko —dijo Carmelo—. Bajemos al barranco a ver si la vieja está muerta y a tomar un baño que nos es más necesario que el comer y luego volveremos aquí a espiarle.

Cogieron la lámpara por haberse puesto ya la luna y dirigiéndose hacia el barranco, de donde subía el alegre rumor del agua.

—¿Desde dónde la has echado? —preguntó Carmelo a Zamora inclinándose sobre la inmensa cortadura.

—Desde este mismo sitio.

—Observo que la pared del abismo está toda cubierta de frondosos arbustos por los cuales Siza-Baba ha podido rodar sin hacerse gran daño.

—Entonces brillaba la luna y vi como llegaba al fondo del barranco y cómo rebotando en una chumbera, caía quedándose inmóvil en la orilla del torrente.

—Este barranco debe medir por lo menos unos sesenta metros —dijo el joven ingeniero— y si en la caída encuentra una roca puede ser causa de que no vuelva uno a levantarse jamás. Sin embargo, yo quiero bajar al torrente.

—Y yo también —añadió Pedro—. A ti Zamora te dejaremos un yatagán y si volviese aquella carne de horca que se llama Janko dale fuerte sin contar los golpes.

—Haré lo que ha hecho Carmelo con el león —contestó la gitana.

—No acabes de rematarle, pues hay que tener en cuenta que el sitio donde se halla el talismán sigue siendo un misterio, y aquel canalla puede haber conseguido preciosas indicaciones de la bruja.

Carmelo cogió la lámpara, se hizo indicar exactamente el punto en donde

Siza-Baba había caído, y empezó la bajada seguido de Pedro.

La cosa no era muy fácil, aunque las paredes del barranco estuviesen cubiertas de plantas entrelazadas estrechamente, casi formando un todo.

Tuvieron que hacer uso del yatagán para abrirse paso.

Iban bajando poco a poco, a la débil luz de la lámpara y guiados por el ruido del torrente. Pero emplearon media hora larga antes de llegar al fondo.

Carmelo descubrió en seguida la hilera de chumberas contra la cual la vieja había dado su último salto.

La destrozaron a golpes de yatagán y pudieron abrirse paso hacia el torrente.

Una voz llegó desde arriba.

—Sí, ahí precisamente fue a caer.

Era Zamora que había seguido con la mirada la marcha de la lámpara que brillaba bastante vivamente en aquella profunda obscuridad.

—¿Ves algún cuerpo humano? —preguntó Carmelo a Pedro después de haber recorrido cierto trecho del torrente—. El agua no puede habérsela llevado.

—Eso creo yo.

—¡Aquella vieja maldita tiene el alma bien claveteada!

—¡Si es una bruja!

Carmelo encogióse de hombros y se puso a escudriñar nuevamente la orilla, mientras Zamora desde arriba gritaba por segunda vez.

—Sí, ahí fue.

—Empiezo a creer que la bruja se ha salvado escapándose luego. Estaba tan delgada que hasta cayendo de un sexto piso habría llegado felizmente al suelo...

Un grito de Carmelo le interrumpió:

—¡Sangre!

—¿Dónde?

—Precisamente detrás de la chumbera.

—Esto significa que la vieja se habrá roto la cabeza, pero no ha sido lo suficiente para morir —dijo Pedro.

—Veamos; por aquí hay arena y veo impreso en ella la huella de dos pies.

—Pueden ser huellas antiguas de algún rifeño.

—No porque aquellos bandidos no llevan botas.

—¿Entonces?

Los dos estudiantes miráronse el uno al otro algo pálidos y en seguida un nombre saltó al mismo tiempo de sus labios.

—¿Janko?

—¿Qué piensas tú, Pedro?

—Pienso que aquel canalla, atraído quizás por los gritos de la vieja bruja ha bajado aquí llevándose a la vieja que es su gran protectora.

—¿Y dónde se la habrá llevado?, pues como has visto la *cuba* estaba vacía.

—Quizás aquel bandido se habrá dado cuenta de que nos acercábamos y se ha apresurado a huir llevándose a Siza-Baba. Debe pesar menos que una momia aquella bruja y el joven es robusto, tanto o más que nosotros.

—¿Dónde se habrá metido?

—Yo le dejaría que se fuese al diablo con su esqueleto viviente —dijo Pedro.

—¿Y si siguiendo las indicaciones de la vieja hubiese encontrado el talismán? ¿De qué nos habrían servido tantos desastres y peligros?

—Tienes razón Carmelo. Sí, es preciso dar caza a aquellos dos bribones para fusilarlos.

—Con fusiles que no tenemos.

—Nos serviremos del pistolón de Zamora. Si ha puesto fuera de combate a un león, les hará caer fulminados o poco menos.

—Por de pronto démonos un baño para quitarnos toda esta sangre y después, cuando haya salido el sol, veremos dónde van a parar las huellas del gitano.

Los dos estudiantes que se sentían como si les hubiesen dado varias manos de alquitrán, desnudáronse rápidamente, metiéndose en el torrente que en aquel sitio tenía un par de pies de profundidad y durante unos diez minutos chapotearon dentro del agua y en seguida cogieron su ropa y empezaron a lavarla con fuerza.

—Ya se cuidará el sol de secarla —dijo Pedro—. En el Rif hace demasiado calor para coger resfriados y pulmonías.

Retorcieron una y otra vez la ropa después de lavada y se la pusieron no sin grandes fatigas.

—¡Ay que gusto! —exclamó Pedro—. Que bien me encuentro ahora. No podía más con toda aquella porquería que llevaba encima. ¡Ah! ¡Qué peste más horrible!

—Hagamos bajar a Zamora —dijo Carmelo.

—¿Con los víveres y con la lámpara?

—Tiene el pie muy seguro y además no tiene gran cosa que llevar.

—Zamora, ¿puedes bajar?

—Sí.

—¡Pero no te olvides, al menos de las galletas! —gritó Pedro.

—Lo traeré todo.

La valiente muchacha cargóse los seis saquitos conteniendo los víveres, se metió el pistolón en la faja y empezó a bajar, siguiendo el sendero que los dos estudiantes habían abierto.

Cinco minutos después estaba junto a sus compañeros.

—¿Y la bruja? —preguntó en seguida.

—Ha desaparecido —contestó Carmelo—. Aquella vieja debe tener los huesos de acero.

—¡Es imposible! —exclamó la gitana, palideciendo—. La he visto con mis propios ojos rodar hasta aquí y detenerse en el borde del torrente.

—Alguien ha debido ayudarle porque hemos descubierto a la luz de la luna, huellas de un par de botas. Y la vieja, que lo recuerde, no llevaba ni siquiera zapatos.

—Iba con los pies descalzos.

—Entonces Janko ha bajado y se la ha llevado.

—¿Qué vamos a hacer nosotros? —preguntó la gitana, después de un momento de silencio.

—Pues dar caza a aquel bandido y a su momia —contestó Carmelo—. Esperemos que las tinieblas desaparezcan un poco.

—Y entre tanto, comamos —añadió Pedro.

Las estrellas entre tanto, palidecían y al alba avanzaba, despejando el llano y el barranco de tinieblas.

Una aurora de un rojo color de sangre, siguió al alba anunciando la inminente aparición del sol.

Los dos estudiantes y la gitana habíanse puesto en pie, encaminándose hacía el borde del torrente.

—¿Ves estas huellas? —dijo Carmelo a la gitana—. Míralas bien, Zamora.

—Por aquí ha pasado Janko, estoy segura de no engañarme. Conozco perfectamente las botas que llevaba —dijo la gitana.

—Lo sospechaba.

—Entonces es él quien se ha llevado a la vieja.

—No hay duda alguna. Pasemos a la otra orilla y empecemos a darle caza. Saltaron el torrente que no tenía más que un metro y medio de largo y en seguida encontraron en la arena otras huellas que se dirigían, no hacia la *cuba* sino a la vertiente opuesta del barranco.

—No se ha atrevido a volver al refugio de Siza-Baba —dijo Carmelo—. Teme nuestra venganza y huye hacia el Gurugú, llevando encima de sus hombros a la vieja.

—Nosotros que no llevamos más que unos escasos víveres marcharemos más deprisa que él —dijo Pedro—. Aquel traidor no irá lejos.

—Poco a poco, amigo mío —dijo Carmelo—. ¿Tendremos la suerte de no perder sus huellas? La arena termina a pocos metros de aquí.

—Me parece, no obstante, ver una especie de huella entre las plantas que cubren la otra pared —dijo Zamora—. Las ramas no se han alzado y reunido de nuevo.

—Entonces en marcha —dijo Pedro—. Quisiera ver qué cara pondría aquel canalla cuando nos vea aparecer de nuevo y más vivos que antes...

Cargáronse los saquitos y se pusieron en marcha, bajo una verdadera lluvia de los rayos solares que secaban rápidamente la ropa de los dos estudiantes.

Al llegar al surco abierto entre los arbustos treparon animosamente hacia lo alto, pero con mucho cuidado, pues si Janko y la bruja se hubiesen encontrado en el borde del abismo, les hubiera sido fácil destrozarlos a pedradas.

Afortunadamente no les pasó nada, y una hora más tarde los dos estudiantes y la gitana ponían el pie en el inmenso llano del Rif.

El Gurugú alzábase gigantesco delante de ellos, a una distancia de más de dos jornadas, irguiendo soberbiamente hacia lo alto su cúspide desnuda, con sus laderas cubiertas, en cambio, de bosques y tachonadas

de aduares.

Más abajo extendíanse otros montes no tan altos y colinas que se cruzaban formando barrancos profundísimos, propicios a las emboscadas de los rifeños.

Los dos estudiantes y la gitana se pusieron en seguida a buscar la pista de Janko y de la vieja, no difícil, porque los vientos impetuosos del siroco habían llevado hasta allí una espesa capa de arena.

—¡Caramba! —exclamó de repente, Carmelo, con un grito de rabia. Ese canalla se ha burlado de nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Pedro.

—He aquí cuatro huellas bien claras que no sé si son de caballo o de mulo. Tú que eres del país de los mulos, puesto que eres andaluz, fíjate un poco.

—Esto no son huellas de caballo —contestó Pedro—. Estoy seguro.

—Entonces Janko monta un mulo y vuelve al Gurugú, llevándose a la bruja, herida más o menos gravemente.

—Las mulas andan despacio —dijo Zamora— y nosotros no nos quedaremos muy atrás. Aquel bribón vuelve al Gurugú para quitarme el talismán.

—No perdamos el tiempo y ya que no se descubre ningún aduar sigamos las huellas del gitano.

El calor era intenso. Aunque parecía que salía fuego de las rocas, sin embargo, el pequeño pelotón marchaba rápidamente, aguzando de vez en cuando el oído.

La capa de arena había desaparecido, sucediéndole una vegetación baja hasta el borde de otro profundísimo barranco.

A medio día, agotados y sudorosos, descansaron un rato, debido a Pedro que reclamaba imperiosamente la comida, y en seguida continuaron la marcha, subiendo abruptas colinas cubiertas de alcornoques y encinas.

—De prisa, de prisa —exclamaba Carmelo, secándose sin descansar, el sudor que le inundaba—. El mulo no puede estar muy lejos.

Había descubierto entre los arbustos una especie de surco que debía haber sido trazado por el yatagán de Janko. La mutilación de las ramas debía ser muy reciente porque la linfa seguía saliendo.

Los fugitivos no podían por lo tanto estar muy lejos pero no era fácil descubrirlos, porque los bosques se sucedían a los bosques impidiendo ver al gigantesco Gurugú, inclusive.

Cayó la noche y tuvieron que recogerse de nuevo en el borde de un profundo barranco, flanqueado de inmensos arbustos.

—El mulo tiene las piernas más fuertes que nosotros —dijo Pedro.

—No quiero que aquel canalla vuelva al Gurugú con Siza-Baba—añadió Carmelo.

—Pero hay que tener en cuenta que Janko acampará en algún sitio, porque no sospecha que le persigamos, por lo tanto podemos descansar unas cuantas horas. ¿Oís?... ¡Un cañonazo!...

Todos se pusieron de pie en un salto asomándose al inmenso barranco que se extendía a tres o cuatro millas, todo flanqueado de frondosas plantas entre las cuales podían esconderse legiones de moros.

Una granada había estallado en el aire, lanzando en torno cascos homicidas.

—¡Son nuestros compatriotas!, ¿verdad, Carmelo? —preguntó Pedro que se había puesto muy pálido.

—Sí —contestó el joven ingeniero—. Han avanzado mucho aquellos valientes. Ya se encuentran a la vista del Gurugú, y no hace más que tres o cuatro días que estalló la guerra.

¡Carmelo, vayamos a su encuentro! —gritó Pedro, con los ojos brillantes—. ¡Es la bandera de la Patria que avanza!...

—No te permitiré jamás que cometas tal tontería —contestó Carmelo—; o mucho me engaño o este barranco debe estar lleno de moros en acecho.

—Razón de más para correr hacia los nuestros.

—¿Y hacernos ametrallar? ¿Cómo podríamos distinguirnos en medio de la oscuridad que ya reina?

—¿Cómo? gritándoles: ¡Viva España!

—No seas loco, Pedro. Échate al suelo y veamos lo que pasa.

—¿Pero es posible que los nuestros estén aquí ya?

—Llevarán la guerra con ímpetu desesperado para acabar de una vez con esos bandidos. Los moros no tienen cañones, de modo que no podemos equivocarnos.

—¿A ver si nos encontramos entre dos fuegos? —preguntó Zamora.

—Mientras no nos movamos no es fácil. El fondo del barranco es inaccesible a los jinetes, lo mismo que a los infantes.

—¡Tú, Zamora, que tienes mejor vista!, ¿no ves a los moros? —dijo Pedro.

—Los hay a centenares escondidos en la maleza. Han tendido una colada a los nuestros.

—¡Carmelo, vayamos a avisarles!

—Nos tomarían por rifeños y harían fuego —contestó el joven ingeniero, que no perdía la sangre fría—. Echémonos al suelo y observemos.

—¿Y Janko?

—¡Que el diablo se lo lleve!..., ya le cogeremos más tarde. El Gurugú está lejos todavía.

En aquel momento oyéronse otros dos cañonazos, seguidos de un fuego rápido de las ametralladoras.

Los españoles subían al asalto, del nefasto barranco del Lobo.

CAPÍTULO XIX. UNA CARNICERÍA

La guerra con los rifeños había estallado quizá por centésima vez, pero todos los españoles habían jurado acabar definitivamente, dando una terrible lección a los moros, desplegando la bandera de los conquistadores del Gurugú.

El motivo inicial fue el asesinato de un agente de la policía indígena.

El 10 de julio de 1903 el general Marina, comandante en jefe de las tropas españolas, mandó dos compañías con ametralladoras a castigar a los asesinos.

El castigo fue ejecutado y la pólvora dejó oír sus voces, pero la respuesta de los rifeños fue inmediata.

Junto a Monea, en las primeras estribaciones del Gurugú, una sociedad española había obtenido una concesión para explotar aquellos terrenos, ricos de minerales de todas clases; el oro, inclusive.

Y apenas las tropas españolas se hubieron retirado a Melilla, para no verse en peligro de ser rodeadas y macheteadas sin compasión, los rifeños, asaltaron las minas, fusilando a unos cuantos obreros europeos que no tuvieron tiempo de ponerse en salvo.

¿Era una provocación? Como tal fue considerada por el gobierno español y estalló la guerra.

Los primeros movimientos de los descendientes de los *conquistadores* fueron difíciles, porque en Cataluña se produjo un movimiento, en que millares de anarquistas esparcieron el terror en Barcelona, quemando conventos y fusilando despiadadamente a frailes y monjas. Hasta las tumbas de las iglesias fueron violadas y echados los cadáveres en inmensa hoguera.

Durante un momento pareció que España tendría que renunciar a la guerra para dominar la sublevación. Pero pronto los cañones destruyeron

las barricadas de los anarquistas, las ametralladoras entraron en acción junto con los fusiles, y los revolucionarios cayeron a millares.

Cicatrizada aquella herida que podía haber tenido terribles consecuencias, destruyendo por completo a Barcelona, que es la primera ciudad marítima e industrial de España, el Gobierno dirigió en seguida más refuerzos al Rif.

El honor de la nación estaba empeñado y la guerra no debía cesar hasta conseguir la conquista del Gurugú, eterna amenaza de Melilla.

Fue un continuo afluir de refuerzos a la costa africana. Cuarenta y cinco mil hombres, con dieciocho generales, treinta y dos coroneles, muchas baterías y un parque aerostático, fueron movilizados para la conquista del Rif.

Los moros estaban todos en armas. Habían reunido sus harcas y se mantenían en guardia en sus montañas o al acecho en sus profundos barrancos, sin dejarse impresionar por los cañonazos que disparaba sin cesar la flotilla española, destruyendo todos los aduares a su alcance.

El 27 de julio, moros y españoles venían a las manos por segunda vez; disponían los primeros de numerosa y ligera caballería, bien armada, y los segundos, de cinco batallones al mando de un general de brigada, con varias baterías de montaña. Después de unas cuantas horas de un encarnizado combate, el jefe, que se había sentado en una roca para descansar un instante, cayó, con la cabeza destrozada, por uno de aquellos gruesos proyectiles usados aun por los rifeños.

El coronel de los batallones de cazadores de Arapiles y las Navas se puso valerosamente a la cabeza de la tropa, llevándola a un nuevo y más impetuoso asalto, poniendo por completo en fuga al enemigo y obligándole a refugiarse en sus montañas, llevándose consigo varios centenares de muertos.

Aquella victoria tuvo por efecto hacer que los moros estuvieran más decididos que nunca a tomar el desquite, y en efecto, tres días después, con valor extraordinario, bajaron hasta cerca de Melilla, retando audazmente a sus adversarios a un nuevo combate.

Los españoles, como siempre, se apresuraron a salir pero toda la vanguardia, rodeada por completo por la caballería mora, fue destrozada,

sin que el grueso de las fuerzas hubiese podido correr en su auxilio.

Durante cuarenta y ocho horas los audaces rifeños, en número de cinco o seis mil, llegaron a los propios muros de Melilla, poniendo en grave aprieto a sus habitantes, que temían un furioso asalto.

La artillería española hizo entrar en razón a los atrevidos y despejó el llano de aquellos audaces jinetes, echándolos de nuevo hacia sus montañas.

El general Marina no tardó en contestar a la soberbia provocación que le había costado un gran número de valientes soldados, peleando en primera línea, y habiendo sabido que entre los asaltantes se encontraban unos cuantos centenares de guerreros de los Beni-Urriaguel, mandó hacer fuego de cañón contra sus aduares del Souk, cubriéndolos de granadas que los incendiaron y destruyeron por completo.

A pesar de las graves pérdidas ocurridas, apenas llegó la noche, los terribles jinetes del Rif, se atrevieron a presentarse ante el fuerte de Alhucemas, para sufrir una nueva derrota.

El general Marina, que ya había recibido refuerzos en abundancia, aprovechó el momento para participar a los jefes de las tribus de Quebdana que les concedía un plazo de cuarenta y ocho horas para entregar a los culpables de unos asesinatos cometidos en El-Ara en las personas de unos acemileros españoles.

La amenaza fue inútil, los rifeños, envalentonados, llaman en su auxilio a las tribus de Ledhara, y responden arrogantemente a los españoles que si quieren castigar a los culpables fuesen a buscarlos a sus propios aduares.

El general Marina, que ya esperaba aquella respuesta, había tomado, entre tanto, todas las medidas para dar a aquellos asesinos una fuerte lección.

El 2 de septiembre, a las siete de la mañana, dos gruesas columnas salieron de El-Arbá.

La primera, mandada por el general Aguilera avanzó unos cinco kilómetros por un terreno arenoso, en donde los rifeños habían construido unas cuantas trincheras con grandes piedras.

Apenas los exploradores descubrieron al enemigo, siempre numerosísimo

y lleno de confianza, a pesar de las derrotas sufridas, las tropas españolas se desplegaron rápidamente, iniciando un movimiento envolvente.

La batería Schneider, tomando excelentes posiciones en una colina, rompe un fuego infernal, sosteniendo a la infantería que avanza haciendo fuego, eficazmente apoyada por la escuadrilla de Mar Chica, que arroja proyectiles de sesenta y cinco.

Los rifeños eran unos cuatro mil, dos mil de ellos de caballería.

Intentan una desesperada defensa, pero diezmados por las granadas, son derrotados, yendo a dar contra la segunda columna española, mandada por el coronel Santa Coloma.

Cogidos entre dos fuegos, su retirada se convierte en una huida desastrosa, pero, sin embargo, aún logran guarecerse en sus montañas.

Los españoles, dueños del campo, ayudados siempre por los cañones de la flotilla de Mar Chica, que no cesan de lanzar granadas, avanzan a prender fuego a los adueros y sembrados, haciendo saltar por medio de la dinamita, las casas de piedra de los caídos.

Los rifeños, impotentes para reanudar la ofensiva, vigorosamente bombardeados por la artillería de tierra, permanecieron largo tiempo casi expuestos al fuego de cañón, contemplando, temblando de rabia, los incendios que les consumían todas sus riquezas.

Pero no era aquello más que una tregua. Otro adversario se habría decidido a pactar, tanto más cuanto que los españoles les ofrecían grandes ventajas, pero los rifeños no.

Esperaban que les llegase el momento de un buen desquite y lo esperaban en las faldas del Gurugú.

El general Marina, dejando bien segura la región de El-Arbá, después de un período de descanso a causa de los grandes calores y de las fiebres palúdicas que atacaron a los soldados, volvió a la carga el 12 de septiembre, decidido a terminar rápidamente la costosa guerra.

Mandó al coronel Carrea a la cabeza de dos compañías de policía indígena, las cuales operando con gran rapidez, adelantáronse valientemente hasta Muley-Ildris, pasando toda la noche en aquella

posición, en espera de un enemigo que de momento se había hecho un extremo prudente.

No viéndole comparecer, reconocen el territorio y regresan a punto de socorrer a las fuerzas acampadas en en Sidi-Ahmed-Hadi, que habían sido atacadas. También esta vez los moros sufren una derrota, y sólo una pronta retirada a las montañas les pone a cubierto de una peligrosa persecución. Pero el general Marina, había sabido por medio de unos espías indígenas, que toda la harca del Gurugú había bajado para concentrarse en Tetuán, posición bastante estratégica. A las cuatro de la mañana del 21 de septiembre, las tropas españolas, constituidas por la división Tovar, fuerte de quince mil hombres, con numerosa artillería y caballería, avanzó audazmente hacia Tetuán, precedida de la policía indígena, conocedora del país. Apenas habían pasado el fuerte de Rostrogordo, todas las alturas cubriéronse de rifeños. Las baterías de Sidi-Guariah, Camellos y Cabrerizas, rompieron en seguida un fuego violento, que fue apoyado por los cañones de Rostrogordo, y las veinticinco piezas de la brigada. Una verdadera lluvia de granadas caía en medio de las filas de los rifeños, lo mismo que sobre los aduares y las casas, incendiando los primeros y destruyendo las segundas. A pesar de lo accidentado del terreno, la infantería española, protegida por la artillería, no cesaba de avanzar al grito de ¡viva España! Un pánico indescriptible apoderóse de los montañeses, los cuales, a las primeras descargas, huyeron como locos, precedidos de sus mujeres y sus chiquillos, echados de sus casas por aquel diluvio de fuego que seguía inexorablemente a una obra de destrucción.

Un numeroso grupo de jinetes que quedaron rodeados, refugiáronse en el cementerio cercano de Siri Guariah, y fueran tan furiosamente ametrallados, que en pocos minutos hombres y caballos cayeron al suelo muertos o moribundos.

Entre tanto, la infantería, dividida en dos columnas, proseguía el ataque trepando por las alturas.

El general Arizón, gobernador de Melilla, recorría, infatigable las posiciones españolas exponiéndose al fuego enemigo.

Durante seis horas, el fuego fue intensísimo. Los soldados españoles, disparaban sobre todos los grupos de jinetes que se atrevían de cuando en cuando a aparecer, destruyéndoles literalmente.

A las dos, las columnas ocupaban las huertas inmediatas a Teluán, haciendo buen número de prisioneros, en su mayor parte mujeres y chiquillos.

Hasta en esta batalla, los rifeños, al galope siempre de sus veloces caballos, habíanse mostrado pésimos tiradores, así es que las pérdidas de los españoles habían sido insignificantes.

Los vencedores no se durmieron sobre sus laureles, y al día siguiente apoderáronse de los pozos de Dalad, que les eran muy necesarios, y después del cabo Huerta, cañoneando de un modo mortífero al enemigo, que no podía oponerles ninguna boca de fuego que fuese mayor que una espingarda.

Después llegó la vez de la toma de Nador y la destrucción de Selomán, llevadas a cabo rápidamente, porque los moros, descorazonados, no opusieron más que una débil resistencia.

De este modo, los españoles, poco a poco, tras numerosos combates, habían llegado a los primeros contrafuertes del Gurugú.

Querían conquistar el temible monte aun a costa de grandes sacrificios, con tal de que ondease allá arriba la bandera española. Pero los rifeños, siempre derrotados, aunque jamás vencidos del todo, vigilaban, y una desdichada noche prepararon, en el profundo barranco del Lobo, una emboscada a sus adversarios, con fuerzas numerosísimas, hábilmente escondidas en la maleza.

En aquel mismo barranco, en que como hemos visto, se habían detenido los dos estudiantes y la gitana, al oír los primeros cañonazos.

—¡Carmelo!

—¿Qué quieres que hagamos, amigo mío? —respondió el joven ingeniero.

—No me es posible estar quieto mientras destrozan a nuestros compatriotas —dijo Pedro con voz alterada.

—Te harías matar inútilmente. ¿Qué auxilio podríamos prestarles? ¿El de un pistolón y dos yataganes? ¿Crees que yo no estoy nervioso?

—Los nuestros son llevados a una emboscada.

—Es evidente, pero a nosotros sólo nos toca presenciar la lucha y echar a correr si los rifeños vencen a los nuestros.

Un violento tiroteo, acompañado en seguida de algunos cañonazos, les impidió proseguir aquel diálogo.

En el profundo barranco del Lobo, que conducía a una de las subidas del Gurugú, se combatía ferozmente.

Una fuerte vanguardia española, perteneciente a la división Sotomayor, que en aquellos días operaba por los primeros contrafuertes de la montaña fatal, había caído en una emboscada hábilmente preparada por los moros.

Destacada del grueso de la columna que tenía que defenderse de millares y millares de jinetes que cargaban furiosamente, encontróse de pronto cogida entre dos fuegos que partían de las dos laderas del barranco.

En vano el resto de la columna trataba de acudir en ayuda de los desgraciados, destinados a dejar sus cuerpos en el barranco, para que sirvieran de pasto a las hienas, leones y chacales. De todos los sitios del barranco del Lobo salían fogonazos que se sucedían sin interrupción.

Gritos feroces de ¡muera el cristiano!, confundíanse en las detonaciones que repercutían violentas mezcladas con las voces de los pobres atacados, que trataban de abrirse paso con desesperados ataques a la bayoneta, gritando: ¡viva España!...

El grueso de la columna, amenazado por todas partes de millares y millares de enemigos, que intentaban cogerlos, había tenido que abandonar a aquellos valientes.

Hasta la artillería había sido impotente para hacer retroceder a los montañeses, a pesar del miedo que tenían a las granadas y a la metralla; los artilleros se retiraban, temblando de rabia, a través de un terreno difícil, amenazados continuamente de un total exterminio.

Y sin embargo, en la mañana y tarde del día anterior, el globo militar había señalado por dos veces ausencia de moros, pero después no se había vuelto a saber nada de él ni de los tres oficiales que le tripulaban, y quizá había caído bajo el fuego cruzado y por primera vez bien dirigido de los

rifeños.

Pedro, pálido como un muerto, cubierto de sudor, escondido entre la maleza del fondo del terrible barranco, seguía con ansia extrema el desarrollo del combate, y no cesaba de interrogar a Carmelo:

—¿Pero no podrían a bayonetazos abrirse un sangriento surco y unirse al resto de la columna?

El joven ingeniero, no menos pálido e impresionado ante aquel desastre, contestaba invariablemente:

—¡Es imposible... En su retirada serían perseguidos por los jinetes moros ansiosos de emplear su sable!

—¡Echemos piedras sobre la cabeza de los rifeños!

—Caerían también sobre los nuestros. ¿Quieres tomar parte en la carnicería?

—¡No, no! —exclamó el joven, a quien se le saltaban las lágrimas, y que tenía unos rabiosos deseos de saltar con el pistolón y el yatagán a la espalda de aquellos millares de moros.

—Entonces cierra los ojos, si no tienes el valor de asistir a una matanza.

—Sí —añadió la gitana—, cierra los ojos, porque el espectáculo es horrible.

Y era en efecto horrible el tremendo espectáculo que se ofrecía a los ojos, bañados de lágrimas, de los dos estudiantes.

La vanguardia, abandonada a su suerte, sacrificábase generosamente para dar tiempo al resto de la columna a desembarazarse de las nubes de jinetes moros y ponerse en salvo.

Los ataques a la bayoneta sucedíanse unos a otros. Aquellos valientes muchachos trepaban por las laderas del barranco, echándose a ciegas en medio de las malezas, en las cuales estaban escondidos los moros, pero su fuego infernal les sorprendía en todas partes, destrozando los pelotones.

A medianoche, cuando la luna en lo alto del firmamento iluminó con sus

plateados rayos el barranco del Lobo, la vanguardia, horriblemente diezmada, combatía con un frenético valor.

El resto de la columna había desaparecido ya en la sombra, hacia Tetuán, disparando cañonazos contra la caballería rifeña que la seguía acosando.

Las detonaciones se iban haciendo más débiles; parecía que los Schneider hubiesen perdido la voz y la potencia destructiva.

A la vanguardia, aquellos estampidos les sonaban como si tocaran a muerto, y aquellos valientes, ya resignados, después de haber consumido todas sus municiones, y después de multiplicar los ataques, seguían cayendo bajo los disparos de los moros, llenando el fondo del barranco.

—¡Carmelo! —exclamó Pedro, presa de un verdadero acceso de desesperación—. ¡Huyamos!... No asistamos a la escena final del sangriento drama.

—Sí, huyamos —contestó el joven ingeniero, que no había perdido la sangre fría—. Esos valientes están perdidos y sólo Dios podría salvarlos. Ven, Zamora, alejémonos antes de que los vencedores suban hasta aquí y nos cojan...

La voz del cañón se hacía de cada vez más débil. Los artilleros, impotentes para dominar la caballería rifeña huían replegándose sobre el grueso de la columna, que bajaba los áridos primeros contrafuertes del Gurugú.

En el barranco, los pocos supervivientes, seguían luchando desesperadamente, cogiendo a los compañeros caídos en la pelea los cartuchos que aún les quedaban sin disparar, y morían como valientes bajo el fuego infernal del enemigo.

Se dice que en el barranco del Lobo sucumbieron ochocientos soldados, después de una lucha homérica, pero quizá nadie ha sabido nunca el número exacto de ellos.

Los dos estudiantes, con el corazón traspasado, huyeron a través de la espesura, llevando de la mano a la gitana.

Trataban de ponerse en salvo en los primeros contrafuertes de la montaña maldita, que, bañada por la luna llena, parecía aprobar la matanza que los

rifeños, sus habitantes, estaban llevando a cabo.

Subían del barranco nubes de pólvora, esparciendo un fuerte olor, atravesadas por continuos fogonazos.

—¡De prisa! ¡De prisa! —gritaba Carmelo continuamente.

Subieron a la carrera una colina cubierta de bosque, mientras los últimos tiros destruían los pocos supervivientes de la vanguardia, y en seguida bajaron a un barranco profundísimo.

De repente, un grito de estupor se escapó de sus gargantas.

En la otra vertiente elevábase majestuosamente un gran globo perteneciente, sin duda, al parque aerostático de los españoles, conservando casi una inmovilidad absoluta, porque le arrastraba por el suelo una larga cuerda.

Como la luna le daba de lleno, brillaba como un gran globo de plata.

—¿Podrá llevarnos a los tres por el aire? —preguntó Pedro.

—Los globos militares tienen, por lo general, un volumen capaz de llevar hasta cinco y seis personas. Y además, encontraremos seguramente algún lastre y quizá algunas armas.

—Que descargaremos contra los bandidos que han macheteado a los nuestros en el barranco, ¿verdad, Carmelo? —preguntó Pedro con los ojos brillantes.

—No les dejaremos descansar —contestó Carmelo, lanzándose el primero a la escala.

Su compañero y la gitana, que no denotaba emoción alguna ante aquel viaje aéreo, le habían seguido, apresurándose todo lo que podían, porque ya casi no se oían tiros en el barranco.

En medio minuto, los dos estudiantes y Zamora llegaron a la barquilla, que no contenía ser viviente alguno.

—Corta el cable del ancla, Pedro —dijo Carmelo, que estaba haciendo un rápido inventario de lo que llevaba el globo militar.

—¿Y después?

—Hay otra de repuesto. ¡Corta, corta!... Que los bandidos ya salen del barranco, después de terminada la carnicería.

Pedro con un golpe de yatagán cortó el cable y el globo dio en seguida un gran salto en el aire, saludado por algunos disparos que afortunadamente no dieron en el blanco.

En la barquilla, además de varios objetos como gemelos, brújulas, termómetros y barómetros, había seis sacos de lastre y una caja que debía contener algo de gran importancia para los fugitivos. Los dos estudiantes, oyendo silbar las balas a no mucha distancia, volcaron rápidamente los sacos de arena.

El globo descargado de un peso de unos cuantos centenares de kilos, dio un segundo y más impetuoso salto en el aire, alcanzando en un instante una altura de dos mil metros.

CAPÍTULO XX. A BORDO DE LA «NUMANCIA»

Los rifeños, después de realizada la carnicería, subían al monte al galope camino de sus aduares para hacerse curar las heridas de arma blanca y de bala.

Muchos, muchísimos, llevaban cadáveres atravesados en la silla para enterrarlos en las cercanías de las *cubas*, pues tenían la costumbre de no dejar casi nunca sus compañeros en poder del enemigo.

—¿Nos está empujando el viento hacia el monte? —preguntó Zamora— a mi me parece que el globo está inmóvil, que no se mueve en absoluto.

—Y por el contrario corremos más rápidamente que los caballos —contestó Carmelo—. Y eso que el aire apenas se mueve; si soplara un poco de viento, en pocas horas nos encontraríamos en las faldas y en la cumbre del monte.

—¡La *Numancia*! —exclamó en aquel momento Pedro que lo registraba todo.

—¿Qué es eso?

—El nombre del globo, está grabado a fuego en la caja y en el borde de la barquilla.

—Nuestros compatriotas le han dado el nombre de uno de nuestros mejores cruceros.

—¿Qué les habrá pasado a los oficiales que lo tripulaban?

—Esto es lo que estoy preguntando —respondió Carmelo—. Al oír los tiros en el barranco, habrán bajado para darse cuenta de lo que pasaba, y se habrán alejado imprudentemente del globo, y aquellos valientes, sorprendidos por los rifeños, habrán sido asesinados y después precipitados en el abismo.

—Han cometido una verdadera imprudencia.

—Evidente. Debían haber dejado a uno de ellos en el globo. ¡Maldita guerra que mata a tantos jóvenes!

—Entonces deja que los moros bajen a Melilla, macheteen a la guarnición, rapten a las mujeres y los chiquillos y saqueen y prendan fuego a todo.

—¡Es verdad! Quizás sea una cosa verdaderamente necesaria. ¡Veamos qué es lo que contiene la caja!

—Viveres y botellas.

—¿Será verdad que habrá llegado el momento de satisfacer el hambre y apagar la sed?... Porque hasta el presente momento hemos ayunado de firme en este maldito Rif.

Había abierto la caja y escudriñado su contenido. Había cuatro botellas que parecían contener Alicante o Málaga, pan, dos pollos asados, varios paquetes de tabaco y papel y tres revólveres.

—¡Lástima que aquel sangriento espectáculo me ha quitado el apetito! —exclamó Pedro empujando—. Es mejor que beba. Por ahora al menos, no podría pasarme un bocado por la garganta.

—Ni por la mía —añadió Carmelo—. Si tienes ganas, Zamora, empieza con un pollo.

—Cuando comáis vosotros —contestó la gitana.

En la caja había vasos y un sacacorchos.

Pedro que tenía debilidad destapó una botella de un exquisito Alicante, y sirvió a sus compañeros que se encontraban bastante fatigados.

—¡Por el triunfo del ejército español! —gritó Carmelo chocando los vasos—. ¡Que pronto tengamos un gran desquite! Se encuentran ya al pie del Gurugú, lo cual quiere decir que han rechazado a los rifeños de los contornos de Melilla.

—¿Tratarán de ocupar el monte?

—Estoy seguro de ello —contestó Carmelo—. Los aduares más importantes se encuentran en sus valles y si los nuestros lograsen destruirlos a todos, los rifeños acabarían por deponer las armas a pesar de su testarudez.

—Nosotros llegaremos allá arriba antes que ellos.

—El viento tiende a aumentar y la *Numancia* apresura su marcha.

—¿Y Janko y la *Bruja de los Vientos*? Nos hemos olvidado de uno y otra.

—No lo creas —dijo la gitana—. Pienso continuamente en ellos.

—¿Estarán subiendo también al Gurugú en busca del talismán?

—Estoy casi seguro de ello —dijo Carmelo— pero llegarán demasiado tarde. Sólo en el diseño trazado en el pañuelo se puede encontrar la tumba del primer rey de los gitanos y Janko no lo tiene ni ha pensado jamás en robármelo.

—¿Crees que descubrirás la sepultura?

—Sí, Pedro.

—Con tal de que el globo no descienda antes de llegar a lo alto del Gurugú.

—Está demasiado bien provisto de gas.

—¿A qué altura nos encontramos?

—A unos dos mil metros.

—Me parece que hay algo de niebla en el monte —dijo Pedro.

—Es verdad, y por eso tomo mis medidas para bajar antes de que el viento haga chocar la *Numancia* contra algún picacho. ¿Hay otra ancla, verdad?

—Sí, Carmelo.

—Átala fuertemente al cable, después suéltalo todo.

—¿Hasta la escala?

—Hasta la escala.

—¿No quieres pasar, entonces, por encima de la cumbre del Gurugú?

—Nada de eso. Tendríamos que pasar no pocos apuros para bajar, pues según dicen la cumbre está cortada a pico.

Desató una cuerdecita que estaba atada a la baranda de la barquilla y dio un fuerte tirón.

—¿Qué haces, Carmelo? —preguntó Pedro al oír unos ligeros estallidos.

—Estoy vaciando el globo —contestó el ingeniero que se había apresurado a tirar el cigarrillo—. Os recomiendo que no encendáis ni siquiera un fósforo, porque encima de nuestra cabeza tenemos un polvorín pronto a estallar.

—¿Es gas es eso que se escapa?... Vaya un negocio que haríamos si se prendiese fuego.

La *Numancia* se mantuvo a la misma altura durante cinco o seis minutos, pero en seguida empezó a descender balanceándose.

El hidrógeno se escapaba rápidamente a través de la válvula de seguridad, apestando el aire y empezaban a formarse en la seda grandes pliegues.

Pedro, ayudado de la gitana, que siempre quería mostrarse útil en algo, pues era muy fuerte, había arrojado el ancla y la escala. El viento había aumentado y arrastraba el aeróstato en una carrera casi violenta.

—Mil novecientos, mil ochocientos... mis seiscientos... —iba diciendo Carmelo, que no apartaba la vista de los barómetros colgados de la barquilla—. Bajamos rápidamente.

—¿No nos romperemos la pierna al chocar contra las rocas? —preguntó Pedro, a quien molestaba mucho el fuerte olor a gas.

—No lo creo.

—¿Habías subido otras veces en globo?

—No, pero un ingeniero debe entender algo de estas cosas.

La *Numancia* había dado otro salto hacia abajo, balanceándose de un modo inquietante.

—Mil metros —dijo Carmelo—. Dentro de diez o quince minutos estaremos en tierra.

—No se ve nada.

—Hay una espesa niebla. Esto es una gran cosa porque de este modo los moros no nos verán bajar.

—Pero nosotros no veremos donde bajamos.

—Cuando os dé la orden, abandonaréis la barquilla, subiendo por la malla de la red, pero yo creo que el ancla agarrará fuerte antes de que el viento nos eche en lo más alto del Gurugú.

—¿Sabes, Carmelo, que el aterrizaje me da un poco de miedo?

—Los aeronautas tampoco se sienten del todo tranquilos cuando empiezan el descenso, y por lo mismo tus temores son perfectamente excusables. ¿Crees tú que yo estoy tranquilo por completo? Mentiría si te dijese que lo estoy.

—Quiera Dios que todo vaya bien y que no encontremos en seguida a esos bandidos prontos a saltarnos encima. Verdad es que ahora disponemos de tres revólveres y varias cajas de cartuchos.

—En donde descenderemos no encontraremos ser viviente alguno —respondió Carmelo, soltando ya la cuerda de las válvulas, para que no tuviese lugar un choque demasiado brusco.

La *Numancia*, forcejeaba en medio de oleadas de niebla que la saltaban de todas partes, aumentando repentinamente de peso con su humedad.

Seguía balanceándose de un modo alarmante, y había momentos en que parecía querer precipitarse de golpe y estrellarse contra el suelo.

Carmelo trataba en vano de ver algo. ¿En dónde se encontraban en aquel

momento? Era imposible saberlo si el sol no acudía, junto con el viento, a echar aquellas masas de vapor de agua.

—Creo que hemos rebasado la zona de los bosques, y por tanto caeremos en un terreno descubierto, y todo irá bien si no encontramos rocas.

La *Numancia*, aunque casi vaciada del todo, seguía corriendo con bastante rapidez, sostenida por el viento, dando de vez en cuando saltos bruscos.

De pronto tuvo lugar un choque que parecía arrancar la red y destrozar la barquilla que era de mimbre.

Pedro y la gitana estaban a punto de lanzarse hacia el aro de la red, cuando Carmelo les sujetó gritando:

—El ancla ha mordido. ¡Ahora ya no se escapará el globo!

—¿Podemos bajar?

—Esperad que primero se escape todo el gas.

—¿Lo vacías del todo?

—Es necesario, Pedro. Coged los víveres, las armas, el tabaco, estas tres mantas de lana que están amontonadas en este rincón y bajemos.

—No olvidemos nuestros yataganes —dijo la gitana—. Quizá nos sean más útiles que las armas de fuego. Y la lámpara tampoco.

—Tienes razón, Zamora —contestó Carmelo—. ¿Estáis dispuestos?

—Sí.

—Pues, en marcha.

Salió, el primero, de la barquilla, llevando su parte de carga, y se puso a bajar rápidamente por la escala.

En menos de medio minuto estuvo en el suelo.

Como había previsto, el ancla habíase clavado fuertemente en un grupo de rocas. En torno no se veía planta alguna.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Pedro—. ¿En la Luna?

—Entre rocas, al parecer —contestó Carmelo—. Mientras no se retire la niebla no sabremos nada.

—¿Podrás encontrar el sitio donde se encuentra enterrado el famoso talismán con su rey momificado?

—Estoy casi seguro de ello —contestó el joven ingeniero—. En la barquilla habrá brújulas que nos ayudarán en grado extremo para orientarme con las líneas trazadas en el pañuelo.

Habían dejado el grupo de rocas, después de haberse asegurado perfectamente del anclaje y al encontrar un sitio bastante plano extendieron la manta de lana y encendieron la lámpara con gran reflector que debió servir a los aeronautas para hacer señales.

Pusiéronse a comer, sin pensar en Siza-Baba, en Janko, ni en los bandidos de los montes que aprovechando la niebla podían acercarse sin ser vistos y darles una mala sorpresa.

Entretanto, el globo forcejeaba con los últimos movimientos de la agonía, a unos cincuenta metros de distancia.

Los pliegues hundíanse de cada vez más, prolongándose desmesuradamente hacia la barquilla, y por la válvula se escapaban los últimos residuos del hidrógeno apestando el aire.

No obstante, aún hubo algunas sacudidas, causadas más que por nada por el viento y trataron de subir, pero a los pocos segundos volvían a descender.

Los dos estudiantes y la gitana que estaban terminando su cena, regada con una botella de Málaga, vieron cómo forcejeaba dos o tres veces, daba una vuelta sobre sí mismo y luego caía bruscamente al suelo, destrozando la barquilla contra la punta de una roca.

La *Numancia*, al menos de momento, había muerto.

—Menos mal que nosotros no nos encontrábamos en la barquilla —dijo Pedro—, pues si llegamos a estar en ella no sé cómo veríamos ahora

nuestras pobres piernas. ¡Se ha destrozado toda! Estoy seguro que hasta las dos cajas han sido destruidas. ¿Y los instrumentos se habrán roto también?

—He tenido la precaución de coger una brújula antes de saltar a tierra.

Bromeando y fumando trataban de engañar el tiempo, esperando que la niebla se despejase y apareciese el sol.

Hacía un poco de frío en el monte y el viento soplaba con bastante violencia, oyéndose sus murmullos en los bosques de encinas y alcornoques.

Hacia las cuatro de la mañana la niebla, rasgada por una potente ráfaga que subía impetuosa del llano, empezó a desvanecerse.

El astro diurno estaba a punto de salir.

El mar, hacia Melilla, orientado hacia el Este, empezaba a brillar, tomando tonos terrosos para pasar rápidamente a los del oro.

La luz avanzaba empujando, desvaneciendo las tinieblas, siempre callada, pero siempre potente e invencible sobre la noche, su rival.

Por el cielo, que se teñía de rosa, desfilaban grandes bandadas de cigüeñas de largo pico y plumas blancas.

Los montes perfilábanse claramente, con sus flancos de roca, cortados a pico en ciertos puntos, y con sus soberbias cumbres, desde las cuales los rifeños habían observado impunemente, durante siglos, la pequeña fortaleza española.

Carmelo echó en seguida un cigarrillo, y sacó el famoso pañuelo de seda, aún en buen estado, a pesar de sus doscientos y pico de años, y la brújula que había cogido en la barquilla de la *Numancia*.

Después de extender el pañuelo sobre la manta, lo examinaba atentamente.

—¿Entiendes estos garabatos? —preguntó Pedro que miraba con curiosidad aquella antigualla.

—Creo haberlos descifrado y me parece que no me he equivocado —contestó el joven ingeniero—. Hace tres meses casi que me rompo la cabeza sobre ellos, ¿verdad Zamora?

—Sí, Carmelo —contestó Zamora con voz dulcísima.

—¿Y estás seguro de poderte orientar? —preguntó Pedro.

—Con la brújula, sí.

—¿Estará lejos esa sepultura?

—Menos de lo que creemos. Quizá no la encontraremos hoy mismo, porque tengo que hacer muchas observaciones bajo la tercera cumbre del Gurugú que está señalada claramente en el pañuelo.

—¿Mira, no ves aquella mancha blanca que resalta tan vivamente sobre el fondo gris de las rocas, tres o cuatrocientos metros encima de nosotros? —dijo Pedro.

—Sí, se trata de una *cuba*, ¿dónde no las hay en Argelia, en el Rif o en Marruecos? En estas tierras abundan los santones, que por lo demás no son más que locos y a veces locos peligrosísimos.

—Se me ocurre una idea.

—Dila.

—¿No estará allí enterrado el rey de los gitanos?

—Es imposible, pues no debió ser un verdadero mahometano y si así fuera cuántos no habrían ido a registrarla con la esperanza de encontrar el famoso talismán y sobre todo las riquezas que el viejo gitano tuvo la idea de llevarse al otro mundo. De todos modos, como aquel edificio se encuentra en una de las líneas del pañuelo, iremos a visitarle.

—¿Volveremos aquí a acampar?

—No, nos lo llevaremos todo, porque puede ser que tengamos que ir más lejos, ya que lo más alto del Gurugú se encuentra a una altura de ochocientos o novecientos metros encima de nuestras cabezas.

Arrollaron las mantas, cogieron las armas y las escasas provisiones que les habían quedado, y después de echar una última mirada hacia los bosques frondosísimos, por donde podían surgir, de un momento a otro pelotones de jinetes, empezaron a andar, dejando a su derecha la inmensa mole de la *Numancia*.

La montaña estaba llena de rocas enormes en desorden.

En cambio, encontrábanse pequeñísimas plantas, algunas raquílicas chumberas y grupos de áloes floridos que esparcían en torno penetrante perfume.

Los dos estudiantes y la gitana avanzaban cogiendo de vez en cuando algún que otro higo bien maduro para comérselo más tarde.

Ágiles los tres, trepaban como cabras, dando vueltas a enormes montones de grandes rocas.

El sol quemaba y su luz cegaba, no habiendo ni siquiera un palmo de sombra.

Poco a poco, cogiendo higos y descansando con frecuencia, los buscadores del talismán avanzaban hacia la *cuba* que parecía recién encalada, tan blanquísima era.

Hasta las diez el pequeño pelotón no llegó allí.

No difería en dimensiones y forma de todas las otras que dan aspecto pintoresco a las campiñas marroquíes y como todas tenía también una pequeña cúpula.

La puerta estaba abierta, de modo que los dos estudiantes y la gitana pudieron entrar tranquilamente sin necesidad de empuñar los revólveres de los oficiales de la *Numancia*.

—¡Cuánta porquería! —exclamó Pedro—. ¡Esto no es más que un nido de pulgas!

—Y de pulgas hambrientas desde hace meses, prontas a chuparnos vivos —contestó Carmelo.

Tenía razón en prepararse a huir en seguida, porque allí dentro, encima

quizá de la tumba de algún santón, no había más que tres o cuatro alfombras descoloridas y deshilachadas que debían de estar llenas de pulgas.

Era el único adorno de la casucha, la cual no contenía ni siquiera vasos de barro.

—Huyamos —dijo Pedro, dando tres o cuatro saltos bien lejos para escapar de aquellas insectos—. Seguramente no habrá sido enterrado aquí el primer rey de los gitanos.

—Ya te he dicho que encontraremos su esqueleto escondido en una cueva —dijo Carmelo—. El pañuelo lo señala todo perfectamente con una claridad tan maravillosa que parece imposible.

—¿Dónde está ese sepulcro?

—No debe estar muy lejos de aquí. Tú, Zamora, que posees la orientación propia de todos los gitanos, ayúdame.

—Creo que nos encontramos bien cerca de la cueva...

Alejáronse más que de prisa de aquel nido de pulgas y prosiguieron la marcha, observándolo todo atentamente.

El joven ingeniero sacaba de cuando en cuando el pañuelo y echaba encima de él una larga mirada observando después la brújula y proseguía la marcha, demostrando una perfecta tranquilidad.

Subieron así, a través de enormes montañas de rocas, otros doscientos metros, y después el Ingeniero se detuvo mirando una roca aislada de unos cincuenta metros de altura.

También Zamora la miraba.

—¡Adelante! —ordenó, casi impetuosamente, el joven ingeniero, que avanzaba con el pañuelo desplegado en la mano—. Si no encontramos el talismán en aquella roca, no lo encontraremos jamás.

Pusiéronse a escalar con gran entusiasmo otros montones de rocas, a pesar del calor asfixiante, de la falta casi absoluta de brisa, y a la media hora llegaban a la roca que como hemos dicho estaba aislada, de unos

cincuenta metros de altura y una base de unos cien.

Roca completamente desnuda, sin un matojo, gris y lisa, por lo menos a primera vista.

—No puede haber sido sepultado más que aquí —dijo Carmelo.

Empezaron a dar la vuelta a aquella especie de escollo, observándolo atentamente. Tenían ya miedo de haberse equivocado, cuando Zamora, dando un verdadero salto, de pantera, lanzóse hacia un punto de las rocas gritando:

—¡La señal! ¡La señal de los gitanos!

—¿Dónde? —preguntó Carmelo.

—Allí, junto a aquella ligera cortadura que baja de lo alto. Es una de tantas señales que nosotros trazamos a lo largo de la carretera cuando emprendemos nuestras emigraciones.

—Enséñamela.

—No te indicará nada...

—No importa.

—Mira...

En la roca, con una punta metálica habían sido grabadas tres líneas cortadas trasversalmente por otra con un minúsculo triángulo a un lado.

—¡Sí, aquí, aquí está! —gritó Zamora—. El talismán que me devolverá el poder supremo, robado a mi madre, sobre todas las tribus de España, está aquí dentro. Conozco nuestras señales, enseñadas sólo a los jefes de tribus y a la reina.

—¿De manera que aun cuando Janko hubiese llegado hasta aquí, no habría comprendido nada? —dijo Pedro.

—Absolutamente nada.

Entretanto, el ingeniero, armado de un yatagán, observaba atentamente la rajadura, que cruzaba con otra, unos cuantos metros más arriba.

Metió la afilada hoja por un sitio y otro, removiendo la tierra que la llenaba.

De pronto volvióse hacia Pedro.

—¿Cuántos cartuchos tenemos?

—Doscientos por lo menos.

—Preparemos una mina y destrocemos esta pared. Necesitaríamos unos picos que desgraciadamente no tenemos.

—¡Manos a la obra! —contestó Pedro—. Deja primero que decapite una botella y eche un trago.

—Y hasta dos si quieres, pero date prisa.

CAPÍTULO XXI. EL TALISMAN

Sólo al cabo de dos horas largas, los dos estudiantes, útilmente ayudados por la gitana que tenía músculos de acero, dejaron preparada la mina.

No tenían mecha alguna, pero sí mucho papel para cigarrillos y mucho tabaco.

—Si se tratara de dinamita no me atrevería a exponeros a este peligro —dijo el joven ingeniero—. Pero así no saltará toda la roca y no estaremos expuestos a la explosión por que la mina que he fabricado no tendrá fuerza para levantar los fragmentos de la roca.

—¿Y si no produjese efecto alguno? —preguntó Pedro, que hacía cigarrillos a gran velocidad, para que sirvieran bien o mal, de mecha.

—Entonces veremos el modo de penetrar dentro de la roca por otro procedimiento.

—¿Abriendo brecha con el yatagán?

—Hasta de este modo si es preciso.

—¿Nos dejarán realizar la obra los moros?

—¿Para qué han de subir aquí arriba, cuando tienen que defender sus aduares y sus poblados en las faldas de la montaña?

Pedro meneó la cabeza, diciendo:

—Y sin embargo tengo un presentimiento que no es muy agradable.

—¿Que nos vuelvan a coger?

—Sí.

El joven ingeniero iba a contestar cuando allá abajo, en el llano, estalló un

furioso cañonazo que repercutió en bosques, y valles.

Eran veinte o treinta cañones que hacían un fuego infernal contra los aduares y casas de piedra de los rifeños.

Veíanse estallar las granadas en abundancia, lanzando hacia lo alto humo y llamas.

—¡Los nuestros atacan el Gurugú! —exclamó Carmelo que observaba atentamente—. Se conoce que quieren tomar un terrible desquite por la emboscada del barranco.

—¿Crees tú que lo conseguirán? —preguntó Pedro, pálido de emoción.

—La guerra tiene siempre grandes y terribles sorpresas, aún en el caso en que los nuestros se encuentren bien decididos a dar un fuerte empujón, y suponiendo que sean lo bastante numerosos para dar a los moros una severa lección que les haga estar tranquilos durante varios años.

—¡Mira, mira más allá de los bosques! ¡Humo y llamas!

—Los aduares arden y las casas de piedra son echadas abajo como castillos de naipes.

—También nosotros haremos nuestra parte de ruido —dijo Pedro, echando en el agujero que había hecho media docena de cigarrillos—. ¿No somos también españoles?

—Marchaos —dijo Carmelo—, yo prenderé fuego a la mina, dad la vuelta a la roca y no tengáis miedo.

—¿No saltarás también tú con esta mecha de nuevo género?

—Yo me reuniré en seguida con vosotros.

Mientras Pedro y la gitana huían, el joven ingeniero se quitó el cigarrillo que tenía en la boca y lo puso a continuación de los que tenían que servir de mecha.

Cuando vio que empezaba a arder, huyó a su vez, yendo a reunirse con sus compañeros que ya se habían puesto a salvo al otro lado de la roca.

—¿Estallará?

—Así lo creo. Soplaban un poco de aire, el tabaco arderá y llegará a la pólvora.

—¿No nos caerá encima la parte alta de este pilón de azúcar?

—¡Qué ha de caer! No hemos puesto en el agujero un barril de pólvora.

—Siempre he oído decir que las minas suelen gastar malas bromas.

—Te repito que no hay peligro alguno.

Al cabo de poco tiempo estalló una sorda detonación en la otra parte de la roca, detonación que fue ahogada bastante a causa del ruido de la artillería española que parecía acercarse rápidamente, atacando a fondo aduanas y poblados.

—¡Ha estallado! —gritó Carmelo—. ¡Corramos!...

Volvieron a dar la vuelta y se detuvieron donde Zamora había descubierto la señal de los capitanes de las caravanas de gitanos.

Como había previsto el joven ingeniero, por estar la mina poco cargada, sólo se había abierto un pequeño boquete semicircular a una altura de unos tres metros, lo suficientemente ancho para dejar paso a una persona aunque fuera muy gruesa.

—No esperaba tanto —dijo Carmelo— enciende la lámpara, Pedro.

—Ya está —contestó el futuro abogado.

Carmelo la cogió y la entregó a Zamora junto con un revólver, diciéndole.

—A ti te corresponde el honor de entrar primero que nadie en la sepultura del rey de los gitanos... Nosotros te seguiremos.

—Gracias —contestó Zamora, cuyos ojos brillaban con luz intensa, casi fosforescente.

Ágil como un gato montés, escaló la roca y desapareció dentro del agujero semicircular.

Los dos estudiantes, le siguieron impacientes por saber si la fortuna les había ayudado o si todo se había perdido.

Se metieron en el agujero en el preciso momento en que sonaban unos tiros de revólver.

—¡Diablo! —gritó Carmelo dejándose caer en una cueva circular, en cuyo centro descubríase un féretro de piedra de dimensiones gigantescas.

—¿Sabes quien dispara?

—He hecho fuego a una serpiente —dijo la gitana con voz tranquila. Ha caído allí con la cabeza rota.

Ninguno tuvo el capricho de preguntarse cómo había podido entrar allí dentro aquel reptil. Probablemente, debió entrar por algún agujero que había escapado a las miradas de todos no siendo admisible, aunque aquellos animales resisten mucho tiempo sin comer, que hubiera sido metida allí dentro junto con el cadáver del rey de los gitanos.

Los dos estudiantes y Zamora habíanse precipitado hacia el féretro encima del cual había la señal, tres líneas atravesadas por otra y un semicírculo triangular aparte.

Un grito formidable escapóse a los dos estudiantes.

—¡Victoria! ¡Victoria!... ¡El talismán, el talismán!...

Cogieron la tapa del ataúd, y a pesar de ser muy pesada, la echaron al suelo.

—¡Luz, Zamora, luz!... —gritaron.

La gitana, presa de una violentísima emoción, alzó en seguida la lámpara.

Dentro de la tumba, toda de piedra y toscamente labrada, apareció un esqueleto de dimensiones casi gigantescas que descansaba encima de un verdadero lecho de diamantes, rubíes, esmeraldas y turquesas.

Entre las costillas tenía un extraño emblema en forma de una pequeña ballesta de oro con filas de perlas.

—¡El talismán! —gritó la gitana, cogiéndole.

Al mismo tiempo, a causa del movimiento del aire, todos los huesos del cadáver convirtiéronse en polvo impalpable. El esqueleto había desaparecido, Zamora tenía el talismán en sus manos y lo contemplaba con ardiente mirada.

—¡El poder!... ¡Ahí está el poder! Todas las tribus gitanas de España estarán ahora a mis órdenes, como lo estuvieron a las de mi madre...

Volvióse hacia Carmelo, y contemplándole con una mirada llena de amor, le dijo en voz dulcísima:

—A ti te debo la fortuna... y te amo. ¡Oh, cuánto te amo!...

—Y yo también, Zamora —contestó el joven ingeniero, mientras Pedro metía ávidamente las manos entre las piedras preciosas, haciendo brillar diamantes, rubíes y esmeraldas a la luz de la lámpara—. ¿Quieres concederme tu mano?

—Soy una gitana, piénsalo bien...

—Eres hermosa como un rayo de sol.

—¿Y si algún día te arrepientes? Ya sabes que tus compatriotas desprecian a las gitanas.

—Te amo y me basta. Si alguien tiene que decir algo acerca de nuestro matrimonio, no soy de aquellos que se quedan quietos ni callados.

—Ya lo sé, Carmelo mío —contestó la gitana—. Entonces, siguiendo el rito de los gitanos de Sevilla, romperemos un cántaro.

—Amigos míos —dijo Pedro—, ¿habéis acabado ya? Por mucho ruido que haga haciendo saltar estas piedras preciosas no logro nada, porque todas vuestras palabras llegan a mis oídos. Pero si queréis me convertiré en sordo como una piedra y seguiré removiendo estas piedras mientras vosotros proseguís vuestra conversación. Oye, Carmelo, tú que eres ingeniero de minas, y por lo tanto más práctico que yo, ¿cuánto valdrá este tesoro?

—Creo que hay aquí, lo menos, un par de millones. Son piedras

excelentes y muy bien talladas.

Pedro dio tres o cuatro saltos en torno de la tumba, agitando los brazos como un loco.

—¡Millones! ¡Millones! ¿Es posible que un estudiante de Salamanca pueda llegar a ser tan rico?

—Como ves no ha sido un sueño, puesto que este tesoro, siendo de Zamora, será también mío, y nosotros no te olvidaremos y podrás volver a la Universidad con los bolsillos repletos.

—¿Un estudiante rico? ¡Qué dirán en Salamanca!

—Que has hecho una gran fortuna dando conciertos en los montes del Rif.

—Ahora ya vuelvo a ser sordo y podéis reanudar vuestra conversación. Figuraos que no estoy.

—Ya no tenemos nada que decirnos, ya hemos terminado —dijo Carmelo.

—Veamos el modo de transportar hasta la plaza estas piedras preciosas. Aquí no tenemos madera para hacer unos cajones.

—La pediremos a nuestros compatriotas. Me parece que avanzan, pues el retumbar del cañón se oye cada vez más claro. Los minadores llevan siempre consigo algunas tablas y no nos negarán unas cuantas.

—Con toda seguridad... ¡Cómo no han de ayudarnos siendo compatriotas y encontrándonos en tierra extraña!

—¿Cuánto podrán pesar estas piedras?

—Por lo menos unos cuarenta kilogramos, porque hay muchas turquesas.

—Me atrevería a bajar el monte con tal peso, si por lo menos estuviesen metidas en un cesto.

—Dejémoslas aquí de momento y vayamos a ver cómo se desarrolla la batalla. Ahora ya nadie puede quitarnos ni el talismán ni el tesoro.

—Como aún tenemos dos botellas y unas galletas, podríamos comer.

—Como quieras, sempiterno tragón —contestó el joven ingeniero riéndose.

—Daremos fin a todo, puesto que nuestros compatriotas ya se van acercando.

Treparon hasta el agujero y después dejáronse resbalar a lo largo de la roca.

—Es una batalla importante —dijo Carmelo—. Me parece que en esta montaña se decidirá la suerte de esos crueles bandidos.

La artillería española, compuesta de varias baterías, disparaba con más violencia que antes, estallando sus granadas dentro de los profundos valles del Gurugú.

De vez en cuando oíanse a lo lejos descargas de fusilería.

—Subamos encima de la roca —dijo Carmelo—. Desde allí veremos mejor.

Aquella especie de pilón de azúcar, como le había llamado Pedro, se prestaba muy fácilmente a ser escalado, por tener muchas resquebrajaduras de donde salían raíces de áloes.

Ayudándose el uno al otro, en menos de un minuto los dos estudiantes y la gitana encontráronse arriba.

Sus miradas podían espaciarse mucho más, llegando a la gran faja de los bosques.

Descubrieron en seguida llamas altísimas y nubes de humo que se elevaban por encima de los aduares y pueblos de los rifeños.

Los españoles habíanse decidido a la conquista de la maldita montaña que servía a modo de fortaleza a los moros, y el general Marina había lanzado contra ella diez y seis batallones de infantería, seis baterías y una fuerte sección de ingenieros.

Grandes masas de jinetes moros galopaban por el valle de los Beni-Sikar, intentando quizá algún movimiento envolvente, pero la artillería española los ahuyentaba sin descanso, echándolos poco a poco hacia, los pueblos en llamas.

—Es una verdadera batalla —repitió Carmelo—. Esta vez esos bandidos se llevarán su merecido si intentan un contraataque.

—No creo que se atrevan —añadió Pedro—. Huyen delante de las granadas y de la metralla. Mira cómo suben a la carrera la montaña, buscando probablemente un refugio en los bosques.

—¿Podrán llegar los nuestros hasta allí antes de la noche?

—No hay que esperarlo —contestó Carmelo—. La infantería es pesada y le costará mucho trabajo trepar por esas rocas, y mucho más peleando. Llegarán mañana o pasado. Entre tanto, las baterías seguirán, a fuerza de granadas, incendiando los aduares y demoliendo las casas de piedra de los jefes y caídes. Cuando el terreno quede libre, no hay duda que los nuestros llegarán hasta lo más alto del Gurugú para plantar allá arriba, a la vista de todas las tribus moras, la bandera de la patria.

Las descargas sucedíanse a las descargas hacia el barranco del Lobo, en donde los españoles habían emplazado sus baterías en una excelente posición.

Las granadas seguían lloviendo sobre las aldeas, prendiéndolas fuego rápidamente y derribando las casas con gran estruendo.

Pero faltaba mucho tiempo aún para que los diez y seis batallones llegasen a la cumbre del Gurugú. El general Marina que les guiaba, precedido del coronel Primo de Rivera, a la cabeza de cuatro compañías de la brigada disciplinaria, avanzaba sin apresurarse, acordándose de la emboscada del barranco del Lobo.

Y, sin embargo, no parecía que encontrase resistencia alguna, porque los jinetes rifeños, impresionados probablemente por la destrucción de sus caseríos, seguían huyendo hacia los bosques.

—Creo —dijo Carmelo— que pasaremos una noche tranquila. Hasta la niebla ha desaparecido y no sopla nada de viento. Fumaremos unos cuantos cigarrillos, dando guardia al tesoro.

—¿Y Janko? ¿Te has olvidado de él, Carmelo? —preguntó Pedro.

—Verdaderamente, debo confesarte que ya no me acordaba de él.

—¿Habrá sido metido a su vez dentro del vientre de una vaca para que se pudra?

—Si la bruja ha muerto, no me extrañaría que así fuese; pero no creo que aquella vieja haya exhalado el último suspiro. Como has visto, no hemos encontrado su cadáver.

—¿Sabes, Carmelo, que no hago más que pensar en la *Bruja de los Vientos* y en su protegido?

—¿Subiendo hacia acá?

—Eso te lo aseguro yo —dijo Zamora—; estoy segurísima de que Janko y la vieja no tardarán en aparecer.

—¡Diablo! —exclamó el futuro abogado—. Nuestros revólveres están cargados y encierran en ellos la muerte de veinticuatro personas. No he empleado todos los cartuchos en la mina.

—Has hecho perfectamente, Pedro.

El sol se estaba poniendo y los grillos reanudaban su molesta música.

En el cielo, que empezaba a cubrirse rápidamente de estrellas, perfilábanse las sombras de las copas de las encinas y alcornoques, que ni un soplo de viento agitaban.

La noche, no obstante, no tenía nada de tranquila. Tronaba el cañón, crepitaba la fusilería y alzábanse de continuo grandes llamaradas.

El cañón seguía retumbando en el barranco del Lobo, y más allá de los bosques el horizonte aparecía todo en llamas.

Aduares y pueblos eran lanzados al aire bajo las granadas con rapidez espantosa, impresionando a los últimos defensores del Gurugú, que ya no se atrevían a lanzar a la carga sus masas de caballería.

España, después de dos siglos, triunfaba sobre aquellas terribles e incorregibles aves de rapiña.

Los dos estudiantes, nada impresionados por el estruendo de la batería y sumamente cansados, habíanse envuelto en sus mantas de lana, por ser

frías las noches en lo alto del Gurugú, y no habían tardado en dormirse; pero Zamora velaba, presa de una viva inquietud. ¿Acercábase acaso Janko junto con la *Bruja de los Vientos*?

Tres o cuatro veces habíase puesto en pie para ver si alguien se aproximaba, pero parecía que los rifeños, demasiado ocupados en aquel momento, poniéndose en salvo con sus familias y su ganado, no pensaban en escalar el Gurugú, en cuyas cimas habrían podido organizar una formidable defensa, haciendo pagar bien cara la victoria al adversario.

De pronto, parecióle oír un vago rumor, entre el retumbar de los cañones, que seguían con encarnizamiento la destrucción de los refugios de los montañeses.

Quitóse la manta, aplicó su oído al suelo, que por ser de piedra debía dejar oír a gran distancia el chocar de las herraduras de los caballos rifeños, y escuchó largo rato.

—Sí, por allá abajo, siguiendo la línea de los bosques, pasa la caballería. ¿Subirá hacia aquí? ¿Para qué, si los españoles se encuentran aún en los primeros contrafuertes de la montaña?

Zamora, cada vez más inquieta, estaba a punto de despertar a los dos estudiantes, cuando vio una columna de jinetes rifeños subiendo al asalto con una furia espantosa.

—¡A las armas! —tuvo apenas tiempo de gritar—. ¡Los bandidos!...

Y la primera, más veloz que una liebre, metióse en el agujero semicircular, bajando a la tumba.

Carmelo y Pedro, despertados de repente ante aquel grito, preparábanse también a refugiarse en la tumba del rey de los gitanos, cuando siete u ocho hombres que parecían haber bajado silenciosamente de la montaña precipitáronse sobre ellos, sujetándolos antes de que hubiesen tenido tiempo de disparar un solo tiro.

Una voz, bien conocida de ellos, dejóse oír:

—¡Ja, ja! ¡Los dos jóvenes cristianos!... ¡Veremos si también esta vez escapan a la muerte!

Estas amenazadoras palabras las había pronunciado la *Hiena del Gurugú*, apareciendo de improviso delante de los dos desdichados cuando ya la habían olvidado.

El terrible bandido, viéndoles hacer esfuerzos sobrehumanos para librarse de sus soldados, que les tenían fuertemente sujetos, habíase puesto a reír a carcajadas.

—¡Por las barbas del Profeta! —exclamó—. Parece que vuestras fuerzas no han sufrido gran cosa, aunque os haya sometido a un suplicio capaz de destrozar a un gigante. ¡Y están limpios, sin una mancha de sangre! ¡Es milagroso!

—Pues a mí lo que me parece milagroso es tu llegada —dijo Carmelo, que había renunciado ya a toda lucha.

—¿Qué te creías, entonces? ¿Que te dejaríamos en libertad aquí arriba para señalar el camino a los perros rabiosos del general Marina? He dejado de tomar parte en varios encuentros para seguiros sin descanso...

Los cincuenta jinetes, que cargaban al galope como si se encontrasen en una llanura, habían llegado, formando un cumplido semicírculo en torno de los dos prisioneros.

Parecía que hubiesen intentado alguna sorpresa, quizá contra la artillería española, porque entre ellos había muchos heridos mal vendados.

La *Hiena del Gurugú* les pasó revista, cambiando algunas palabras con cierto número de ellos, y luego volvióse hacia sus prisioneros con el semblante hosco y los ojos inyectados en sangre.

—¡Ah! ¡Perros cristianos! —gritó con voz terrible—. Lo que es vosotros no escaparéis a la muerte.

—¿Tienes ahí dos vacas, o esta vez destriparás dos caballos para meternos dentro de ellos? —preguntó Pedro con ironía.

—Tengo algo mejor —contestó secamente el bandido—. La agonía será más larga y...

Habíase interrumpido, mirando fijamente a los dos desgraciados.

—Habéis costead el barranco del Lobo, porque hemos encontrado por allí vuestras huellas, y debíais ser tres en vez de dos.

—Te equivocas —contestó Carmelo, que quería salvar a Zamora—. Eramos nosotros dos solamente.

El bandido movió la cabeza, colérico, lanzó una blasfemia y después dijo:

—Tratáis de engañarme; erais tres, y el tercero debía ser la joven gitana de ojos ardientes.

—Desde que las hormigas, por un caso prodigioso, nos han permitido salir de la apestosa prisión, no hemos vuelto a verla.

—¡Ah! ¡Han sido aquellas endiabladas hormigas las que han roído el cosido! ¡Me lo había figurado!... Lo que me extraña es cómo no os han atacado a vosotros.

—Porque aquellos animales son menos crueles que vosotros —respondió Carmelo.

—Deja las hormigas y dime dónde está la gitana.

—¿Necesitas saberlo?

—Es posible.

—¿Quieres casarte con ella?

—Yo, no; pero habrá alguien que se case con ella.

—El otro gitano, el protegido de Siza-Baba, ¿verdad? —gritó Carmelo—. ¿Dónde está ese miserable?

—Cuando estés en el otro mundo, ya irás a buscarle contestó brutalmente el bandido.

—Deja que le mate antes de morir.

—No tengo tiempo disponible; dime dónde está la gitana.

—Te repito que no la hemos vuelto a ver.

—No quieres decírmelo, pero no me importa; ya sabremos encontrarla.

Y volviéndose hacia su gente, que tenían en las manos cuerda de pelo de camello, les dijo:

—Atad a los cristianos y seguidme con ellos.

En medio minuto los dos estudiantes, a pesar de haber intentado oponer una última resistencia, encontráronse con las piernas y las manos fuertemente atadas.

—En marcha —dijo entonces el jefe, bajando la montaña.

Los jinetes seguían detrás de los hombres a pie que conducían los prisioneros.

Allá abajo, en el valle, el cañón español seguía retumbando sin descansar anunciando nuevas destrucciones, y desde más allá de los gigantescos bosques, nubes de chispas volaban en alas de la brisa nocturna.

La *Hiena del Gurugú*, siempre blasfemando contra los malditos cristianos, detúvose, haciendo una señal urgente, ante la *cuba* que Carmelo y Pedro habían visitado antes.

Los prisioneros fueron metidos por la estrecha abertura que servía de puerta y echados rudamente encima de las viejas alfombras infestadas de millones de pulgas, horriblemente hambrientas y prontas a morder de un modo rabioso.

El jefe entró detrás de ellos, aseguróse con una rápida mirada de que en la pequeña prisión no había víveres ni armas, y luego volvióse hacia los dos desgraciados que forcejeaban furiosamente bajo las picaduras de los insectos, diciéndoles:

—¿Queréis decirme dónde está la gitana? Si me indicáis el sitio en que se encuentra escondida, mandará echar fuera esta alfombra.

—¿Pero nos dejarás libres, verdad? —preguntó Pedro.

—¡Ah, no! ¡Eso no! Habéis sido condenados, y moriréis lentamente de hambre y sed.

—¡Miserable!... ¡Ábrenos el pecho con tu yatagán!

—Sería una muerte demasiado dulce. Un golpe y el corazón cesa de latir y el arma se mancha. Hemos sabido demasiadas cosas acerca de vosotros. Sois unos espías de los españoles.

—¿Quién ha afirmado tal infamia?

—El hombre que acompaña a Siza-Baba.

—¡Janko! —exclamaron a una Carmelo y Pedro, pálidos de ira.

—No sé cómo se llama.

—Si lo encuentras, dile que se guarde de nosotros porque le tenemos condenado. Quizá moriremos nosotros antes que él, pero hay que tener en cuenta que en la vida pasan cosas muy inesperadas.

—¿Pensáis escaparos? ¿No comprendéis que os encerraremos aquí dentro vivos, detrás de un muro de piedra que todas vuestras fuerzas unidas no conseguirían ni siquiera mover? Y, además, desataos si podéis.

—Diré como decís vosotros los musulmanes ¡Dios es grande!

La *Hiena del Gurugú* pareció profundamente impresionado por aquellas palabras.

—Yo creo que tú eres español lo mismo que tus compañeros; sin embargo, para tener mi alma tranquila, recítame un versículo cualquiera del Corán.

—No le he estudiado nunca.

—Entonces, perros cristianos, reventad aquí dentro, comidos vivos de las pulgas y muriendo de hambre y de sed. Si dentro de quince días volvemos a pasar no dejaremos de preguntaros cómo os encontráis de salud.

Y dicho esto, el cruel bandido volvió la espalda y marchó hacia su gente, que había echado pie a tierra.

—Daos prisa a cubrirla bien de piedras.

Alrededor del pequeño edificio había enormes rocas caídas desde lo alto

del Gurugú, deteniéndose en un pequeño repliegue del terreno, que les había impedido continuar su precipitada carrera. Y aquellos cincuenta o sesenta hombres, sirviéndose de sus fusiles como palancas, empezaron a acumular en torres hasta por en cima de la casucha piedras y más piedras, de modo que casi la hicieron desaparecer.

Hasta en el caso de que los españoles tomasen por asalto el Gurugú no habrían podido darse cuenta de que bajo aquel enorme montón de rocas podría encontrarse la tumba de un santón.

El jefe dio la vuelta a la casa, y, satisfecho del trabajo realizado por sus soldados en un tiempo relativamente corto, les gritó con voz estentórea.

—Y ahora vámonos a gastar los últimos cartuchos contra los cristianos que se atrevan a subir al Gurugú.

CAPÍTULO XXII. OTRA VEZ LA BRUJA DE LOS VIENTOS

La noche había cesado, envolviendo barrancos y montes en un manto negrísimo que la luna, medio oculta entre las nubes, se esforzaba en vano por romper.

Por una gran cañada que bajaba hacia el abismo abierto detrás de la casa habitada por la *Bruja de los Vientos*, un joven, montado en un robusto mulo y armado de un larguísimo fusil marroquí, de culata corva con incrustaciones de nácar y plata, descendía con precaución, teniendo bien sujetas las riendas, puesto que la pendiente era muy fuerte y además estaba cubierta de espesos matojos.

Era Janko, el traidor, que, con el objeto de que Zamora fuese suya, había conseguido, con el apoyo de Siza-Baba, que los dos estudiantes, acusados por la *Hiena del Gurugú*, fuesen metidos vivos en los vientres de las vacas. Parecía estar de muy mal humor, porque hablaba solo haciendo gestos de amenaza; detúvose un momento mirando la *cuba* de Siza-Baba, que en aquel momento un rayo de luna iluminaba y que, como sabemos, se levantaba en la margen opuesta del profundo barranco.

—¿Me esperará allí Zamora? —preguntóse con extrema ansiedad—. ¿Habrán muerto ya aquellos dos miserables estudiantes de Salamanca?

Arrojó las riendas y metió el mulo por la espesura, bajando lentamente hacia el torrente.

—De igual modo que atravesé esta barrancada sin romperme los huesos, pienso volverla a atravesar.

El mulo miraba cuidadosamente dónde ponía los pies, y antes de avanzar con sus robustas patas se aseguraba de la solidez del terreno.

Había alcanzado Janko la mitad del abismo, cuando llegó a sus oídos un grito de socorro.

El bribón se había estremecido de pronto, y en seguida habíase puesto pálido porque reconoció la voz de Siza-Baba, que le quería y protegía como si fuese hijo suyo.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó con creciente ansiedad—. Seguramente no me engaño, porque conozco demasiado la voz chillona de la vieja.

La luna, que apareció por un desgarró de las nubes, derramaba, no sólo en la llanura, sino dentro del barranco, oleadas de luz suave.

Entonces le fue posible a Janko descubrir una forma humana tendida en el borde del torrente.

—¿Quién va? —gritó, apuntando su fusil—. Contestad, o disparo...

La voz de antes contestó poco después en correcto castellano:

—Cristiano o moro, si tienes algo de corazón ven en ayuda de una pobre vieja.

—¡Es Siza-Baba! —exclamó el gitano—. No, no me engaño... ¿Cómo es que se encuentra en el fondo del barranco? ¿Y dónde estará Zamora, que debía ser prisionera suya?

Dio un ligero espolonazo al mulo y prosiguió el descenso más rápidamente que antes, dirigiéndose hacia donde veía, tendida al borde del torrente, una forma humana. Pronto llegó al fondo del barranco y atravesó el ruidoso curso de agua, gritando:

—¡Siza-Baba!

Una voz débil le contestó en seguida:

—¿Eres tú, Janko, hijo mío?

—¿Cómo te encuentras aquí, madre? —preguntó el gitano, echando rápidamente pie a tierra—. ¿Estás moribunda o es posible salvarte todavía?

Una risa estridente fue su contestación, seguida de varios sollozos.

El aguardiente no había terminado su efecto, a pesar del baño frío de las piernas.

—Habla —dijo el gitano—. Estoy aquí pronto a serte útil.

—Me han echado al barranco —dijo la *Bruja de los Vientos*.

—¿Quién?

—No lo recuerdo... Había bebido... Pero me parece que fue Zamora.

—¡La has dejado escapar!... —gritó el gitano, rechinando los dientes.

—Yo, no; ha sido ella que se ha escapado.

—Aún estás borracha. Coordina tus ideas y cuéntame lo que ha sucedido en mi ausencia.

—Ante todo dime si has encontrado el talismán.

Janko lanzó tres o cuatro blasfemias y tuvo un gesto de rabia.

—Espera un poco. El agua es demasiado fría.

Cogió a la vieja y la colocó encima de la arena, en la otra orilla del torrente.

—Pues no he encontrado nada y he hecho el viaje inútilmente.

—¿No has encontrado una *cuba* allá arriba?

—Sí, la he registrado, y estaba vacía. No he visto más que unas alfombras viejas.

—¿No has excavado la tumba del saltón?

—No he querido realizar un trabajo fatigoso sin fruto alguno. Te han engañado.

—Y, sin embargo, el primer rey de dos gitanos fue enterrado, con el talismán, en las faldas del Gurugú.

—¿Pero dónde? —gritó Janko—. El año pasado, cuando el jefe de los

gitanos de Sevilla me dio el encargo de venir aquí a buscar aquel emblema del supremo poder, que debía quitar a Zamora toda esperanza de llegar a ser reina, recorrí en vano toda la montaña. ¿Te acuerdas?

—Sí, te vi marchar y volver con el rostro más tétrico que una mortaja.

—¿Dices que ha sido Zamora quien te ha echado al barranco?

—Sí, ahora lo recuerdo perfectamente —dijo Siza-Baba pasándose una mano por la frente, aún ofuscada por el aguardiente—. Tiene los músculos fuertes aquella muchacha, y es ágil como una joven pantera.

—¿Pero no te la han entregado atada? Habrían cometido una gran imprudencia si no lo hubiesen hecho.

—Sí, sí, atada, atada; pero durante la noche rompió las ligaduras y se echó encima de mí, empujándome hacia el barranco. Me sentí levantar como si fuese una pluma y rodar por el abismo. La caída fue espantosa, pero las frondosas plantas que cubren la ladera del barranco me salvaron.

—¿Y después no has vuelto a saber nada de Zamora? —preguntó el gitano, volviendo a rechinar sus blanquísimos dientes.

—No la he vuelto a ver.

—¿No ha bajado para convencerse de que estabas muerta?

—Puede ser que haya bajado, pero yo quedé privada de sentido y además había bebido demasiado aguardiente ayer noche.

—¿Por qué bebes tanto?

—Para ahogar, para olvidar, los recuerdos de mi juventud.

—¿Y los dos estudiantes?

—¡Oh, aquellos se han muerto, estarán ya agonizando! Esos bandidos son maestros en cuestión de suplicios.

—¿Y Zamora? ¿La habré perdido para siempre? —gritaba Janko como un loco—. ¡La habré perdido!...

—Vuélvete a Sevilla y busca a otra gitana —dijo Siza-Baba—. Allí se

encuentran en abundancia las más hermosas muchachas de nuestra raza.

El gitano movió furiosamente la cabeza.

—Es inútil, madre; jamás podré encontrar otra Zamora.

—Es que aquella muchacha te ha embrujado.

—No duermo, no como, y toda mi sangre arde siempre, como si por mis venas corriese plomo fundido. ¿Qué haré? ¿Adónde iré a buscarla? No dejaré que se me escape, aunque tenga que subir de nuevo al Gurugú.

—Demos la vuelta al barranco por esta parte y volvamos al aduar. Quizá se encuentre allí todavía la *Hiena del Gurugú*, que no se negará a ayudarnos en nuestras pesquisas. Aquellos bandidos tienen demasiado miedo de mí, y temen hasta una ojeada mía.

—Monta detrás de mí.

—Si me ayudas.

—¿Qué te pasa?

—Me parece que tengo las piernas rotas —dijo la *Bruja de los Vientos*.

—Me parece que no.

—Pues yo sola no puedo valerme.

—Es que aún no has digerido el aguardiente.

—En este momento aquel delicioso licor se ha desvanecido y mi cabeza está serena. Son las piernas que al chocar en el suelo se han estropeado.

—El mulo es fuerte y tú pesas lo mismo que una pluma.

Levantó a la vieja, no sin arrancarle un grito de dolor, y la colocó encima de la silla, diciéndole:

—Agárrate fuertemente a mí y procura no caerte...

Montó a su vez, echóse el largo fusil en bandolera, recogió las riendas, por ser muy peligrosa la subida, y con dos espolonazos obligó al mulo, que

debía estar cansadísimo, pues se dormía en pie, a reanudar la marcha.

Yendo con todo cuidado por entre la espesa maleza, que cubría también aquella vertiente del barranco, después de una hora, Janko y la vieja se encontraron arriba. Allí ya no había peligro alguno, pues el terreno era llano.

El mulo se puso a trotar, arrancando no pocos lamentos a Siza-Baba, que persistía en que tenía las piernas rotas.

Desde el llano bajaron al aduar, ante cuyas tiendas brillaban las hogueras para mantener alejadas a las fieras.

Estaban a punto de llegar, cuando vieron a unos sesenta jinetes que venían al galope.

—¿No es la gente de la *Hiena del Gurugú*? —preguntó Janko, picando al mulo.

—Y guiados por él mismo en persona —añadió la vieja, cuya vista seguía tan aguda como la de un ave de rapiña.

—¿No tenían que marchar a la guerra?

—Alguna razón tendrán cuando vuelven. Vamos a su encuentro.

Habían sido descubiertos, y como los moros no sabían con quiénes tenían que habérselas, preparábanse a cargar.

—¡Tú, Siza-Baba! —exclamó la *Hiena del Gurugú*, apenas le vio detrás de Janko—. ¿Dónde vas a estas horas?

—En busca de la muchacha de los ojos ardientes —contestó la bruja.

—¿Se te ha escapado?

—Desgraciadamente.

—¿Por qué no desencadenastes los vientos, obligándola a detenerse? —dijo el jefe, no sin cierta ironía.

—Me faltaban tres de las hierbas más importantes, sin las cuales los vientos permanecen sordos a mi llamamiento.

—¿Y ahora, adónde vas?

—En busca de la fugitiva.

—¿Quieres saber una mala noticia, Siza-Baba? Los dos prisioneros que habíamos dejado cosidos dentro del vientre de las vacas han desaparecido, sin saber cómo.

—¿Y dónde se han ido?

—Yo no lo sé. Apostaría cualquier cosa que han oído el avance de sus compatriotas y han corrido hacia ellos para explorar el barranco del Lobo. Y allí espero cogerlos de nuevo.

—¿Tanto te interesan?

—Se han burlado de mí y me la pagarán —dijo el jefe—. Aunque tenga que perseguirles hasta la cumbre del Gurugú, no perderé su pista si llego a encontrarles.

—¿Por qué no habéis bajado a Melilla con las otras harcas?

—Porque es Melilla la que sube hacia nosotros. Aquellos perros rabiosos de cristianos han puesto en fuga a nuestra vanguardia, han tomado y destruido grandes poblados y ahora suben audazmente al asalto de la montaña; pero nosotros les esperamos en un punto seguro.

—¿Queráis acompañarnos?

—¿Adónde?

—Al barranco del Lobo.

—¿Habrá allí alguna batalla? —preguntó Janko.

—De seguro. Tendrá lugar mañana por la noche. La vanguardia española avanza muy lentamente. ¡Ea, ven con nosotros, Siza-Baba, tú que tienes el poder de desencadenar los vientos y de descubrir desde lejos la presencia de los enemigos mejor que nuestros perros! Dormiremos en el barranco.

Estaban a punto de marcharse cuando percibieron otros pelotones de

jinetes.

Eran los soldados que completaban la harca que tenían que preparar la emboscada junto con los montañeses de Ladhara, que desde meses atrás luchaban ferozmente contra los españoles, aunque sufriendo continuas derrotas bastante sangrientas.

Las dos columnas, fuertes de unos trescientos hombres cada una, pusieron en marcha guiadas por la *Hiena del Gurugú*, hasta el barranco del Lobo.

Los españoles empezaban ya a dar señales de su avance, batiendo el terreno enemigo con sus cañones para preparar el asalto de la infantería.

Un poco antes del alba, los moros llegaron al gigantesco barranco, que era uno de los principales que conducen al Gurugú, tan obstinadamente codiciado por los españoles.

Viendo que aún no se presentaban los españoles, Janko, después de haber acostado a Siza-Baba en un lecho de hojas, oculto en un espeso matorral, se había puesto en busca de la pista de los fugitivos.

Si Zamora estuviese con ellos la habría encontrado, y hubiese podido seguiría desde gran distancia.

Dio vueltas y más vueltas por las márgenes del barranco, obligando al pobre mulo a un esfuerzo supremo, y acabó por sentir el olor característico de la gente de su raza.

—Zamora no debe de estar muy lejos, y quizá deben de estar con ella los dos miserables de Salamanca. ¡Juro que no se me escapará!

Volvió al barranco del Lobo, concedió al mulo cinco o seis horas de reposo bien ganado, y luego, al anochecer, aconsejado por la *Hiena del Gurugú*, cargó a la vieja, que seguía quejándose, encima del macho, y subió monte arriba.

Desde lo alto presenció impasible la destrucción de la fuerte vanguardia española, caída, como ya hemos dicho, en una verdadera trampa. ¿Qué le importaba a él haber nacido bajo el caliente sol de España, si se consideraba perteneciente a una raza extranjera?

Terminada la matanza y rechazado el grueso de la columna, a pesar del furioso fuego de cañón, la *Hiena del Gurugú* reunióse con Siza-Baba y Janko.

—Hemos matado ochocientos cristianos, pero los dos canallas no estaban entre los cadáveres... No descansaré hasta tenerlos en mi poder...

Y con unos sesenta jinetes había empezado a subir el elevado monte, seguro de encontrar a los dos estudiantes, o mejor dicho a los dos espías, pues tales los creía, marchando delante de la vanguardia española.

Pero había perdido toda huella y Janko no olía nada.

Y es que los fugitivos habían emprendido el vuelo en la «Numancia», sin dejar detrás de sí ni huellas ni olor.

Pero los bandidos, cada vez más obstinados, habían seguido subiendo, hasta encontrar el globo completamente vacío.

—¡Huelo! ¡Huelo! —había gritado Janko, olfateando la barquilla medio destrozada—. Aquí dentro ha estado un hombre o una mujer perteneciente a mi raza. Están ahí arriba, en el Gurugú, en busca del talismán.

—Déjame a mí, joven —dijo el jefe—. Si verdaderamente se encuentran allí arriba, ya verás cómo los cojo a todos. Quédate atrás con el grueso de la columna, y deja que yo vaya delante.

Y de este modo había avanzado con sólo diez soldados hacia la cima del Gurugú y había sorprendido a los dos estudiantes; pero, como hemos visto, Zamora tuvo tiempo de esconderse en la sepultura del rey de los gitanos, desde donde podía verlo todo. La *Hiena del Gurugú*, después de dejar enterrados a los dos estudiantes, apresuróse a bajar hacia los poblados en llamas para impedir el paso a los españoles.

Una vez lograda su venganza, no se ocupó más de Zamora, abandonando en el monte a la vieja y al joven gitano.

Estos, que también iban en busca del talismán, habían seguido subiendo con la esperanza de encontrar en algún sitio a la gitana.

Habían repasado la tumba del rey, sin darse cuenta charlar un rato con esos dos miserables. Quiero hacer desesperar a Carmelo.

Saltó ligeramente a tierra y acercóse a aquel montón de rocas, mientras Siza-Baba aprovechaba la ocasión para sacar una botella de aguardiente de uno de los sacos de cuero que contenía los víveres. Como no estaba tapada muy fuertemente, le quitó el tapón con los dedos y se puso a echar un trago.

Entre tanto Janko había dado la vuelta a la *cuba*, llevando en las manos un largo fusil marroquí de un solo cañón y a cargar por la boca.

Cuando creyó estar delante de la entrada, luego de haber tratado de remover una al menos de aquellas piedras que pesaban sus buenos quintales cada una de ellas, disparó contra el suelo, produciendo un estampido ensordecedor.

De dentro surgió una voz preguntando:

—¿Quién dispara?

—¡Ah! ¡Carmelo! —murmuró Janko. Y en tono más alto, añadió—: Soy el gitano.

—¿El perro de Janko?

—Soy Janko, pero no perro.

—¿Vienes a presenciar nuestra agonía?

—En compañía de Zamora y la *Bruja de los Vientos*.

—¡Mientes, infame traidor! —gritaron a una los dos jóvenes estudiantes.

—Salid y lo veréis.

—Canalla, nos invitas porque sabes perfectamente que estamos atados y que los moros han acumulado piedras y más piedras en torno de la *cuba*.

—La *Hiena del Gurugú* os ha preparado una cómoda sepultura —dijo el gitano—. Algún día vuestros huesos serán tomados por los de algún santón y tendréis una nueva y hermosa tumba bajo el pavimento en que estáis ahora.

—¡Cállate, miserable!...

—Todo lo contrario, pues estoy en vena y tengo que comunicarte noticias que pueden interesarte.

—¿Cuáles?

—Que los españoles han sido derrotados por completo y corren a la desbandada hacia Melilla, perseguidos por la caballería rifeña... Han caído muchos de ellos durante el combate, y hasta parece que el general Marina ha dejado allí el pellejo.

—¡Mientes, canalla!... Hace dos horas que eran vencedores en toda la línea y avanzaban hacia el Gurugú, destruyendo a cañonazos todos los poblados rifeños.

—Pues la verdad es lo que os acabo de decir. Han sido cercados por grandes masas de caballería y destrozados materialmente. ¡No siempre se puede ganar en la guerra!

—No te creo. Estoy convencido de que mis compatriotas han emprendido el asalto del Gurugú para conquistar hasta sus últimas cimas.

—¡La, la, la, la, la!... —canturreó Janko—. Esperad que vengan a libertaros, y veréis que pasarán semanas y meses, y entonces ya no seréis más que dos momias comidas por los insectos.

—¡Ah!... ¿Con que también tú, canalla, sabes que nos han echado encima de unas alfombras viejas que son un semillero de pulgas? —gritó Pedro.

—Me lo ha dicho la *Hiena del Gurugú* —respondió Janko—. ¿Puedo seros útil en algo?

—¿Quieres bromear? —preguntó Carmelo, con voz furiosa—. No es este el momento más a propósito.

—Al contrario, amigos míos, porque ya no nos volveremos a ver. He encontrado el talismán junto con Zamora, y nos apresuramos a regresar a Sevilla para romper el cántaro de barro.

—No es verdad que hayas encontrado a Zamora.

—Te aseguro que sí, y que además nos casamos.

—¿Zamora casarse contigo?... ¡Fuera de aquí, embustero!

—Pues no te digo más que la verdad.

—Entonces haz que se acerque ella y me lo repita.

—Ahora ya es tarde. Está bajando la montaña encima de mi mulo, junto con Siza-Baba.

—He conocido canallas, pero ninguno como tú.

—No me ofendo.

—Si no eres un cobarde, ayúdame a salir y pelearé contigo, hasta sin armas.

—No vale la pena de molestarme, y además las piedras son demasiado pesadas para que yo solo pueda moverlas.

—Llama a Zamora, que no se negará a ayudarte.

—Está ya lejos, y además conviene que las piedras se queden donde están. Sin embargo, antes de irme deseo seros útil.

—¿De qué modo?

—Participando a vuestras familias que habéis muerto. Dadme sus señas y yo mismo iré a darles la noticia.

Una terrible explosión de rabia se apoderó de los dos estudiantes.

—¡Perro!

—¡Cobarde!

—¡Traidor!

—¡Infame!

Janko encogióse de hombros. Esperó que se hubiesen desahogado y entonces prosiguió diciendo:

—Toda vez que no queréis hacerme encargo alguno, me despido de vosotros y os deseo una rápida muerte, ahorrándoos de este modo largos sufrimientos.

Esta vez nadie contestó.

—¿Me habéis entendido? —gritó el gitano—. ¿Os habéis vuelto sordos de repente?

Siguieron callados.

—¡Que reventéis, y pronto!... —gritó furioso el gitano.

Volvió la espalda y llegó adonde estaba el mulo, a tiempo de recibir en sus brazos a la vieja Siza-Baba, que, completamente borracha, no podía sostenerse ya en la silla.

—¿Qué has hecho? —la preguntó con voz dura.

—He bebido el licor que hace olvidar —contestó la vieja sollozando.

—Me vas a obligar a detenerme.

—¿Has encontrado a Zamora? ¿Tampoco has encontrado el talismán? ¿Entonces por qué tienes que irte?

—Me preocupa el avance de los españoles. Podrían descubrirnos, tomarnos por rifeños y ametrallarnos.

—¿Es que se acercan?

—Me parece que el tristemente célebre Gurugú verá tremolar por primera vez la bandera española en su cumbre, señalando su conquista. ¿Puedes volver a montar?

—Déjame tranquila, hijo. Ahora me he convertido en una joven hermosísima y veo pasar por delante de mí todas las ciudades de España llenas de gente aplaudiendo mis infatigables piernas y mis agilidades. No, no soy la fea *Bruja de los Vientos*. Me he vuelto joven y bella gracias al aguardiente...

La vieja borracha movía sus descarnados brazos como si estuviese

tocando las castañuelas, y se agitaba toda como si el diablo hubiese penetrado en su cuerpo.

Janko, aburrido, estaba a punto de subirse encima del mulo para ir en busca de Zamora y del talismán, cuando vio que la vieja gitana caía bruscamente de espaldas y después de agitar las manos se quedaba inmóvil.

—Que el diablo de los gitanos te lleve —dijo Janko—. Ya estoy harto de ti, vieja bruja.

Volvióle la espalda, montóse en el mulo y recommenzó sus pesquisas, dirigiéndose hacia la roca en forma de pilón de azúcar que encerraba realmente, como es sabido, la tumba del rey de los gitanos.

Olía a la gitana, pero aún no se había dado cuenta de la abertura semicircular producida por la mina. De pronto sus ojos claváronse en aquel agujero.

—¿Adónde conducirá? —preguntóse—. Es preciso ir a verlo. Por aquí ha pasado gente de mi raza.

Saltó a tierra, ató el mulo a un matojo, abandonó el larguísimo fusil que podía estorbarle y empezó a trepar.

Ya estaba a punto de agarrarse al borde del agujero cuando de pronto vio aparecer ante sus ojos la cabeza de Zamora.

El bribón lanzó un grito de triunfo:

—¡Por fin eres mía!

—¿Lo crees así, Janko? —preguntó la gitana con voz silbante.

—Tus amigos han sido sepultados vivos y no vendrán a libertarte.

—¿Quién les ha enterrado?

—La *Hiena del Gurugú*.

—Siguiendo tus instrucciones, ¿verdad?

—No, ha sido Siza-Baba quien ha aconsejado al bandido que acabe de

una vez con aquellos dos miserables.

—¿Vive aún la bruja?

—Tiene los huesos duros, y ni siquiera echándola a un barranco revienta.

Zamora lanzó un grito de rabia, y asomando más de medio cuerpo por el agujero, dijo:

—¿No sabes que yo y los dos estudiantes te hemos sentenciado a muerte?

El gitano rompió a reír a carcajadas.

—¡Bah! —exclamó después—. ¡Ea, salta fuera, o te sacaré yo de tu escondite!

—¡He dicho que te hemos sentenciado a muerte, traidor! —gritó Zamora con voz chillona. Y al mismo tiempo que decía estas palabras, su brazo derecho, armado del grueso revólver de ordenanza, se extendió hacia el miserable.

Sonaron dos tiros, seguidos de un aullido como de bestia herida de muerte. La gitana no había errado el blanco, y acababa de plantar dos balas en el pecho del joven.

—Vamos a ver si me cierras el camino ahora. Sólo me falta acabar con Siza-Baba.

Janko, con sus últimas fuerzas, manteníase agarrado al borde del agujero, con violentas convulsiones.

De pronto, su cuerpo se estiró, tuvo una última contracción y rodó roca abajo chorreando sangre de su herida.

—Si hubiésemos permanecido en España, a estas horas algún gitano te habría abierto el pecho de un navajazo —dijo la gitana con gran tranquilidad—. Aunque tarde, la muerte te ha alcanzado también aquí...

Salió del agujero, teniendo el revólver aún humeante en la mano; echó una

mirada llena de odio al traidor, cuyo corazón acabó de latir; montó en su mulo y bajó rápidamente el monte, mientras la artillería española retumbaba con más y más fuerza.

CAPÍTULO XXIII. LA CONQUISTA DEL GURUGÚ

La gitana sabía todo lo ocurrido, y marchaba en auxilio de los dos estudiantes, decidida a entendérselas de nuevo con la vieja bruja.

Con golpes de espuela lanzó el mulo al galope, y en cinco minutos llegó al sitio en donde los dos estudiantes estaban enterrados bajo un montón de rocas.

A pocos pasos yacía Siza-Baba, con una botella al lado. No daba señal alguna de vida.

La desgraciada, Dios sabe cómo, había logrado coger de nuevo la botella, que no estaba aún del todo vacía, y había echado el último trago soñando ser joven y bella.

La gitana, furiosa, lanzóse contra la borracha empuñando el revólver, pero en seguida bajó el arma.

—Esta mujer está muerta. El aguardiente la ha matado.

Inclinóse hacia la vieja, que apestaba a alcohol, y la puso una mano encima del corazón.

Ya no latía.

—Mejor —dijo Zamora—. Me hubiese repugnado matarla en este estado.

Y lanzóse hacia la *cuba*, gritando:

—¡Carmelo!... ¡Pedro!...

La contestación no se hizo esperar.

—¿Eres tú, Zamora? —habían preguntado a la vez los dos estudiantes.

—Sí, soy yo.

—¿No te habías escapado con Janko? —preguntó Carmelo.

—A Janko acabo de matarlo de dos tiros.

—Aquel traidor ha tenido lo que se merecía —dijo Pedro—. ¿Estás bien segura de que ha muerto? De los chacales no hay que fiarse.

—También ha muerto Siza-Baba.

—¿La has matado tú? —preguntó Carmelo.

—No; ha muerto de una borrachera.

—¿Puedes sacarnos de aquí?

—Es imposible. Sería preciso que tuviese las fuerzas de un gigante.

—¿Nos dejarás morir devorados por las pulgas y por la sed?

—¡Ah, de ningún modo! Tengo un mulo y los españoles avanzan rápidamente hacia el Gurugú. Los moros ya no oponen resistencia alguna, dejando quemar sus aduares y pueblos.

—¿Qué intentas, pobre Zamora?

—Correr hacia la vanguardia española y traerla aquí —contestó la gitana—. Soportad durante unas cuantas horas la horrible tortura a que os ha condenado la *Hiena del Gurugú*. El mulo es fuerte y si no emprende el galope le rasgaré con las espuelas. ¿Me esperaréis?

—Ya ves que no podemos salir de esta tumba —contestó Carmelo.

—Tengo miedo de dejaros solos —dijo la joven sollozando.

—No, vete. Sólo los españoles podrán libertarnos. Piensa en que hemos encontrado el talismán que te convertirá en reina, y que yo te amo.

—Allá voy —contestó la gitana—. Suceda lo que suceda, pasaré, aunque tenga que hacerlo por en medio de las granadas.

—Sé prudente...

—Lo seré, esposo mío. Adiós; espérame, que pronto estaré de vuelta.

Montó en el mulo.

Echó una última mirada a la vieja bruja que ya había dejado de existir y picó espuelas.

El pobre animal, aunque debía estar extraordinariamente cansado, echó a correr, relinchando.

Parecía que los rifeños no oponían gran resistencia a la columna de asalto de los españoles, que avanzaba lentamente, pero de un modo continuo, caminando sin cesar.

Sólo en el bosque oíanse estallar de vez en cuando tiros de fusilería rifeña.

Espantados ante la destrucción completa de sus aduares y casas de piedras, habían perdido toda su arrogancia.

No obstante, en un determinado momento, doscientos jinetes, guiados por la *Hiena del Gurugú*, trataron de arrojarse sobre las piezas, y cayeron casi todos, junto con sus caballos, bajo verdaderas oleadas de metralla.

El jefe que guiaba la carga había sido el primero en caer para no levantarse más.

Los dos estudiantes estaban vengados.

Al llegar a la zona de los bosques, Zamora disminuyó la marcha para no caer en manos de alguna partida de rifeños.

Las granadas caían sobre los árboles, desgarrándolos y produciendo al estallar grandes llamaradas que podían provocar algún desastroso incendio.

Guiándose por la voz del cañón, Zamora continuó bajando. Delante de ella ya no había rifeños.

Descorazonados, habían huido, refugiándose hacia los Beni-Buifur, que mantenían aún los contornos de Tetuán con fuerzas no despreciables. Durante más de una hora la valiente muchacha siguió bajando, expuesta

continuamente a quedar pulverizada por alguna granada, hasta que se detuvo de repente oyendo gritos.

—¿Quién vive?

—¡España! —contestó Zamora.

—¡Avanza! Lo comprobaremos. Si nos has engañado te fusilaremos inmediatamente.

Dos húsares, y después cuatro, y por último diez, que hacían el servicio de exploración, salieron de la maleza y rodearon a la muchacha, apuntándole con los mosquetones.

—Tú no eres rifeña —dijo el jefe del pelotón, descubriendo una linterna y dirigiendo sus rayos al rostro de Zamora.

—No; soy una española que desea hablar al general Marina para impedir que se cometa un gran crimen.

—¿Acaso los rifeños han cometido alguna fechoría?

—Han enterrado vivos a dos jóvenes estudiantes de la Universidad de Salamanca, y aquellos desgraciados luchan ya con la muerte.

—¿Qué han venido a hacer aquí esos estudiantes? —preguntó el jefe del pelotón.

—Se lo diré a vuestro general. Conducidme ante su presencia, os lo suplico, pues se trata de salvar dos compatriotas.

El cabo dio una orden a dos de sus hombres, y dijo después a Zamora:

—Sígueme, hermosa; el general Marina está más cerca de lo que puedes suponer. ¿Puede resistir aún tu mulo o quieres un caballo?

—Aún marcha —contestó Zamora—, y eso que ha estado galopando por las laderas del Gurugú.

—Sabíamos que teníamos rifeños delante de nosotros, pero no esperábamos encontrar españoles.

Puso el caballo al trote corto para que el mulo pudiese seguirle, y atravesó

tres compañías que estaban una detrás de otra, prontas a reanudar la marcha.

El resto de la fuerza encontrábase mucho más atrás para proteger a la artillería de las cargas furiosas de los montañeses.

Después de diez minutos el húsar detuvo su caballo ante una tienda iluminada y guardada por dos centinelas.

El general Marina acababa de llegar, después de dar las órdenes para el ataque y haber revistado las fuerzas de que disponía.

El húsar, que era una clase, se hizo anunciar, y después de echar pie a tierra entró en la tienda, conduciendo a Zamora de la mano.

Entre la gitana y el general hubo un rápido coloquio para explicar su presencia en el Gurugú en compañía de los dos estudiantes.

—¡El talismán! —exclamó acariciándose su barba ya gris—. He oído hablar a menudo de él. Admiro su valor y me encargo de poner en salvo sus riquezas y libertar a aquellos dos desgraciados. Quisiera que antes del nuevo día ondee nuestra bandera en lo más alto del monte y acabar de una vez con todos esos bandidos. Espérese aquí.

Salió, acompañado de un ayudante, y diez minutos después las cornetas del campo español tocaban ataque.

El coronel Primo de Rivera, que iba al frente de cuatro compañías de la brigada disciplinaria, fue el primero que avanzó, seguido inmediatamente de la artillería y de los diez y seis batallones, con medio escuadrón de húsares.

La toma del Gurugú había sido acordada por el Estado Mayor español, y todos sabían por qué barrancos debían subir y qué debían hacer en caso de una emboscada semejante a la del barranco del Lobo, de nefasta memoria.

El general Marina, sabiendo que Zamora había estado en la montaña, la mandó a la vanguardia, entre los húsares, prontos, como verdaderos españoles, a morir caballerosamente antes de dejarle caer en manos del enemigo.

El ataque empezó en toda la línea, al clarear el día, con una gran descarga de fusilería que retumbaba siniestramente en los valles, sin conseguir respuesta alguna.

Los rifeños habían abandonado ya toda idea de defender un formidable baluarte que hasta entonces consideraban inaccesible. ¡Y pensar que sólo cuatrocientos o quinientos de ellos, encaramados en la cima del monte, habrían podido destrozar a los asaltantes, sin más que hacer rodar las enormes piedras que por allí abundaban, prontas a correr hacia abajo de tan mal equilibradas que estaban!

Y, en vez de ello, luego de dejarse cañonear durante cuarenta y ocho horas, sufriendo graves pérdidas en torno del mercado de El Arba, incendiado después, habían terminado por reconocer la superioridad de los españoles, retirándose por grupos, huyendo como ciervos por los bosques.

Desde aquel momento, para los españoles no fue un asalto, sino una subida áspera por las faldas de la temible montaña, sin casi consumir un cartucho.

A las siete de la mañana, la vanguardia mandada por el general Del Real plantó la bandera española en lo más alto del coloso.

Zamora, después de un nuevo coloquio con el general Marina, encaminóse hacia la *cuba*, seguida del medio escuadrón de húsares, ya inútil.

A las primeras voces, Pedro y Carmelo contestaron en seguida.

—¡Aún estamos vivos!

—¿Estáis vivos? ¡Los españoles han conquistado el Gurugú!...

Los húsares, echando pie a tierra y atando los caballos, habíanse puesto a retirar las enormes piedras que los moros habían acumulado.

Media hora después los dos desdichados, casi devorados por las pulgas y muertos de sed, salían de su tumba, entre los alegres gritos de los húsares.

Zamora fue a echarse en brazos de Carmelo, cuando éste la detuvo:

—No te acerques; estamos infestados. Pregunta si hay algún traje por ahí, a fin de que podamos librarnos de todos estos insectos, que no nos conceden un minuto de tregua.

Los húsares no se lo hicieron repetir dos veces. Cinco o seis de sus compañeros habían muerto durante una carga contra los rifeños que trataban de defender el bosque, y los habían desnudado para no dejar nada en manos del enemigo.

No fue trabajo corto para los estudiantes librarse de aquellos millares de pulgas, pero bien o mal se limpiaron, y al salir de la *cuba* presentáronse con el elegante uniforme de los húsares.

—Zamora —dijo Carmelo—, por segunda vez te debo la vida. Nuestro destino está escrito.

—¡Sí, amado mío! ¡Cuánto te quiero!

—¿Aquella bruja de Siza-Baba vive aún? —preguntó Pedro.

—Mírala. Los buitres le han comido toda la piel de la cara, sin dejarla ni siquiera el cuero cabelludo.

El guitarrista acercóse a la muerta, y con un gesto de horror exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué fea es!

—Y, sin embargo, fue una de las gitanas más hermosas de España.

—¡Qué feo se vuelve uno al envejecer! Yo confío en que no llegaré a la edad de esa bruja. ¿Y Janko?

—Le he matado frente a la tumba del rey de los gitanos, y no creo que se encuentre en mejores condiciones.

—Señores —dijo entonces el jefe del medio escuadrón—, el general Marina me ha ordenado que los sirva en todo aquello que puedan necesitarnos. Hasta los caballos están a su disposición.

—Subamos al monte hasta llegar a la tumba —dijo Carmelo—. Vamos a poner en salvo el talismán y el tesoro.

En ello había ya pensado el general, porque había mandado preparar cuatro cajones con la madera del único árbol que crece en el Gurugú, una encina de dimensiones gigantescas.

Cuando Zamora, Carmelo y Pedro llegaron a la tumba encontraron el cadáver del infame Janko, en no mejores condiciones que el de Siza-Baba.

Los buitres se habían encarnizado con él, dejándolo casi incognoscible.

Las cornetas tocaban retirada. No había tiempo que perder. El general Marina, sin embargo, como una continua amenaza, había dejado en lo alto del monte las compañías de la brigada disciplinaria, con la orden de construir obras de defensa para algunas baterías.

El tesoro fue metido rápidamente en los cajones, no sin apartar antes una gruesa esmeralda, que fue regalada al comandante del medio escuadrón.

A las seis de la tarde, mientras los soldados de la brigada disciplinaria bailaban en torno de la bandera elevada en el pico más alto del Gurugú, los diez y seis batallones, con parte de la artillería, bajaban para dar a los moros los últimos y decisivos golpes en el llano.

Con la conquista del Gurugú creíase asegurada la conquista del Rif.

Grandes masas enemigas, abandonando más que de prisa los aduares y pueblos en llamas, habíanse reunido en Nador, posición estratégica de grandísima importancia, porque era una de las llaves de la montaña maldita.

El general Marina, aunque sabía que los moros estaban decididos a una resistencia desesperada, lanzaba contra ellos, al día siguiente, seis batallones y una división de cazadores con baterías de montaña y seis de Schneider.

Tres escuadrones de caballería estaban encargados de rechazar las vertiginosas cargas de los jinetes moros.

La lucha fue sangrienta, porque los rifeños, puestos en trance desesperado, se lanzaban furiosamente contra los españoles y hasta contra los cañones.

El general español Díez Vicario, cuatro capitanes, un teniente y catorce

soldados habían sido muertos, había habido ciento ochenta heridos. Pero Nador fue tomado.

El general Marina, pocos días más tarde, proseguía el avance, destrozando al enemigo y quemándoles los aduares. Aquella terrible lección, unida a la pérdida del Gurugú, señaló el fin de la guerra.

Los terribles bandidos, que durante dos siglos habían hecho temblar a Melilla, se habían declarado vencidos por fin, rindiéndose y entregando las armas al valiente general.

España era ya dueña del Rif y amenazaba los confines de Marruecos, llenos de otros bandidos no menos peligrosos que los rifeños.

Apenas habíase hecho la paz, cuando los dos estudiantes y la gitana embarcaban en un cañonero lleno de heridos, con rumbo a Málaga.

Antes de marchar habían vendido a un joyero judío media docena de grandes rubíes para hacerse con fondos.

Dos días más tarde, vestidos de gitanos, con Zamora, que se había comprado un rico traje, marchaban hacia Sevilla.

Al llegar, Zamora mandó reunir a los jefes de tribu para enseñarles el talismán, y en seguida fue proclamada reina de todos ellos, en medio de grandes fiestas y grandes bailes.

Una semana después, Carmelo rompió el cántaro de barro delante de su prometida y en presencia de todos los jefes, que no veían con malos ojos cómo el joven ingeniero se convertía en príncipe consorte de la reina de todos los gitanos de España y África.

Los dos enamorados habitan en Sevilla un lindo hotelito, rodeado de palmeras, y se arrullan como dos tórtolos.

En cuanto a Pedro, ha vuelto a Salamanca a reanudar sus estudios y a gastar los muchos miles de pesetas que le regaló la reina. Se dice, sin embargo, que pasa más tiempo tocando la guitarra que estudiando...

Emilio Salgari



Emilio Carlo Giuseppe Maria Salgarin 1 (Verona, 21 de agosto de 1862-Turín, 25 de abril de 1911) fue un escritor, marino y periodista italiano. Escribió principalmente novelas de aventuras ambientadas en los más variados lugares —como Malasia, el Océano Pacífico, el mar de las Antillas, la selva india, el desierto y la selva de África, el oeste de Estados Unidos, las selvas de Australia e incluso los mares árticos—. Creó personajes, tal vez el más conocido de ellos sea el pirata Sandokán, que alimentaron la imaginación de millones de lectores. En los países de habla

hispana su obra fue particularmente popular, por lo menos hasta las décadas de 1970 y 1980.

Emilio Salgari nació en el seno de una familia de pequeños comerciantes, hijo de Luigia Gradara y Luigi Salgari. En 1878 comenzó sus estudios en el Real Instituto Técnico Naval «Paolo Sarpi», en Venecia, pero no llegó a obtener el título de capitán de gran cabotaje. Su experiencia como marino parece haberse limitado a unos pocos viajes de aprendizaje en un navío escuela y un viaje posterior, probablemente como pasajero, en el barco mercante Italia Una, que navegó durante tres meses por el Mar Adriático, hasta atracar en el puerto de Brindisi. No hay evidencia alguna de que realizase más viajes, aunque el propio autor así lo afirma en su autobiografía, declarando que muchos de sus personajes están basados en personas reales que conoció en su vida como marino. Salgari se daba a sí mismo el título de «capitán» e incluso firmó con él algunas de sus obras.